

CIENCIA FICCIÓN

Algis Budrys

MICHAELMAS

Los peligros planteados por la manipulación de los medios informativos al empezar un nuevo milenio...



Lectulandia

La Tierra está a punto de empezar un nuevo milenio y, como si la humanidad hubiera recobrado al fin la cordura, los eternos problemas de la injusticia, la guerra y el desorden parecen irse arreglando lentamente. Incluso existe un proyecto espacial conjunto para iniciar la exploración del Sistema Solar...

Lo que nadie sabe es que esta benéfica evolución del planeta es obra de un hombre solo. Laurent Michaelmas, ayudado por lo que empezó siendo un aparato para llamar por teléfono sin pagar las tarifas y que ha terminado siendo el ordenador más potente del planeta, Domino, manipula cuidadosamente los hilos de la política y la economía para llevar a la Tierra hacia una situación más justa y estable. Michaelmas y Domino, juntos, son un Dios solitario y melancólico que vela por los destinos de la humanidad. Con Michaelmas, Algis Budrys consigue una estremecedora extrapolación que advierte sobre los peligros planteados por la manipulación de los medios informativos y consigue fundir una emocionante trama de aventuras con el retrato de un mundo en el que ya estamos viviendo, aunque a veces no nos demos cuenta.

Lectulandia

Algis Budrys

Michaelmas

ePub r1.0

Red_S 20.08.13

Título original: *Micahelmas*

Algis Budrys, 1977

Traducción: Albert Solé

Editor digital: Red_S

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Sidney Coleman, amigo mío y de este libro.

NOTA DEL AUTOR

En este proyecto me ayudaron de formas tan efectivas como variadas A.C. Spectorisky, Carl Sagan, Jan Norbye y James Dunne, Ed Coudal, William B. Sundown, Slim Sandres, Chuck finberg, Ed y Audrey Ferman, Bob Kaiser, Brad Bisk, Don Borah, Marshall Barksdale, la continúa presencia ne mi mente de James Blish, y, sobre todo, Edna F. Budrys; en orden simultáneo.

Esta novela contiene partes de uan versión mucho más corta y considerblamente distinta que se publicó en el *Magazine of Fantasy and Science Fiction*, de A.J. Budrys.

UNO

Cuando estaba solo, como esta noche, Laurent Michaelmas se consideraba sumido en un estado anímico bastante peligroso y siempre intentaba salir de él. Pasaba de un canal de aventuras a otro y veía cómo los hologramas hacían piruetas en su apartamento, fijándose en que los directores habían procurado que hubiese montones de acción, sin olvidarse de ir dejando el espacio suficiente para el espectador. Pero en momentos como ése la verdad es que no deseaba verse tan cautelosamente protegido de los proyectiles que cruzaban el aire o los personajes afligidos por toda una gama de sociopatías distintas.

Después pasaba a los canales de noticias. Estudiaba las técnicas de aquellos competidores que le parecía podían enseñarle algo nuevo. Tomaba nota de los nombres de aquellos directores y cámaras que encontraba buenos y acababa descubriendo que había acumulado toda una reserva de cumplidos que hacerle a sus conocidos de la profesión en cuanto volviera a verles, y tampoco deseaba eso.

Después probaba con los canales instructivos; los sólidos dramas clásicos, la ópera, los documentales; los programas de enseñanza..., pero su memoria ya contenía todos los dramas, y conocía todas las noticias y la mayor parte de los datos ofrecidos por los documentales. Y si había algo que necesitara conocer Domino podía encargarse de informarle rápidamente, por lo que no tardaba en hartarse de ellos.

Y cuando se hartaba, como esta noche, empezaba a ponerse nervioso. No se permitía la debilidad de acudir a los canales románticos; no estaban hechos para él. Se limitaba a admitir que había llegado el momento de volver a ponerse en acción, y que eso era algo que sucedería inevitablemente de vez en cuando.

Estaba sentado ante la mesita del rincón, con los ojos cerrados, recordando lo que había escrito muchos años antes.

*Tus ojos, llenos de amor,
Cambian igual que la danza de las nubes.
Quiero sentirte, lluvia de verano.
Cayendo en mis pupilas A través del sol de nuestras vidas.
Y apoyó la cabeza en los brazos por un momento.*

Pero era Laurent Michaelmas. Tenía los ojos grandes y su cabeza, casi desprovista de cabello, reposaba sobre una mandíbula corta y ancha. Su torso era fuerte y musculoso, equipado con miembros hábiles y manos y pies capaces de actuar con gran precisión. Su personalidad pública contemplaba el mundo igual que un niño honesto y sincero capaz de hacer muchas cosas. Si las comisuras de sus labios hubieran apuntado hacia abajo la gran curva de su reluciente cuero cabelludo y la configuración de su mandíbula habrían hecho que se pareciera a una tortuga a punto

de morder. Pero ni uno solo de los que formaban su público le había visto jamás así; normalmente sus labios se curvaban hacia arriba en una sonrisa tranquilizadora.

Y cuando se movía sus pies calzados con unos lustrosos zapatos negros bailaban rápida y silenciosamente sobre aceras y suelos de madera, subiendo peldaños de mármol y avanzando por pasillos recubiertos de vinilo, entrando y saliendo de universidades, fábricas, sedes gubernamentales, barcos, aviones y bancos. Apenas había un lugar del mundo al que sus ocupaciones no pudieran acabar llevándole, sonriente y cortés, una presencia tranquilizadora, su pequeño y achatado transceptor negro colgando de su hombro izquierdo suspendido por una tira de cuero, un clavel rojo recién cortado en el ojal de su traje negro.

Su sonrisa se ofrecía a los rostros de los poderosos tan libremente como a los de cualquier persona corriente, y hacía mucho tiempo que ya no se veía obligado a enseñar sus credenciales de periodista. Cuando estaba en Nueva York vivía en su piso de hombre solo, un apartamento situado en lo alto de un gran edificio que dominaba el Central Park.

Pero la excelente situación del piso no le importaba demasiado, y nadie había visto su interior, pues era viudo desde antes de su floreat profesional. Gracias a ello no tenía que pedir disculpas por el Picasso de la época azul que colgaba sobre su escritorio, ni por el De Kooning, el Draque y el Utrillo que adornaban otras paredes del apartamento. Allí podía vivir como le gustaba. La mayor parte del tiempo una suave música barroca que no parecía venir de ninguna fuente concreta flotaba a su alrededor, estuviera donde estuviese, como si hubiera logrado que toda una pequeña orquesta le siguiera discretamente.

De repente una de las minúsculas luces piloto que constelaban la unidad de comunicaciones que descansaba junto a su codo empezó a parpadear, interrumpiendo sus melancólicos recuerdos. La luz era de color rojo. Los altavoces de la máquina emitieron un leve chasquido premonitorio.

—Señor Michaelmas.

La voz era reservada, el tono seco. Un hombre menos inteligente que él habría pensado que resultaba casi reprobatorio. Michaelmas se volvió hacia la máquina con una afable expresión de interés en el rostro. —¿Sí, Domino?

—Tengo un boletín de noticias.

—Adelante. —Michaelmas siempre daba la impresión de apreciar en su debido valor hasta el último segundo de tiempo libre que alguien pudiera dedicarle. Era algo que le había sido útil a muchos reporteros famosos antes que a él y, aparentemente, Michaelmas lo utilizaba siempre.

—Reuter ha difundido la noticia de que Walter Norwood no está muerto. Se encuentra casi totalmente recuperado después de un largo tratamiento y está listo para volver a ocupar su puesto.

Laurent Michaelmas se reclinó en su asiento. Unos cuantos pliegues de carne aparecieron bajo su mandíbula y enarcó una ceja. Juntó las manos, formando un puente con los dedos.

—Será mejor que me des el informe completo.

—De acuerdo. «Berna, 29 de septiembre. Según un científico que ha ganado dos veces el Nóbel, Walter Norwood vive y se encuentra perfectamente. El doctor *professor* Nils Hannes Limberg anunció a las 0330, hora de Berna, que el astronauta Walter Norwood, al que se creía muerto después de que su lanzadera orbital quedara destruida sobre el Sahara, el mes de junio pasado, sufrió considerables heridas cuando su cápsula de emergencia se estrelló en un pico de los Alpes cercano al mundialmente famoso Sanatorio Limberg.

Limberg afirma que la publicidad y el pedir ayuda y consejo a otras personas no habrían hecho sino interferir con el tratamiento adecuado. Ahora Norwood se encuentra cita mejor que nunca y tan pronto como ha sido médicamente aconsejable ha hecho pública la noticia fin de la cita. Limberg informó a la Comisión Astronáutica de las Naciones Unidas antes de hacer pública la noticia. La CANU ha informado de que Norwood está dispuesto a dejar el sanatorio en cuanto ésta se lo pida. Limberg ha dicho que todas las peticiones de una mayor información al respecto deben dirigirse a la CANU y no ha permitido el acceso de los medios de comunicación al sanatorio cita por el momento fin de la cita. Fin del boletín. Nota dirigida a los encargados de agencia:

Estamos en contacto con la CANU de Europa. Reuter de África, por favor, hable con el Control Estelar de la CANU e informe a la mayor brevedad posible. Reuter de Nueva York lo mismo con la CANU de allí. Reuter Internacional seguirá a la escucha. Fin del mensaje».

Laurent Michaelmas ladeó la cabeza. Un instante después alzó los ojos, sin ver nada en particular. —¿Crees que es cierto?

—Creo que lo dicho por Limberg sobre su forma de manejar el asunto le da mucha verosimilitud. Todo encaja con su carácter, desde el principio hasta el final. Basándonos en eso, la conclusión es que Norwood se encuentra vivo y entero.

—Maldita sea —dijo Michaelmas—. Maldita sea...

Las yemas de sus dedos se movieron distraídamente sobre la cálida madera satinada del escritorio. Las uñas de su mano izquierda eran bastante largas, mientras que las de su mano derecha estaban cuidadosamente recortadas y las puntas de los dedos mostraban unas considerables callosidades. Uno de los lados de su sala contenía un gran panel de terciopelo azul oscuro del que sobresalían unos delgados ganchos de latón, ganchos de los que colgaba todo un surtido de instrumentos de cuerda antiguos. Pero Michaelmas hizo girar su asiento y cogió una guitarra Martin Dreadnaught. Se encorvó hacia delante y se quedó inclinado pensativamente sobre el

instrumento, la mano derecha tapando el gran cuello de la guitarra.

—Domino. —¿Sí, señor Michaelmas?— ¿Qué tienes de los otros medios de comunicación? —¿Sobre lo de Norwood?

—Sí y hasta nueva orden será mejor que le des prioridad en todo los datos que me pases.

—Comprendido. Primero, el resto de agencias están hablando con sus delegaciones de Suiza y de las Naciones Unidas, informándole de lo dicho por Reuter y preguntándoles qué diablos pasa. El hombre de la AP de Berna ha contestado diciendo que no ha conseguido sacarle nada a Limberg, y que no puede llegar al sanatorio... Está en lo alto de una montaña y el único camino que lleva a ella es privado.

La UPI está pasando viejas cintas de Limberg y Norwood, con artículos de fondo sobre cada uno y un resumen del accidente sufrido por su lanzadera. No tiene nada definido; se están limitando a proporcionarle material con que llenar el espacio a sus abonados, y probablemente albergan la esperanza de tener algo claro pronto. Todos los sindicatos de agencias están haciendo básicamente lo mismo que ellos. —¿Y qué está haciendo la TASS?

—No están transmitiendo nada. Han hablado por teléfono con Pravda y con Berna.

Pravda va a reservar un espacio en la página tres de mañana y el hombre de la TASS en Berna está teniendo tan poca suerte como el de la AP. Le ha profetizado a su jefe que Limberg no tardará en celebrar una conferencia de prensa a gran escala; dice que no encajaría con el carácter del viejo quedarse callado después de soltar semejante bomba.

Estoy de acuerdo con él.

—Ya. ¿Y qué hacen las cadenas?

—Han reaccionado con gran interés pero están esperando a recibir mas detalles de los servicios informativos. Las cadenas recreativas están pasando imágenes de Berna, el Oberland o cualquier montaña nevada que tenga a mano, acompañadas por un comentario en la banda sonora; leen rápidamente el boletín de noticias y luego se dedican a hacer anuncios publicitarios de sus canales de noticias asociados. Pero los canales de noticias se limitan a pasar metraje de archivo de lanzadera acompañado con imágenes del Jungfrau y el Finsteraarhorn. Nadie tiene más datos.

—De acuerdo, creo que podemos dejar que te encargues del asunto. Tengo la impresión que el doctor Limberg a dejado estallar su bomba y se ha retirado a una posición preparada de antemano en la que pasar la noche. El siguiente sitio al que acudiré es la CANU. ¿Qué tienes al respecto? —Los dedos de Michaelmas entraron en contacto con las cuerdas de la guitarra. La música ambiental dejó de sonar y la vibración de la guitarra resonó claramente en el repentino silencio. Michaelmas no le

prestó atención, manteniendo el instrumento pegado a su cuerpo pero sin utilizarlo.

—Control Estelar ha decidido que ninguno de sus funcionarios hará declaraciones públicas hasta que no hayan preparado un comunicado oficial que ellos mismos se encargarán de emitir. Están haciendo circular dos borradores entre su junta directiva. Un borrador se reduce a expresar su sorpresa y alegría y el otro, naturalmente, es una expresión de pena ante las falsas esperanzas que han trastornado la decorosa pena que el mundo sentía ante el destino del coronel Norwood. No difundirán ninguno de los dos hasta que no tengan una confirmación de Berna. Un avión de la CANU está saliendo ahora mismo de Nápoles con rumbo a Berna y Ossip Sakal va a bordo de él; estaba pasando sus vacaciones allí. El vuelo no ha sido anunciado a la prensa.

»Los ingenieros de Control Estelar han enviado informes a todos los departamentos reiterando su opinión original de junio en cuanto a que el vehículo de Norwood quedó totalmente destruido y nada pudo salir de él entero. Obviamente, todo el personal de la CANU está siendo levantado de la cama para que puedan repasar sus evaluaciones.

Las manos de Michaelmas estaban jugueteando distraídamente con la guitarra. Notas y frases musicales brotaban del altavoz. Las pulsaciones inconexas hacían nacer asomos de melodías que se esfumaban antes de que tuvieran oportunidad de hacer gran cosa consigo mismas.

La máquina siguió hablando con su tono impasible de siempre.

—Control Estelar ha recibido una llamada telefónica del sanatorio de Limberg. La persona que llamaba fue identificada como Norwood por su voz, su aspecto y el contenido de la conversación. Confirmó la declaración hecha por Limberg. Le ordenaron que siguiera callado hasta que Sakal y unos cuantos peces gordos de Nápoles pudieran llegar hasta él. A partir de entonces todos los puestos espaciales y departamentos de la CANU recibieron órdenes estrictas de Control Estelar, como se ha indicado anteriormente, y la prensa no ha sido informada de que Norwood llamara a la CANU.

—Has estado muy ocupado, ¿no? —Una serie particularmente afortunada de accidentes brotó de la guitarra. Al oírla Michaelmas parpadeó, sorprendido y complacido. Pero la guitarra le había distraído, por lo que la apoyó en la pared que tenía a la espalda. Se puso en pie y hundió las manos en los bolsillos, con los hombros rígidos y encorvados hacia delante. Después fue lentamente hacia la ventana y contempló la isla de Manhattan.

El milagro de Norwood —el milagro de Norwood y Limberg—, iba en camino de convertirse en un hecho, y la verdad era el menos importante de los factores que lo convertían en tal. Michaelmas acarició pensativamente el teléfono que había en el bolsillo de su pecho, que se mantenía en silencio tan sólo gracias a las funciones de secretaria ejercidas por Domino.

Sabía que vivía en un mundo repleto de sonidos mudos que clamaban por ser oídos, un mundo lleno de imágenes listas para convertirse en simulacros instantáneos. Por encima de él, flotando continuamente sobre su persona y sobre el mundo, había estaciones difusoras que palpitaban con miríadas de bits llenos de noticias y hechos carentes de importancia lanzados velozmente de una estación terrestre a otra, noche y día, de una órbita a otra, de la órbita sincrónica al scanner del horizonte, ascendiendo hasta los satélites suprasincrónicos que orbitaban el sistema Tierra—Luna, hasta que el diagrama de todos aquellos ángulos reflectantes y pirámides de comunicación hacía que la Tierra y su hermana fueran el centro binario de un gran globo facetado que se parecía terriblemente al anhelo secreto de Buckminster Fuller.

A su alrededor, desde la cima del edificio más alto y, a veces, llegando hasta las profundidades del mar, una red más densa, menos elegante y más frenética, lanzaba sus flechas de cada tipo de transmisor concebible a todas las clases de aparato receptor, volviendo a emitirlos desde cada transceptor. No había ni un solo lugar en el mundo donde un creador de imágenes no pudiera cobrar vida e inteligencia, si quien lo utilizaba poseía alguna de esas dos cualidades, si tía Martha no estaba dormida, si tu amante no estaba en algún otro sitio, si el ayudante de compras de Comerciantes Unidos no estaba ocupado con otro de sus canales. O, y cada vez con mayor frecuencia, también estaban las tintineantes cascadas de máquinas que respondían a otras máquinas, los sistemas reaccionando ante los controles y, sólo en el último eslabón, los controles traduciendo la voz humana para sus máquinas.

Qué universo de balbuceos y trinos, pensó Laurent Michaelmas. Qué chillona cesta de mimbre se había tejido para contener el mundo. Pensó en Domino, que había empezado siendo un mero aparato para hablar con su mujer sin tener que pagar las tarifas telefónicas. Hay filtraciones, pensó con cierta diversión. Pero no importa. El recipiente es tan complicado que consigue atrapar incluso lo que se le escapa. Las filtraciones van a parar a su misma fuente.

Pensó en Nils Hannes Limberg, cuya clínica atendía a medio mundo de personas que habían sufrido graves accidentes usando un cuadro de tarifas discretamente adaptables a los medios de pago de cada paciente. Y tales circunstancias, por supuesto, hacían que la clínica resultara más que conocida. Nils Hannes Limberg, propietario no sólo de una impresionante imagen de rectitud moral y gran investigador, sino también del ala más espaciosa de su sanatorio, con sus capacidades para regenerar el tejido de la dermis y revitalizar el tono muscular en las grandes personalidades públicas. Un anciano malhumorado que vestía un traje lleno de arrugas, que toleraba refunfuñando la gratitud de las primeras esposas de los grandes magnates, y que respondió secamente «Nunca veo la televisión» cuando le preguntaron si sentía algún orgullo especial ante el sorprendente y duradero ímpetu vital de Dusty Haverman. «¿Los pájaros guerreros del tiempo? ¿Que es una estrella

de esa serie? ¡Ah, que es el actor más cotizado de toda la industria! No, no estaba enterado de eso... Comprenda, cuando están tumbados en mis mesas de operaciones no se dedican a recitar sus diálogos».

Habían pasado aproximadamente diez minutos desde que Nils Hannes Limberg, un anciano flaco con la piel llena de manchas marrones y venas azuladas, habló con el hombre de Reuter en el lenguaje que más cómodo les resultara a los dos. Y ahora, 2.000.000.000 de personas despiertas ya habían podido enterarse de qué había dicho, mientras que muchas personas más esperaban a despertar para saberlo. Nadie sabía cuántos ordenadores estaban enterados de sus palabras; nadie sabía cuántos microlitos soportaban su peso, cuántas teleimpresoras temblaban con ellas. ¿Qué persona en su sano juicio podría afirmar que algo escupido a través de tantas válvulas electrónicas, que había estremecido los corazones de tantas conexiones, tantas joyas de láser, tantos recipientes de fluidos carbonatados —tal cantidad de los más groseros gránulos de carbón, pensándolo bien—, no era uno de los más colosales factores del día actual?

En algún lugar de los ocupados por aquellos dos mil millones la tortura y el éxtasis podrían ser seguidos hasta llegar a las vibraciones de un altavoz determinado, a esa danza especial de electrones enfocados a través de una lente y un electrostato. Los espíritus, tanto buenos como malos, habían quedado libres en el sistema nervioso de quienes habían oído las noticias y habían partido luego para desempeñar misiones preparadas de antemano, misiones que ahora serían realizadas de una forma distinta a la que habría existido antes. Los precios de un millar de cosas subieron; el dólar de todos se encogió, pero los dólares de algunos se multiplicaron. Hubo mujeres que lloraron, y amores en proyecto no llegaron a consumarse. Otras mujeres sonrieron, y unos cuantos desconocidos se encontraron. Los hombres se pusieron nerviosos y, ¿quién sabe lo que sucede cuando un hombre se pone nervioso? Laurent Michaelmas miró por su ventana, con apenas un millón de personas en su campo visual, y sintió cómo el fino vello de sus brazos se erizaba. Meneó la cabeza y se volvió hacia su terminal.

—No tomes en consideración ningún dato sobre Norwood, empezando con el boletín de la Reuter. ¿Crees que Norwood está vivo?

—No. Toda esperanza de encontrarle, vivo o muerto, es irracional. Cada estudio hecho sobre el accidente de la lanzadera ha llegado a la conclusión de que el estallido del combustible elevó la temperatura del sistema muy por encima del punto de ignición de todos los componentes, tanto orgánicos como inorgánicos. Todos los estudios indican que la explosión se produjo de forma inesperada y todos los datos están de acuerdo con los estudios hechos por la CANU sobre las capacidades de aceleración de la cápsula de emergencia. Finalmente, están de acuerdo con las evaluaciones que hice para ti en aquel momento.

—Norwood se convirtió en parte de una bola de gases que se fue expandiendo a una gran temperatura. ¿Correcto?

—Sí.

—Por lo tanto, tu estimación actual de que Norwood vive se basa solamente en el boletín de la Reuter.

—Así es. —¿Porqué?

—Sentido común.

—La Reuter no suele equivocarse y nunca miente. El doctor Limberg hizo esa declaración y no puede permitirse el lujo de mentir. ¿Correcto?

—Correcto.

Laurent Michaelmas miró a la máquina y le sonrió. La sonrisa estaba cargada de dulzura y la ternura que había en ella era auténtica. Era una expresión exactamente igual a la que puede verse en el rostro de dos niños muy pequeños que se despiertan el uno al lado del otro por la mañana, dos niños que aún no pueden recorrer libremente el suelo del jardín de infancia y que desean la misma cosa.

—Entonces, ¿cómo te imaginas tú la maravillosa resurrección de Norwood? ¿Qué le ocurrió?

—Creo que la trayectoria de su cápsula terminó en algún lugar cercano al sanatorio de Limberg. Doy por sentado que había sufrido graves heridas, si es que ha necesitado todos estos meses para recuperarse incluso estando en manos del doctor Limberg. Después de todo, los dos Nóbel de Limberg recompensaban grandes avances en la reproducción artificial celular controlada y el trabajo teórico sobre los mecanismos de la memoria celular. No me sorprendería acabar enterándome de que casi tuvo que crear un nuevo cuerpo para Norwood. Ese tipo de reconstrucción, basada en lo que Limberg ha ido publicando a lo largo de los años, se encuentra ahora casi al alcance de cualquier centro médico debidamente organizado. Creo que dadas sus instalaciones y el hecho de que tenía un paciente que gozaba de una gran estima popular el mismo Limberg sería capaz de llevarla a cabo. Su vanidad se vería tan atraída hacia ese desafío como una mariposa hacia el sol. —¿Y Norwood sigue siendo el mismo hombre?

—Desde luego, suponiendo que su cerebro no haya sufrido daños.

—Y, después de todo esto, ¿sería perfectamente capaz de dirigir la expedición a los Planetas Exteriores?

—Sería capaz de ello, pero no es probable que vaya a hacerlo. Ha perdido tres meses de la cuenta atrás. El mayor Papashvilly debe seguir al mando, por lo que me imagino que al coronel Norwood le resultará imposible participar en la misión. Ascender a su cosmonauta al rango superior necesario antes de que la misión haya tenido éxito iría en contra de la práctica habitual de los rusos. —¿Y si algo le pasara a Papashvilly?

—Esencialmente, se trata de lo mismo que sucedió con Norwood. La CANU le asignaría la misión al siguiente hombre de la cadena jerárquica, y...

Laurent Michaelmas sonrió.

—Y los caballos tienen plumas.

Hubo un momento de silencio y después la máquina volvió a hablar más despacio, con voz pensativa.

—Puede que tengas razón. La dinámica popular haría muy probable que Norwood volviera a ser nombrado para el puesto.

Michaelmas sonrió fríamente. Se frotó la parte superior de la cabeza.

—Dime, ¿estás seguro de que nadie ha logrado deducir todavía cuál es nuestra..., bueno, nuestra dinámica personal?

—Estoy totalmente seguro. —Domino se había quedado muy sorprendido ante aquella sugerencia—. Eso requeriría un nivel de integración prácticamente imposible, y lo vigilo continuamente. Nadie sabe que tú y yo gobernamos el mundo. —¿Y sabe alguien que el mundo está siendo gobernado?

—Bueno, eso es otro problema muy distinto. Nadie sabe qué pasa en los corazones de los hombres. Pero si alguien piensa eso, no ha llegado a hacer ninguna comunicación pública al respecto. Excepto, y lo digo como mera posibilidad, en una conversación privada.

—Lo cual carece de importancia hasta que de ello no resulte ninguna acción organizada. Y eso requeriría comunicación, que tú captarías. Bueno, siempre es un consuelo. —Estaba mirando de nuevo a la ciudad de Manhattan, suavizada por la noche, que brotaba de una niebla luminosa igual que la Atlántida soñada por un cristalógrafo.

—Probablemente carece de importancia... —dijo Michaelmas en voz baja.

La máquina volvió a quedarse callada durante unos segundos.

—Dime una cosa...

—Adelante. —¿Qué relación tiene esa pregunta tuya con las preguntas anteriores?

Los ojos de Michaelmas centellearon levemente, como solían hacer cada vez que se encontraba a Domino intentando comprender la intuición, pero al responderle no logró hacerlo con su acostumbrada despreocupación.

—Porque acabamos de averiguar que el gran Nils Hannes Limberg es un farsante. Eso es algo tan lamentable como significativo. Y porque ayer Norwood estaba muerto. Era un joven encantador con unos conocimientos especializados no superiores a los del hombre que le ha sustituido, y nunca hubo nada de secreto o maravilloso en él o de lo contrario hace mucho tiempo que me habrías advertido. Si hubiera estado en nuestras manos salvarle lo habríamos hecho, pero ni tú ni yo podemos hacer nada para que una válvula no se obstruya encima del Mediterráneo y,

francamente, la verdad es que me alegro de que haya algunas responsabilidades con las que no estoy obligado a cargar. Me habría gustado mucho poder salvarle. Pero tuvo un accidente fatal y el mundo ha seguido adelante.

Ahora Michaelmas no sonreía.

—El tiempo del coronel Norwood ha pasado. Los muertos no deben alzarse de sus tumbas... Destruirían todo aquello que han creado con su muerte. Resucitar a Norwood es un intento de borrar la historia. Eso es algo que no puedo permitir, como no puede permitirlo ningún otro ser humano. Por lo tanto, todo esto es un desafío. Me preocupaba la idea de que quizá pudiera ser una trampa.

Alzó los ojos. Aquel gesto hizo aparecer en su campo visual las estrellas y unos cuantos planetas.

—Ahí fuera hay algo, algo a lo que no le gusta la historia. Eso quiere decir que no le gusta lo que he hecho. Ahí fuera hay algo que está intentando cambiar la historia. Y eso quiere decir que está intentando dar conmigo.

Michaelmas se rascó la cabeza.

—Naturalmente, según dices no sabe que ha de vérselas con un solo hombre, un individuo determinado. Quizá piense que sólo debe encargarse de manejar a siete mil millones de personas. Pero uno de estos días se dará cuenta de la verdad. Me temo que es más inteligente que tú y que yo. —¿Deseas oír una evaluación crítica de todas las presuposiciones no secuenciales contenidas en tus palabras?— le preguntó Domino con aspereza. —Por darte un ejemplo, no tienes ninguna base que te permita llegar a esa evaluación final. Tus recursos intelectuales combinados con los míos...

—Domino, nunca intentes razonar con un hombre que ve caer la espada sobre su cabeza. —Volvió a ladearla y el tosco y feo rostro de Michaelmas adoptó una expresión de picardía parecida a la de un duende—. Tendré que pensar en algo... Después podrás encargarte de hacer que encaje con tu sentido común. —Empezó a ir de un lado para otro, con su cuadrado torso inclinándose levemente hacia delante sobre sus anchas caderas.

De su boca y su garganta emergían unos extraños y suaves tarareos que más parecían explosiones de sonido, sus mejillas palpitaban incesantemente y el redoble de un tambor y el zumbido de una grabadora le seguían allí por donde iba.

DOS

—Bien, creo que deberíamos estar asustados —le dijo Michaelmas a Domino mientras iba y venía por la cocina preparando su cena. Las cebollas que hervían a fuego lento en la salsa de vino estaban cerca de alcanzar un agradable grado de cocción pero la salsa burbujeaba con demasiada violencia y podía acabar volviéndose demasiado espesa.

Michaelmas cogió la sartén y la sacudió suavemente mientras la hacía pasar varias veces por encima del fuego, a unos diez centímetros de éste. El filete de buey estaba poniéndose más que satisfactoriamente marrón en su sartén individual, y cuando lo pinchó con el tenedor la carne cedió casi sensualmente a la presión. —Una personalidad definida es algo que no se crea de cero— dijo Michaelmas. —Claro que un niño artificial... ¿Por qué no? Tengo que admitirlo; creo que Limberg podría hacerlo. Ó quizá pudiera crear un clon idéntico al Norwood adulto. Pero nunca ha tenido ocasión de conseguir tejidos del original, ¿verdad? Y no hay forma alguna de crear un hombre adulto con treinta años de vida a su espalda. Oh, no. No puedo creer que sea capaz de hacer eso. Y te apuesto a que ha debido partir de cero porque Norwood no se estrelló cerca de su sanatorio. Para ser estrictos, ni tan siquiera llegó a estrellarse... Se vaporizó. Por lo tanto, Limberg tendría que haber construido a esa persona utilizando únicamente los datos que haya podido recuperar. Pero no creo que exista ningún sistema de registro que sea lo bastante completo, y si existiera no creo que contenga a Norwood.

—Norwood y Limberg jamás llegaron a conocerse. Según los registros, no hay ningún depósito que contenga muestras celulares de Norwood. Ningún sistema existente en la actualidad permitiría reconstruir una entidad biológica o sus experiencias partiendo tan sólo de los datos disponibles.

—Ahí lo tienes —dijo Michaelmas—. Es lo más sencillo del mundo. —Tomó un poquito de salsa entre el índice y el pulgar y la probó, haciendo una mueca de satisfacción. Después colocó la sartén en la placa calefactora, la tapó y se volvió hacia la mesa donde estaba el pequeño rectángulo de la máquina, con la mayor parte de sus pilotos apagados pero brillando suavemente gracias a las luces de la habitación—. Falsificar un astronauta es algo imposible —le dijo—. Incluso en esta cultura nuestra los astronautas son únicos porque sus respuestas habituales son algo bien conocido y estudiado. Limberg jamás intentaría una cosa semejante. Le ha devuelto la vida al auténtico coronel Norwood. Pero no lo ha hecho utilizando ninguna de las técnicas y descubrimientos que ha ido anunciando a lo largo de los años. La carrera de Limberg, su imagen pública, todo...

Sencillamente, eso ha quedado reducido a algo útil que permite encubrir el tipo de acción que ha emprendido ahora. Mira, Domino, la verdad es que si descartas todas

esas tonterías sobre el que Norwood haya sobrevivido a la explosión la cosa está muy clara.

Venga, piensa en ello.

Habló con un tono de voz cargado de paciencia, dándole ánimos a la máquina. Era el mismo tono que había usado para guiar a esos entrevistados confusos a los que se les trababa la lengua durante cientos de entrevistas animadas y vivaces, creando y destruyendo políticas y carreras delante de públicos inmensos.

La contestación de la máquina fue igualmente paciente pero en ella podía detectarse un cierto esfuerzo para no perder la calma.

—El doctor Limberg es un genio de primera magnitud... Michaelmas sonrió con una mueca de astucia implacable, pero no la interrumpió. —... y no es posible que lleve una doble vida. Incluso admitiendo que sus descubrimientos progresaran a una velocidad tan fenomenal que le permitieran mantener su reputación pública y perseguir en secreto alguna actividad totalmente distinta, sigue habiendo objeciones prácticas imposibles de superar.

—Ah, ¿sí? Dime alguna. —La salsa burbujeó con un fuerte silbido al entrar en contacto con el filete de buey. Unos cuantos diestros golpes del tenedor de Michaelmas hicieron que el filete quedara adecuadamente cubierto por la salsa y un instante después pudo colocar su cena en el plato ya caliente que la aguardaba y llevarla a la zona de su apartamento que había ambientado para cenar. Llenó una copa con el vino que había estado aireándose en el cestillo de mimbre y se sentó, disponiéndose a comer.

—Uno —dijo Domino—. Es un santo malhumorado, un tipo de personalidad desarrollado por muchas grandes figuras intelectuales desde que empezó la revolución de las comunicaciones. Cuanto más ferozmente protesta ante las intrusiones que estorban sus complejos procesos mentales y sus métodos de trabajo, más insisten los medios de comunicación y más se esfuerzan por descubrir qué está haciendo ahora. Uno de los métodos habituales de conseguir información es mantener una cuidadosa vigilancia sobre cuanto se le envía. Recordarás que así es como el Servicio de Noticias Científicas logró deducir su interés en los plásmidos gracias a que compró oleófagos, ¿no? Como resultado directo, varios inversores inteligentes que trabajaban en los campos industriales adecuados lograron verse recompensados cuando Limberg hizo públicos los descubrimientos que llevaron a la concesión de su primer Nóbel. Desde entonces, naturalmente, tanto sus compras como sus residuos están sometidos a docenas de inventarios, y las investigaciones a las que dice dedicarse encajan con las listas.

—Uno de esos inventarios es el tuyo. —Michaelmas rió suavemente—. Sigue.

—Dos. Todos los análisis de la personalidad del genio, por muy disimulada y alterada que pueda estar, muestran que este tipo de individuo no puede trabajar en dos

direcciones distintas durante ningún período significativo de tiempo. Tu hipótesis presupone que esa mente soberbia ha estado participando durante años en lo que es un tremendo engaño con todo el mundo como objetivo. Eso no puede ser cierto. Si ése hubiera sido su propósito original, habría acabado distanciándose de él y cuando su carrera falsa hubiera empezado a cobrar una auténtica importancia habría estallado, rebelándose contra ella. No puedes oponerte a una dinámica... y creo que no debería estar recordándote tus propias reglas básicas, ¿verdad? —le riñó Domino, para seguir hablando implacablemente—. Y por lo tanto, si alguien se hubiera dirigido a él recientemente con esos mismos propósitos, se habría negado. Habría muerto... Mejor dicho, habría soportado cualquier forma de dolor físico o emocional, antes que someterse a ellos. La mente del genio es inevitable y fluidamente egocéntrica. Cualquier intento de manipular los planes que haya hecho para sí mismo —bueno, para expresarlo de una forma más convencional, cualquier intento de manipular esa carrera inevitable que se ha fijado—, resultaría equivalente a una amenaza de extinción, y eso sena inaceptable.

Michaelmas había estado sonriendo con aprobación durante toda esa retahíla de palabras, y cuando ésta llegó a su fin se sirvió otra copa de vino.

—Muy cierto. Ahora, supongamos por un momento que el *herr doktor* professor Nils Hannes Limberg, de profesión científico, es meramente un hombre inteligente que posee una buena biblioteca y tiene acceso a un servicio capaz de proporcionarle un equipo y una técnica para fabricar gente.

El silencio fue claramente perceptible. Michaelmas observó con benévolo interés la no totalmente aleatoria pauta de luces que bailaba sobre la superficie visible de la máquina.

Detrás de ella las instalaciones del apartamento estaban lavando y guardando su vajilla.

La música habitual flotaba en el aire, aunque más débil que de costumbre pues el centro de entretenimiento, gracias a Domino, era consciente de que estaban hablando sobre algo importante. En resumen, dejando aparte la poesía de antes, todos los ingredientes precisos para una velada de lo más agradable estaban presentes.

—Hmmm —dijo Domino—. Dando por supuesto que eres consciente de todas las pequeñas discontinuidades que contiene tu frase y que te estás limitando a saltar por encima de ellas... Bien, sí, un actor competente que poseyera el vocabulario adecuado y una biblioteca de referencia podría vivir imitando a un genio. Y un hombre al que se le proporcionara una técnica totalmente desarrollada y el instrumental necesario no precisa hacer ninguna investigación previa ni adquirir equipo.

Otro silencio, y Domino siguió hablando, con una obvia reluctancia a proclamar en voz alta algo tan obvio.

—Sin embargo, debe existir un cuerpo de conocimientos preestablecido capaz de proporcionarle esa biblioteca y el equipo, así como un sistema no detectado que le suministre todo eso. A efectos prácticos, semejante parafernalia sólo podría surgir de una sociedad totalmente desarrollada que lleve existiendo por lo menos desde los tiempos en que Limberg estudiaba, y en la Tierra no existe ninguna sociedad semejante. Está claro que en todo el Sistema Solar no hay ninguna vida inteligente aparte de la humana. Por lo tanto no existe semejante sociedad o, al menos, se encuentra más allá de donde la raza humana puede llegar.

—Pero quizá no esté más allá de la distancia a que tiene intención de llegar, ¿verdad? —dijo Michaelmas—. Bien, doy por sentado que has estado siguiendo las ofertas de contratos relacionados con el asunto de Norwood, ¿no?

—Sí. Has recibido llamadas de varias cadenas y sindicatos de noticias. He vendido los derechos en prosa. Estoy manteniendo en reserva tres ofertas de comentario hablado para que decidas al respecto. El resto estaba por debajo de tu categoría.

—Firma la que ofrezca más libertad de actuar en relación a la paga. No quiero que nadie piense que ha comprado el derecho a controlar mis movimientos. Y entra en la dinámica departamental de la CANU: altera un par de memorándums en cuanto los emitan. Quiero que crees una preocupación generalizada sobre la salud y seguridad de Papashvilly. Y, por cierto, ¿dónde está?

—En Control Estelar. Duerme, o por lo menos lleva cierto tiempo sin usar el teléfono y las instalaciones de su habitación están utilizando el mínimo de energía, pero muestran cierto consumo equivalente a una presencia humana. Al parecer la CANU ha decidido no molestarle a menos que no les quede más remedio. —¿Estás diciéndome que la configuración electrónica de su habitación es exactamente la misma que en otras ocasiones, cuando sabías que estaba dormido?

—Sí. Sí, por supuesto. Está ahí dentro, y está dormido.

—Gracias. Quiero que seamos lo más exactos posible el uno con el otro en ese tipo de cosas. El primer movimiento de los amos de Limberg ha sido soberbio pero eso no es motivo para que mi admiración hacia ellos deba cegarme. Después de todo, no soy el Destino.

TRES

Salió de su apartamento, se identificó ante los sistemas de seguridad del edificio y llegó al nivel de los taxis. El suelo de aquel piso estaba recubierto de cemento marrón claro con fluorescentes azules en el techo. Técnicamente, la atmósfera era totalmente estanca, filtrada y protegida. Pero su calidad no era tan buena como la del apartamento; el nivel ofrecía un gran volumen compacto que necesitaba más conductos y ventiladores de los que podía permitirse el presupuesto utilizado en la construcción. El lugar producía una impresión de ecos desolados y distantes vientos cálidos.

Vio el taxi parado ante la entrada. El conductor le estaba mirando, por lo que cogió su teléfono y estableció una conexión de identidad entre el taxi, él mismo y el edificio.

Después, guardando el teléfono, meneó la cabeza.

—Tendríamos que hacerlo mejor —le dijo a Domino.

—Cada cosa a su tiempo —replicó su compañero—. Hacemos lo que podemos con aquellos proyectos que nos resulta posible impulsar. ¿Recuerdas cómo solía ser este vecindario?

—Era algo más animado —dijo Michaelmas con una leve huella de melancolía en la voz.

El conductor le reconoció mientras iban de camino al aeropuerto.

—Supongo que va a enterarse de si Walt Norwood está realmente bien, ¿no? —le dijo. Y el jefe de embarque de la línea aérea le dijo:

—Tengo muchas ganas de oír sus entrevistas con el coronel Norwood y el doctor Limberg. Nunca confío en sus competidores, señor Michaelmas. —La azafata que se encargó de llevarle a su asiento era una hermosa joven cuyos ojos se nublaron un poco cuando le preguntó si era cierto lo de Norwood. Michaelmas le ofreció sonrisas apaciguadoras y réplicas que demostraban su interés tanto a ellos como a los compañeros de viaje que tuvieron el valor de dirigirle la palabra, y las sonrisas y las muestras de interés parecieron suavizar la intrusión que representaba alzar su máquina ante ellos para captar sus rostros y lo que le decían. Y mientras le hablaban, sabiendo que podrían formar parte de un programa, les admiró.

Michaelmas pensaba que cuando hasta la respuesta más fugaz de un ser humano quedaba capturada como una libélula en el ámbar reaccionar con naturalidad era algo muy difícil. Cuando decidió por primera vez que debía ser periodista, también vio claramente toda la indecencia básica que había en congelar una sonrisa para siempre o impedir que una lágrima se desvaneciera. Llevaba el tiempo suficiente superando esa sensación como para ser bueno en su trabajo. Poco a poco, había llegado a comprender que la gente confiaba lo bastante en él como para que no les importara

que tomase prestados pequeños fragmentos de sus almas y aquello le hacía sentir algo inexpresable en palabras, algo que le impedía interferir con ellos.

Y también pensó que el encargado de la puerta había perdido su ocasión de verse en un programa cuando se limitó a hacerle cumplidos. Eso hizo agitarse levemente a la parte de su ser que no conseguía olvidarse de las ironías.

Así pues aquella excursión por las desiertas calles nocturnas y a bordo del más bien pequeño aparato trasatlántico con su corta lista de pasajeros era casi una diversión para Michaelmas, aunque en cada etapa del trayecto fue muy consciente tanto de los inconvenientes como de los logros inexpresados que encerraba.

Se instaló en el salón con una sonrisa de satisfacción en el rostro. Sus dedos se enroscaron complacidamente alrededor de un Negroni tan pronto como el aparato hubo completado su salto inicial a las partes más tenues de la atmósfera. Miró a su alrededor como si esperara ver aparecer en cualquier momento algo nuevo y maravilloso. Se comportó igual que si una velocidad de crucero de cuatro mil kilómetros por hora metido en la delgada piel de aquel ingenio presurizado fuera exactamente lo que el Hombre había anhelado siempre.

En los asientos de la cola había dos neoyorquinos vestidos con trajes a medida que habían subido corriendo en el último momento.

Uno de ellos le enseñó sus credenciales de prensa a la azafata que protegía la barrera de la clase turista, acompañándolas con una deslumbrante sonrisa masculina. Incluso estando separado de él por toda la longitud del aparato, Michaelmas se dio cuenta de que aquel hombre poseía una tarjeta de corresponsal y estaba utilizando el viejo truco de pagar poco pero viajar a lo grande. Y, naturalmente, ahora los dos hombres venían hacia él. Uno de ellos era Melvin Watson, e indudablemente había aceptado una de las dos ofertas que Michaelmas había rechazado. El otro, más joven, le resultaba desconocido.

Cada uno de ellos llevaba uno de los equipos de comunicación habituales, pintado de azul celeste y con el logotipo de una cadena encima. Watson le miró, obsequiándole con una gran sonrisa, volviéndose de vez en cuando hacia su compañero mientras que éste avanzaba por el pasillo alargando hacia Michaelmas una mano digna de un albañil.

Michaelmas se puso en pie para recibirles.

Su máquina estaba enfocada hacia los dos hombres.

—El otro es Douglas Campion —dijo Domino por el conductor insertado en su hueso mastoides—. Nuevo en el Este. Buena reputación en Chicago. Uno de los primeros comentaristas de la WKMM —TV; estuvo muy metido en los asuntos locales. Pasó a trabajar por libre hace un año. La NBC ha estado usando montones de material suyo en las emisiones diurnas; últimamente han empezado a pasar algo de noche—. Michaelmas se alegró de que el resumen hubiera sido corto; los aparatos de

transmisión ósea siempre parecían provocarle ecos en los senos nasales.

—Estaba seguro, Doug —le dijo Watson a Champion cuando llegaron por fin junto a Michaelmas—. Si quieres pillar a Larry Michaelmas tienes que buscar en primera clase. —Sus dedos se cerraron sobre los de Michaelmas—. ¿Qué tal estás, Larry? —le preguntó—. ¿Un repentino impulso de recorrer Europa? ¿Vas a visitar a un pariente enfermo? ¿O intentas huir de algún novio irritado? —Cuando tenía que pronunciar frases largas su voz adquiría el tono nasal y las pausas melodramáticas que eran su herencia profesional de la Escuela de Locutores del Ejército, por mucho que intentara disimularlas con sonrisas y guiños. Pero, combinadas con su rostro lleno de arrugas, su intenso bronceado y sus ojos, de un azul tan claro que sus pupilas parecían estar a una profundidad mucho mayor que el blanco, la técnica resultaba muy efectiva para el público. Michaelmas le había visto reptando sobre sacos terreros reventados con una camisa cubierta de sangre, y le caía bien.

—Buenas noches, «Caballo» —le dijo, riéndose y alzando un poco la cabeza para examinar a Watson, al que llevaba cierto tiempo sin ver. Parecía algo cansado y tenía el rostro enrojecido.

—Si ya casi ha amanecido... —bufó Watson—. Qué oficio tan asqueroso. Te presento a Doug Champion.

Champion era un hombre apuesto y terriblemente compacto. Su cuerpo parecía estar rodeado por una indefinible aura de cohesión, como si le hubieran aplicado sobre la piel una capa de alguna sustancia sólida que hubiera penetrado la carne: caoba, por ejemplo, o algún otro material granuloso que podía ser arañado pero que resultaría muy difícil arrancar. Y sus ojos negros asomaban de aquellas hoscas profundidades. Incluso el corto cabello rojizo de apretados rizos que cubría su bien moldeado cráneo daba la impresión de que no se dejaba vencer más que por una tijera terriblemente afilada. Medía un metro setenta y probablemente no debía llegar a los sesenta y ocho kilos. Habría podido pasar fácilmente por un astronauta.

—Me alegra mucho conocerle, señor —le dijo—. Es un honor y un privilegio. —Estrechó la mano de Michaelmas con la rapidez y economía de gestos de un hombre que ha estado en muchas plataformas recibiendo a personas de las que espera recoger fondos. Sus ojos registraron velozmente el rostro y el cuerpo de Michaelmas y los guardaron en alguna parte—. He estado aguardando este momento desde que entré en la profesión.

—Por favor, ¿quieren sentarse? —dijo Michaelmas, no porque Watson no estuviera ya medio embutido en el asiento contiguo al suyo sino porque Champion le hacía acordarse de lapolitesse obligada en las salas de juntas y las reuniones políticas. Decidió que Champion debía tener una gran confianza en sí mismo para haber abandonado su posición anterior, más segura y que le habría permitido ascender con una rapidez mucho mayor en la escala jerárquica de la cadena. Y recordó que

Domino había parecido impresionado por él.

—Gracias, Larry —estaba murmurando Champion. Watson estaba instalándose en su asiento retorciéndose igual que si éste fuera un montón de paja y cuando logró atraer la atención de la azafata de primera clase se llevó el puño a la boca.

—Bien, Larry... —dijo Watson—. Parece que vamos a escalar los Alpes juntos, ¿no?

—Supongo que sí, «Caballo». —Michaelmas sonrió.

Las unidades de comunicación de Watson y Champion emitieron un agradable tintineo simultáneo. Watson gruñó, sacó el auricular de su hueco y lo colocó en su oreja.

Champion, sentado al otro lado de Michaelmas, hizo lo mismo. Los dos se dedicaron a escuchar con gran atención, los rostros inexpresivos, las bocas levemente abiertas, mientras que Michaelmas les miraba alternativamente, sonriendo. Un instante después Watson se puso la unidad delante de la boca y dijo «Recibido. De acuerdo», dejando que el auricular se rebobinara por sí sólo.

—Un boletín de la AP —le explicó a Michaelmas—. Uno de sus chicos le ha preguntado a la CANU si habían mandado personal al sanatorio de Limberg y le han respondido con un «Sin comentarios». Jesús, ojalá esa chica llegue pronto aquí con su condenado carrito; estoy perdiéndome la fiesta de compromiso de mi hija. Bueno, parece que después de todo allí arriba está pasando algo.

—Eso supongo —dijo Michaelmas. Un Sin Comentarios en aquellas circunstancias podía considerarse casi como una admisión de que todo era cierto, la forma típica con que un relaciones públicas de la CANU intentaría salvar la cara ante sus jefes sin enemistarse con la prensa. Pero ésta ya era la segunda vez durante su breve conversación en que «Caballo» Watson le pedía una confirmación—. ¿Crees que la historia es cierta? —le preguntó Watson, volviendo a hacerlo.

Michaelmas asintió. Había comprendido que Watson estaba convencido de que no hacía sino perder el tiempo.

—La Reuter no comete muchos errores —dijo.

—Bueno, supongo que yo también creo en ella. ¿Has tenido tiempo de recoger alguna reacción del público?

—Algunas. Todos esperan que sea verdad. —Y, a cambio de que le hubiera comunicado el boletín de la AP, Michaelmas le dijo—: ¿Has oído el comentario de Gately? —Cuando Watson meneó la cabeza Michaelmas sonrió con malicia y alzó su máquina. Accionó un control que imitaba el ruido de una cinta al girar—. Lo grabé de la CBS..., en mi taxi. De todas formas, ahora ya es del dominio público. Escucha —dijo mientras que las luces piloto pasaban por una secuencia de encendido y apagado; cuando volvió a apretar el botón se quedaron encendidas.

Will Gately era el Subsecretario para la Astronáutica del Departamento de

Defensa de los Estados Unidos, y había sido astronauta. Como siempre estaba dispuesto a hacer pasillos en defensa de sus propios deseos y emociones, era el hombre perfecto para un trabajo que la administración, tácitamente, había decidido dejar en manos de la ineptitud.

—La oleada de júbilo popular ante este anuncio todavía no confirmado quizá sea prematura —dijo su voz—. Puede que mañana se vea ahogada por la fría luz de la desilusión. Pero, aunque sólo sea por esta noche, Norteamérica se va a la cama llena de alegría. Esta noche, Norteamérica recuerda a sus hijos. El vientre de Watson tembló suavemente.

—Y mañana Rusia le recuerda al mundo la cláusula sobre desnacionalización contenida en el tratado astronáutico de la ONU. Jesús, creo que Willy «Queroseno» Gately aún será capaz de revivir la Carrera Espacial él sólo.

Michaelmas sonrió como si el fauxpos de Gately no hubiera acabado con las esperanzas de un ascenso inmediato que pudiera haber para el mayor Papashvilly. La URSS no podía correr el riesgo de hacer que el mundo enarcara las cejas ascendiendo a su hombre hasta el mismo rango que Norwood, y menos ahora. En realidad, las palabras de Gately y el que los soviéticos defendieran una fervorosa caballerosidad con el fin de conseguir la Paz Equilibrada podían haber conspirado para que el pequeño y jovial georgiano corriera un peligro todavía mayor.

Campion abrió la boca, sorprendiéndoles un poco después de su prolongado silencio.

—Desde luego, el buen doctor sabe calcular bien cuándo ha de hablar. —Michaelmas le miró, ladeando la cabeza. Campion tenía razón. Pero también demostraba un cierto exceso de conocimientos, para ser un hombre que no había visto nunca a Limberg—. Saca al tipo de la Reuter de su cama a las tres y media de la madrugada, hora local, el veintinueve de septiembre. —Campion estaba apoyando su afirmación con hechos—. Y gracias a eso consigue que la noticia llegue a los viejos Estados Unidos en el mejor momento —con lo que se refería a las noticias de las diez del veintiocho de septiembre.

Michaelmas pensó que Campion comprendía que Limberg había actuado igual que si pretendiera producir un efecto preciso sobre los tipos parecidos a Gately. Pero Watson no se había dado cuenta de ello porque Campion había logrado resultar irritante con su despliegue de erudición.

—Lo que pienso —había dicho Watson cuando la última palabra de Campion aún flotaba en el aire—, es que llegaremos a Berna sobre las siete y media de la mañana hora local.

Limberg sigue en su sanatorio con la gente de la CANU y con Norwood, hablando a toda velocidad. Bien, ¿crees que el viejo será capaz de prescindir de su reposo en cuanto hayan acabado? No lo creo. No tendremos ni una sola posibilidad

de hablar con ese maldito hijo de perra hasta que no sean por lo menos las doce, hora local, y eso quiere decir que para entonces yo debería llevar seis horas acostado. Mientras tanto, todos los medios de comunicación europeos andan por allí ahora mismo buscando color local, algo con que ambientar el fondo de los artículos y puede que incluso examinando el lugar donde se estrelló la cápsula; lo cual quiere decir que en cuanto aterricemos tendremos que correr como locos sólo para descubrir el retraso que llevamos.

—Pero ellos tendrán alguien de sus agencias europeas allí en estos momentos, ¿no? —le preguntó amablemente Michaelmas señalando el logotipo de su unidad de comunicación, mientras que Campion se erguía un poco en el asiento, sonriendo.

—Oh, claro —replicó Watson—, pero ya sabes lo tacaños que son, ¿no? Intentarán venderme postales de las montañas con una X señalando el sitio donde pudo caer la cápsula, aunque ahora estará cubierta por meses enteros de nieve, claro, y mientras tanto, ¿crees que la CANU nos dará algo sobre lo que podamos trabajar? Ellos también necesitan dormir y, además, no asomarán la oreja hasta que Limberg no lo haya explicado todo y haya hablado de esos premios que tan afortunado fue al conseguir aunque, naturalmente, él está por encima del dinero y de todas esas paparruchas mundanas. Norwood estará invisible y él también dormirá, o se limitarán a dejar que le veamos unos momentos y nos harán salir de allí a toda velocidad. ¿Qué te apuestas a que acabamos enterándonos de que se lo han pasado a Control Estelar mientras que le han tenido durante todo este tiempo en Nueva York, Dios no quiera que sea en Houston, o puede que incluso en Tyura Tam? Verás cómo te gusta el clima del Aral en verano, Doug. Y los comisarios también te gustarán mucho... Allí desayunan comiéndose credenciales de prensa recién impresas, hijito.

Michaelmas contempló a Watson pestañeando con una cierta preocupación. Watson seguía con los ojos clavados en el carrito de licores que se iba aproximando a ellos, hurgando en el bolsillo de su pecho para sacar el dinero. Que Watson se sintiera obligado a tener de ayudante a Campion cuando le daba tanto miedo le inspiraba una pena terrible.

—Dejadme invitaros a una copa —estaba diciendo Watson. Sabía que la bebida de Michaelmas iba incluida en el precio de su billete y como despreciaba a Campion.

«Caballo» Watson estaba intentando que le aceptaran usando aquel viejo truco masculino. Michaelmas sintió que estaba empezando a ponerse rojo. Respiró rápidamente, intentando controlar el rubor.

—Quizá será mejor que duerma un poquito —se apresuró a decir Campion—. A juzgar por lo que nos has contado, Mel, más me valdrá descansar un rato. —Apagó su unidad de comunicaciones, se reclinó en el asiento con los brazos cruzados encima del pecho y cerró los ojos.

—Creo que voy a tomarme otro, señorita —le dijo Michaelmas a la azafata,

alargándole su vaso, aún medio lleno—. Le salen estupendos.

Watson pidió un bourbon con agua. Se tragó la mitad de un solo sorbo y después pareció olvidarse del resto, dedicándose a contemplar con expresión lúgubre las puntas de sus zapatos.

—Bueno, Larry, los dos llevamos mucho tiempo dando vueltas por ahí, ¿eh? —acabó diciéndole con una forzada jovialidad. Michaelmas asintió, dejando escapar una leve risita.

—Cada vez que pasa algo en Sudamérica, pienso en cuando casi acabaste encabezando la carga de la Junta a través de la plaza de Maracaibo.

Watson sonrió sardónicamente.

—Sí, amigo, aquel día estuvimos en la cima del mundo, ¿verdad? Tú con esa caja negra moviéndose al viento y yo con las manos vacías. Santo Dios, si mandamos la condenada historia por telégrafo, igual que si fuera una felicitación de cumpleaños o algo parecido... Y les dijimos que si pensaban mandar más gente harían bien blindando las unidades, porque después de parar la primera bala ya no podían con más. —Puso su mano sobre la unidad acorazada a prueba de golpes y manipulaciones de la que bien podía decirse había sido el impulsor, pagándola al precio de su propia carne.

Tomó un minúsculo sorbo de su bebida. Watson no estaba borracho, y no era ningún alcohólico, pero no fumaba ni usaba cilindros estimulantes, y no tenía nada que hacer con sus manos. Y, en realidad, no podía dejar de hablar. La mayor parte de pasajeros del aparato eran personas que debían hacer algo a primera hora de la mañana —mensajeros con certificados o divisas; ingenieros, artesanos con especialidades demasiado delicadas para poder ser ejecutadas de una manera fiable mediante los telemandos; especialistas buenos y honrados, gente que se bastaba a sí misma y a la que consolaban salarios capaces de justificar que se viajara a horas tan intempestivas—, y todos yacían envueltos en capas de tranquila autoestima, con sus cabezas oscilando al final de sus flácidos cuellos, y las luces de leer apagadas. Los ojos de Watson contemplaron la penumbra del pasillo.

—Tal y como están las cosas últimamente pronto me veré obligado a pedir mi carné del partido albanés y largarme al sur. Tendré que crear mis propias guerras...

—Lo echas de menos, ¿verdad? —le preguntó Michaelmas, calculando cuidadosamente el matiz de broma que había en su voz.

Watson meneó la cabeza. Y después asintió, muy despacio, casi imperceptiblemente.

—No lo sé. Quizá. ¿Recuerdas cómo era todo cuando estábamos empezando? Asia, África, Rusia, el Mississippi... Cielo santo, acababas de tener medio lista una historia y alguien empezaba de nuevo en otro sitio distinto. Grandes movimientos. Multitudes.

Montones de humo y llamas.

—Oh, sí. Grandes titulares. Metros y metros de película emocionante que enseñar en el tubo de rayos catódicos. —¿Sabes una cosa? Creo que lo más importante es que todo eso era algo sencillo. Los buenos y los malos... Gente que iba a conquistar tu país de la noche a la mañana. Gente que iba a dejarte sin el cheque de tu paga. Gente que iba a meterse en tu escuela. Gente que formaba grupos, agitaba garrotes y gritaba: «¡No vais a saliros con la vuestra!». Sí, amigo, aquellos fueron realmente nuestros días de gloria... Y también tuvimos la suerte de que ninguno de los dos tenía la experiencia suficiente para hacer nada aparte de señalar lo que estaba escrito en la pared. Ninguno de nosotros dos era capaz de pasar delante de un granero sin verlo, y punto. ¿Verdad? Bueno, puede que tú no fueras así, pero yo sí. Yo era así, desde luego.

—Venga, «Caballo», no tienes porqué jugar al campesino conmigo.

Watson agitó las manos. —¡No! No, mira, estábamos tan verdes como la hierba del campo y el mundo estaba igual que nosotros. Oye, ¿crees que está mal echar de menos el ser joven y tener seguridad en ti mismo? Yo no creo que esté mal, Larry. Creo que si no lo echara de menos la última parte buena que aún me queda dentro estaría cubierta de suciedad y empezando a partirse en dos. Pero ¿qué fue de la gran militancia ideológica? Añóraselo nos quedan unos cuantos bandidos— reformistas agrarios que se esconden en los Andes, cansados, gritando que Pekín se ha ablandado, cediendo al imperialismo y abandonándoles, y tienen que pasarse la vida robando gallinas. Me pregunto si el viejo Joe Stalin llegó a imaginar que su último apóstol sería alguien llamado Juan SchmidtGarcía con un problema de olor corporal capaz de tumbar a un árbol...

—Sí, ahora el mundo es muy distinto de como era en los días de mi juventud —dijo Michaelmas y pronunció esas palabras con cierta simpatía, pues veía la mueca de pena que había en el rostro de Watson—. Ahora la mayor parte de la violencia es individual, y no demasiado impresionante.

Watson dejó escapar un leve bufido.

—Como eso de Nueva York, lo del chalado que se dedicaba a entrar en casa de sus vecinos y matarles para tener más espacio vital... Infelices y chalados; locos sin importancia. No sirven más que para cubrir dos minutos y sólo duran un día. No es que ésa sea una buena forma de medir la muerte, y que Dios se apiade de las almas de los inocentes... Pero ya sabes a qué me refiero, ¿no? Mira... Mira, de repente nos hemos visto metidos en un oficio muy extraño. Te imaginas que vas a pasar la vida haciendo que las personas corrientes puedan captar la realidad desde sus salas de estar, ¿comprendes? Cuidado, amigos, aquí vienen los grandes problemas; será mejor que os agachéis. Así está el mundo. ¿No os gusta? Pues levantaos del sillón y cambiadlo.

—Sí —dijo Michaelmas—. Les mostramos los grandes problemas y eso hizo que las cosas pequeñas se volvieran más pequeñas. Más tolerables. Menos significativas. Watson asintió.

—Quizá. Quizá. Lo que estás diciéndome es que la mierda siempre estuvo allí. Pero yo debo decirte que cuando les enseñábamos un campesino muerto de un tiro yaciendo en su arrozal lo hacíamos porque en Waukegan eso significaba algo. Les decía: «Hoy vuestra forma de vida se ha vuelto un poco más segura. O un poco menos». Pero si les muestras el mismo tipo hoy en día es porque hay en medio un marido celoso o algún payaso que quiere heredar su búfalo. Y sabes que las cosas no van a pasar de ahí.

Hemos vuelto a los indios y los vaqueros —dijo Watson—. Historias para críos. A Waukegan todo eso no le importa nada, sólo ve que un tipo se está muriendo y que se muere igual que en los hologramas, por lo que es tan real como el próximo actor que aparezca en la pantalla. Juzgan su maldita interpretación, por el amor de Dios, y si es convincente, entonces puede que la cosa tenga su importancia. Me pone enfermo pensar que si no grita y no se mueve no va a resultar interesante. Mira, amigo, ya casi no queda nada real; no tienen ni idea de lo que puede ocurrirles. No quieren tener ni idea. ¿Recuerdas lo que le dijo el superviviente del accidente aéreo a Alvin Moscow? «Todos deberíamos ser un poco más buenos los unos con los otros». De eso deberíamos ocuparnos tú y yo.

»Mira, amigo, ¿quién sabe lo que es real ahora, y quién lo percibe? Pasas tus dedos por encima de un selector y lo único que te parece correcto y adecuado es algo que hicieron en un estudio con todos los ángulos pensados de antemano, la mejor iluminación, trucos, maquetas y todo eso... Incluso ese maestro de escuela marroquí al que de vez en cuando tienen tres días asándose a fuego lento es incapaz de competir con semejantes programas. No es ningún comunista dispuesto a corromper la moralidad de Masón City, ni tan siquiera un voluntario del Cuerpo de la Paz que se ha tropezado con algún infiltrado leninista. No es más que un pobre desgraciado al que se le ocurrió contarle a los niños algo que no está en el Quran y alguien más se enfadó por ello. Pero si puedes encontrar lo mismo en Tennessee, ¿qué tiene de raro? ¿Hará que salgas corriendo de tu casa y que te unas a cualquier cruzada para acabar con ese tipo de cosas? ¿Tendrá algún impacto sobre tu existencia? ¿Hará que oigas sonar clarines marciales?

—Quizá haga que bebas tu vino un poco más despacio.

—Vale. De acuerdo. Pero sabes condenadamente bien que las grandes historias de ahora no son más que un tipo que se está muriendo poco a poco por dentro porque no puede pagar sus impuestos y, ¿quién tiene el medio millón que desapareció de la factura de tránsito, y dónde está? Quiero decir que todo eso está muy bien, y que es necesario y que acabará afectándote un poco, incluso después de que te hayas tomado

tu tercera píldora o tu tercer cilindro estimulante, siempre que Melvin Watson o L. G. Michaelmas, y te pido que me perdones, Larry, logren ponértelo delante de los ojos de alguna forma que te haga sentir que estás prestándole atención. Pero ¿sabes una cosa? Ahora ya nadie muere por nada. Sólo mueren por culpa de algo, igual que la gente de los bolos, y actualmente nos pasamos la mitad del tiempo repitiendo el montón de basura que nos mandan los chicos del gobierno, los grupos de presión y los gurús de la imagen, como nuestro amigo el *herr doktor*.

»Dios mío, Larry, nos hemos convertido en una fábrica de fertilizantes. La CANU no es más que una pandilla de gente que pretende seguir adelante, igual que cualquier monopolio de enanos o cualquier grupo de compañías del mundo. Cuando Norwood tuvo su accidente, ¿quién acusó a la CANU de él? No hubo nada que ver, sólo la hemorragia expandiéndose alrededor del mundo. Se desprendieron de unos cuantos idiotas y volvieron al terreno de juego, hablando del incremento de efecto conseguido en la curva de aproximación al objetivo y todo ese otro vocabulario suyo al que tienen que darle besitos y con el que deben llevarse bien. Y se ponen verdes de miedo sólo de pensar que puedan robárselo; se mueren de pánico cuando piensan que quizá hayan escogido la rama de vudú equivocada en la escuela. Pero están a salvo. Si se dieran cuenta de ello estoy seguro de que se pondrían enfermos, pero todo el mundo es como ellos, aunque creerlo quizá haría que se les revolvieran las tripas.

»Cristo, sí, están a salvo. El mundo engorda, engorda, engorda, y a todos les salen dólares por las orejas; gástalos deprisa, antes de que la maldita economía haga lo que hizo en los setenta y tengamos que rediseñar industrias enteras para volver a enriquecernos. Lo más inteligente no es decirse: «Puedes hacerlo; ¿vale la pena hacerlo?». Lo inteligente es decir: «¿Puedes convencerles de que lo que estás haciendo es real?». Y lo real es: «¿Puedes conseguir financiación para hacerlo?».

Michaelmas se había quedado muy quieto en su asiento, compartiendo el ángulo de visión ciega que Watson tenía sobre el pasillo y teniendo mucho cuidado de no hacer nada que pudiera distraerle. Llevaba mucho tiempo sabiendo que lo mejor era no interrumpir nunca a nadie.

Y, de todas formas, Watson no podía ser interrumpido.

—Norwood está ahí arriba, vivito y coleando en ese salón de belleza ultra caro de Limberg, sospechando que Dios existe y que le ama. Conozco a Norwood... Diablos, tú también le conoces. Un chico estupendo pero dentro de diez años estará anunciando algún modelo de teléfonos. Lo importante es que ahora está ahí arriba, en la cima de esa montaña, con toda esa gloria resonando en sus oídos, pero eso no hace que sus jefes le crean real y no hace que sea real para las personas corrientes sentadas en sus salitas de estar. Lo que le hace real es que Limberg dice que es real y Limberg no tiene uno sino dos buenos certificados de vudú. Jesús bendito, pero si casi me entran ganas de volver a matarle..., en antena, Larry, una emisión en directo desde la

hermosa Suiza, damas y caballeros, bang chorro de sangre en glorioso hexacolor 3D. Así haré que sea real para todos los malditos comedores del mundo... Dentro de diez años me lo agradecerá.

Michaelmas siguió inmóvil.

Watson volvió la cabeza hacia él y le sonrió, para demostrar que cualquier frase suya con la que Michaelmas pudiera no estar de acuerdo era tan sólo una broma. Pero fue incapaz de mantener la sonrisa durante mucho tiempo. Sus ojos acabaron apartándose de él y señaló bruscamente con la cabeza hacia Campion. —¿Crees que está realmente dormido? Michaelmas siguió la dirección de su mirada.

—Eso creo. No creo que fuera capaz de aflojar tanto la boca si no lo estuviera.

—Es contagioso. —Watson clavó los ojos en el rostro de Michaelmas, mirándole con la horrible invulnerabilidad de quienes se han hecho pedazos—. Ya no tengo piernas —le explicó—. No me refiero a las piernas piernas... Me refiero a las piernas de dentro. Yo mismo me las aserré, así que acabé teniendo que contratar a un corredor joven y rápido.

Un tipo codicioso y hambriento, pero prometedor, y tiene montones de vudú dentro de la cabeza. Ten cuidado con él, Larry. Es el peor cabrón que me he encontrado en toda la vida. Estoy seguro de que no puede haber dos como él. Mi regalo a los grandes tiempos que se aproximan... Cualquier día de éstos me dirá que ya puedo volverá mi hogar, a los años sesenta. La venganza de Galatea. Y le creeré.

Michaelmas no sabía con seguridad cuál era la expresión de su rostro.

—Como puedes imaginarte —le había estado diciendo Domino dentro de su oreja—, estoy recibiendo tres juegos de latidos y respiraciones en tu área, así que las interferencias en los datos son considerables. Pero mi opinión es que Campion no ha estado dormido ni un momento.

Watson llevaba unos segundos apretándose el estómago con la mano. Dejó su vaso sobre la mesilla y fue al lavabo. Campion siguió medio tumbado en su asiento, sus rasgos relajados en lo que casi era una expresión de ternura. Michaelmas siguió sentado, una leve sonrisa enigmática en los labios.

—Watson tiene razón en una cosa —le dijo Domino con voz áspera—. No puede seguir adelante. Todo lo que ha dicho fue la clásica palabrería de un maníaco, y en esencia se reduce a que no puede comprender el mundo. Después de la primera contradicción, no me hizo falta seguir contando.

A Michaelmas le resultaba extremadamente difícil subvocalizar lo bastante bien para activar su micrófono de garganta sin emitir también unos gruñidos bastante audibles.

Nunca le había gustado someter su cuerpo a esfuerzos excesivos, y la única razón de que se implantara el equipo fue que lo necesitaba para seguir su vocación. Lo usaba con tan poca frecuencia como le era posible, pero no iba a permitir que

Domino dijera la última palabra al respecto. «Espera», le dijo mientras pensaba en lo que iba a responderle.

Hubo un tiempo en el que los hombres dedicados a la misma profesión que «Caballo» Watson nunca se acostaban sobrios, y morían con los hígados destrozados. Tenía que haber sido muy divertido observar a esos espadachines literarios poniéndose en ridículo en los salones de la frontera, permitiéndose el lujo de reventar a sus caballos y mantener tiroteos con los periodistas rivales y sus partidarios. Pero ¿quién se paraba a pensar en qué era poseer el poder de las palabras y la publicación, descubrir que toda una ciudad y un territorio juzgarían, condenarían, actuarían, reprobarían y glorificarían impulsados por algo que se te había ocurrido la noche antes, por algo que habías compuesto usando la tipografía manual, manchándote la punta de los dedos con venenos metálicos que empezarían su viaje inexorable por tu circulación sanguínea? Conseguir poder hacía que convirtieras tu hígado y tus riñones en masas esponjosas e irascibles; contaminabas tu tejido cerebral con iones de metales pesados hasta que se convertía en una mansión encantada por la que vagaban sombras vacilantes. El alcohol podía vencer temporalmente ese efecto, así que te convertías en un alcohólico, y comprabas algo de cordura una vez al día, y acababas dando el espectáculo. Al final la cosa no resultaba ni graciosa ni trágica: era, sencillamente, una realidad de la vida que se daba menos rápidamente en los mediocres, porque los mediocres podían desconectarse e ir a dormir tanto si habían hecho el trabajo de la noche de una forma que satisfacía a sus conciencias como si no.

Y también hubo un tiempo en el que los hombres dedicados a la misma profesión que «Caballo» Watson habían buscado las muertes más sangrientas porque eran lo único que sus jefes estaban dispuestos a deplorar o aprobar, según la política seguida por la dirección. Pero no permitas que ningún hombre te diga que es posible vivir así y no acabar pagando un precio. La enfermedad laboral era los martinis para quienes necesitaban una almohada y el cáncer para los que eran realmente buenos. Y, proporcionalmente, los buenos y los malos también gozaban de esa inmensa y extraña plaga de la última mitad del siglo: los intestinos nerviosos y los estómagos irritables. ¿Quién podía ver nada salvo humor en un hombre que tragaba tintura de opio y se removía nerviosamente en el sillón de su estudio, su mente obsesionada pensando en fístulas y operaciones, su mente decidida a no preocuparse pensando en intestinos extirpados y adonde podía acabar llevando aquello? Después de todo, la pérdida de la dignidad es uno de los elementos básicos de cualquier vago cómico bien logrado.

Y llegó un tiempo en el que los hombres dedicados a la profesión de «Caballo» Watson fueron liberados por la televisión, los satélites y, finalmente, el holograma. Ahora el único problema de «Caballo» Watson era escoger entre quienes se disputaban por darle empleo, asegurándose de que su popularidad personal entre las personas corrientes del apartamento promedio seguía siendo más alta que la de la

mayoría de sus competidores.

Por desgracia, Watson no sabía cómo hacer eso más que siendo honesto. Una cabeza joven y fuerte llena de buen vudú podía convertir en picadillo a un hombre semejante.

Hombres como «Caballo» Watson estaban desapareciendo rápidamente de la escena.

Era uno de los últimos temas que se comentaban nerviosamente entre la profesión, y también estaba teniendo su efecto entre los veteranos más asustadizos, que se rompían en pedazos igual que relojes viejos cuando veían aparecer a los jóvenes y duros graduados recién salidos de la universidad con su título de licenciados en Comunicaciones, sus certificados de nacimiento del año 1965, un par de diplomas en Psicología y Ciencias Políticas y treinta mil dólares en concepto de préstamo por estudios a buen recaudo en su cuenta corriente.

—Watson sabe que no debería hablar así —le dijo Michaelmas a Domino—. Sabe que parte de lo que dice no tiene sentido. Confía en mí y cree que soy de los suyos. Está disculpándose por haber acabado rindiéndose, por haberme dejado con un colega menos.

Si puedes darte cuenta de eso, podrás darte cuenta de que si eres un poco considerado con él serás un poco menos duro contigo mismo. No se da cuenta de que en realidad está bendiciendo nuestro trabajo. No sabe qué estamos haciendo. Cree que todo es culpa suya. Y ahora, por favor, quédate callado durante un rato. —Se frotó el puente de la nariz.

No miró a Champion. Por una fracción de segundo, había temido que si lo hacía Champion quizá abriera un ojo y se lo guiñara.

CUATRO

Nunca había sido más cierto que todos los aeropuertos del mundo se parecen. Pero no todos los aeropuertos se encuentran en los Alpes.

Michaelmas bajó del aparato siguiendo a Watson y Champion y se encontró sumergido en una oleada de luz reflejada desde todas las superficies que le rodeaban, hundido en un tazón de fría claridad capaz de helarte la nariz cuyo horizonte estaba formado por cimas blancas más altas que las nubes. La pista de aterrizaje se encontraba lo bastante por encima del Aar y lo bastante lejos de la ciudad como para golpearle con el espectáculo de la Ciudad Vieja erguida en su brazo de tierra encerrado por la brusca curva del río, pareciendo colocada allí de forma tan irreal como en una pintura hecha con palabras. Y con esa idea en la cabeza, pestañeando, logró situarse a sí mismo en el tiempo, el espacio y la belleza, y gracias a ello pudo considerar que su alma había logrado alcanzarle.

La rampa de bajada unida al aparato estaba repleta de gente. Todo se había paralizado, nadie salía de la sala de recepción. Watson había acertado plenamente en todos los detalles: daba la impresión de que la mitad de periodistas europeos estaban allí y una muchedumbre que gesticulaba y se daba codazos, exhibiendo gran abundancia de boinas y gabardinas, mostraba el auténtico espíritu del reportero que trabaja por su cuenta.

Incluso los que trabajaban para las agencias se habían contagiado, ya fuese por estar allí con ellos o mucho antes, y entre la multitud había el desorden habitual en el que todos intentaban arramblar con cualquier pieza de equipo que no estuviera sólidamente sujeta.

Y el equipo ofrecía una asombrosa variedad, como si todos los prestamistas del continente hubieran podido levantarse sonriendo aquella mañana: grabadoras de sonido y de vídeo, tanto normales como estéreo, cámaras de cine, viejas minicámaras así como grabadoras holográficas... La mayor parte de los presentes tenían que haber venido guiados por la esperanza de conseguir alguna parte del pastel. En todo el mundo no había suficientes contratos de agencia o puestos fijos para darle trabajo a esa multitud y, siendo sinceros, ni los mercados que operaban especulando con las noticias habrían podido acogerles a todos.

Al parecer todos habían llegado al acuerdo de que su nombre se pronunciaba algo así como «¡Mikkelmoss!» y el nombre brotaba con frecuencia de entre la confusión de voces.

Con sus objetivos reluciendo como los escudos de una hilera de soldados asirios, intentaron llevarle a la sala o, más astutamente, esperaron a que él mismo consiguiera quedar atrapado en aquel sitio. Michaelmas notó que empezaba a ruborizarse, y sintió el calor emanado por sus redondas mejillas llegando hasta sus ojos medio cerrados, y

tampoco pudo evitar una sonrisa cuando descubrió a un cámara que trabajaba para la cadena de Watson intentando rodar un primer plano suyo por encima del hombro de Watson. Fue Campion quien alzó su unidad para impedirlo; Watson había bajado la cabeza y estaba abriéndose paso por entre la multitud usando sin miramientos sus hombros y caderas.

El primer hombre que logró llegar hasta Michaelmas —un tipo nervudo de rasgos toscos y mandíbulas cubiertas de una barba azulada, apestando a sudor y con una grabadora de sonido muy complicada pero ya vieja—, se agarró a una barandilla, plantó sólidamente los pies en el suelo para que nadie más pudiera pasar y lanzó su micrófono hacia delante.

«¿Es cierto que han encontrado los restos de la nave del coronel Norwood?». «Por favor, señor, ¿qué opina usted sobre el tema?», dijo un hombre de la BBC que estaba junto a la rampa blandiendo un micrófono direccional, con un amplificador colgando del hombro y auriculares en los oídos. Llevaba la cámara incorporada al casco y los sensores de exposición estaban encendidos.

Etcétera. Michaelmas se abrió paso a través de ellos, avanzando lentamente hacia Aduanas y la hilera de taxis, sintiendo una repentina ráfaga de frío otoñal cuando alguien abrió una puerta, sonriendo, haciendo breves comentarios sobre su propia falta de información. «Recuerda, Mickey Mouse», le estaba diciendo Domino. «No eres más que un hombre». Y cuando ya estaba llegando al final del gentío, Domino le dijo: «Tienes una suite en el Excelsior y una cita a las ocho con el director de tu equipo de rodaje. Eso es cuarenta y ocho minutos a partir de... ahora».

Michaelmas puso en hora su reloj.

El trayecto hasta la ciudad era precioso, con la carretera serpenteando a través del río, bajando más y más igual que el sedal de un pescador de caña hasta que, inesperadamente, el taxi cruzó el puente de piedra y se encontraron en las angostas calles de la Ciudad Vieja.

Michaelmas amaba Suiza y todo lo que contenía, incluso la idea y el espíritu del país.

Se reclinó tranquilamente en el asiento del coche y le pidió al taxista que abriera la capota para dejar entrar el sol. Después se dedicó a mirar por el cristal azulado de las ventanillas, contemplando con una gran sonrisa a la gente que entraba y salía de edificios que parecían hechos para un cuento de hadas, edificios conservados gracias a vigas de acero ocultas y otras sutiles reconstrucciones internas y a los que rodeaban construcciones más nuevas y modernas que resultaba mucho más eficiente y económico construir de cero.

—Todavía no han informado de dónde se estrelló la cápsula —le dijo Domino—. Los helicópteros sólo han tenido unas pocas horas de luz para volar. En cualquier caso, lo previsible es que se encuentre debajo de un montón de nieve, y no nos

indicará nada que pueda ser de valor. Si Limberg puede exhibir un Norwood auténtico, también podrá exhibir una auténtica cápsula destrozada.

—Desde luego —dijo Michaelmas—. No espero sacar nada en claro de la cápsula. Pero no estaría mal ser el primer periodista que informara de dónde está, ¿verdad?

—Estoy conectado a todos los canales de comunicación locales —le dijo Domino con altanería—, y también estoy llevando a cabo los cálculos precisos. Antes de hacer la reserva de tu hotel ya estaba ocupándome de eso.

—No pretendía poner en duda tu competencia profesional —dijo Michaelmas. Se rió, ahora en voz alta.

—*Ja, mein Herr* —dijo el taxista—, es un día que invita a sentirse joven de nuevo —y le guiñó el ojo por el espejo retrovisor. Michaelmas necesitó un momento para darse cuenta de que habían estado pasando junto a una academia para señoritas cuya entrada estaba repleta de jóvenes vestidas con jerseys azules y blusas de lana blanca. Tal y como se esperaba de él, Michaelmas se dio la vuelta y miró por la ventanilla trasera, contemplando el paisaje de piernas morenas cubiertas hasta la pantorrilla por calcetines a rayas que subían de dos en dos los viejos peldaños blancos para acudir a clase. Pero ser joven de nuevo habría sido pagar un precio insostenible.

La suite del Excelsior reflejaba un gusto cultivado y una gracia madurada sin prisas.

Michaelmas miró a su alrededor aprobadoramente mientras el encargado de piso supervisaba el atareado ir y venir de los botones cargados con su equipaje y el lento caminar de la anciana camarera de pelo canoso que se ocupaba de sus toallas. Cuando hubieron terminado y se hubo saciado de cruzar puertas abiertas para ir de una habitación a otra, buscó el sillón más cómodo y se hundió en él. Apoyó los pies en un puf y llamó al servicio de habitaciones para pedir café y unas pastas. Tenía unos quince minutos disponibles antes de la llegada de su jefe de rodaje.

—Bien —le dijo a Domino—, supongo que debemos ocuparnos de ciertos asuntos antes de volver a nuestro problema principal, ¿no?

—Sí —dijo implacablemente Domino.

—De acuerdo, vamos a ello.

—Presidente Fefre. —¿Qué ha hecho ahora?— Michaelmas sonrió. Fefre era el jefe de estado de una de las más minúsculas naciones africanas. Había obtenido el título de licenciado en economía por la universidad de Harvard, tenía una cicatriz de cuchillo que iba desde su sien derecha hasta el lado izquierdo de su mandíbula y se había convertido a la religión musulmana con el propósito de albergar a un considerable número de esposas en el palacio de la capital. Vendía radio refinado por una planta industrial de fabricación china a quien quisiera pagárselo, llevándolo al aeropuerto en camioncitos ingleses que iban por carreteras construidas con dinero

norteamericano. Había reducido los impuestos hasta dejarlos en cero, cerró todos los periódicos menos uno y el mes pasado había metido en la cárcel al jefe de sus fuerzas aéreas, que tenía setenta y dos años, acusándolo de planear una revolución.

—El Equipo de Ingeniería del Victorioso Pueblo Soviético ha conseguido el contrato para diseñar y construir la presa hidroeléctrica situada al pie del lago Egendi, pese a que el presupuesto presentado por la General Dynamics era bastante inferior —le dijo Domino—. Cien mil rublos en oro han sido depositados en la cuenta que Fefre tiene abierta con un nombre falso en el Banco de la Unión de Campesinos Uruguayos. Sería muy fácil conseguir que el error de un empleado lo hiciera salir todo a la luz. Michaelmas se rió.

—No, no, déjale en paz. El banco necesita ese capital para trabajar y, además, me gusta su estilo. ¿Alguna otra cosa?

—La fuente de fondos del Partido de la Grandeza Turca es la República Árabe Unida.

—Imagínatelo... ¿Estás seguro?

—Totalmente. El Banco Nacional Turco acaba de ser informatizado y, naturalmente, ha establecido conexiones con Londres, París, Roma, El Cairo, Tel Aviv, Nueva Delhi y los demás sitios de costumbre. El Banco Continental y la Compañía de Seguros de Chicago tiene corresponsalías en todos esos sitios, como parte del gran intercambio monetario internacional, y es también el principal y casi único accionista del Banco Estatal de Ahorros de Wilmette, Illinois, donde establecí una de mis primeras conexiones. Cuando Turquía se unió a esa red empecé inmediatamente con la serie normal de integración para los nuevos datos. Ahora ya tengo todas las correlaciones resultantes, y ésa es una de ellas. —¿Pretendes decirme que los árabes están pagando a los turcos con cheques?

—Lo que quiero decir es que hay un límite al número de monedas de oro que puedes meter dentro de un colchón. Tarde o temprano alguien debe guardarlas en otro sitio más seguro y cuando lo hace, naturalmente, me entero de ello.

—Bien, bien —dijo Michaelmas. En su mente veía claramente la imagen de unos caballeros morenos, de ojos azules y modales educados, vestidos con trajes de seda blanca y llevando gafas de sol francesas, pasándole sacos de tela que crujía levemente a tipos de aspecto algo más tosco, sacos que salían de Bentleys descapotables iluminados por la luna del desierto. Caballeros que, a su vez, pagaban su gasolina con una tarjeta de la Shell y compraban su billete de avión desde El Fasher hasta Adana utilizando cheques que estarían respaldados por un depósito de liras que se habrían escurrido a través de la tela de los sacos de dinero. Si se poseía una mente como la de Domino y se conocían todos los números de las tarjetas de crédito, los horarios de vuelo de todas las compañías aéreas, y los datos personales de todos los caballeros que se sabía estaban comprometidos en la compra y venta de otros caballeros y de

rifles automáticos en todo el mundo, sacar el balance final no presentaba grandes dificultades—. Ya sé que sabes aceptar una broma —le dijo a Domino—, pero a veces me gustaría que fueras capaz de comprender el significado de la ironía.

—La vida es demasiado corta —dijo Domino—. ¿Tu vida?

—No.

—Hmmm. —Michaelmas pensó en ello durante unos momentos—. Bien, creo que no necesitamos tener ninguna revolución expansionista en Turquía. La idea de jinetes armados volviendo a entrar a la carga por las puertas de Viena seguramente le resultaría demasiado encantadora a un número excesivo de gente. Acaba con eso en cuanto tengas ocasión. —Michaelmas miró su reloj—. De acuerdo, ¿algo más?

—Estados Unidos Por Siempre se ha enterado de que el senador Stever está consiguiendo veinticinco mil dólares al año de ese grupo maderero del norte. La agencia de Washington ha hecho una llamada informando de ello a los cuarteles nacionales de Hanrassy en Cabo Girardeau. —¿Han usado ese ridículo código suyo? Si planean salvar al país del resto del mundo deberían aprender a tenerle cierto respeto al criptoanálisis, ¿no crees? ¿Tienes alguna información sobre lo que planean hacer con esos datos?

—Nada claro. Pero eso hace que ya tengan claramente controlados a seis senadores, más sus partidarios ideológicos. No es un buen momento para que los Estados Unidos aumenten su poder. Además, aunque en Missouri aún es muy pronto, se sabe que la Hanrassy suele quedarse levantada bastantes noches trabajando. No me sorprendería que hoy mismo un comité del Senado empezara a hacer investigaciones sobre por qué no se ha vuelto a nombrar inmediatamente al coronel Norwood como jefe de la misión transmarciana. Aun teniendo en cuenta la cantidad de anfetaminas que se traga, la energía y capacidad de trabajo de la Hanrassy casi rozan lo insultante.

—Mejor ella que no alguien más consistente, ¿verdad? Pero creo que sería mejor que le quitáramos ese peón de las manos. Sam Lemoyne sigue cubriendo la información nocturna para el Times-Mirror. Sería estupendo que se le ocurriera invitar a una copa a ese jovencito de la playa al que Stever le dio una paliza en su apartamento el año pasado, ¿no crees?

—Le pasaré una nota —dijo Domino.

Ya casi eran las ocho.

—Bien, a menos que se produzca una auténtica emergencia, usa la rutina habitual y encárgate de todos los demás asuntos pendientes. —Con el paso del tiempo Domino estaba empezando a saber cada vez más sobre cómo funcionaba la mente de Michaelmas. Su mente no le gustaba demasiado, pero cuando se le daban instrucciones para que actuara como ella era capaz de hacerlo, y aquello era lo único que permitía que Michaelmas pensara en el paso del tiempo con algo que no llegaba al pánico.

El teléfono de Michaelmas emitió un leve tañido musical. Descolgó el auricular y dijo «Hágala subir». La directora de su equipo ya había llegado.

Entró precediendo por una fracción de segundo al camarero encargado del servicio de habitaciones. Michaelmas intercambió unas cuantas frases de cortesía con ella y acabaron tomando asiento en el balcón, bebiendo y hablando. Ella y su equipo trabajaban para la cadena de su patrón actual. Se llamaba Clementine Gervaise y Michaelmas jamás se había encontrado antes con ella porque casi toda su experiencia anterior había sido en los medios nacionales, y porque ésta era la primera vez que trabajaba con la cadena de ella, una firma bastante reciente que empezaba a subir de nivel y que antes no había podido permitirse el lujo de pagar sus servicios.

Gervaise —*madame* Gervaise, supuso Michaelmas viendo el austero anillo de su dedo— era el modelo perfecto de la cuarentona europea elegante. Era alta, rubia, llevaba el cabello severamente apartado de la frente pero recogido coquetamente sobre una oreja, vestía un sencillo traje azul verde de buena marca y tenía un aspecto muy profesional y eficiente. Necesitaron diez minutos para dejar en claro qué clase de equipo tenían disponible, qué tipo de transportes se podrían utilizar para él y qué harían mientras esperaban el permiso para entrar en los terrenos del sanatorio. Hablaron brevemente sobre si valía la pena intercalar algún metraje antiguo de la CANU en el comentario que Michaelmas decidiera hacer y acabaron descartando eso en favor de una concisa y austera serie de planos del sanatorio y cualquier laboratorio interior que pudieran captar.

La directora expresó cierto interés hacia la máquina que albergaba a Domino y Michaelmas se la enseñó diciendo que era su unidad de comunicaciones, especialmente diseñada para él, y soltándole toda la palabrería del Papá Orgullosa que llevaba mucho tiempo sumiendo en el sopor a todos los periodistas que conocía.

Una vez se hubieron ocupado de todo aquello tomaron unos cuantos sorbos del café restante y unos cuantos bocados de croissant y empezaron a hablar de asuntos menos profesionales.

Michaelmas vio que la piel del dorso de sus manos estaba empezando a perder su elasticidad juvenil, por lo que la directora no las usaba demasiado, pero tenía cierta costumbre de bajarse las gafas negras que eran de rigor en su oficio. Aquello normalmente tenía lugar al final de una pregunta como: «Esta época del año es muy agradable en Suiza, ¿verdad?» e iba acompañado por una mirada de sus ojos verdes antes de que las gafas volvieran a quedar colocadas en su sitio, ocultándolos una vez más. Bebía su café delicadamente, a sorbitos, y sus labios a medio fruncir apenas si besaban el borde de la taza. Mantenía las piernas juntas, inclinadas hacia un lado, y cuidaba de que sus pies, desgraciadamente bastante grandes, quedaran pegados a la silla, allí donde no resaltarán demasiado.

Al principio Michaelmas la clasificó rápidamente como el tipo de persona que podía esperarse: bien entrenada, competente y metida en una profesión de altos salarios que borraba cualquier tipo de pequeños caprichos e indulgencias personales que hubiera podido tener. Era un tipo de mujer con el que normalmente resultaba muy agradable trabajar, y Michaelmas esperaba salir de Suiza antes de que Gervaise hubiera logrado decidir quién iba a encargarse de llevar a cabo la seducción, si ella o el famoso Laurent Michaelmas. E incluso si se veía obligado a permanecer allí hasta que llegara ese momento, un instante de conversación sincera resolvería el problema sin que ella se ofendiera y sin que él quedara como un imbécil. Por lo menos aquel tipo de mujer se lo tomaba como un juego y daba por descontado que si hoy no se celebraba ninguna corrida en la ciudad, siempre había un autobús dispuesto a salir rumbo a la plaza de toros más próxima en un plazo de media hora. De hecho, era el tipo de mujer con el que más le gustaba trabajar porque ese tipo de asuntos podían aclararse sin problemas, y después podrían seguir haciendo aquello por lo que se les pagaba. Y la verdad es que Clementine Gervaise se mostraba tan despreocupada y tranquila, pese a las miradas y la exhibición de piel que iba de las rodillas a los tobillos, que daba la impresión de que todo eso no era sino un mero gesto rutinario, algo que obedecía a la presión de unos tiempos que los dos quizá hubieran dejado ya atrás. Pero justo antes de que Michaelmas acabara de vaciar la cafetera de plata, llenando la taza traslúcida en la que había pintado un delicado ramillete de violetas, se dio cuenta de que estaba prestándole una desacostumbrada atención a los matices de su voz, y descubrió que sus ojos se posaban en el brillo de su rubio peinado cada vez queladeaba la cabeza... En cuanto al contenido, su conversación seguía conformándose a las meras exigencias de la cortesía, y las respuestas de Michaelmas seguían esa misma regla. Pero estaba sintiendo cierta agradable relajación interior que sólo le produjo un leve espasmo de alarma. Durante los últimos dos o tres minutos su sonrisa de respuesta al surtido de gambitos sobre los viajes y el clima europeo utilizado por ella había ido haciéndose más amplia y cálida. Había empezado a pensar en qué agradable era todo esto, el estar sentado aquí contemplando las montañas, acariciado por la brisa mientras bebía café; lo agradable que era ser uno mismo, por una vez. Y se encontró recordando aquella faceta de su mente que era como un escritorio antiguo, un escritorio que tenía algunos cajones cerrados con llave mientras que el resto de cajones estaban algo hinchados por la humedad, con las guías un poco rígidas, por lo que costaba abrirlos:

*Llegas a mí igual que el viento de la mañana
Que sopla en verano sobre las colinas iluminadas por el sol.
Liberando los arroyos de cristal que esperaban, inmóviles,
Desde que corrieron por última vez, alegres, entre la hierba.*

Bajó la vista hacia su taza, sonrió y dijo «Posos», para ocultar así el leve fruncimiento de ceño que pudiera haber aparecido en su frente.

—Oh, lo siento mucho —dijo ella, como si también trabajara en la cocina del Excelsior, y aquella pequeña nota doméstica tuvo el efecto de acabar con el hechizo.

Michaelmas siguió mostrándose encantador y, de hecho, durante los minutos siguientes la obsequió con una atención casi irresistible hasta que ella se marchó, diciendo «Ya nos veremos más tarde». Y cuando hubo cerrado la puerta de la suite, volvió al balcón y se quedó inmóvil con las manos a la espalda, mientras que sus mejillas iban hinchándose y deshinchándose rítmicamente. —¿Qué tiene de particular esa mujer?— le preguntó a Domino.

—La coincidencia es de lo más notable. Se parece mucho a como yo creo que sería ahora tu esposa. —¿De veras? Entonces, ¿se trata de eso?

—Yo diría que sí. Sí, es eso. —¿Sería como Clementine Gervaise?— Volvió a entrar en la sala, con las manos aún cruzadas a la espalda, y empezó a ir de un lado para otro, como si no supiera adonde dirigirse. —Bien. ¿Qué crees que es?

—Según los datos actuales, es una coincidencia. Michaelmas inclinó la cabeza hacia la máquina. —¿Estás empezando a aprender cómo pensar en términos más amplios que el debe y el haber?— le preguntó, complacido.

—Quizá eso mejore nuestra relación futura, oh, Creador.

—Ya iba siendo hora —dijo Michaelmas con voz hosca. Irguió el cuerpo y empezó a dar vueltas por la sala—. Pero ¿qué tenemos aquí? ¿No será que alguien ha estado aplicando una gran cantidad de razonamiento deductivo al problema de qué profesión escogería hoy un hombre que ocupe mi posición? Santo cielo, doctor Limberg, ¿acaso todo esto es parte de un modelo mejorado de ratonera? Domino, tengo la impresión de que cuando vaya hacia su puerta haría bien mirando hacia atrás.

—Poderoso Ratón, no eres más que una parte del mundo —le dijo Domino.

—Eso ya lo sabes —respondió Michaelmas, quitándose los zapatos de una patada cuando entró en el dormitorio—. Bien, voy a dormir una hora.

Durmió durante treinta y siete minutos y no descansó demasiado bien. De vez en cuando se daba la vuelta, frunciendo el ceño.

CINCO

Domino le despertó cuando estaba soñando.

—Señor Michaelmas.

Michaelmas abrió los ojos inmediatamente. —¿Qué? Oh, tengo miedo de ir a casa en la oscuridad— dijo.

—Despierte, señor Michaelmas. Son las nueve y veintitrés, hora local. —¿Cuál es la situación?— preguntó Michaelmas, sentándose en la cama.

—Múltiple. Hace unos momentos completé mi análisis sobre dónde debía haberse estrellado la cápsula. Basé mis cálculos en los requisitos de la premisa: una trayectoria baja que justificara el que la cápsula hubiera escapado al radar después del estallido de la lanzadera; la necesidad de que el choque tuviera lugar a una distancia razonable del sanatorio de Limberg, pero en un sitio donde no fuera probable que otras personas de la zona se enteraran de ello o la encontraran antes; etcétera. Naturalmente, tales condiciones pueden encajar tanto con la verdad como con tu hipótesis de que Limberg es un embustero lleno de recursos.

»Bien, llamé a la cadena fingiendo ser tú y pedí que un helicóptero investigara ese punto. Me enteré de que ya estaban siguiendo a Melvin Watson, que había despegado hacía poco. Cuando le eché un vistazo a sus actividades descubrí que justo antes de coger el avión de Nueva York la noche pasada llamó a un mayor de la artillería Suiza. Ese oficial figura también anotado en la lista de envíos de unas cuantas sociedades de aficionados a los cohetes. Cuando llegó aquí el señor Watson llamó varias veces al mayor.

Después de la última llamada, que duró bastante rato, el señor Watson subió inmediatamente a uno de los helicópteros de su cliente y se marchó, dejando a Campion encargado de vigilar el sanatorio.

—Ah. —Michaelmas se rió—. Si «Caballo» hubiera sido lo bastante moderno para llamar al centro universitario de aquí y conseguir esos datos de su ordenador... Habrías caído sobre él igual que un rayo.

—Michaelmas acarició la fría superficie negra de la máquina que descansaba sobre su mesilla de noche. Sabía muy bien qué había ocurrido. En algún rincón de su mente Watson guardaba el nombre del conocido de un amigo de alguien con quien había trabajado, el hombre al que llamar si estabas en Suiza y tenías un problema de balística.

El nombre podía haber estado allí durante años, junto al número de teléfono del único sitio de Madrid donde servían una cena china decente, el recuerdo de una chica que vivía encima de una cafetería de Luxemburgo, un sitio de confianza donde conseguir que te lavaran las camisas en Ceuta y el precio de un billete de tren en segunda de Ghent hasta Aix —Amigo mío, te han superado. ¿Quieres apostar algo a

que Watson irá en línea recta hacia ese mismo punto que tú tienes marcado con una X en tu mapa?

—No pienso apostar ni un penique. Precisamente quería llegar ahí —dijo Domino—. Hay otro asunto.

—Sigue.

—Después de un intercambio de llamadas con el sanatorio, el Control Estelar de la CANU ha autorizado una conferencia de prensa con Norwood que se celebrará en cualquier momento no posterior a la una hora local. Uno de los hombres que mandaron aquí la noche pasada era Getulio Frontiere.

—Entendido. —Frontiere era un secretario de prensa hábil y eficaz. La conferencia iría como sobre ruedas y seguiría el rumbo que la CANU deseaba—. No más tarde de la una...

Supongo que desean soltar su discurso con el tiempo suficiente para que aparezca en los noticiarios matinales de la costa este de los Estados Unidos. ¿Crees que presienten problemas con más tipos como Gately? —Se puso en pie y empezó a quitarse la ropa.

—Creo que es posible. Saben percibir con mucha rapidez los cambios del viento.

—Sí. «Caballo» dijo eso mismo la noche pasada. Son muy sensibles a la dinámica popular. —Desnudo, Michaelmas cogió la máquina, la llevó al cuarto de baño y la colocó junto a la pileta mientras empezaba a llenarla de agua para lavarse el cuello y las orejas.

—Hay más cosas —dijo Domino—. Casualmente, la semana pasada Tim Brodzik rescató a la hija del gobernador de California cuando estaba a punto de ahogarse. Fue invitado a cenar el domingo en casa del gobernador y le hicieron montones de fotos con los agradecidos padres. La chica y él se cogían de la cintura.

Michaelmas se quedó quieto, con su navaja de afeitar suspendida sobre una mejilla cubierta de espuma. —¿Quiénes ese tipo?

—El chico de la playa con el que Stever anduvo liado.

—Oh. —Tragó una honda bocanada de aire. El año pasado él y Domino habían invertido gran parte de su tiempo en conseguir que el gobernador resultara elegido—. Bien... Será mejor que veas si puedes interceptar esa nota a Sam Lemoyne. Ahora sólo serviría para empeorarlas cosas.

—Hecho. Finalmente, un paquete enviado por correo aéreo ha salido de la Oficina General de Correos de Nueva York y va camino de San Luis. Su destino final es Cabo Girardeau, Missouri. Fue enviado desde Berna y salió de la oficina de correos del aeropuerto ayer por la tarde. Creo que va dirigido a Estados Unidos Por Siempre. —¿Ayer por la tarde? Maldición— dijo Michaelmas, acariciándose la mandíbula. Su cara se había secado, por lo que tuvo que mojársela y volverse a enjabonar. —¿Quién lo envió?

—Cikoumas y Compañía. Son unos importadores locales de dátiles, higos y ese tipo de golosinas. Pero están metidos en otros asuntos.

—Higos —dijo Michaelmas, pasándose el antebrazo derecho por encima de la cabeza y tensando la piel de su mejilla izquierda con las yemas de los dedos mientras posaba la navaja sobre ella—. Golosinas. —Observó atentamente la acción de la navaja en su rostro.

Afeitarse así era una de aquellas costumbres excéntricas que adquieres cuando te encuentras lejos de la electricidad y el agua caliente.

Estaba recordando los días en que estudiaba ingeniería y ayudaba al presupuesto familiar con algún artículo ocasional para una agencia de noticias científicas. Su esposa había trabajado como dependienta temporal en unos grandes almacenes el mes de diciembre y le envió algo parecido a una segadora de césped hecha con plástico blanco y una cabeza cromada que era capaz de afeitarte la cara enchufada a la pared o al encendedor de cigarrillos de tu coche, si es que tenías coche. Recordaba muy claramente la forma de caminar y hablar de su esposa, aquellos corteses manierismos recogidos en sus primeras clases de arte dramático que había logrado fundir hábilmente en su conversación. Siempre había representado personajes de mayor edad que la suya. Era demasiado alta y flaca para ser una ingenua y tenía problemas para conseguir papeles.

Aún no había crecido del todo por dentro, pero era muy buena y Michaelmas aguardaba emocionadamente su madurez. Cuando el Departamento de Dicción de la Noroccidental le diera su diploma habría logrado alcanzar su plena coordinación como actriz. Pero en 1968 le partieron la cabeza delante del Hotel Hilton, pasó un tiempo igual que un vegetal en coma, y algún tiempo después, murió.

Cuando era todavía más joven y había tenido que trabajar en la Costa Este porque deseaba asistir a los cursos del MIT solía llamar a su esposa a la Noroccidental, en Evanston, Illinois. Le decía: «Puedo estar en Youngstown la noche del viernes, iré con un tipo que vive allí, y si consigo que me lleven por la US 30 podría estar en Chicago a última hora del sábado o hacia la mañana del domingo. No tengo ninguna clase hasta el martes y puedo llamar al trabajo diciendo que estoy enfermo». Y ella le decía: «Oh, creo que es tomarse demasiadas molestias por unas pocas horas. Y, de todas formas, me parece que he de cantar en un salón de té el lunes». Entonces él decía: «Pero si no me importa», y ella contestaba: «No quiero que lo hagas. Es más importante que te quedes donde estás». Y él había seguido hablando, con voz llena de paciencia, pero ella también. Todo eso ocurrió cuando Domino no era más que un aparato para llamar por teléfono. Apenas si había sido un auténtico programa. Y ahora... Bueno, bastaba con mirarle.

Limpió el brillante acero de la navaja bajo el agua del grifo, se lavó la cara y se la secó.

Después secó meticulosamente la navaja y la guardó en su maltrecho estuche de latón y cuero del Afganistán.

—Higos —dijo—. Higos y peones coronados, sabios y astronautas, espacio más que suficiente pero ¿cuánto tiempo queda? ¿Adonde va? ¿Qué hace? —Se frotó las axilas con la toalla—. Bumpa-bumpa, bumpa-bumpa, bumpa-bum pa-pa-pa-pa, una caja de arenques sin tapa...

—No me gusta. No me gusta —le dijo a Domino mientras colocaba en su ojal el clavel recién cortado traído por el servicio de habitaciones—. Toda esa maniobra del paquete debe tener algún fin. ¿Qué pretenden? ¿O estás afirmando que Cikoumas es una mera coincidencia?

—No. Hay una clara relación. Incluso han abierto una delegación hace poco en Cité d'Afrique. Naturalmente, eso sena una acción lógica en un importador, pero...

—Bueno, está bien, de acuerdo. Pero ¿por qué enviar el paquete siguiendo esa ruta?

Quizá quieren conseguir alguna otra cosa.

—No comprendo adonde quieres ir a parar. Sencillamente, no quieren que los empleados de correos vean el remite de Limberg en un paquete dirigido a Estados Unidos Por Siempre. Algo así valdría unos cuantos dólares para cualquiera que se dedique a darle datos a los medios de comunicación. La tapadera de Cikoumas es una forma sencilla de evitarlo.

—Ah, quizá. Quizá sólo sea eso. Quizá no. —Michaelmas empezó a ir y venir por la habitación—. Lo hemos detectado. Quizá se pretendía que lo detectáramos. Quizá están dejando una pista que sólo un animal muy particular sería capaz de seguir. Pero debemos seguirla. Debemos seguirla para que así podamos ser detectados, identificados y entonces, ¡pum, chaf! —Se golpeó la palma de la mano con el puño—. ¿Qué te parece eso, eh? Quieren cazarme porque han deducido que existo y que se me puede encontrar, y en cuanto sepan quién soy y me hayan pillado lo tendrán todo en sus manos. ¿Qué te parece eso como hipótesis?

—Bueno, está claro que es posible llegar a ella. —¡Tienen que saberlo! Fíjate en la historia reciente del mundo. ¿Dónde está la guerra, donde está lo que iba a ser una clase de multimillonarios situada en lo alto de un sistema cada vez más empobrecido, qué está haciendo disminuir la presión de la pobreza, qué explica el surgimiento de una distribución racional de recursos a escala mundial? ¿Qué explica el que los políticos deshonestos se vean descubiertos uno a uno, el que la planificación social racional aumente día a día, y que los planes se ejecuten de una forma razonablemente efectiva? ¡Tengo que existir!

—Sí, creo que existes —dijo Domino. Michaelmas parpadeó.

—Sí, tú... —dijo—. No pueden saber nada de ti. Cuando piensan en mí

probablemente me imaginan tocado con un gran sombrero de copa y correteando a lo largo de una inmensa consola de mandos. El fantasma de la ópera. Sin embargo, siempre es posible que...

—Discúlpeme, señor Michaelmas, pero la CANU y el doctor Limberg acaban de anunciar que la conferencia de prensa se celebrará en el sanatorio dentro de media hora, a las diez y media. He llamado a Madame Gervaise para que reúna al equipo y hay un coche esperando.

—De acuerdo. —Michaelmas se colgó la terminal del hombro—. ¿Y si el que Cikoumas resulte tan visible tiene como objetivo hacer que no me fije en la mujer? —¿En?

—Supón que ya saben quién soy. Entonces deben dar por sentado que lo he deducido todo, ¿no? Deben dar por sentado que estoy en posición de actuar contra ellos. —Michaelmas cerró suavemente la puerta blanco y oro de la suite y avanzó por el pasillo de paredes cubiertas con un elegante papel a rayas, pisando su alfombra de flores y sintiendo el olor a esencia de lilas. Estaba sonriendo con su afabilidad de costumbre—. Por lo tanto, deciden ponerla tras mis pasos. ¿Qué otra explicación puede haber para su presencia? —Se detuvieron ante el ascensor y Michaelmas apretó el botón de llamada.

—Quizá sencillamente el deseo de tener controlado a un famoso reportero investigador que podría olerse que hay algo feo en la historia que desean difundir. Quizá nada de particular. Quizá, después de todo, no sea más que una sencilla y honrada chica del campo. ¿Por qué no? —¿Estás diciéndome que mi tesis tiene vías de agua?

—En una bañera cabe mucha agua. Normalmente, basta con una cantimplora.

El ascensor acababa de llegar. Michaelmas le dirigió una cálida sonrisa al ascensorista, se colocó en un rincón y empezó a cepillar meticulosamente las solapas de su abrigo mientras que la cabina iba bajando hacia el vestíbulo. —¿Qué debo hacer?— dijo Michaelmas en lo más hondo de su garganta. —¿Qué es esa mujer?

—Tengo un informe de nuestro helicóptero —dijo de repente Domino—. Se encuentran a dos kilómetros del aparato de Watson. Están acercándose a la montaña que domina el sanatorio de Limberg. El aparato de Watson está perdiendo altura muy rápidamente.

Tienen una avería en el motor. —¿Cómo es el terreno?— preguntó Michaelmas. El ascensorista volvió la cabeza hacia él.

—Bittesehr?

Michaelmas meneó la cabeza, ruborizándose.

—Muy abrupto, y las ráfagas de viento son considerables —dijo Domino—. Watson está siendo arrastrado hacia la cara del acantilado. Su aparato está moviéndose en línea paralela a él. Quizá logren salir bien librados. No, una de las

aspas acaba de chocar con un saliente. El fuselaje está oscilando. La cabina ha golpeado las rocas. El rotor de cola se ha partido. Un fuerte impacto en la base del acantilado. Una explosión.

El ascensor se detuvo con una leve sacudida. Las puertas se abrieron silenciosamente.

—El vestíbulo, *Herr* Mikelmaas.

—Cielo santo —dijo Michaelmas. Salió al vestíbulo y miró a su alrededor pero en realidad no veía nada.

SEIS

Clementine Gervaise vino rápidamente hacia él. Se había puesto un traje de mezclilla y una blusa delgada con un pañuelo tapándole la garganta.

—La dotación de rodaje ya está llevando el equipo al sanatorio —le dijo—. El coche que ha alquilado nos espera delante del hotel.

—Ladeó la cabeza y le miró más atentamente —Laurent, ¿hay algún problema? Michaelmas se puso bien el clavel.

—No. Tenemos que darnos prisa, Clementine. —Su colonia le recordaba lo agradable que era respirar el olor de una persona familiar cuando las calles estaban llenas de gente extraña. Clementine avanzó por la moqueta del vestíbulo, caminando junto a él, y Michaelmas oyó el leve roce de su ropa. El portero les abrió la puerta. El Citroen con su chofer estaba al pie de la escalera. Entraron en el coche, cerraron la puerta, el coche se apartó de la acera y un instante después se encontraron atravesando la ciudad rumbo hacia la carretera que llevaba a la montaña. El asiento era muy mullido y sus cuerpos quedaban bastante cerca el uno del otro. Michaelmas permaneció inmóvil, mirando hacia delante, sin dejar que su expresión revelara en qué estaba pensando.

—Esta mañana tendremos que vencer a los mejores periodistas del mundo —observó—. Gente como Annelise Volkert, Hampton de Courcy, Melvin Watson...

—No muestra ninguna reacción que se salga de lo corriente —dijo Domino dentro de su cráneo—. Está limpia..., al menos respecto a eso.

Michaelmas cerró los ojos durante un momento. «Eso no demuestra gran cosa», subvocalizó, mientras que ella decía:

—Sí, pero estoy segura de que lo conseguiré. —Pasó su brazo alrededor del de Michaelmas—. Y pronto le haré ver que formamos un equipo excelente.

—El centro de mando de los cosmonautas soviéticos acaba de hacer pasar al capitán Anatoli Rybakov de los programas de rutina a la posición de alerta para el proyecto expedicionario —le dijo Domino—. Han procurado hacerlo con discreción. Tiene que empezar un entrenamiento acelerado inmediato en el simulador de Tyura Tam. La orden goza de Prioridad Especial y ha sido transmitida desde Moscú al cosmodromo utilizando su línea más secreta.

Rybakov. Ya estaba haciéndose un poquito mayor, especialmente para un capitán, y nunca había sido un oficial de primera categoría. Ocupaba un tercer o cuarto puesto en los relevos de tripulación contenidos en las listas de la CANU y ni tan siquiera figuraba en el cuadro de vuelo del Control Estelar. Pero, aun así, era el único ser humano que había viajado tanto a la Luna como a la estación orbital Kosmogorod. —¿Qué supones que significa eso?— le preguntó Michaelmas, frotándose el rostro.

—No tengo ni la más mínima idea... todavía. —¿Has avisado a la CANU?

—No. Por cierto, Papashvilly había ido al aeropuerto de Afrique pero ha vuelto hace unos minutos. Sakal telefonó a Control Estelar y ordenó que le hicieran regresar.

—Discúlpeme, Clementine —dijo Michaelmas—. Tengo que poner algo de orden en mi cabeza.

—Naturalmente. —Se reclinó en su asiento, elegante, cortés, atenta. Su brazo se apartó del de Michaelmas dándole antes una leve palmadita en la mano.

—Noticia del dominio público —dijo Domino e hizo sonar su carillón—. Boletín. UPI, Berna, 29 de septiembre. Un accidente de helicóptero ocurrido cerca de esta ciudad ha puesto punto final a la vida del famoso reportero Melvin Watson. El internacionalmente respetado periodista murió al mismo tiempo que su piloto... —Su altavoz siguió repitiendo la historia transmitida por el servicio de noticias. «Está reaccionando», le dijo al oído de Michaelmas. Michaelmas volvió la cabeza hacia ella en un gesto lento y envarado.

Los labios de Clementine estaban curvándose en una mueca de pena y sus ojos se velaron con una leve película de lágrimas.

—Oh, *quel dommage!* Laurent, usted debía conocerle, ¿verdad? Con un gesto espasmódico de su garganta Michaelmas le pidió a Domino más datos sobre ella.

—Lo que podría esperarse. —La respuesta tardó algo en llegar—. Pulso subiendo, respiración acelerándose. Resulta algo difícil ser preciso. Ahora estáis bastante aislados y tengo que hacer bastantes cambios para ir siguiendo tu terminal. Además, estoy recibiendo unos cuantos ecos de las rocas que tenéis alrededor; contienen metal.

Michaelmas miró por la ventanilla. Estaban en la carretera, con un risco montañoso señalado por los taladros y las voladuras a un lado y un precipicio que iba volviéndose cada vez más inquietante al otro. El viento creado por su avance arrancaba velos de nieve en polvo de la cuneta y los dejaba suspendidos detrás de ellos, igual que estandartes. La ciudad quedaba ya bastante abajo, apareciendo y desapareciendo a medida que el coche seguía la serpenteante carretera. En algún lugar de allí abajo se encontraba la mayor parte de los componentes que formaban al Domino actual, dejando aparte los que pudieran incorporarse a su estructura procedentes de algún satélite que pasara sobre ellos.

El boletín hablado llegó a su fin. No había sido muy largo. Clementine se inclinó hacia delante, una mueca de preocupación en el rostro. —¿Laurent?

—Le conocía —dijo Michaelmas en voz baja y suave—. Siento que usted no llegara a conocerle. He perdido a un amigo. —Y ahora estoy solo, solo entre los Champion—. He perdido a un amigo —repitió, queriendo disculparse ante «Caballo» por haberle tratado de forma tan condescendiente.

Clementine puso la mano sobre su rodilla.

—Siento mucho que le haya afectado tanto.

Michaelmas no pudo resistir la tentación y puso su mano sobre la de ella durante unos momentos. Era un gesto que no habían utilizado entre ellos desde hacía muchos años, pensó, y un instante después, con un esfuerzo, recordó dónde estaba.

—Gracias, *madame* Gervaise —dijo. Se apartaron un poco el uno del otro y se quedaron inmóviles, en silencio.

Al acercarse a la puerta del sanatorio pasaron ante un gran número de coches aparcados en la cuneta, casi pegados a la roca. Por la carretera se veía a bastante gente con equipo de grabación y el coche tuvo que hacer unos cuantos giros para esquivarlos.

Algunos gritaron, otros no les hicieron ningún caso. En la puerta había el grupo habitual de personas gesticulantes que no habían logrado exhibir unas credenciales convincentes.

La puerta estaba protegida por unos cuantos centinelas: un portero con guantes y uniforme azul en el que se veía la insignia del sanatorio, un policía de paisano corpulento y de mediana edad que llevaba traje, sobretodo y un sombrero de terciopelo, y un joven de aspecto vivaz vestido con una chaqueta deportiva y un jersey al que Michaelmas reconoció como uno de los encargados de prensa de menos importancia de la CANU. El hombre de la CANU metió la cabeza por la ventanilla, reconoció a Michaelmas y se apresuró a hacer una señal de que todo iba bien juntando el pulgar y el índice. El policía suizo le dirigió una inclinación de cabeza al portero y éste apretó el botón que accionaba las puertas de hierro forjado, haciéndolas plegarse durante unos pocos segundos detrás de sus soportes de ladrillo. El Citroen aceleró bruscamente hacia delante y cruzó el umbral, dejando detrás suyo un reguero de gritos.

—Me pregunto si no estaremos siendo manipulados por alguna cultura capaz de viajar en el tiempo —le dijo Michaelmas a Domino—. Me pregunto si no estarán alterando nuestra historia para divertirse. No haría falta gran cosa: un asesinato en lugar del exilio, la revolución en vez de unas elecciones... Ese tipo de exageración les haría conseguir espectáculos altamente vendibles. Y lo más probable es que eso no alterara de forma crucial el curso del tiempo. O quizá si acabara alterándolo, un poquito... Podrías despertar teniendo al lado un semental joven y esbelto en vez de al barrigudo padre de tu lloroso bebé. El público quedaría encantado. Y los decorados y los adores son gratis. El sueño de un productor. Y sin contratos impuestos por los sindicatos.

—Michaelmas, una persona en tu posición no debería distraerse jugando con la paranoia.

—Pero ¿no crees que un pez debe estudiar el agua?

Un poco más arriba había un estacionamiento asfaltado repleto de coches j unto al

que se veía una suave pendiente cubierta de césped agitado por el viento sobre la que había helicópteros y en la que el exceso de vehículos había acabado destrozando la hierba para convertirla en una mezcla de fango y tierra. El Citroen logró encontrar un sitio entre los demás coches y los camiones de las grandes cadenas. El sanatorio se encontraba al final de la cuesta y estaba construido casi totalmente de metal brillante y ventanas polarizables, con el diseño global adoptando la forma de una silueta de ángulos agudos en la que la nieve era incapaz de acumularse. La luz del sol rebotaba ferozmente de sus flancos igual que si fuera una cuña clavada en el cielo.

Bajaron del coche y Clementine Gervaise miró a su alrededor.

—En otras circunstancias este sitio debe resultar muy pacífico —observó, antes de hacerle una seña al camión que albergaba a su cuadrilla de rodaje. Unas cuantas personas vestidas con monos blancos y guardapolvos en cuyo bolsillo se veía el emblema de su organización vinieron corriendo hacia donde estaban. Clementine empezó a ir y venir por entre ellos, señalando cosas, haciendo gestos, ladeando su cabeza para escuchar, meneando la cabeza, asintiendo, dando golpecitos con la punta del índice en una tablilla con hojas de papel que alguien le había ofrecido. Un instante después parte del grupo subió trotando los peldaños del sanatorio, cruzándose con otros equipos de rodaje vestidos de forma similar pero con emblemas distintos. Y desde algún lugar situado en lo alto de la escalera les llegó un grito de rabia y ultraje que fue seguido por el lento rebotar de un objetivo de cincuenta y cinco milímetros cayendo por los peldaños.

—Diez veinte hora local —dijo Domino.

—Gracias —contestó Michaelmas observando a Clementine—. ¿Qué tal andan ahora tus conexiones?

—Estupendamente. Lógico, con todo este equipo presente y el horizonte tan despejado, ¿no?

—Sí, claro —dijo Michaelmas distraídamente—. ¿Has comprobado los registros de mantenimiento y revisiones del helicóptero de «Caballo»?

—Sí. —¿Los has comparado con todos los historiales de todos los aparatos de ese mismo modelo?

—Sí. —¿Y has correlacionado todos los datos sobre averías graves sufridas por ese tipo de modelo?

—Oye, enséñale a tu abuela cómo sorber huevos, ¿quieres? Si lo que me estás preguntando es si fue un accidente, mi respuesta es que no debería haber sucedido. Pero eso no excluye posibilidades muy poco corrientes, de esas que ocurren sólo una vez, como el fallo en el diafragma de una bomba o incluso algún tipo de resistencia anómala en un circuito. Ahora estoy repasando a todos los suministradores de piezas y fabricantes subcontratados, buscando cosas como cambios de diseño que no se hayan hecho públicos, índices de rechazo elevados en las últimas etapas de la

inspección, etcétera.

Tardaré un poco. Y hay otras piedras esperando a que se les dé la vuelta, ¿no? —Clementine Gervaise había entrado en el radio de percepción de los sensores de la terminal de comunicación—. Ahí viene una de ellas.

—De momento, concentrémonos en el problema de Norwood —dijo Michaelmas.

—Por supuesto, Laurent —le dijo Clementine con dulzura—. La dotación ya ha recibido instrucciones y todo el equipo está a punto. Los labios de Michaelmas temblaron levemente.

—Sí..., sí, claro, ya me lo imagino. La estaba observando. —¿Le gusta mi estilo? Venga, entremos—. Le cogió del brazo y subieron los peldaños.

Delante de las puertas de cristal ahumado había otro puesto de verificación de credenciales. Un segundo joven de la CANU estaba comprobando los nombres en una lista. El apolonamiento resultante era bastante tranquilo y cortés y mientras esperaban una cola se fue formando a espaldas de Michaelmas y Clementine.

Douglas Campion estaba justo delante de ellos, hablando con el joven de la CANU.

Michaelmas se preparó para hablar con él pero Campion parecía muy ocupado.

Michaelmas le estudió con algo cercano a la fascinación.

—Señor Campion, su dotación se encuentra en la balconada destinada a los fotógrafos —estaba diciendo el joven de la CANU—. Nuestra lista le asignaba un asiento situado en la parte final del auditorio principal. Claro que teniendo en cuenta la desgraciada...

—Cierto —dijo Campion—. ¿Va a darme el asiento de Watson y su tiempo de micrófono?

—Sí, señor. Y por favor, permítame expresarle...

—Gracias. ¿Dónde queda ese asiento?

Con cierta tristeza Michaelmas acabó decidiendo que Campion no tenía nada de desagradable. Resultaba bastante fácil pensar que detrás de aquel escudo anticlórico suyo había pena, dolor o casi cualquier otra emoción que uno deseara atribuirle.

Vio cómo Campion avanzaba por el vestíbulo hacia las puertas traseras del auditorio y un instante después él y Clementine se encontraron avanzando.

El joven de la CANU sonreía como si acabara de nacer hacía diez segundos.

—Es un placer verle, señor Michaelmas. Señorita Gervaise... —dijo. La húmeda película de ira que ya estaba desvaneciéndose de sus ojos hacía que brillaran levemente.

Comprobó que sus nombres estaban en la lista, cogió una fotocopia con un diagrama de la planta que había sobre su mesa e hizo una marca en ella para Clementine. —Le hemos dado a su dotación un sitio aquí, en la primera fila de la balconada— dijo. —Lo único que ha de hacer es subir esos peldaños que hay al final

del vestíbulo y les encontrará enseguida. Y a usted, señor Michaelmas, le hemos puesto en el centro de la primera fila del auditorio principal. —Sonrió—. No hará falta pasarse micrófonos de un sitio a otro.

Limberg tiene toda una instalación..., micrófonos conectados a un sistema de control remoto, altavoces, de todo... Cuando le indiquen que ha llegado su turno de preguntar lo único que debe hacer es abrir la boca y hablar. El sistema de sonido de su dotación se conectará automáticamente.

—Gracias. —Michaelmas alteró un poco la posición de sus labios. No dio la impresión de haber cambiado el tono o el nivel de su voz, pero nadie que estuviera detrás suyo podría haberle oído—. ¿Está aquí el señor Frontiere?

El joven de la CANU enarcó una ceja.

—Sí, señor. Ocupará un lugar en el estrado durante la rueda de preguntas y respuestas.

—Me preguntaba si podría verle un momento antes. El joven de la CANU torció el gesto y miró su reloj. La sonrisa de Michaelmas expresaba la más absoluta simpatía hacia suposición.

—Siento verme obligado a pedírselo pero... —le dijo. El joven de la CANU le devolvió la sonrisa con cara de no saber qué hacer.

—Bueno... —dijo mientras que Michaelmas ladeaba distraídamente la cabeza para que nadie pudiera ver los labios del joven—. Supongo que le debemos un par de favores, ¿no?

Coja el primer pasillo de la izquierda a ese lado del salón. La penúltima puerta lleva al auditorio y saldrá muy cerca de su asiento. La última puerta lleva a la parte posterior del escenario. Frontiere anda por ahí.

—Gracias. —Michaelmas sintió una leve presión en su espalda. Sin necesidad de mirar, supo que una docena de personas ocupaban el espacio que había entre él y las puertas, y unas cuantas más estaban empezando a darse codazos de forma casi subconsciente mientras ocupaban el comienzo de los escalones. Todo el mundo se inclinaba hacia delante para ver cuál era el motivo de aquel atasco, y se preparaba para vengar una muestra de malos modales o gritar indignadamente ante la primera señal de favoritismo.

—Yo lo arreglaré, Laurent —dijo Clementine en voz baja—. ¿En? *Merci. A bientót* —dijo Michaelmas. Rodeó la mesa de recepción y se preguntó qué diablos pensaba hacer.

Clementine avanzó con él y en cuanto habían dado unos pocos pasos sus zancadas se volvieron rápidas y casi masculinas. Giró bruscamente hacia la escalera que llevaba a la balconada y uno de sus tacones se partió limpiamente en dos. Vaciló, consiguió recuperar el equilibrio poniendo una mano en la pared y dejó escapar un ronco «¡Merde!». Se quitó el zapato, lo arrojó al otro extremo del gran vestíbulo y, de

una patada, mandó a su compañero en la misma dirección. Después subió rápidamente los peldaños, seguida aún por cada par de ojos presentes en el vestíbulo.

Michaelmas, con algo que se parecía a una sonrisa en los labios, se desplazó velozmente junto a la pared del vestíbulo, aparentando despreocupación y sin hacer ni el más mínimo ruido. Llegó a la última puerta y cruzó rápidamente el umbral.

Varias cabezas se volvieron hacia él: Limberg, Norwood, un puñado de altos cargos administrativos de la CANU y Frontiere, sus torsos apoyados en los rígidos músculos de los brazos, apretados alrededor de una mesa llena de papeles y relucientes ampliaciones fotográficas. El blanco índice de Limberg fue hacia una de las ampliaciones, golpeándola con su huesudo nudillo.

Michaelmas les saludó afablemente con la mano mientras que ellos le contemplaban con expresiones que iban del disgusto a la preocupación. Frontiere fue rápidamente hacia él.

—Laurent...

—Giorno, Tulio. Deprisa, antes de que vaya al auditorio, ¿qué planes tiene la CANU? ¿Piensan hacer cambios en la tripulación?

El rostro anguloso y patricio de Frontiere declaró rápidamente que no pensaba decir nada al respecto. Los oscuros ojos profundamente hundidos en sus cuencas se clavaron en la cara de Michaelmas y Frontiere cruzó sus delgadas manos de lustrosas uñas sobre los flacos bíceps cubiertos por sus mangas de alpaca. —¿Por qué me lo preguntas, Laurent?

Michaelmas pensó en el número de veces que había sacado de apuros a la CANU. El número era bastante grande, aun contando sólo aquellas ocasiones en que había actuado de forma pública. Y bien sabe Dios que estoy dispuesto a hacerlo de nuevo, se dijo, y ahora Frontiere estaba contando todas y cada una de esas veces. ¿Quién habría pensado que un hombre vería tan reducido su haber por una pregunta tan sencilla? Una simple respuesta que le permitiría al periodista más eminente del mundo formular con más seguridad sus comentarios sobre la conferencia de prensa...

—Norwood estaba al mando, Papashvilly fue puesto al mando de la misión y Papashvilly tiene el rango de mayor. Responde a mi pregunta y me harás hecho un gran favor. Creo que mi pregunta no tiene nada de extraño..., *vecchio amico*.

Frontiere hizo una mueca de incomodidad.

—Quizá. Verás, esta mañana andamos todos un poco nerviosos, ¿comprendes? Creo que estaba menospreciando tu inteligencia natural.

Michaelmas sonrió.

—Entonces responde a esa maldita pregunta. Los ojos de Frontiere se movieron como si deseara ver a las personas que tenía detrás.

—De ser necesario, se hará pública una declaración explicando que no hay planes para cambiar a la tripulación. Michaelmas ladeó la cabeza.

—En otras palabras, vamos a cenar un pescado excelente, sobre todo si alguien se queja del estómago. ¿Es la línea de conducta que te propones defender?

La algo amarga sonrisa de Frontiere traicionó uno de sus famosos hoyuelos.

—Me temo que esta mañana no sé tratarte demasiado bien..., viejo amigo —dijo en voz baja—. Quizá quieras hablar conmigo a solas después de la conferencia, con calma. —¿Una charla entre amigos?

—Totalmente entre amigos.

—*Bene*.

—Muchísimas gracias. —Frontiere se permitió una leve sonrisa—. Y ahora tengo que volver a mis obligaciones. Ocupa tu asiento en el auditorio, Laurent; los perros y los ponies ya han recibido sus instrucciones. Aún quedan por resolver un par de pequeños detalles, pero no tardaremos en empezar. —Frontiere giró sobre sí mismo y volvió a la mesa, extendiendo los brazos con las palmas hacia arriba en un gesto muy latino. Un instante después todos estaban conversando nuevamente en susurros. Limberg agitó repetidamente la mano señalando hacia una de las fotos. La punta de su dedo golpeó una y otra vez la superficie de la mesa.

Michaelmas salió de la habitación y cerró la puerta sin hacer ruido.

—Debemos asegurarnos de que hacemos cuanto nos sea posible para proteger a Papashvilly —dijo en cuanto salió al pasillo, que estaba vacío.

—Protegerle, ¿contra qué? —preguntó Domino—. En general, ya estamos haciendo todo lo que podemos. Si le apartan de la misión después de todo este jaleo, no necesitará protección. Y si continúa en ella, ¿qué se supone que debo sugerir? Aparentemente la CANU está preocupada por él. Recuerda que estuvieron a punto de meterle en un avión para que viniera aquí y que poco después Sakal le hizo volver del aeropuerto de Cité d'Afrique. ¿Qué sacas en limpio de eso?

—Hay momentos en los que me gustaría limitarme a confiar en tu ingenio.

—Y hay momentos en los que me gustaría que tus intuiciones pudieran ser algo más precisas. Michaelmas se frotó la nuca.

—Me encantaría poder disfrutar de un poco de paz y silencio.

—Pues entonces tengo que darte malas noticias. Acabo de comprender qué pretenden conseguir con lo de Rybakov. —¿Oh, sí?

—Los rusos también son capaces de hacer planes a largo plazo. Si la CANU intenta poner nuevamente a Norwood al mando, no se limitarán a amenazar con retirar a Papashvilly. Retirarán a Papashvilly y amenazarán con insistir en que el honrado obrero Rybakov sea segundo de a bordo.

La lengua de Michaelmas se deslizó por entre su labio superior y los dientes produciendo un leve chasquido.

—El escándalo sería tremendo.

—Más que eso.

—Sí. —En caso de que la CANU se negara a aceptar tal proposición, el próximo movimiento sería que la URSS retirara también a Rybakov. Eso dejaría a lo que había sido bautizado como el programa de la Humanidad en el Espacio con tan sólo un teniente de la Alemania Oriental para representar a la mitad del mundo caucásico—. Volveríamos directamente a los años 60. La CANU no puede consentir eso. De lo contrario, ¿para qué existe? Así pues, tan pronto como vean que los rusos sacan a Rybakov de la hilera de peones abandonarán todo el plan. Puede que ahora no sepan muy bien qué hacer pero bastará con que piensen en tal secuencia de acontecimientos y se conformarán con Papas bulí sin importar lo que pueda suceder.

—Ese «qué» puede consistir en Viola Hanrassy y todos los proyectiles que sea capaz de arrojar.

—Exacto. Me pregunto qué explotaría antes. —Michaelmas volvió a frotarse la nuca—. Me encantaría mucho poder disfrutar de un poco de paz y silencio.

Tres peldaños más y se encontró en la parte lateral del auditorio. En épocas normales se utilizaba como sala para conferencias médicas y por la noche servía para proyectar películas con que distraer a los pacientes. Aun así, sus doscientas butacas hacían que resultara ideal para una conferencia de prensa, y el balcón situado en lo alto era perfecto para las cámaras, con todas las fuentes de energía y salidas para los sistemas de sonido colocadas adecuadamente. A cada lado del estrado, que asomaba un poco de la pared, había reflectores colocados en toda una variedad de ángulos para que los cámaras de a pie pudieran tomar planos con teleobjetivo de cualquier persona situada entre el público.

Los mullidos asientos color marrón se estaban llenando rápidamente. Los presentes ofrecían el surtido habitual de colores, sexos y formas de vestir. Aquellos pocos escogidos se mostraban mucho más reservados que cuando formaban parte de la agitada multitud del aeropuerto. Michaelmas fue hacia donde estaba Douglas Champion y le ofreció la mano.

—Me gustaría expresarle mi condolencia, y le deseo buena suerte y que aproveche esta oportunidad. —Parecía un sentimiento al que aquel hombre respondería.

Los ojos de Champion se volvieron hacia él.

—Sí... Gracias. —¿Tiene planeado hacer algún artículo necrológico sobre él?

—Ahora no puedo. —Los ojos de Champion estaban mirando por encima de su hombro, hacia el telón—. Tengo que ocuparme de la noticia principal. Eso es lo que él habría querido.

—Naturalmente. —Michaelmas siguió avanzando. Los paneles marrón claro del recubrimiento acústico decoraban atractivamente las paredes. Apenas si dejaban escapar ninguno de los sonidos que llenaban el auditorio: roce de pies, asientos abriéndose y cerrándose, gargantas que carraspeaban.

Y ahora Tokio y Sydney estaban terminando sus cócteles previos a la cena, quitando la música y seleccionando los canales. En Pekín estarían de pie en la gran plaza contemplando la enorme pantalla situada ante el edificio del gobierno; en Moscú estarían apelotonados ante los televisores de sus pequeños apartamentos; en Los Ángeles estarían dándose codazos los unos a los otros para gozar de una visión mejor en los salones: aquí y allá estarían gritándose los unos a los otros, discutiendo apasionadamente. En Chicago y Nueva York seguramente estarían durmiendo; en Washington lo más seguro era que no pudiesen dormir.

Michaelmas fue hacia su asiento, haciendo gestos de cabeza y saludando a sus conocidos. Descubrió una etiqueta con su nombre clavada con un alfiler a la tela, la examinó y se la guardó en el bolsillo. Alzó los ojos hacia la balconada; Clementine se llevó un dedo a la oreja, levantó el pulgar y volvió a bajarlo. Michaelmas sacó el auricular incrustado en la terminal de Domino y se lo metió en el oído. Un locutor de la cadena para la que trabajaba Clementine estaba haciendo un breve resumen de las tomas con gente-de-la-calle que Domino se había encargado de montar para ellos actuando como Michaelmas, insertando de vez en cuando planos de archivo del rostro de Michaelmas mostrando varias reacciones. Después, aparentemente, pasó a comentar la situación en el auditorio, utilizando los planos de una cámara de agencia; meticulosamente, fue adornando lo que el mundo podía ver como una gran sala llena de gente que tenía los ojos clavados en un telón.

Un leve chasquido y la voz de Clementine brotó del canal usado por la dotación de rodaje, reemplazando a los comentarios de la cadena.

—Vamos a hacer un plano en tres cuartos de tu perfil derecho, Laurent —le dijo—. La iluminación es mejor de ese lado. Sube un poco el mentón, por favor. Empezaremos cuando te dé la señal.

Michaelmas levantó la mano para indicarle que la había comprendido y adoptó una expresión que había aprendido observando a los políticos jóvenes.

—Adelante.

—Tengo que irme —dijo de repente la voz de Domino—. Te veré en Berna.

Involuntariamente, Michaelmas bajó los ojos hacia la unidad de comunicación. Un instante después recordó dónde estaba y adoptó su expresión de antes. —¡...ahí vamos!— La voz de Clementine volvió a ocupar el canal. El telón se estaba abriendo y Getulio Frontiere apareció bajo las luces del estrado. A su espalda había una mesa con tres sillas vacías, justo bajo el arco del proscenio.

Frontiere se presentó y empezó a hablar.

—Damas y caballeros, les damos la bienvenida en nombre de la Comisión Astronáutica de las Naciones Unidas, y en nombre del doctor Limberg, que les acoge como invitados. —Como siempre, la sonrisa que iluminaba sus rasgos de miembro de la familia Borgia podría haber convencido a cualquiera de que todo tenía una

explicación muy sencilla y la situación siempre había estado bajo control—. Y ahora, me gustaría presentarles al señor Ossip Sakal, Director Administrativo Oriental de la CANU. El señor Sakal pronunciará un breve discurso de introducción y será seguido en el estrado por el doctor Limberg. El doctor Limberg tomará la palabra, también brevemente, y después les presentará al coronel Norwood. Un período de preguntas y respuestas...

Un creciente volumen de sonidos que no llegaban a palabras hizo que casi dejara de oírsele: el estruendo se componía de bruscas aspiraciones de aire, manos que se posaban sobre los brazos de sus asientos, cuerpos que se inclinaban hacia delante y suelas de zapato que arañaban el suelo.

—Así que ésas tenemos —dijo el vecino de Michaelmas, un oriental elegantemente vestido del Servicio Nueva China—. La CANU acaba de admitir oficialmente que todo lo anunciado era verdad.

Michaelmas asintió distraídamente. Acababa de quedarse sosteniendo en las manos una simple unidad de comunicaciones limitada, con la mayor parte de su estuche ocupado por una cantidad casi infinita de microcapas de circuitos muertos cuidadosamente elaborados, así como por juguetitos que hacían encenderse y apagarse luces creando ruidos para impresionar a la gente impresionable.

Frontiere, apoyado tranquilamente en el atril, había esperado a que la conmoción fuera disminuyendo. —... un período de preguntas y respuestas— siguió diciendo, — que tendrá lugar después de que el coronel Norwood haya hablado. Yo actuaré de moderador. Y ahora, el señor Sakal.

Sakal fue hacia el atril y en su forma de caminar había algo peculiar. Michaelmas se quedó muy quieto en su asiento. Oz el Pájaro, como habían ido revelando a lo largo de los años un sinfín de conferencias de prensa y partidas de póquer que duraban hasta el amanecer, siempre enseñaba su última carta después de haberte hecho apostar demasiado por ella. Pero había un Oz Sakal relajado y un Oz Sakal dominado por una ira enloquecida que se parecía mucho al primero, y actuaba casi exactamente igual que él. Y el Sakal que tenían delante era el segundo.

Michaelmas miró a su alrededor. Los demás periodistas permanecían sentados, limitándose a esperar el tipo de discurso introductorio del que el mundo no haría ningún caso. Pero quizá nunca habían visto al Pájaro perdiendo una partida por culpa de un farol cuando tenía buenas cartas.

Michaelmas apretó el botón marcado Transmisión de su unidad para que Clementine supiera que empezaría a darle datos. Después lo dejó en posición de bloqueado, se volvió hacia el reflector más próximo y sonrió.

—Damas y caballeros, buenos días —dijo con su tono de voz más cálido y afable—. Aquí Laurent Michaelmas. El hombre que está a punto de hablar... —ese bribón que voy a describirles—, se ha ganado una sólida reputación como persona capaz de

pensar deprisa, tomar decisiones de forma responsable y procurar siempre aquello que más beneficioso sea para la CANU. —Y también tiene cierta tendencia a partir en dos las cucharitas para remover cócteles cada vez que empieza a perder el control de la partida.

Michaelmas había estado observando a Sakal por el rabillo del ojo: Sakal aguardaba en silencio junto al atril mientras que la mayor parte de los presentes hacían aproximadamente lo mismo que Michaelmas. «El señor Sakal», dijo Michaelmas cuando Sakal puso las manos sobre el atril, y desbloqueó el botón de transmitir.

—Buenos días. —Sakal clavó los ojos en el conjunto de cámaras del balcón. Era flaco y nervudo, con unos grandes pómulos y una frondosa cabellera negra que solía llevar peinada hacia atrás. Su frente estaba cubierta por una capa de maquillaje antirreflectante cuidadosamente aplicada—. He venido aquí para expresar públicamente mi admiración y mi placer, así como el de la Comisión Astronáutica de las Naciones Unidas del Mundo. —A Michaelmas le pareció bastante notable que Sakal siguiera dirigiéndose tan sólo al mundo que había más allá de las cámaras—. Que el coronel Norwood haya regresado es un milagro que ya no esperábamos. Volver a tenerle entre nosotros es también una gran alegría personal para quienes estimábamos su amistad desde hace mucho tiempo. Walter Norwood, como puede esperarse de cualquier persona capaz de aventurarse por el espacio, es un hombre que se sale de lo corriente. Quienes tenemos el privilegio de trabajar en pro de la expansión pacífica de la humanidad por el espacio tenemos también el privilegio de entablar amistad con gran número de personas como él, gente que procede de muchos países. El que una de esas personas, una persona a la que creíamos perdida, vuelva con nosotros, hace que nos sintamos invadidos por una gran emoción.

Sakal estaba empezando a improvisar. Michaelmas no sabía qué discurso le habría escrito Frontiere, pero ahora el discurso se había convertido en un mero marco donde encajar toda una creación retórica espontánea; lo cual de momento no tenía nada de malo, ya que a su vez Frontiere había basado sus palabras en los criterios de guía formulados por Sakal. Aunque, naturalmente, el arte de la comunicación en prosa estaba quedando bastante malparado.

Sakal tenía los ojos clavados en la cámara y sus manos sujetaban firmemente el atril.

—No es que el número de pioneros espaciales con que cuenta el Hombre haya aumentado. No, todos nosotros nos hemos visto enriquecidos..., ustedes y yo, al igual que aquellas personas cuyo entrenamiento y experiencia tienen como objetivo pilotar nuestras naves en sus viajes más allá de la gran frontera.

Michaelmas siguió inmóvil, aunque no le resultó fácil. Por un momento había dado la impresión de que la devoción particular que Sakal sentía hacia John F.

Kennedy le llevaría a hablar de «este nuevo océano». Su cautela natural había logrado apartarle de tal trampa pero el precio fue llevarle a su siguiente tropezón con la «Nueva Frontera», un kennedysmo todavía más conocido que el otro. Sakal no estaba meramente furioso; estaba confundido y preocupado, y eso era algo nuevo para Michaelmas.

—Tenemos muchas ganas de volver a trabajar con el coronel Norwood —dijo Sakal—. La CANU tiene esperando muchos proyectos que necesitan las raras y valiosas cualidades de un hombre como él. Sea cual sea su misión, el coronel Norwood la realizará fielmente siguiendo las mejores tradiciones de la CANU y por el bien de toda la humanidad.

Bueno, el discurso había seguido atajos más bien complicados, pero finalmente había llegado al meollo del problema. Ahora, hacía falta dejarlo claro. Michaelmas apretó el botón de Transmitir y lo dejó bloqueado.

—Damas y caballeros —dijo—, acabamos de oír la confirmación de que el coronel Norwood volverá a ocupar su puesto en la CANU. En el momento actual todavía no podemos definir con precisión cuál será la nueva misión que se le asigne, pero está claro que el señor Sakal desea subrayar que será una misión de importancia más que considerable. —Y también quiere hacernos saber que está tan preocupado por el bienestar de su gran amigo como pueda estarlo cualquier otra persona, aparte de lo cual se le ha escapado que la CANU está a punto de retroceder toda una generación en el tiempo.

Maldita sea... Las grandes organizaciones criaban a especialistas como Frontiere para que vistieran sus políticas con chalecos antibala, y luego los creadores de aquellas políticas sucumbían a la improvisación delante de una cámara porque usar sus propias palabras hacía que tuvieran la impresión de que eran más convincentes.

Y hablando de palabras...

—Desde luego, y en caso de que el coronel se encuentre totalmente recuperado, es lógico que se le asigne una posición de alta responsabilidad —estaba diciendo Michaelmas. Resultaba consolador ver el grado de automatismo con que podían trabajar juntas la mente y la lengua, cada una guiando a la otra, llevándose tan sólo un milimicrosegundo de retraso entre ellas, algo que resultaba muy apropiado teniendo en cuenta la situación. Y el rostro, también: el viejo amigo sabio, el consejero versado en los asuntos del mundo. La situación siempre es importante, pero nunca inexplicable ni algo por lo que se deba caer en la desesperación—. Los meses de entrenamiento y pruebas que han transcurrido durante la ausencia del coronel Norwood de los programas de la CANU y el considerable retraso en su puesta a punto física que deberá recuperar harían extremadamente difícil que pudiera incorporarse a cualquiera de los proyectos que ya están en marcha. —Perfecto. Mientras la frase iba fluyendo de sus labios pensó en la posibilidad de decir

«imposible» y acabó rechazándola. De hecho lo más probable es que fuera casi imposible pero no del todo; con sus numerosas tripulaciones actuales, toda esa cantidad de funciones redundantes y los modernos sistemas de guía el vuelo espacial se encontraba muy lejos del actuar en el trapecio que había sido en los tiempos de Will Gately. Y si voy a hacer el trabajo de la CANU, si he de hacer funcionar todas esas cosas de las que la CANU es tan sólo la parte más visible en este momento, lo último que puedo permitirme es hacerme notar. Por lo tanto, no puedo ser más directo que el mismo Sakal, ¿verdad? Sonríe por dentro, viejo y sabio amigo. A eso le llaman ironía. De hecho, es lo que mueve al mundo—. Es posible que el señor Sakal esté haciendo alusión a un puesto como director del programa Aplicaciones para los Planetas Exteriores, que convertirá en procesos industriales los resultados de los experimentos que hayan sido realizados por la expedición a los Planetas Exteriores. —También es posible que Laurent Michaelmas esté intentando gritarle a la CANU cómo puede salir del apuro dándole a Norwood una buena patada que le haga subir en el escalafón, quizá con la esperanza de que al darle esa patada se le reviente el trasero dejando al descubierto un montón de engranajes. ¿Y entonces qué, doctor Limberg? ¿Y ahora qué, Laurent Michaelmas? Todo cuanto tenía junto a él era una cajita mágica vacía..., un objeto callado y bastante inteligente incapaz ni tan siquiera de entender que era una simple herramienta, y que tampoco podía apreciar el grado de habilidad con que era utilizado—. Y ahora, volvamos con el señor Sakal.

Sakal estaba limitándose a presentar a Limberg, y esperó hasta que el anciano hubo salido de entre bastidores antes de dar la vuelta a la mesa y ocupar una de las tres sillas.

Actualmente todo el mundo actuaba en función de los medios de comunicación.

Procuraban ser breves, hacían pausas para permitir los comentarios y no se tapaban unos a otros cuando estaban encima del escenario. Incluso el acto de sonarse era realizado igual que si fueran actores que recreaban psicodramas usando una transcripción. No eran ellos quienes habían apretado el interruptor, movido la cabeza, cerrado la puerta y firmado el documento. Eso era cosa de algún otro, de algún tipo en quien no se podía confiar, un loco, un individuo artero y retorcido. Y hoy en día ese tipo de personas no podían aparecer ante el público, y nunca aparecerían. Lo que se hacía aquí hoy era representar a esas personas y sus actos, como se hacía día tras día. La realidad existe. Vamos a hablarles de ella.

Por supuesto, los que ocupaban el estrado de Limberg eran los supervivientes del proceso de selección. Quienes no habían empezado a aprender pronto eran aquellos de los que nunca oírías hablar.

—Naturalmente, el doctor Limberg no necesita presentación —le dijo Michaelmas a bastantes millones de personas, entre las que debía haber muy pocas que ya estuvieran llegando al anochecer. La Hora Punta avanzaba como un caracol

hacia las desoladas extensiones del Pacífico. ¿Por qué?— Parece que en estos momentos se ha hecho merecedor de la gratitud mundial.

Desbloquear el botón. El gran hombre permanece inmóvil en el estrado igual que un santo en un grabado. Sus ojos, bondadosos y llenos de sabiduría, se mueven abarcando por un igual al público vivo y al público electrónico. La luz del podio, que había resaltado con toda su aspereza las aristas y huecos del rostro de Sakal, parecía ahora más difusa, y quizá un poco más favorecedora. Michaelmas suspiró. Bueno, todos lo hacemos, de una forma o de otra.

—Bienvenidos a mi casa —dijo Limberg en alemán. Michaelmas se lo pensó durante un segundo y se puso una conexión traductora en la oreja. Podía hablar alemán y comprenderlo, sobre todo los dialectos occidentales, pero siempre era posible que percibiera algún matiz, ya fuese procedente directamente de Limberg o creado inconscientemente por el traductor. En ese último caso, lo que el traductor hiciera con las palabras de Limberg resultaría dotado de un mayor peso oficial entre el grupo étnico que las oyera a través de tal fuente. Los Michaelmas y los «Caballo» Watson de este mundo tendrían que acabar siguiendo la huella de esa distorsión, si podían hacerlo o si lo deseaban, y arreglar las cosas discretamente sin crear más jaleo. Michaelmas deseó que el esperanto hubiera logrado imponerse, y no por primera vez. Pero al recordar la pesadilla que siguió al intento norteamericano de autoimponerse el sistema métrico no lo deseó con demasiado entusiasmo.

Limberg estaba sonriendo, las manos extendidas hacia delante y los ojos chispeantes, la viva imagen del jovial anfitrión.

—Mis colaboradores y yo nos sentimos profundamente honrados. Puedo informarles de que supimos cumplir con nuestras responsabilidades hacia el milagro que nos entregó al coronel Norwood en su apurada situación inicial. —Su expresión se había vuelto solemne, pero la posición de sus hombros y la leve inclinación de su cabeza indicaba un discreto orgullo.

Exagera, pensó Michaelmas. Este hombre irradia bondad y sabiduría igual que un tío rico visto por los ojos de su sobrino. Y lo mismo sucede con el mundo: los que afirman que la humanidad no sabe reconocer la justicia, la modestia o el altruismo se equivocan.

En cada generación disponemos de unos cuantos individuos escogidos para que representen ante nosotros todas esas virtudes.

Inquietante. Estar sentado aquí y empezar a sentir ciertas sospechas sobre el historial del viejo... ¿Qué puede pensar uno de los testigos que asistieron al matrimonio de sus padres? Y el registro bautismal... ¿Cuánta santidad posee? Si el certificado de nacimiento del tío es un enigma, ¿qué efecto tiene eso sobre la pretensión de parentesco alegada por el sobrino cuando llega el momento de la prueba?

Mejor no murmurar aún todas esas sospechas en la oreja del mundo. Pero entonces, ¿de qué forma debe mirarle ahora mismo el periodista, el profesional decente y capaz?

Quizá fuese cierto que ningún hombre puede parecerle un héroe a los medios de comunicación. El egocentrismo y la gesticulación del anciano eran temas de conversación típicos de muchas sobre mesas. Pero todos le seguían la corriente, considerando que eran algo inofensivo cuando se lo comparaba con la excelsa majestad de su mente..., suponiendo que la poseyera. Le dejaban ser el hombre de la bata blanca, y él les daba suturas de palabras que eran noticia, palabras con las que podían coser las fístulas del tiempo muerto, porque Limberg era no sólo el hombre que había recibido dos premios Nobel sino también dos regalos caídos del cielo...

Si Domino estuviera aquí, pensó Michaelmas, un poco angustiado, ya me habría sacado hace rato de todo este devaneo mental. ¿Qué pasa?, pensó. ¿Qué están haciendo conmigo y con lo que me pertenece? ¿Quiénes son?

Mientras tanto Limberg estaba narrando uno detrás de otro los improbables detalles de cómo Norwood se había estrellado tan cerca del sanatorio y tan lejos de la atención mundial. Si no fuera porque se lo contaba Limberg y si no estuvieran tan seguros de que Norwood aguardaba entre bastidores, vivo y sin una cicatriz, ¿cuántos de los presentes en aquella sala habrían estado dispuestos a tragarse semejante historia? Pero cuando miró a su alrededor Michaelmas pudo ver que todos estaban engullendo ávidamente el relato.

Y, finalmente, pensó que quizá todo hubiera sucedido de aquella forma.

Ah, no, no, todo esto tiene que ser un engaño. Y lo peor es que creo que mataron a «Caballo» Watson, probablemente porque les asustó ver lo deprisa que podía llegar a moverse.

Cuando pensó en aquello se sintió algo más confiado. Si su poder fuera realmente tan absoluto y monolítico, tendrían todos los restos de la cápsula listos para enseñar, perfectamente ordenados y en su sitio. Además se habrían mostrado gélidamente seguros de lo que decían, igual que la orgullosa Nínive ante Darío y todos sus carros de asalto. Pero el que Watson actuara de forma tan directa no les había gustado. Se habían dejado dominar un poco por el pánico. Alguien del equipo había dicho: «Esperad... No, echémosle otro vistazo antes de enseñarla». Y ésa era la razón de que hubieran acabado con Watson, no sólo para impedir que causara problemas sino también para distraer a la multitud mientras volvían a asegurarse de que todo estuviera en orden.

Era agradable pensar que podían ponerse nerviosos.

Y era muy desagradable pensar lo competentes que podían ser, pese a todo.

Limberg estaba hablando de ortopedia, inmunología, clonación de tejidos; todo resultaba creíble. Ya habían pasado años desde que proclamaron ser capaces de crear

todo un corazón nuevo usando un fragmento del viejo órgano defectuoso; lo que resultaba aparentemente nuevo era que fuesen capaces de hacerlo a tiempo de que eso tuviera alguna utilidad para el paciente.

Michaelmas activó la unidad y le dijo unas cuantas frases sobre ello a su público, igual que si creyera en todo lo oído. Mientras tanto, admiró la forma en que Limberg dejaba pasar el tiempo, haciendo que los periodistas se fueran poniendo más y más tensos igual que si no fueran más que campesinos aguardando el momento estelar en el espectáculo del vendedor de elixir milagroso, en vez de ser los duques y duquesas de la opinión mundial. —... pero los detalles de esos asuntos— estaba concluyendo Limberg, por fin, —son algo que, naturalmente, será mejor examinar un poco más tarde. Y ahora, tengo el privilegio de presentarles al astronauta de los Estados Unidos de América, el coronel y licenciado en ingeniería Walter Norwood.

Y ahí estaba Norwood, saliendo de entre bastidores, repentinamente bañado de luz, sonriendo y alzando una mano para saludar igual que un muchacho. Cada objetivo de la sala captó su imagen y la absorbió, cada corazón de aquella multitud fascinada latió más fuerte, y los medios de comunicación metieron a Norwood de golpe en las entrañas del mundo. Pero no en la hora punta. De todos los planes y trucos que pudieran haber concebido, éste era el más peligroso. Naturalmente, reducir el impacto de semejante noticia era casi imposible pero aun así cuando llegara al desayuno del señor y la señora Norteamérica llevaría varias horas fría y estaría recalentada, enturbiada por los acontecimientos posteriores, fueran los que fuesen. Una belleza en traje de baño podía dar a luz y decir que el padre era un delfín. Terroristas profesionales pagados por potentados corsos con intereses en los balnearios de aguas termales radioactivas de Carlsbad podían poner una bomba en el palacio del presidente Fefre. La General Motors podía anunciar que no habría nuevos modelos para el año 2001, dado que el fin del mundo era inminente.

Y de repente Michaelmas pensó que si estuviera en el lugar de la CANU habría hecho venir a Papashvilly para que estrechara la mano de Norwood en ese mismo instante, pasándole un brazo sobre los hombros en un gesto de camaradería, enfatizando con ello quién era el que volvía a casa, siendo bienvenido, y quién había traído los cubos de agua y partido la leña durante todo ese tiempo.

Pero no habían querido aprovechar aquella oportunidad. ¿Por qué? No había tiempo para preguntárselo. Norwood estaba de pie en el atril. Limberg había vuelto a la mesa para reunirse con Sakal, Frontiere estaba invisible, pegado a una pared hasta que llegara el momento de las preguntas y respuestas, y el coronel norteamericano gozaba de toda la atención disponible. Y con el mejor aspecto posible: los técnicos de iluminación de Limberg estaban haciendo un trabajo magistral con él.

—Me alegra mucho verles —le dijo Norwood a las cámaras, su cabello convertido en una aureola por las luces de fondo. Alzó un poco el mentón y su rostro

quedó bañado por la luz de un foco invisible situado en algún punto cercano al estrado—. Quiero darle las gracias al doctor Limberg y a su personal. —Parecía un ángel. Michaelmas sintió cómo se le erizaba el vello—. Y ahora, estoy dispuesto a sentarme y a que me hagan preguntas. —Sonrió, volvió a saludar con la mano y se apartó del atril.

La iluminación cambió; el atril quedó oscurecido y la luz cayó sobre la mesa. Sakal y Limberg estaban de pie. Frontiere estaba saliendo de entre bastidores. Norwood llegó a su silla. Los periodistas se inclinaron hacia delante, algunos con la mano levantada y las bocas abriéndose para atraer la atención hacia las preguntas que pensaban formular, y cuando lo hacían algún miembro de la claqué escondido en el auditorio empezó a aplaudir. Seguir el impulso y ponerse en pie resultaba muy fácil. Estando de pie, aplaudir era sencillísimo. Decenas y decenas de palmas resonaron unas contra otras y los muros se estremecieron. Tanto Limberg como Norwood movieron la cabeza sonriendo con modestia.

Michaelmas se removi6 en su asiento, apretando los puños. ¿D6nde estaba la declaraci6n p6blica explicando con exactitud lo sucedido? ¿D6nde estaba el f6sico de la CANU con sus gr6ficos y su puntero, su vocabulario lleno de lecturas telem6tricas negativas y efectos Coriolis, sus hologramas animados mostrando c6mo el horizonte de un radar se traga a la c6psula dentro de la que va un hombre? En caso de que nadie m6s fuera a hacerlo, Norwood habr6a debido encargarse de ello.

No iba a suceder. Dentro de un segundo ciento cincuenta personas, cada una con su idea particular de lo que necesitaba preguntar, empezar6an a competir queriendo obtener respuestas breves a preguntas hechas casi sin aliento. El hombre cuya cadena irradiaba su se6al desde un sat6lite a una clientela de ganaderos cubiertos de collares que viv6an en chozas de mimbre no ten6a las mismas preocupaciones que los corresponsales del 6ndice Dow Jones. Los del Servicio de Noticias Cient6ficas apenas prestar6an o6dos a la respuesta obtenida por la pregunta de quien representara a la revista Elle. Y s6lo hab6a un 6rea de tiempo en la que trabajar. La belleza del traje de ba6o estaba all6 fuera, esperando, d6ndole codazos a Fefre y al milenarismo para conseguir algo de espacio en los canales, balanceando sus caderas ofrecidas de una forma tan anormal.

Todo hab6a acabado y no obtendr6an ninguna informaci6n. Estaban aqu6 para santificar el momento y cuando lo hubieran hecho el mundo creer6a estar enterado de la verdad y que 6sta le hab6a salido gratis.

Frontiere estaba en el atril. Su oficio era manejar este tipo de cosas. Apenas si parec6a esforzarse: aquel hombre ya hab6a bailado un par de veces el mismo minu6. El hombre de la CANU, s6, pero haciendo el trabajo que Limberg deseaba ver realizado.

Y de ah6 ven6a la rabia impotente de Sakal. El P6jaro, sin que se supiera muy bien

cómo, figuraba en el punto de mira del gran viejo. —¿Las preguntas?— le estaba diciendo Frontiere a los periodistas.

Me quito el sombrero ante ti, hijo de perra, estaba diciendo Michaelmas, y sí, naturalmente, ya hablaremos después, de amigo a amigo. Soy el más veterano de los presentes, el más prestigioso; soy yo quien debe hacer la primera pregunta. Para marcar la pauta del acontecimiento, por así decirlo. Alzo mi mano. Getulio me mira y sonrío. —¿Sí, señor Michaelmas?

—La presencia entre nosotros del coronel Norwood ha supuesto un gran placer para todos —digo. Naturalmente, hay que observar ciertas convenciones sociales. Hago la observación obligatoria en nombre de los medios de comunicación. Pero soy la primera voz que habla desde las butacas. El mundo me oye. He hablado. Todo es verdad. Se ha alzado de la tumba. Los pueblos del mundo se regocijan. ¡Pero esos pueblos son mi gente! ¡Maldita sea, son mi gente!

—Tengo una pregunta que hacerle al señor Sakal. Me gustaría que me explicara cómo puede hacer encajar la presencia entre nosotros del coronel Norwood y las explicaciones anteriores sobre su muerte dadas por la CANU. —Sigo en pie, un leve brillo de diversión perceptible en mis ojos. Estoy pinchando suavemente a los burócratas. De hecho, no estoy haciendo nada de eso. Si Frontiere y Sakal no han ensayado ya miles de veces la respuesta a esa pregunta, entonces es que todos ellos son unos impostores. Soy un payaso. Arrojo el balón al aire para que puedan cogerlo con un gesto lleno de gracia.

Sakal se inclina un poco hacia delante, las manos sobre la mesa.

—Bueno —me dice—, está claro que hubo algún fallo en nuestros sistemas de control y seguimiento. —Consigue poner cara de tristeza—. Un fallo muy... embarazoso.

Todos dejamos escapar una risita.

—Supongo que está siendo investigado, ¿no?

—Oh, sí. —Algo en la mandíbula de Sakal le informa al público de que en un lugar lejano se oye ruido de sables y rodar de cabezas. He hecho mis preguntas. He marcado la pauta. He salvado cuanto podía salvar de este desastre. Mi público piensa que no me ha dado miedo hacer una pregunta más bien delicada, y que he sido lo bastante delicado como para no plantearla de una forma insultante. Me siento. Otro periodista recibe permiso para preguntar. Frontiere es un genio en cuanto a escoger dando la impresión de que sigue algún criterio racional de prioridad. A su debido tiempo, llega a Douglas Champion. Veo cómo Champion se levanta.

—Coronel Norwood, ¿cuál será su próximo destino? ¿Irás a los Estados Unidos en un futuro próximo?

—Bueno, eso depende de la misión que se me asigne. —¿Aceptaría una invitación del Presidente?— Champion ha sido rápido como el rayo.

Sakal le mira en silencio.

—En caso de que tuviéramos tal invitación... —Sakal se encarga de responder por Norwood—. Naturalmente, haríamos que el coronel Norwood dispusiera del tiempo libre necesario para que pudiese visitar al jefe del poder ejecutivo de su país natal, sí. Ah, noticias. Y entonces resultaría fácil distraer al héroe con unos cuantos desfiles bajo una lluvia de confetti, etc. Campion, astutamente, ha puesto al descubierto lo que obviamente es inevitable. Pero ha sido agradable verle preguntar eso.

Ah, bastardos, bastardos, bastardos. Sigo inmóvil en mi asiento. Cuando haya pasado un lapso de tiempo prudencial volveré a hacer alguna otra pregunta. Pero si fuese el hombre que creéis que soy mis preguntas os harían pedazos. ¡Bang, zas! En directo desde Suiza, damas y caballeros, en el más glorioso hexacolor, si no fuera porque soy tan sólo un astuto simulacro de lo que debería ser.

SIETE

Disquéo unas cuantas lonchas de cordero con especias servidas sobre una capa de pumpernickel, el pan típico del lugar. Vio a Norwood, Limberg y Frontiere de pie ante un tapiz que representaba a unos médicos medievales que se consultaban unos a otros junto al lecho de un monarca agonizante. Visto de cerca Norwood tenía un aspecto mucho más acorde con el que podía esperarse de él: arrugas finas como hilos en la tensa piel, un cabello gris por cada dos rubios y unos cuantos capilares reventados en sus mejillas.

Michaelmas ya había terminado con el *hors d'oeuvre*. Le ofreció la mano.

—Buenos días, Walt. Me complace mucho poder decir que no has cambiado nada.

—Hola, Larry. —Norwood sonrió—. Sí, la verdad es que me siento estupendamente.

Limberg se había quitado su bata blanca revelando un viejo traje de mezclilla verdosa con bolsas en los codos y las rodillas. Una pipa bávara con aparatosas borlas iniciaba su curva en una comisura de sus labios y terminaba en la palma de su mano. Limberg le iba dando chupadas a intervalos regulares y nubéculas de un aromático humo azul escapaban de sus labios, achatados por el esfuerzo de sostener la pipa. Michaelmas le sonrió.

—Mis felicitaciones, doctor. Puede que no haya honores suficientes en el mundo para recompensar lo que ha hecho.

Los ojos de mastín de Limberg se alzaron hacia el rostro de Michaelmas.

—No son los honores los que impulsan a hacer tales cosas —dijo.

—No, claro que no. —Michaelmas se volvió hacia Frontiere—. Ah, Getulio. ¿Y dónde está Ossip? No le veo.

—El señor Sakal se encontraba algo indispuerto y ha tenido que marcharse —dijo Limberg—. Como coanfitrión suyo en esta pequeña recepción, le transmito su pena. —Frontiere asintió.

—Siento mucho oír eso —dijo Michaelmas—. Getulio, ¿sería posible que me concedieras unos momentos para hablar contigo? Discúlpeme, doctor Limberg. Walter... Tendré que volver a mi hotel dentro de poco y el señor Frontiere y yo tenemos que cumplir una vieja promesa.

—Desde luego, señor Michaelmas. Gracias porvenir. —Chupada, chupada. Nubécula de humo.

Michaelmas se llevó a Frontiere ejerciendo una suave presión sobre su antebrazo.

—Estoy en el Excelsior —le dijo en voz baja—. Puede que me quede unas cuantas horas más en Suiza y puede que no. Espero que podrás encontrar algo de tiempo para verme. —Se rió y le dio una afectuosa palmadita en la mejilla a Frontiere

—. Espero que puedas hacerlo —le dijo, ya en un tono de voz normal—. *Arrivederci*. —Giró sobre sí mismo, les saludó con la mano y fue hacia el punto donde había visto a Clementine hablando con un cuarentón calvo, alto y cadavérico que por sus modales parecía un médico o especialista en algo. Clementine llevaba un par de zapatos de lona de poco tacón, seguramente prestados por un miembro del equipo. Vio que Michaelmas le miraba los pies y sonrió.

—Laurent —dijo con una grácil inclinación de cabeza. Michaelmas cogió su mano, hizo una reverencia y se la besó.

—Gracias.

—*Merci. Pas de quoi*. —Sus ojos se encontraron brevemente dejando suspendida entre ellos una carcajada silenciosa. Clementine se volvió hacia el hombre con el que estaba hablando. Su piel olivácea y lustrosa y sus ojos, castaños y más redondos de lo normal, no encajaban demasiado bien con su traje a rayas azul marino pero el chaleco y la cadena de oro del reloj resultaban perfectamente adecuados. El bolsillo de su chaqueta estaba lleno de plumas y lápices, y sus dedos en forma de espátula mostraban las manchas que produce el usar sustancias químicas—. Me gustaría que conocieras a un viejo amigo mío —dijo Clementine—. Laurent, Kristiades Cikoumas, doctor en medicina, colaborador del doctor Limberg y segundo jefe del sanatorio. Kiki, el señor Michaelmas.

—Es un placer, señor Michaelmas. —Sus largos dedos se extendieron fláccidamente hacia él. Cikoumas tenía la costumbre de curvar los labios hacia dentro cuando hablaba, por lo que parecía carecer de dientes. Michaelmas se encontró contemplando su paladar.

—Aprovecharé la ocasión, si me lo permite, para hacerle partícipe de mi admiración hacia sus logros —dijo Michaelmas.

—Ah. —Cikoumas agitó las manos igual que si intentara dispersar una nube de humo—. Una bagatela. Es natural que nos elogie, claro está, pero tenemos la esperanza de conseguir cosas mucho mayores en el futuro.

—Oh. —¿Es usted periodista? ¿Colega de *madame* Gervaise?

—Trabajamos juntos en esta noticia.

—El señor Michaelmas es muy conocido, Kiki —murmuró Clementine—. ¡Ah, mis disculpas! Conozco a *madame* por su reciente estancia entre nosotros, pero sé muy poco sobre el mundillo de su profesión; nunca veo la televisión.

—Pues goza de una envidiable ventaja sobre mí, doctor. Clementine, disculpa que interrumpa vuestra conversación pero tengo que volver a Berna. ¿Hay algún coche disponible?

—Naturalmente, Laurent. Iremos juntos. Au'voir, Kiki.

Cikoumas se inclinó sobre su mano como un pájaro amaestrado disponiéndose a hacer equilibrios en la punta de su bebedero. «*A revenance*». Michaelmas se preguntó

qué sucedería si decidiera hundir su zapato en el trasero de aquel hombre.

Durante el trayecto de vuelta Michaelmas permaneció sentado en una esquina del coche, lejos de ella, con la unidad de comunicaciones sobre su regazo.

—Laurent, pensé que estabas contento de mí —dijo Clementine pasados unos minutos.

Michaelmas asintió.

—Lo estaba. Sí. Trabajar contigo ha sido muy agradable.

—Pero te has llevado una decepción, ¿verdad? —Sus ojos brillaban suavemente y le tocó el brazo con la punta de los dedos—. ¿Es por Kiki? Me gusta llamarle así. Cuando lleva demasiado rato en una cafetería empieza a hacer el ridículo de tal forma que... —Clementine abrió los ojos como si fuera un búho y su boca pareció perder todos los dientes—. Oh, se parece tanto a... *Comme un hibou, tu sais?* Como ese pájaro nocturno que tiene las orejas grandes. Y luego dice cosas sorprendentes. Me pone nerviosa, y bromeo con él un poquito, y dice que no importa cómo le llame. Un nombre no es nada, dice. Nada es único. Pero que le llame Kiki no le acaba de gustar y creo que nadie le ha llamado eso antes. —Volvió a acariciarle el brazo—. Soy demasiado bromista. —Parecía contrita, pero sus ojos no se habían vuelto totalmente solemnes—, y supongo que podrás perdonármelo, ¿verdad? Si volvemos a ser amigos...

—Sí, naturalmente. —Michaelmas le dio una palmadita en la mano—. Estoy algo cansado, nada más.

—Ah, entonces te dejaré descansar —dijo ella con jovialidad. Pero se cruzó de brazos y no apartó los ojos de él, reclinándose en su rincón.

La mejor forma de hacerlo, estaba pensando Michaelmas, sería conseguir metraje rodado por otros sobre historias que «Caballo» también hubiera cubierto. Un examen de las figuras que corrían entre la muchedumbre o la gente que avanzaba enfrente de la cámara revelaría muchos ejemplos de cómo Watson podía ser identificado tomando posiciones por delante de otras personas que creían estar tan cerca de la acción como era posible. Si no colocabas en una posición incómoda a tus fuentes revelando sus nombres, Domino podría encontrar montones de material utilizable en muy poco tiempo.

Con aquello podría conseguirse un montaje francamente bueno.

De acuerdo, empiezas con un plano frontal de Watson hablando. «Y así están las cosas en Venezuela», estaría diciendo él, y entonces tú empezabas a hablar. Tu frase inicial sería algo así como «Este hombre era Melvin Watson. Le llamaban «Caballo», y luego pasarías a tu montaje con los planos de acción. Podrías animarlo un poco con breves pausas de, digamos, Watson aporreando al policía antidisturbios en Albania, Watson vestido de etiqueta recibiendo un premio en un banquete, Watson en mangas

de camisa actuando como profesor invitado en la Escuela de Periodismo de Medill, las películas caseras que Watson había rodado en su boda y durante la graduación de sus hijos. Te bastarían 120 segundos para avanzar igual que un cohete, incluyendo una cita breve pero importante tomada de la clase de periodismo que te dejaría con sólo 90 para el resto, acompañándolo con planos de Watson rodados por Michaelmas en Maracaibo.

Cerrarías con lo mismo que al principio pero esta vez harías un montaje con la mayor cantidad de sitios posibles para que la cosa quedara bien, terminando con «Y así están las cosas en Venezuela», y luego un ligero cambio de foco para pasar a versiones de aquella cabeza y aquellos hombros a lo largo de los años, más vieja, sucia, más flaca, más joven, con corbata, recién lavada, con el cuello de la camisa desabrochado..., «en Kinshasa..., a bordo de la estación Kosmgorod..., en Atenas..., en Joplin, Missouri..., en Dacca...». Y después pasarías rápidamente a unos planos del helicóptero que había seguido a Watson cuando iba hacia las montañas: heridas negras en el risco y en la nieve, los salvajes gemidos del viento, y la voz de Michaelmas, diciendo «y así están las cosas ahora».

Michaelmas sintió cómo se le erizaba el vello de los antebrazos. Quedaría estupendamente. Un trabajo magnífico.

—Ya casi estamos, Laurent. ¿Volveré a verte? —¿Eh? ¿Qué? Oh. Sí. Estoy seguro de que tienes un gran talento como directora de equipo, y sé que además posees excelentes cualidades. Tengo la seguridad de que habrá ocasiones futuras para que nos veamos.

—Gracias. Si tienes ocasión de revisar lo que se ha rodado creo que lo encontrarás bastante bueno. Rápido, con aspecto de documental y sin dar ninguna pista de que en realidad todo fue una farsa. —¿Qué quieres decir?— le preguntó rápidamente Michaelmas.

—Oh, está claro que faltan piezas. Es como si tanto la CANU como Limberg quisieran hacer públicas cosas muy distintas y hubieran llegado a un compromiso eliminando todos aquellos puntos sobre los que no estaban de acuerdo, con lo cual han dejado muy poco.

Cuando les filmaban todos se mostraron muy amables los unos con los otros pero creo que a puerta cerrada las cosas debieron ser bastante diferentes. ¿Y qué razón tenía Sakal para marcharse antes de haber hecho ni un brindis público junto a Limberg? Pero no me refería a vernos por razones de trabajo, Laurent. Estaba pensando que quizá pudiéramos cenar juntos.

Michaelmas pensó que la sugerencia resultaba un poquito excesiva. ¿De qué hablarían? ¿Discutirían acaso sobre por qué si Clementine Gervaise había sido capaz de olerse algo feo el gran Laurent Michaelmas había pasado por alto la ocasión de ahondar en ello cuando le rodaban? ¿Cuáles podían ser los motivos de un hombre en

semejante situación? ¿Y todo ello sólo para que Clementine pudiera acabar arrancándole alguna semi —admisión que le fuera perjudicial y luego se marchara corriendo para contárselo a Kiki?

—Me parece una idea excelente —le dijo, sonriendo—, pero creo que me marcharé antes de la hora de cenar, y además tengo unas cuantas cosas que hacer. Claro que si las circunstancias fueran distintas, me habría encantado...

—*Dommage* —dijo Clementine, y sonrió—. Bueno, cuando ocurra será estupendo, ¿no crees?

—Por supuesto. —Sonrió. Y, sonriendo, llegaron al Excelsior. Michaelmas le dio las gracias y salió del coche. Cuando éste se alejaba Clementine se giró para saludarle a través de la ventanilla trasera y Michaelmas le devolvió el saludo.

—Precioso —dijo Domino en su oído—. Formáis una pareja muy sofisticada.

—Hablaré contigo en la suite —subvocalizó Michaelmas, sonriéndole al portero, atravesando el vestíbulo, esperando el ascensor y manteniendo abiertos los párpados tan sólo porque no debía mostrar nunca ni la más mínima señal de fragilidad humana.

Una vez dentro de la fría suite Michaelmas se quitó la chaqueta con mucho cuidado y la colgó meticulosamente en el respaldo de una silla junto a la mesa de la salita. Dejó la terminal sobre la mesa y tomó asiento, quitándose los zapatos y deshaciéndose de un tirón el nudo de la corbata. Apoyó los codos en la mesa y se quitó los gemelos, deteniéndose un segundo para frotarse suavemente las aletas de la nariz.

—De acuerdo —dijo, los ojos perdidos en el vacío—. Háblame.

—Sí. Aquí dentro aún estamos seguros —dijo Domino—. No hay nada vigilándonos.

El rostro de Michaelmas se volvió involuntariamente hacia la terminal. —¿Qué pasa, otro problema recién surgido que debemos tomar en consideración?

Siempre he pensado que te había construido para que te ocuparas automáticamente de ese tipo de cosas.

La terminal permaneció callada durante unos cuantos segundos.

—Algo raro sucedió en el sanatorio. Michaelmas juntó las puntas de los dedos.

—Ya me lo suponía. Explícate, hazme el favor.

—No estoy seguro de poder explicarlo —dijo lentamente Domino. Michaelmas suspiró.

—Domino, ya me doy cuenta de que has pasado por algún tipo de experiencia difícil.

Por favor, no vaciles en compartirla.

—Estás teniendo una gran paciencia conmigo, ¿verdad?

—Si me lo preguntaran diría que sí —respondió Michaelmas—. Adelante.

—Muy bien. Cuando estabas en el sanatorio podía mantener unas conexiones

excelentes gracias a todo el equipo de las cadenas que te rodeaba. Tenía una buena imagen mundial, estaba conectado a los circuitos de comunicación de tu terminal y estaba ejecutando unos cuantos programas de acción para que se encargaran de los problemas normales que habíamos discutido antes. Además, estaba vigilando muy atentamente a Cikoumas y Compañía, Hanrassy, la CANU, el centro de mando espacial soviético, Papashvilly, el sitio donde se estrelló Watson y una serie de cosas más. Tengo informes preparados sobre casi todos esos asuntos. La verdad es que no he estado precisamente ocioso desde que me desconecté de tu terminal. —¿Y, exactamente, qué te hizo salir tan rápido de allí?

—Algo. —El volumen de su voz había disminuido de una forma claramente perceptible.

Michaelmas enarcó una ceja. Alargó la mano y sus dedos se posaron suavemente sobre la terminal.

—Venga, Domino, deja de andarte con rodeos —le dijo—. Todo el mundo se ha ensuciado los pantalones en alguna ocasión.

—No estoy asustado.

—Ninguno de nosotros está nunca asustado. De vez en cuando, sencillamente, nos gusta tener algo más de tiempo para pensar cómo vamos a responder. Sigue.

—Por favor, ahórrame tus aforismos. Cuando intenté meterme en las instalaciones de Limberg para ver si podía captar más datos pasó algo raro. No logré averiguar nada.

Percibí una anomalía.

—Una anomalía.

—Sí. Ahí dentro hay algo. Me conecté a todas las clases de sistemas convencionales que se te puedan ocurrir y no tuve ningún problema; Limberg posee el surtido habitual de teléfonos, líneas abiertas conectadas a servicios de inversión y la red médica... Ese tipo de cosas. Pero había algo más... Algo que estaba debajo del suelo, y que empezó a actuar. —¿Debajo del suelo?

—Tendré que usar algunas metáforas antropomórficas o no me entenderás. Fue como si hubiera dado un paso de la longitud habitual y descubriera que mi pierna medía un kilómetro, por lo que mi pie se encontraba muy lejos de mí, allí donde no podía verlo. Y el siguiente paso que di con mi otro pie podría haber sido realizado con una pierna tan corta que el paso llegó a completarse de forma increíblemente rápida. O quizá fuera otro de esos pasos largos de los que te he hablado..., un poco más corto o más largo que los pasos largos de costumbre. Pero aun así no llegué a caerme, aunque había momentos en los que corría a toda velocidad y otros en los que me arrastraba. Sin embargo, estaba avanzando. La longitud de mi pierna siempre resultaba adecuada a las dimensiones del cuadrado donde ponía el pie, por lo que siempre acababa pasando al centro exacto del cuadrado siguiente. Todos los

cuadrados, sin importar cuáles fueran sus medidas espaciales, suponían siempre el mismo incremento temporal.

Michaelmas se chupó suavemente los dientes. —¿Y adónde ibas?— acabó preguntándole.

—No tengo ni idea. Seguirle la pista a un electrón determinado me resulta tan imposible como a ti. No soy mas que un sistema que procesa información, igual que cualquier otro ser vivo. En alguna parte de ese sanatorio hay un sitio que no responde a la lógica, un sitio enloquecido. Cuando empezó a emitir ecos tuve que marcharme.

—Ecos.

—Sí, señor. Empecé a recibir datos que yo había generado y almacenado en el pasado.

Fefre, el Partido de la Grandeza Turca, Tim Brodzik..., ese tipo de cosas. Algunas veces sonaban muy débiles, como si vinieran del fondo de un pozo muy largo, y otras veces eran tan agudos como la punta de un alfiler. Y el código correspondía exactamente a mi estilo habitual. Hablaba con mi voz, por así decirlo. Sin embargo, pronto me di cuenta de que los ecos contenían pequeñas variaciones; al parecer cada nueva repetición llevaba dentro un electrón cambiado, o algo así. —¿Un electrón cambiado?

—No estoy muy seguro de cuál era la variación real. Podría haber sido tan pequeña como una partícula fundamental, sea lo que sea eso. Pero me pareció que el código se iba desviando más y más del original a medida que... rebotaba. No estoy seguro de haber detectado un auténtico cambio. Puede que fueran mis receptores los que estaban cambiando. Cuando pensé en esa posibilidad, decidí marcharme. Primero abandoné mi imagen mundial y saqué mis programas de las conexiones de prensa, y después abandoné tu terminal. Cuando el altavoz empezó a vibrar para decirte que me marchaba ya no estaba allí. Tuve la misma sensación que si estuviera cortando el extremo de un puente de cuerdas encima del que hubiese algo, algo que ya estaba empezando a cruzar el puente... —¿Por qué sentiste eso? ¿Crees que ese fenómeno poseía sus propios medios de propulsión?

—Podría haberlos tenido.

—Una... resonancia... te estaba siguiendo con la intención de parlotear indefinidamente de una forma cada vez más confusa.

—Suenas estúpido, de acuerdo. Pero esa... cosa... era... No sé qué era. Actué de la forma que me pareció más adecuada. —¿Cuánto tiempo estuviste expuesto a ella?

—Cinco pasos. Es cuanto puedo decirte.

—Hmmm. Y ahora, ¿anda rondando por aquí?

—No. No puede porque, sencillamente, lo primero que abandoné fueron las conexiones de la prensa. Me preocupaba que pudiera localizar todos mis almacenes de datos y lograra tragárselos. Pero después he pensado que si no lo hubiera hecho

podría haber seguido un considerable número de rutas más tortuosas para acabar llegando hasta aquí.

Creo que tuvimos mucha suerte. Ahora ha vuelto al sitio donde vive, en alguno de los equipos de Limberg.

—Bueno, me alegro. Es decir, siempre que fuese cierto que tenías detrás a la bestia retro alimentada de los espacios incrementales.

—Me parece un nombre excesivamente complicado para lo que pasó. Sencillamente, en el sanatorio de Limberg hay algún tipo de sistema que carece de precedentes.

—Desde anoche ya venimos dando por supuesto que tiene acceso a ciertos aparatos bastante peculiares.

—Llevo bastante tiempo en este mundo imperfecto y me he encontrado montones de veces con circuitos extraños. Lo que me preocupa no es tanto el tipo de aparato al que tiene acceso Limberg como a qué puede tener acceso ese aparato.

Michaelmas suspiró.

—No se me ocurre ninguna especulación posible, al menos de momento. Yo puedo decirte lo que ocurrió. No puedo explicarte el cómo o el porqué, pero sí lo que ocurrió. Te encontraste con un problema que se movía a la misma velocidad que tu pensamiento, algo bastante común entre los seres humanos. Y que el problema vaya más rápido que tu pensamiento es algo todavía más común.

—Bueno, al menos en ese aspecto estoy a salvo; a menos, naturalmente, que algo empiece a afectar las velocidades del espectro electromagnético.

—Hijo, no hay ningún hombre lo bastante listo como para que otro hombre no pueda acabar con él.

—No voy a discutir eso ni por un segundo.

—Me alegra que hayas vuelto. —Michaelmas se levantó de la mesa y empezó a caminar en calcetines por la habitación, las manos detrás de la espalda—. El hombre de la Tass —dijo—. ¿El hombre de la Tass?

—En la conferencia de prensa. No preguntó si Norwood volvería a ocupar el puesto de jefe de la expedición. Nadie preguntó eso... Sakal había dejado bastante claro que así sería. Pero si fueras el corresponsal de la agencia de prensa soviética, ¿no querrías tener una respuesta clara y precisa a esa pregunta?

—No si mis instrucciones fueran dar la impresión de que ni siquiera se me había ocurrido pensar en ello.

—Exacto. Ellos ya han tomado todas sus decisiones y ahora están dispuestos a poner en funcionamiento las ratoneras en cuanto vean por qué pérfida opción se inclina el inmoral Occidente. Sabes, si hay una cosa que odie más que el ajedrez, es jugar al ajedrez con tipos convencidos de que tienen la razón de su parte. — Michaelmas meneó la cabeza y volvió a dejarse caer en la silla, casi desplomándose

en ella. En esa postura era posible ver que tenía más estómago del que normalmente resultaba aparente y que sus hombros podían producir una clara impresión de redondez—. Bien... Háblame de Fefre y el resto. Háblame de la chica y el delfín.

—Fefre sigue como antes y no sé de qué delfín me estás hablando.

—Bueno, démosle gracias a Dios por eso. ¿Qué sabes de Cikoumas y Compañía?

—Su propietario es Kristiades Cikoumas, que es también colaborador de Limberg. Se trata de un negocio familiar; su hijo se encarga del almacén y toma las decisiones de menos importancia. Lo heredó de su padre, etcétera. Una vieja familia de Berna. De joven Kristiades llevaba pedidos al sanatorio. Un día empezó a estudiar medicina gracias a una beca concedida por la fundación Limberg. En la Sorbona, para ser exactos. —¿Por qué no? ¿Por qué no optar por lo mejor? ¡Qué joven tan afortunado! Y qué modales tan encantadores ha ido adquiriendo en el curso de su meteórica carrera...— ¿Es que le has visto?

—Sí, le he visto. Lleva bastante tiempo sin cargarse al hombro una caja de melones.

Ese paquete que ha mandado a Missouri debería llegar en cualquier momento, ¿no?

—Ha sido entregado en el Aeropuerto de Lambert y ahora va de camino a la subestafeta de Cabo Girardeau. Va dirigido a la Hanrassy, no hay duda... Pasó por un clasificador automático en Nueva York, y pude leer la dirección. Esa mujer ya ha tenido un gran día; tiene previsto reunirse con todos sus presidentes de campaña para tomar una decisión sobre cuándo anunciará la presentación de su candidatura. Todas sus organizaciones estatales están preparadas, tiene varios millones de dólares en reserva aparte de los que ya ha conseguido y le han prometido más en cuanto gane su primera elección primaria, y para desayunar ha pedido tostadas con huevos pasados por agua (de dos a tres minutos), así como un zumo de ocho vitaminas y un bol de Postum.

Michaelmas meneó la cabeza. —¿Sigue planeando usar el dinero de esos dinosaurios?— Gran parte del apoyo financiero de la Hanrassy procedía de gente convencida de que si ganaba las elecciones volverían a tener coches privados capaces de ir a doscientos kilómetros por hora, y que quizá incluso llegaría a devolverles los salarios de 120.000 dólares anuales como presidentes sindicales de que habían gozado.

—Sí.

—Maldita imbécil.

—Ella lo ve de otra forma. Ha lavado el dinero haciéndolo pasar por varios procesos que parecen a prueba de errores, y ahora todos los billetes son como mucho gris verdosos, no negros. —¿Y sigue teniendo a su hombre en el Departamento del Tesoro de los Estados Unidos?

—Listo y esperando órdenes.

—Bueno, eso ya es algo. —El Departamento del Tesoro guardaba varios millones destinados a su partido, así como unas cuantas sumas más destinadas a otros. Los fondos procedían de las sumas destinadas a las devoluciones de impuestos, y estaban bajo el control de su fiel sirviente. Tan pronto como presentara su candidatura sena suyo..., aunque estaría sometido a cierto grado de supervisión. Viola Hanrassy planeaba mezclar parte de su dinero procedente de la industria, dinero que no era del todo limpio, falsificar los gastos de su campaña y enviarle los documentos manipulados a su funcionario del Tesoro, el cual certificaría que las cantidades eran correctas. El plan de Michaelmas era hacer famoso a ese funcionario apenas hubiera echado la primera firma en el balance.

—Lo que podamos hacerle el año próximo no nos sirve de ayuda hoy —dijo Domino.

—Ya lo sé. —La estructura y operaciones de Estados Unidos Por Siempre no presentaban muchos puntos débiles que pudieran aprovecharse—. Es una mujer de cuidado, hay que reconocerlo —dijo Michaelmas—. Pero quizá podamos hacer algo con lo que Cikoumas le ha enviado, sea lo que sea.

—Sea lo que sea, debe ser algo útil para los planes de Limberg y para nadie más.

—Naturalmente —dijo Michaelmas—. Sin embargo, me gustaría pensar que en el mundo aún hay lugar para la esperanza.

—Sí, claro, me parece natural —dijo Domino—. ¿Tienes algo nuevo sobre la muerte de Watson? —le preguntó Michaelmas.

—Negativo. La Autoridad Aeronáutica Europea ha tomado el asunto bajo su jurisdicción.

Era de esperar, dado que la primera notificación del accidente apareció en sus teleimpresoras con un código de Prioridad Extra añadido. Han hecho la autopsia del piloto y de Watson; los dos se encontraban bien y conscientes en el momento del impacto. La grabación del vuelo muestra una pérdida de energía para la que no hay ninguna causa obvia. Según ella las últimas palabras de Watson fueron «¡Hijo de puta!».

El lugar del accidente ha sido acordonado y los restos del helicóptero están en el hangar de la AAE.

Quienes lo examinan aún no han tenido tiempo de pasar a ninguna discusión interdepartamental sobre sus hallazgos. Mientras tanto, no he logrado encontrar ningún historial de averías o defectos significativos en el modelo. Se estrella, pero no a menudo, y las razones varían. Ahora estoy intentando enfocar el problema desde otro punto de vista. He supuesto que debieron hacerle algo al helicóptero y estoy compilando una lista con todas las personas de la Tierra que podrían haber estado cerca del aparato en algún momento después de su último vuelo. Luego le asignaré una prioridad superior a quienes pudieran haber tenido acceso a él después de que se

determinara que iba a ser utilizado para algo relacionado con Norwood. Crearé una escala ascendente poniendo en relación eso con sus cualificaciones técnicas, sus conocimientos sobre helicópteros, la familiaridad con ese tipo de modelo determinado, etcétera. Eso proporcionará una breve lista de sospechosos y espero poder someterla a una serie de comprobaciones posteriores en cuanto la investigación de las autoridades haya generado más datos. —Domino se quedó callado durante unos segundos—. Suponiendo que no se tratara de un auténtico accidente, claro está.

—Supongo que podría serlo, ¿verdad?

—El mundo está lleno de coincidencias sorprendentes.

—Y la mente del hombre insiste en crear pautas a partir de datos aleatorios.

—Ya lo sé. —¿Crees que la muerte de Watson fue realmente un accidente?

—He aprendido a sospechar de todos los accidentes. —¿Cuándo y dónde va a celebrarse el funeral?

—Su piloto carecía de familia. La incinerarán en el cantón; habrá un breve servicio funerario para sus amistades. He mandado un mensaje en tu nombre haciendo referencia a la hermandad de todos los que se dedican a recoger noticias.

—Gracias. ¿Y «Caballo»?

—Su cuerpo será mandado a casa en avión esta tarde. Celebrarán un servicio familiar pasado mañana. El entierro será privado. Has hablado con la señora Watson y le has prometido visitarla personalmente tan pronto como te sea posible. Tengo grabada la conversación para que le eches un vistazo cuando te venga bien.

—Sí. Después. —Michaelmas volvió a levantarse. Fue hacia la ventana y se apartó de ella—. Haz que alguien compre cinco minutos de tiempo de antena en los Estados Unidos para mi obituario sobre Watson; quiero que sean para esta noche. No quiero particulares, búscame alguna compañía; encárgate de averiguar quiénes compraron más metraje de Watson en el pasado y escoge lo mejor. Ofrécelo para distribución mundial en el área anglosajona, pero consígueme una hora punta para los Estados Unidos; olvídate de mi sueldo y diles que pago los gastos de producción. Lo único que corre de su cuenta es pagar el tiempo de emisión, pero tendremos que darle el visto bueno al contenido publicitario. Nada de pompa y circunstancia para el Instituto de Investigación Gástrica, ¿entendido? Bien, voy a explicarte cómo lo quiero.

Empezó a ir y venir por la habitación, exponiéndole sus ideas. Sus manos se apoderaron del aire, modelándolo; su rostro y su voz fueron interpretando todos los papeles. Cuando hubo terminado tragó una honda bocanada de aire y volvió a sentarse, frotándose los antebrazos, con una capa de sudor haciendo brillar las arruguitas horizontales que había bajo sus ojos. —¿Crees que habrá algún problema de producción?

—No... No, puedo hacerlo. Michaelmas se miró las manos. —¿Y crees que es

bueno?— le preguntó en voz baja.

—Bueno, naturalmente debes recordar que mi punto de vista no es el mismo que el de su público potencial.

—Aun así —dijo Michaelmas, algo más secamente—, ¿qué piensas de ello?

—Creo que resulta más que adecuado.

Michaelmas apretó los labios. Sus párpados empezaron a moverse con más rapidez. —¿Crees que deberíamos cambiar algo?— le preguntó.

—No, tal y como está me parece excelente. Estoy seguro de que podría resultar muy efectivo. —¿Podría?

—Bueno, supongo que la cadena para la que trabajaba Watson hará algo parecido, ¿no?

—No lo sé. Campion dijo que no pensaba encargarse de ello.

Podrían conseguir a otras personas para que lo hicieran, claro. Quizá quieran utilizar mi material. Lo más probable es que prefieran hacer algo por su cuenta. Pero ¿qué importa?

Millones de personas están familiarizadas con la personalidad de Watson. A lo largo de su carrera trabajó para todas las grandes cadenas. ¡Es una figura pública, por el amor de Dios!

—Sí, por supuesto. Empezaré a ocuparme de ello. —Unos segundos de silencio—. Getulio Frontiere ha entrado hace unos minutos por la cocina: los sistemas de vigilancia le han detectado. Ha cogido un ascensor de servicio y viene hacia este piso. Está a punto de llegar.

Michaelmas movió la cabeza en un gesto de satisfacción. —¡Bien! Por fin conseguiremos algunas respuestas—. Cruzó rápidamente la habitación.

Alguien llamó suavemente a la puerta. Michaelmas la abrió sin perder ni un segundo.

—Pasa, Getulio —dijo, y cerró la puerta en cuanto hubo entrado—. Estamos solos y, naturalmente, me he asegurado de que la suite no está sometida a ningún tipo de vigilancia. Déjame echar una mirada en el bar, estoy seguro de que podré ofrecerte algo...

Ponte cómodo.

Frontiere parpadeó.

—Yo... No quiero tomar nada, gracias. —¡Oh! Bien, de acuerdo, tomaré lo mismo que tú—. Cogió a Frontiere por el codo, le llevó hacia la mesa situada en el centro de la habitación, le hizo sentarse y tomó asiento de cara a él. —Bueno, hablemos.

Frontiere se lamió los labios y logró mirarle a los ojos sin demasiada vacilación.

—Laurent, no te enfades con nosotros. Hicimos lo que pudimos teniendo en cuenta que las dificultades eran enormes. Seguimos estando en apuros. No puedo

decirte nada, ¿comprendes?

Frontiere parecía incómodo. Metió la mano dentro de su chaqueta y sacó de ella un aparatito metálico que dejó sobre la mesa. Tenía dos lucecitas rojas que no paraban de parpadear.

—Perdóname. Un generador de interferencias. Supongo que lo comprenderás, ¿no?

—Por supuesto. —Michaelmas asintió con la cabeza—. Y ahora, amigo mío, adelante: habla.

Frontiere movió la cabeza en un gesto cargado de cansancio.

—Tenemos pruebas de que los soviéticos sabotearon la lanzadera de Norwood.

Michaelmas se frotó los ojos. El aliento, liberado de su diafragma después de una breve pausa, brotó de sus fosas nasales con un silbido. —¿Qué clase de sabotaje?

—Cuando Norwood estaba preparándose para acelerar condes tino a la estación orbital se dio cuenta de que el Control Terrestre no respondía adecuadamente a sus transmisiones. Les llamó para decírselo y descubrió que le estaban respondiendo como si su voz hubiera dicho algo perfectamente rutinario. No podía entrar en contacto con ellos.

Mientras tanto, en Control Terrestre no se habían dado cuenta de nada. Empezó a quitar los paneles y examinó los circuitos de comunicaciones. Encontró un componente que no debía estar allí, uno que no aparecía en los diagramas del módulo. Según dice, era un falso emisor telemétrico y no cabía duda de que había sido fabricado por los soviéticos.

Cuando iba a sacarlo de allí su tablero de sistemas empezó a dar señales de una acumulación progresiva de averías que indicaban la destrucción inminente de la nave.

Arrancó el emisor, se lo metió en el bolsillo, activó el procedimiento de emergencia y salió despedido en su cápsula; el resto, como dicen, es historia.

Michaelmas se puso la mano en la nuca y ejerció una feroz presión sobre los rígidos músculos de su cuello.

—Y, según vosotros, ¿qué es lo que sucedió?

La voz de Frontiere no dejaba filtrarse huella alguna de emoción.

—Un emisor telemétrico falso en el módulo y una secuencia de destrucción automatizada, todo ello respaldado por transmisiones con una voz falsa sintetizada por ordenador procedentes de una estación orbital situada encima de la nave..., probablemente Kosmgorod. Estaba en la posición adecuada y el turno de aquellos momentos era casi cien por cien soviético. Mientras tanto, una serie de instrucciones preparadas de antemano e introducidas en el sistema se puso en marcha haciendo que los motores empezaran a funcionar mal. Cuando Norwood descubrió el emisor falso la secuencia ya casi había llegado a su fin. Logró sacar el emisor de su escondite y escapó de la cápsula; los motores estallaron un momento después y el lapso en que no

hubo emisiones de telemetría es tan pequeño que resulta casi indetectable. Así es como Norwood ha reconstruido los acontecimientos, y él estaba allí y es ingeniero. —¿Y el motivo de los soviéticos?

—Inflamar nuevamente el nacionalismo soviético y establecer una posición dominante del comunismo usando el disfraz de la hermandad mundial. —¿Eso crees?

Frontiere alzó la mirada. —¿Qué esperas de mí?— le preguntó secamente. —Según Norwood, es lo que sucedió.

Norwood nos ha entregado el emisor telemétrico fabricado por los soviéticos y Kosmgorod se encontraba en la posición adecuada. Norwood ya ha usado las instalaciones de Limberg para preparar una simulación por ordenador en la que demuestra que dicha secuencia de acontecimientos era posible, y todo encaja. ¿Qué crees que estuvimos haciendo durante toda la noche? ¿Lavarnos las manos?

La lengua de Michaelmas emitió un sonido que se parecía al de una ramita seca partiéndose en dos. —¿Qué vais a hacer?— Se puso en pie pero se limitó a quedarse inmóvil, con una mano apoyada en el respaldo de su silla y sus ojos clavados en la terminal que yacía sobre la mesa, con su botón en la posición de APAGADO, mirándola sin verla.

—No lo sabemos. —Frontiere miró a Michaelmas con las pupilas dilatadas de un hombre que se asoma por la ventana de un edificio en llamas—. ¿Qué podemos hacer? Si todo eso es cierto la CANU está acabada. Si no es cierto, entonces, ¿cuál es la verdad? ¿Podremos descubrirla antes de que la CANU deje de existir? Nuestro hombre es el testigo que más daño puede hacernos y él está absolutamente convencido de lo que dice.

Y, además, resulta muy convincente. Si le oyeras hablar te tragarías hasta la última sílaba de lo que dice. Ha pasado meses en el hospital y se ha dedicado a matar el tiempo analizando una y otra vez lo sucedido. Puede soltarte cifras y datos sin equivocarse ni una sola vez. Es... Es como un hombre con un hacha, haciendo pedazos el puente que une los dos extremos del mundo.

Michaelmas dejó escapar un bufido.

—Hmmm. —¿Te parece divertido?— ¡No! ¡No! Por favor, vuelve a sentarte. No pretendía ofenderte. Supongo que Ossip le ordenó a Norwood que guardara silencio al respecto, ¿verdad?

—Por supuesto. Ossip tiene el emisor y va de camino a Control Estelar para hacer que lo analicen. Quizá Norwood cometió un error en su evaluación al utilizar las instalaciones de Limberg; quizá unos aparatos mejores y unas circunstancias más favorables demostrarán que el emisor no es realmente soviético, sino una falsificación. De todas formas, no podíamos permitir que Papashvilly viniera a Berna.

Estaba en el aeródromo, iba a subir a un aparato comercial con destino hacia aquí y unos cuantos funcionarios frenéticos le detuvieron en la puerta y le hicieron volver

rápidamente al complejo de Control Estelar. Hubo docenas de espectadores que lo presenciaron todo.

Estoy seguro de que alguien de la prensa no tardará en saberlo. Y, desde luego, la Unión Soviética reaccionará de forma que el insulto no quede sin castigo. Las ondulaciones se extienden cada vez más. Tenemos muy poco tiempo, Laurent. Tenemos todavía menos tiempo del que podría pensarse; debemos vérnoslas con Limberg, el tragasables...

Los labios de Michaelmas se agitaron en una leve contracción. —¿Qué ha hecho?

Frontiere alzó la mano con los dedos desplegados. —¿Qué es lo que no ha hecho? En primer lugar, tiene a Norwood en su sanatorio y no dice ni una palabra al respecto hasta asegurarse de que todo anda perfectamente. Si Norwood hubiera muerto, ¿crees que Limberg se lo habría dicho a alguien? Es una pregunta inevitable. Si Norwood hubiera quedado lisiado, si el experimento no hubiera salido bien, ¿crees que Limberg le habría sacrificado igual que si fuera otro conejillo de indias del que ya no puede sacarse nada más? Pero olvidémonos de eso. En segundo lugar, y por motivos terapéuticos— terapéuticos —deja que Norwood se monte un pequeño sistema de análisis y un banco de trabajo en algún rinconcito del sanatorio. Tercero, le da tiempo en un ordenador de su sanatorio para que prepare la simulación, de tal forma que Norwood pueda tenerlo todo grabado en una cinta y entregárnosla cuando Sakal dice que la necesitamos. Por motivos terapéuticos. Cuarto, nos dice que nuestro deber para con el mundo exige que hagamos público todo eso del emisor falso, que debemos hacerlo en nombre de la justicia, que debemos actuar correctamente con Norwood y con todas las buenas gentes atrapadas en las redes de la conspiración internacional. Y, naturalmente, tiene fotos y hologramas del emisor falso, así como una copia de la cinta con la simulación, dado que todo eso, por supuesto, hizo en su sanatorio y usando sus instalaciones. Quinto, por lo tanto, la CANU haría muy mal ocultando tales noticias impulsada por un objetivo tan inmoral como es la auto-conservación—. El índice derecho de Frontiere producía un ruido claramente audible a medida que iba subrayando cada uno de los puntos con golpecitos sobre su mano izquierda. Se lamió los labios. —Bruno —dijo en voz baja—. ¿Y cuál crees que es su motivo? —le preguntó Michaelmas.

—La gloria. Ese enano buscalíos ya se ve convertido en un gigante recordado durante milenios y milenios. —Frontiere meneó la cabeza—. Perdóname, Laurent. Ya sabes que no suelo hablar así, pero...

—Dio un sonoro manotazo sobre la mesa. —¡La verdad! ¡Dice que su único motivo es defender la verdad!

—Y en estos momentos el tuyo es perder los estribos. Bien, ¿qué hicisteis en cuanto os soltó todo eso? —le preguntó Michaelmas.

—Ossip se encargó de plantarle cara. No es de los que se dejan amilanar. En

primer lugar le dijo a Norwood que si algo de esto se hacía público antes de que hubiera podido comprobarlo todo de cabo a rabo Norwood no tendría jamás ni la más mínima posibilidad de figurar en la expedición. Después le dijo a Limberg que la conferencia de prensa se celebraría sin perder ni un momento y que no debía hacerse ninguna alusión a las acusaciones. Quiere tener todo el tiempo posible antes de que el público soviético y norteamericano se forme una opinión colectiva. Dijo que Limberg podía hablar cuanto quisiera sobre sus habilidades como médico, pero que si intentaba hablar de alguna otra cosa, fuera lo que fuese, Limberg y la CANU se declararían la guerra total, hasta que uno de los dos bandos agotara sus recursos. Creo que fue bastante claro, ¿no?

Michaelmas apretó los labios. —¿Y Limberg y Norwood estuvieron de acuerdo en ello?— ¿Por qué no? Norwood está sujeto a la disciplina de la CANU y Limberg... ¿Qué puede perder? Si transcurren unas cuantas horas y la noticia acaba filtrándose, Limberg queda en mejor posición y la CANU está peor que nunca. ¡Todo por su gloria! Ese hipnotizador de pájaros, ese sabio de tres al cuarto... Laurent, por favor, tienes que prestarnos toda la ayuda posible.

—Sí, debo hacerlo —dijo Michaelmas—. Pero ¿qué puedo hacer?

Empezó a ir y venir por la habitación, moviendo las manos para acariciar las asas de un cajón, los pliegues de las cortinas, los interruptores de los pequeños apliques de luz situados en las paredes.

—Si todo eso es falso el problema no existe. Puedo apoyar vuestras declaraciones, digáis lo que digáis, podemos tocar las teclas adecuadas... Bueno, Getulio, qué diablos, sabemos cómo hacer ese tipo de cosas... Pero ¿qué hacemos si los hechos confirman la historia de Norwood? —Se dio la vuelta y miró fijamente al encargado de relaciones públicas—. ¿Eh?

Frontiere le devolvió la mirada, incómodo.

—Bueno, naturalmente Ossip hablará de un momento a otro con la junta de dirección de la CANU y tomarán en consideración todas las posibles eventualidades. —¿Qué quiere decir eso?

Frontiere pareció cobrar algo de aplomo y se cruzó de brazos.

—Mira, Laurent, siempre has sido bueno con nosotros. Has compartido nuestro ideal desde el principio. Comprendemos que en tu posición debes ser objetivo. Sin embargo, lo cierto es que cuando las noticias no nos eran favorables siempre te has tomado tu tiempo para utilizarlas y has intentado no ser demasiado duro. Y te has esforzado por darle publicidad a lo que nos favorecía.

Michaelmas alzó rápidamente la mano.

—Porque, dejando aparte sus defectos y problemas, la CANU es una de las mejores ideas que se le han ocurrido a las últimas décadas del siglo veinte. —Estudió el rostro de Frontiere, inclinándose hacia delante como si no hubiera la luz suficiente

para mostrarle cuanto quería ver—. ¿Qué más esperáis de mí? ¿Que en este caso Laurent Michaelmas apoyará en cuerpo y alma a la junta de dirección de la CANU, sea cual sea su decisión? ¿Incluso si resulta que la historia de Norwood es cierta?

Las comisuras de los labios de Frontiere habían palidecido.

—Quizá se acabe demostrando que no lo es. Michaelmas se dio la vuelta. Apoyó una mano en la pared y contempló las montañas.

—Getulio, ¿puedes llegar a imaginarte ni por un instante que Norwood se haya equivocado en sus análisis y que el emisor de telemetría no fuese realmente de fabricación soviética? ¿Puedes llegar a creer que él y Limberg hayan llegado a comprometer su nombre y su posición en algo semejante sin estar dispuestos a jurar que estaba en el bolsillo de Norwood cuando se metió en la cápsula de emergencia? ¿Te han dicho dónde se encuentra la cápsula?

—Naturalmente. —¿Y ha sido examinada por técnicos de la CANU?

—Desde luego. —¿Y las pruebas físicas encajan con cuanto te han dicho Limberg y Norwood?

—Sí. Pero eso no prueba que...

—Pruebas. —Michaelmas se volvió bruscamente hacia él—. Oh, las pruebas acabarán saliendo a la luz y no se podrá dudar de ellas, cierto. Pero ya sabes que hay mucha gente capaz de creer sin pruebas. Sabes que cuando haya pruebas incluso muchas personas cuerdas y prudentes creerán que debemos actuar, y ya sabes lo que pensarán que debemos hacer, ¿no? Getulio Frontiere, eres un buen hombre que lucha por una buena causa y, sin embargo, has venido aquí con una misión vergonzosa. ¿Y por qué? No porque las pruebas sean concluyentes e irrefutables, sino porque la gente ya está convencida de lo que ha ocurrido, y eso es algo que puedo ver tan claramente en tu cara como tú lo ves en tu conciencia. Gracias por confiar en mí, Getulio. Haré lo que pueda. Y quizá lo que pueda hacer te decepcione, porque no será gran cosa.

Frontiere se puso en pie sin mirar a Michaelmas, muy concentrado en las pequeñas tareas de volver a guardar su generador de interferencias en el bolsillo e ir hacia la puerta.

—*E bene*, cada uno hace lo que puede —le dijo a la moqueta—. Y a veces hacemos lo que debemos hacer.

—*E vero* —dijo Michaelmas—, pero al hacer lo que podamos no debemos deformar la verdad.

OCHO

Cuando volvieron a estar solos en la suite Michaelmas fue al cuarto de baño. Hurgó entre sus cosas y encontró algo para calmar su estómago. Lo tragó, volvió a la sala y tomó asiento en un extremo del diván. Miró hacia donde estaba la terminal. —¿Por qué no me dijiste nada sobre que el ordenador de Limberg había hecho una simulación del trayecto seguido por la nave?

—No llegué a esa parte de sus bancos de datos. Ni tan siquiera sabía que existía.

—Y sigues sin saberlo, salvo por un razonamiento inductivo. Sí.

—Michaelmas hablaba en voz baja y átona. —Eso es lo que pensaba.

—Estaba sentado con la cabeza inclinada, como si pesara demasiado para su cuello.

Fue sumiéndose en sus pensamientos y sus rasgos adoptaron una expresión melancólica. —Al parecer tiene una pantalla con la que ocultar sus secretos más valiosos, algo que se podría describir como una forma de captar electrones y redirigirlos. Si los océanos fueran olas y no agua... Pero ya sabes a qué me refiero, ¿no? Bueno, en tal caso me atrevería a decir que si esa sonda que te persiguió poseyera inteligencia su experiencia subjetiva podría haberse aproximado a la que me describiste.

—Nunca ha existido una técnica semejante. Ninguno de los sistemas que vigilan a Limberg se ha encontrado nunca con ella, y eso me incluye a mí.

Michaelmas suspiró. Alzó la mano y empezó a contar con los dedos.

—En primer lugar —dijo con voz cansada—, ninguna sonda podría percibir su existencia en circunstancias normales; se desviarían de su curso y acabarían allí donde Limberg quisiera. El resto del sistema daría la impresión de no existir. Lo cual, en segundo lugar, sirve para aclararnos cuál es la naturaleza de la famosa pasión que el doctor Limberg siente hacia su intimidad. No es una virgen ruborosa... Es una bailarina de strip —tease que hace números con abanicos de plumas. Tercero, y más importante aún, en esta ocasión hubo algo especial; quizá una mayor proximidad...

—Estás bromeando —dijo Domino—. Oye, hablar de mí reduciéndome a la categoría de un aparato mecánico es como hablar de ti diciendo que eres unos cuantos kilos de carne. ¿Desde cuándo hay relación entre el sitio que ocupa una de mis terminales y el sitio donde estoy?

—No lo sé —dijo Michaelmas—. No he construido el sistema de Limberg. Pero ¿por qué nos sorprendemos tanto? ¿Acaso resulta realmente tan inesperado descubrir algo semejante en manos de Nils Hannes Limberg, afamado científico, sabio, investigador y pionero? —Michaelmas se encogió de hombros—. Naturalmente, si el método llega a difundirse y es utilizado de forma masiva, tú y yo estaremos acabados.

—Mientras Limberg viva no lo permitirá —se apresuró a decir Domino—. Y

mientras tanto podemos trabajar en algún tipo de medida que lo contrarreste.

—Si es que vive lo bastante.

—Si es que todas estas hipótesis son ciertas.

—Si es que la verdad es realmente algo más que la suposición más útil.

Permanecieron en silencio durante unos instantes. —¿Crees que es verdad?— acabó preguntándole Domino. —¿Crees que la historia de Norwood es cierta?

—Bueno, ¿qué opinas tú? ¿Encaja con los datos disponibles?

—A menos que el emisor telemétrico resulte ser falso, sí. Michaelmas meneó la cabeza.

—Ya verás como no es falso. —Tamborileó con los dedos sobre la mesa—. ¿Puedes sacar algo de Kosmgorod? ¿Es cierto que podrían haber utilizado el canal de Norwood si el emisor estaba interfiriendo con la transmisión auditiva de su módulo?

—Desde luego. Me encargué de comprobar todo eso mientras Frontiere hablaba contigo. Los datos de Kosmgorod no muestran ninguna huella de tales transmisiones superpuestas pero, naturalmente, no esperaba encontrarla, no con una tripulación de cosmonautas culpables para borrar las huellas. También comprobé los archivos de Control Estelar examinando los mensajes recibidos. Se encuentran justo en la frecuencia correcta, en lo que jurarías es la voz de Norwood haciendo el tipo de comentarios habituales en una misión espacial, y la potencia de la señal es exactamente la que podría esperarse de ese tipo de sistemas. Naturalmente, es la clase de buen trabajo que haría Kosmgorod, si es que todo eso ha sido cosa suya. —¿Y realmente hicieron todo eso sólo para conseguir que los libros de historia contuvieran un nombre soviético en vez de uno norteamericano?

—Bueno —dijo Domino—, ya sabes que la gente es capaz de hacer ese tipo de cosas, ¿no?

Michaelmas cerró los ojos.

—Y nosotros haremos cuanto podamos. De acuerdo. Tenemos que tomar el control de la situación, incluso si no sabemos cuál es la situación. Intentemos atar tantos cabos sueltos como nos sea posible. Le diremos a la CANU que quiero hacer un programa documental sobre Papashvilly. Ahora mismo. Busca un comprador, busca a Frontiere, prepara entrevistas con Papashvilly, con los burócratas de la CANU y todo lo demás. Y también con Norwood. Norwood también..., eso es muy importante. No tengo ni la más mínima idea de qué pretenden lograr con todo este montaje y no me importa, pero quiero que se encarguen de retener a Norwood allí donde pueda verle. Ponnos en marcha.

Iremos al complejo del Control Estelar por la ruta más rápida. Además, sigue vigilando a la Hanrassy. Haz lo que puedas para mantener controlado a Limberg. Por el amor de Dios, tenme informado de lo que pasa dentro de la URSS. —Volvió a reclinarse en su asiento.

—Gervaise —dijo Domino. Michaelmas abrió los ojos—. ¿Qué?

—Suponiendo que pueda conseguirlo, ¿quieres trabajar para la cadena de *madame Gervaise*, con su equipo?

—No —dijo rápidamente Michaelmas—. No hay ninguna necesidad. Podemos utilizar a unos cuantos talentos locales y vender el programa ya empaquetado a cualquiera que esté dispuesto a pagar mis tarifas. —Cerró los ojos y se removió nerviosamente en el asiento, intentando hallar una postura cómoda—. Otra cosa —dijo, poniéndose de lado y haciéndose una bola. Estaba de espaldas a la mesa donde reposaba la máquina y su voz quedaba algo ahogada—. Descubre cuándo, por qué y cuánto tiempo estuvo Gervaise como paciente en el sanatorio de Limberg.

—Ah —dijo Domino—. De acuerdo.

El silencio invadió la suite. La luz del sol se filtraba por entre los cortinajes cayendo sobre el estuche de la terminal y la brillante madera de caoba que la sostenía. La respiración de Michaelmas se fue haciendo más lenta y tranquila. Una creciente media luna de transpiración fue extendiéndose por su camisa, debajo de la costura del sobaco.

El aire acondicionado murmuraba suavemente. Los brazos y las piernas de Michaelmas empezaron a moverse en una leve serie de temblores. Sus manos se agitaban igual que si estuviera corriendo o intentando coger algo. «Shh, shh», murmuró Domino, y los movimientos convulsivos de Michaelmas fueron calmándose hasta desaparecer casi del todo.

Y, en el silencio, la máquina empezó a recitar en voz baja:

Mis huesos son de acero Y el dolor que siento es el óxido.

*El polvo donde terminarán tus esfuerzos La podredumbre que florece
oculta en tu cuerpo La hermosa carne: nada de eso está hecho para mí.*

El tictac del tiempo es el aliento del reloj.

No habrá campana que repique anunciando mi final.

Estoy condenado al error Y el gusano que compartimos se llama mentira.

NUEVE

—Despierte, señor Michaelmas —no tardó en decirle Domino—. Un avión le espera.

Michaelmas se irguió en el asiento con los ojos muy abiertos. —¿Cuál es la situación?

—Getulio Frontiere va en un aparato de la CANU con Norwood: vuelven a Control Estelar vía Cité d'Afrique. Has hablado con él y no le importa llevarte hasta allí.

Despegarán tan pronto como llegues. Ya me he encargado de hablar con recepción; un botones estará aquí dentro de cinco minutos y un coche te vendrá a buscar a la puerta.

Son las doce cuarenta y ocho.

—De acuerdo. De acuerdo. —Michaelmas asintió vigorosamente con la cabeza y se puso en pie. Le dio unos cuantos tirones a la camisa y se colocó bien los pantalones. Se frotó el rostro y cruzó la habitación hasta el rincón donde había dejado sus zapatos—. ¿Todo preparado?

—Frontiere te ha dicho que está encantado. Añadir tu programa al que está preparando Douglas Champion será un gran placer.

Michaelmas volvió a sentarse y empezó a desatar los cordones de sus zapatos. —¿Champion?— preguntó, levantando la cabeza.

—Parece ser que Champion habló con Frontiere a primera hora de esta tarde para pedirle una entrevista especial con Norwood. Frontiere le dio largas pero accedió después de haber venido aquí. Supongo que la entrevista tendrá lugar siguiendo los criterios básicos que Frontiere te sugirió.

—Ah, parece que ese joven está subiendo muy deprisa.

—Sí, gracias a la inactividad de quienes le superan en edad.

—La ruta tradicional. Mejor para nosotros; sentir que alguien respira en tu nuca hace que sigas corriendo. —Michaelmas se puso los zapatos y empezó a tensar metódicamente los cordones, agujero por agujero.

—Quizá. Pero la cadena de coincidencias es bastante más larga. La corporación médica de Limberg acaba de convertirse hace poco en accionista mayoritaria de la compañía de comunicaciones Euro Voire Mondial, y eso me parece muy significativo. El conjunto de inversiones hecho por Limberg es de lo más corriente: muestra una astucia algo superior a la habitual, pero no tiene nada de excepcional. Las acciones de la EVM han ido adquiriéndose de forma continuada a lo largo de varios meses, y la Medmiembro Pty no ha interferido de ninguna forma perceptible con el funcionamiento cotidiano de la EVM, igual que Limberg no toma más café de lo normal porque sea propietario de una finca colombiana. Pero Gervaise trabaja para la EVM. Son los que te contrataron para ese último reportaje. Y ahora la entrevista

con Norwood corre a cargo de la EVM.

Michaelmas se ató los cordones y examinó los nudos.

—Bueno, así que ha dejado de trabajar para sus patronos norteamericanos.

—Oh, no ha hecho nada reprochable. Pero deberías saber que le han asignado a Clementine Gervaise como directora de equipo. Ella y un hombre de la EVM van también a bordo del avión. La entrevista con Norwood se realizará durante el vuelo. Cuando lleguen a Control Estelar, por la tarde, rodarán unos cuantos planos adicionales y, si es necesario, ampliarán la entrevista, y el programa saldrá en antena a las nueve de esta noche, hora del este de los Estados Unidos.

—Ah. —Michaelmas se puso en pie—. Bien, imagino que Getulio estará muy complacido.

—El programa iría corriendo por todos los Estados Unidos, yendo desde el cóctel previo a la cena en el este hasta la segunda o tercera copa o cilindro estimulante del día en el oeste. Un público con algo en la boca se muestra menos resistente a las insinuaciones. —¿Qué tamaño tiene el avión?

—Bueno, no hará falta que os sentéis el uno encima del otro, si es a eso a lo que te refieres.

—Déjame echar una mirada en el cuarto de baño para asegurarme de que no me olvido nada antes de que venga el botones.

—Acerca de Gervaise... Hay algo más. —¿Qué es?

—Hace dos años sufrió un accidente de coche. Su esposo murió y ella sufrió graves heridas. Estuvo invisible durante once meses. Reanudó su carrera hace sólo medio año.

Durante ese intervalo permaneció en el Sanatorio Limberg y parece que fue sometida a una considerable cantidad de operaciones ortopédicas y cosméticas. De ser así, como ocurre en casi todos los casos de cirugía, el enfoque óptimo del problema es buscar una apariencia física aceptable y el máximo de capacidad para desempeñar las funciones anteriores. No siempre es posible hacer que el paciente tenga el mismo aspecto que antes del accidente. Y la personalidad también sufre algunas consecuencias..., a veces socialmente deseables, a veces no. En el caso de Gervaise, y no se ha molestado en ocultarlo, hizo falta someterla a un prolongado tratamiento psicoterapéutico. Las revistas de la profesión han observado que posee gran parte de los manierismos y gestos típicos de la Clementine Gervaise anterior, y sus viejas amistades afirman que detrás de ese rostro levemente cambiado sigue siendo la misma persona. Pero su energía y su capacidad para tomar decisiones han aumentado mucho. Desde que volvió a trabajar su carrera ha ido hacia arriba, y que la EVM esté subiendo posiciones es algo que se atribuye en gran parte a ella. Se habla de que pronto le ofrecerán un puesto directivo de gran importancia. Y unos cuantos miembros de la profesión han tomado medidas para que se les lleve rápidamente a

Berna si sufren un accidente grave.

Michaelmas se había quedado inmóvil, meneando la cabeza. —¿Piensas que debería imitarles?— ¡Oh, rey! ¡Vive para siempre! —dijo secamente Domino—. Ahí viene el botones.

Cuando el ascensor llegó al vestíbulo Michaelmas cerró los ojos un momento. Después volvió a abrirlos y salió al exterior, sonriéndole al mundo.

Tomó asiento en el coche, con la cabeza baja.

—Pekín acaba de hacer algo prometedor —le dijo Domino—. ¿De qué se trata?

—Chiang, miembro del Comité Central, le ha propuesto a éste que se forme un consorcio de naciones asiáticas y africanas siguiendo los criterios básicos de la vieja idea del Tercer Mundo. El objeto del consorcio sería conseguir una votación de las Naciones Unidas para que le ordenase a la CANU que reestructurara la tripulación de la nave.

Milhombres Shih pasaría de dirigir el módulo de aproximación a ser miembro del comité de mando superior, formado por él mismo, Norwood y Papashvilly. Piensan presentárselo a la CANU como la forma más diplomática de resolver su dilema.

—Oh, Dios mío...

—La propuesta fue derrotada en la votación. El Presidente Sing recordó lo sucedido la última vez que se intentó poner en práctica el gambito del Tercer Mundo. También le preguntó a Chiang qué pensaba que debía hacer Milhombres Shih en el caso de que el coronel Norwood demostrara no estar en condiciones de cumplir con sus deberes durante el vuelo. ¿Tenía que unirse al mayor Papashvilly para eliminar al norteamericano del comité de mando? ¿Y cómo le explicarían eso a la Tierra? Y cuando firmaran el mensaje, ¿Shih tenía que firmar antes o después que Papashvilly? Le dijo a Chiang que lo pensara mejor y que quizá entonces estuviera de acuerdo en que lo más conveniente era dejar la situación tal y como estaba, con la esperanza de que todo fuera arreglándose por sí solo.

Michaelmas sonrió. Sing era joven para su puesto pero había demostrado ser duro y capaz. Cuando Mao murió, dejando detrás suyo un terrible jaleo administrativo, creó también una buena escuela para aprender a ser astuto, por muy lenta que hubiera sido a la hora de producir resultados. Sing iría haciéndose mayor; eso era algo inevitable. Pero aún faltaba bastante tiempo para eso. Por el momento actual, China era uno de los puntos verdes de su mapa, una zona donde no había averías. Que Sing se sintiera obligado por la tradición a mantener cierta fricción fronteriza con la India y la URSS, y que intentara enfrenar la industria de Taiwán y Hong Kong con la del Japón... Bueno, también era cierto que todos los continentes mantenían cierto nivel de actividad volcánica mientras iban deslizándose sobre la corteza terrestre. Y, pese a todo, la humanidad construía ciudades sobre ellos y se extendía a lo largo de sus costas.

Pensar en aquello había hecho que sintiera una cierta satisfacción cuando, de repente, Domino le dijo:

—Señor Michaelmas, hay un problema. Michaelmas alzó bruscamente la cabeza y miró por la ventanilla. Estaban acercándose al aeropuerto y todo parecía normal. — ¿Qué pasa?

—Acabo de recibir un espacio procedente de la EVM. de ingeniería cuidadosamente planificados y estructurados con gran detalle y precisión. Es un investigador enérgico pero prudente, inclinado tanto por temperamento como por un prolongado adiestramiento a ir avanzando con cautela, dando sólo un paso cada vez. El accidente que sufrió hace poco no fue culpa suya, eso está muy claro, y la probabilidad de que ocurriera era una entre mil. Su técnica es siempre la de seguir un plan digno de confianza, plan que está siempre dispuesto a revisar de la forma adecuada cuando se descubren hechos nuevos y después de haber consultado durante el tiempo suficiente con sus superiores. En resumen, el coronel Norwood, como muchos de sus «buenos amigos» y compañeros astronautas, es un hombre sorprendentemente europeo, lo cual desmiente cualquier idea provinciana de que todos los varones norteamericanos no son más que vaqueros cubiertos por una leve capa de barniz.»El programa cosmonáutico de la Unión Soviética nos ofrece el reverso de la moneda.

En los tiempos del vuelo espacial independiente los esfuerzos soviéticos se vieron marcados por cambios de programa inesperados, alteraciones de diseño realizadas con una premura muy significativa y, en algunos casos, con grandes transformaciones de lo que se suponía era equipo ya terminado. La Unión Soviética sigue siendo la única nación que ha perdido hombres como resultado de los vuelos espaciales. Algunas de esas bajas pueden considerarse debidas a fallos del equipo. Pero si hay que juzgar por los numerosos incidentes de conducta desordenada producidos durante sus misiones, el resto de problemas no previstos sufridos por sus naves debe atribuirse a la exuberancia demostrada por sus cosmonautas a lo largo de los años..., exuberancia que casi podría rozar la imprudencia. Hay quienes dicen que el programa cosmonáutico de la Unión Soviética mostraba una cierta falta de seguridad en sus equipos y no fue lo bastante estricto a la hora de seleccionar al personal de vuelo. Naturalmente, afirmar que el mayor Papis-hvilly presenta tales defectos sencillamente porque su posición actual es resultado de haber sido nombrado por el alto mando cosmonáutico de los soviéticos sería una grosera exageración; pero no puede negarse que la Unión Soviética, naturalmente, ha tendido a encumbrar al hombre que parecía encajar mejor dentro de sus patrones habituales.

—Cierto —dijo el profesor Jacquard, resumiendo lo que había explicado hasta ahora—, el *élan* es a menudo una cualidad digna de alabanza. De hecho, hay

ocasiones en las que es imprescindible para salir adelante.

—Ahora están pasando planos de jinetes saltando vallas en las praderas de Georgia —dijo Domino.

—Su telón de fondo racial hace que el mayor Papashvilly posea un equipo hereditario que le permite concentrar toda su capacidad en un solo momento de vencer —o— morir —dijo Jacquard—. Suponiendo que tal momento se presente, este tipo de individuo puede acabar triunfando pese a tener en su contra la fría realidad de las matemáticas. Sin embargo, hay que ser justos y señalar que los individuos como el mayor Papashvilly suelen ser personas que andan teniendo siempre pequeños accidentes. En ciertos casos, las personas cuyo estilo de vida tiene como resultado hacerles sufrir gran cantidad de pequeños accidentes son conocidas en el mundo académico como gentes que tienen un «carácter propenso a los accidentes». Bien, *madame* Wieth, espero haber respondido satisfactoriamente a su pregunta.

—Gracias, profesor Henri Jacquard, de la École Psychologique de Marsella, por haber respondido a la pregunta formulada por *madame* Hertha Wieth, de Ulm. La pregunta de mañana en Pregúntele al mundo es: «¿Cómo se puede reconocer a tu pareja ideal?» y será respondida por la señorita Giselle Montez, estrella de la serie norteamericana Pájaros de guerra.

Michaelmas se frotó los ojos. —¿Y todo eso ha salido de la EVM?

—Sí. —¿Y Gervaise tiene algo que ver con ello?

—No. El director de programación mandó la siguiente nota: «Quiero algo sobre astro. ¿Qué tal esto? Es del archivo de preguntas». Y también tengo la nota añadida por el ayudante antes de que lo mandaran todo al departamento de distribución: «¿Qué tal si lo hace Jacquard?». El resto del proceso tampoco se aparta de lo habitual. Naturalmente, le dieron algo de prisa pero es lógico: tienen que prestarle atención al tema del momento.

—Lo que me molesta es el tono de la respuesta.

—Sí, claro. —¿Crees que están empezando a hacer una campaña disimulada contra Pavel?

—Cuando vi el programa pensé en ello, sí. Ahora estoy examinando muy atentamente al mayor Papashvilly y a cuanto le rodea. He descubierto lo que me parece un claro intento de jugar sucio.

—Ah. —Michaelmas estaba muy quieto, las manos colgando fláccidamente entre las rodillas, una expresión casi cercana a la estupidez en el rostro. Sólo sus ojos parecían seguir vivos, y estaban contemplando sólo Dios sabía qué.

—Sí. Está en su apartamento; quieren tenerle lejos del público. He seguido con la vigilancia de costumbre, según tus instrucciones. Mantengo un pleno contacto con los sistemas que controlan su edificio, así como con todas sus conexiones de entrada y

salida. Todo parece estar funcionando de forma rutinaria. Lo cual quiere decir que debo comprobarlo todo y eso es lo que estoy haciendo ahora, equipo por equipo. Uno de los componentes de control del ascensor más cercano a su apartamento es falso. Parece normal, y funciona normalmente. Responde de forma normal a las secuencias de mando.

Pero es más grande que la pieza habitual; puedo detectar una variación de temperatura en su zona, porque presenta un ligero obstáculo a la ventilación normal. Me las he arreglado para que los sistemas del edificio hicieran pasar por él una leve carga eléctrica extra y he descubierto que su resistencia es significativamente más elevada que la correspondiente al modelo original. —¿De qué se trata?

—No lo sé. Pero las partes extra, sean lo que sean, no emiten nada y no están conectadas a nada que pueda localizar. Creo que es algún tipo de aparato manejado a distancia y que ha sido diseñado para activarse al recibir una señal de alguna fuente que no puede ser localizada directamente hasta que no empiece a emitir. Dado que no sé qué clase de aparato es no tengo medio alguno de bloquear la señal, sea cual sea esa señal y sea cual sea el efecto que pueda tener sobre la pieza falsa. —¿Y bien?

—Ahora estoy comprobando el complejo del Control Estelar, revisando cuanto tiene que ver con la seguridad, empezando con las cosas que podrían afectar al mayor Papashvilly.

Yo... Ah, sí, aquí hay otro. La semana pasada hicieron una revisión rutinaria de su coche particular y cambiaron el divisor de energía. El viejo había llegado al final de su período de garantía. Pero el nuevo no ha salido de ninguna firma ni almacén autorizados. Está ahí dentro, porque el coche ha absorbido energía varias veces desde que efectuaron el cambio, pero he comprobado y vuelto a comprobar todos los registros de inventario que hay entre el coche y el pedido de repuestos que le hicieron al fabricante y no me salen las cuentas. En el vehículo de Papashvilly hay algo que tiene todo el aspecto de una pieza normal y actúa como tal, o los mecánicos del garaje de Control Estelar ya se habrían dado cuenta. Pero no ha sido fabricada en ningún taller o fábrica conocidos y no sé de qué es capaz, aparte de racionar electrones, que es su función normal. Así que con ése ya van dos, y sigo buscando.

—Todo porque la EVM ha dicho que los rusos son unos temerarios con propensión a romperse la cabeza.

—Y porque Cikoumas y Compañía abrió recientemente una delegación en Cité d'Afrique. El director es Konstantinos Cikoumas, el hermano pequeño, quien también se ha mostrado muy enérgico a la hora de conseguir grandes contratos, y que se ha pasado el tiempo haciendo amistades, por no decir nada de los contactos de negocios. En sus pocos meses africanos y estando tan cerca de Control Estelar, Kosta Cikoumas ha conseguido ser conocido por miles de personas y se le ve por doquier. Deberías saber que se encarga de suministrarle mercancía a varios restaurantes de Control

Estelar, así como a las cafeterías del personal. Sus camiones van y vienen continuamente, y sus empleados suelen subir y bajar por los ascensores con sus cajas y sus fardos. Si he de serte sincero, eso es lo que me hizo empezar a sospechar. De lo contrario quizá jamás hubiera encontrado esas cosas... ¡Oh, maldita sea, hay algo raro en el mecanismo de una puerta contra incendios! Esta gente tiene muchos recursos... Ninguna de las diferencias que he detectado es lo bastante grande como para resultar visible en una inspección de rutina y todas las piezas se limitan a esperar pasivamente el momento en que se las necesite. Además, apostaría a que todos los componentes extra se quemarán después de haber sido utilizados. Y cada una de ellas se encuentra en un sitio desde el que puede provocar una situación que ponga en peligro la vida de Papashvilly. Maldita sea... Les ha faltado poco para engañarme.

—Pero lograste sumar dos y dos.

—Así es. Creo que estoy empezando a desarrollar mi intuición. ¿Satisfecho?

—Complacido.

—Bueno, quizá te sientas más alegre cuando sepas que he llegado a la conclusión de que no estás loco.

—Oh, ¿eso pensabas?

—Desde el Día Uno —dijo Domino—. ¿Desde anoche?

—No. Desde el Día Uno. Bueno, y ahora... ¿Qué hacemos con esto? Que yo sepa, Cikoumas y Compañía jamás ha adquirido ningún tipo de componente electrónico ni nada a partir de lo cual pueda manufacturarse un aparato de tal clase. Nada en Europa y nada en África. Nada. Por lo tanto, ¿de dónde los han sacado?

—Supongamos que no es cosa de Cikoumas.

—Por favor... —dijo Domino—, tiene que ser Cikoumas. Mi intuición no se equivoca nunca. —¿Qué estás haciendo para proteger a Papashvilly?— preguntó Michaelmas pasados unos segundos.

—He inutilizado los circuitos que controlan la puerta de su apartamento. Está encerrado dentro, y los problemas se han quedado fuera. En caso de que lo descubra, alteraré cualquier posible llamada suya a Mantenimiento del edificio. Sólo le abriré esa puerta a personas que me conste están totalmente limpias, y utilizaré métodos similares para protegerlas tanto a ellas como a él.

—No podrás seguir haciendo eso durante mucho tiempo.

—Cierto. Tendremos que resolver el problema global, y pronto. Pero es una medida, y ya la he tomado. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

Michaelmas siguió inmóvil en su asiento, viendo cómo el coche avanzaba hacia el aeropuerto. ¿Qué otra cosa podía hacer?

El interior del aparato de la CANU tenía dos breves hileras de asientos dobles, un salón situado en la cola y una salita privada en proa. Todo estaba decorado en tonos azules y plateados, con la bandera de la ONU y el emblema de la CANU en un

bajorrelieve plateado sobre el panel que separaba el salón del bar. Michaelmas subió por la escalerilla seguido por un mozo que llevaba su bolsa de viaje y tan pronto como estuvo a bordo el auxiliar de cabina cerró la portezuela. Los motores empezaron a acelerar con un leve gemido.

—Bienvenido a bordo, señor Michaelmas —le dijo el auxiliar de cabina—. El signar Frontiere le está esperando en el despacho.

—Gracias. —Los ojos de Michaelmas recorrieron el pasillo. La mitad de los asientos estaban ocupados y Michaelmas reconoció a bastantes miembros del personal encargado de las relaciones con la prensa. Norwood, Campion, un par de ayudantes y Clementine Gervaise hablaban tranquilamente en el salón. Michaelmas cruzó rápidamente el umbral de la salita. Frontiere, sentado en un rincón, alzó los ojos hacia él. El recinto había sido convertido en una pequeña sala de estar donde se podía conversar sin ser molestado por nadie.

—Me alegra tenerte con nosotros, Laurent —le dijo Frontiere, indicándole el asiento contiguo al suyo—. Siéntate, por favor. Nos iremos en cuanto te hayas abrochado el cinturón.

—Sí, naturalmente. —Se instaló en el asiento y los frenos dejaron de actuar casi en ese mismo instante. El aparato rodó rápidamente apartándose de la zona de espera, trazó una aguda curva para entrar en la pista y se lanzó por ella. Michaelmas se dedicó a mirar por la ventanilla, viendo cómo los aeroplanos estacionados en sus pistas y los vehículos de servicio iban desfilando más allá de la negrura metálica del ala, tan opaca que casi no reflejaba nada, hasta que sintió el leve golpe del tren de aterrizaje escondiéndose en el fuselaje y, finalmente, vio cómo los últimos edificios pintados a cuadros blancos y negros situados al extremo de la pista parecían saltar bruscamente hacia atrás, alejándose de él.

El avión empezó a subir sobre la vertical de Berna y un instante después ya estaban sobrevolando las montañas. Michaelmas dejó escapar el aire contenido en sus pulmones y se reclinó en el asiento, apoyando la terminal de Domino en su muslo. — ¡Bien, Getulio! Veo que Douglas Campion ha sabido instalarse cómodamente, ¿eh?

—Ah, sí, ahora están distrayéndole en el salón. Le hará una entrevista a Norwood durante el vuelo y, naturalmente, tendré que asistir a ella. Pero pensé que durante los primeros minutos de nuestro viaje... —Metió la mano en una cubeta con hielo unida a su asiento, escogió dos copas cubiertas de vaho y las llenó de Lambrusco—. No nos hará daño y quizá nos ayude. —Alzó su copa en un brindis, mirando a Michaelmas—. *A domani.*

Así que aparentemente volvemos a ser amigos. Bueno, lo somos..., claro que lo somos.

Michaelmas alzó su copa.

—*A lie ragazze.*

Los dos hombres se miraron, sonriéndose.

—Comprenderás que debo darle precedencia a Champion, ¿verdad?

—Claro, ¿por qué no? Acudió a ti con una oferta en firme mientras que yo te había dado largas. —¿Le conoces?

—Le vi por primera vez ayer noche. Tiene buena reputación.

—Pero no demasiada experiencia. De todos modos, se portó bastante bien en la conferencia de prensa. Y tiene como directora de equipo a Gervaise, que es una auténtica estrella. Además, la EVM sabe hacer un buen trabajo con la posproducción; me han dicho que tu secuencia del sanatorio estaba a la altura de tus programas habituales. Tienen un ordenador Macht Dirigent recién comprado y un programa de montaje ultramoderno que de momento sólo poseen la CBS y la Funkbeobachter. Sus directores no han tenido miedo de gastarse el dinero, y han sabido gastárselo con sabiduría, todo lo cual habla en favor del jovencito. —Frontiere sonrió—. Y me tranquiliza un poco en cuanto a que conseguiremos una entrevista de calidad.

—Y él, ¿te ha dado las garantías que pedías?

Frontiere se mordisqueó el labio superior durante unos segundos. Asintió, con los ojos clavados en el suelo. Oh, sí, pensó Michaelmas, tiene que haberle hecho alguna promesa muy firme o de lo contrario Getulio Frontiere no me habría traído aquí y no estaría disculpándose por lo que va a pasar.

—Champion nos ha hecho una proposición que parece viable —dijo Frontiere—. Aunque el coronel Norwood parecía encontrarse en plena posesión de sus facultades físicas y mentales, después de un accidente tan grave no hay más remedio que hacerle una larga serie de pruebas. E incluso después de eso, ¿quién puede asegurar que no hay algún daño físico oculto esperando aparecer bajo las tensiones de la misión? Pero explicarle eso al público sin dar la impresión de que estamos siendo injustos con Norwood es bastante difícil. Verás, Laurent —le dijo Frontiere en voz baja—, debes comprender que todo eso fue cosa de Champion. Cree que su deber es entrevistar a Norwood con toda dignidad, pero piensa que la entrevista debe hacerse de forma muy concienzuda para que sean las mismas respuestas de Norwood las que hagan surgir ese aspecto de la situación. Según dice, teme que la presión pública pueda acabar creando una situación en la que tanto Norwood como esta importante misión puedan acabar viéndose amenazados, y ésa es la única razón de que este joven periodista de carrera tan prometedora desee llevar a cabo la primera entrevista en profundidad con el héroe resucitado. Oh, sí, tu colega tiene una gran conciencia cívica...

Michaelmas frunció el ceño. —¿Le has dado instrucciones a Norwood para que le siga la corriente?

Frontiere meneó la cabeza. —¿Cómo iba a hacerlo? ¿Dar instrucciones para alterar las noticias? Si alguien protestara, si se acordaran de ello después... ¿Qué valdrían todas nuestras carreras? No— dijo Frontiere —nos limitamos a confiar en

que Champion será lo bastante hábil como para poner la verdad al descubierto por sí solo—. Tomó un sorbo de vino. —Excelente — murmuró.

—Recuerdo que solíamos tomarlo comiendo langosta en la terraza del Vid, la que daba al mar, viendo cómo las motoras llenas de chicas iban a las fiestas de los yates —dijo Michaelmas.

—Cuando éramos más jóvenes, sí.

Michaelmas se preguntó si Champion había pensado bien en los resultados de lo que pensaba hacer. Ofrecerse tan descaradamente como voluntario podía ser bastante delicado para alguien que estaba preparándose para alcanzar una posición elevada. Las noticias se difundían con rapidez; los comienzos de las carreras solían ser los que marcaban la opinión que se tendría de ti. Que te consideraran educado y servicial era una cosa; que te tuvieran por un tipo rastrero y desprovisto de escrúpulos era algo muy distinto.

Pero ya era tarde para pensar en darle consejos a Champion. Y, ¿qué tipo de consejo podía darle a Getulio Frontiere en esta triste coyuntura? ¿Que hubiera escogido otra profesión de joven?

—Bueno, Getulio, creo que aún te faltan unos cuantos años para convertirte en un viejo desdentado con las manos metidas entre las rodillas.

—A ti también. Veo que aún tienes dientes —dijo Frontiere, sorprendiendo un poco a Michaelmas—. Papashvilly está esperándote en el Control Estelar. Supongo que ya habrás contratado a un equipo de rodaje para la entrevista, ¿no? Bien, si es necesario nos encargaremos de que estén cómodos mientras esperan tu llegada. Sakal y los demás dejarán todo lo que estén haciendo salvo lo más urgente para hablar contigo cuando quieras. Lo único que siento es que el vuelo no durará lo suficiente: cuando Champion haya terminado con él apenas si tendrás tiempo de hablar un poco con Norwood.

—Siempre puedo verle después en el Control Estelar. Bien, Getulio, has sido muy amable y has pensado en todo. Ahora, creo que me dedicaré a pasarlo bien y dejaré que te ocupes de tus responsabilidades.

Una vez satisfecho el protocolo, se quitó el cinturón y se puso en pie. Frontiere se levantó con él, estrechándole la mano igual que un norteamericano. Interesante. Sí, eso era muy interesante. Le tenían un poco de miedo. Y hacían bien: una persona en su posición gozaba de un inmenso poder. Pero nunca había pensado que pudieran darse cuenta de ello con tanta facilidad. Había pasado toda su carrera intentando producir una impresión totalmente distinta.

Volvió a sonreírle a Getulio y salió del compartimento, dando la vuelta para ir por el pasillo que llevaba hacia la cola del aparato. Claro que, naturalmente, nadie construye una fachada si no es consciente de que el interior a disimular es algo diferente de la fachada. Norwood, Champion y Clementine venían hacia él procedentes

del salón.

Clementine se inclinó sobre el respaldo de un asiento para hablar con su ocupante y un técnico que llevaba un equipo manual se puso en pie y se unió al grupo. Unos instantes después pasaron junto a él con cierta dificultad debido a lo estrecho del pasillo. «Me alegra volver a verle», dijo Campion, apretó la mandíbula y desapareció rumbo a la salita.

«Hola», dijo Norwood. Clementine le sonrió. «¿Quizá más tarde?», murmuró al pasar junto a él. Todos habían estado observando disimuladamente la puerta de la salita.

Esperándole. Sólo el técnico pasó junto a él sin mirarle, en silencio, con el paso cauteloso de quien va a hacer un número sobre el alambre, lleno de una gracia automática, con sus habilidades profesionales despertando en su interior, haciendo que su rostro no reflejara nada salvo el hecho de que iba a desempeñar su oficio. De los cuatro, él era el más puro.

Michaelmas fue hacia el salón, sosteniendo la terminal en una mano para que no chocara con nada. Movi6 la cabeza e intercambi6 breves comentarios con los jóvenes ayudantes de prensa, algunos ya conocidos, otros nuevos, y éstos se ocuparon de que tuviera un asiento cómodo y una taza de café. Pasados unos minutos parecieron darse cuenta de que deseaba estar solo y fueron marchándose uno a uno. Michaelmas se dedicó a mirar por la ventanilla, viendo las montañas que desfilaban bajo ellos, contemplando el cielo azul y la costa mediterránea que iba aclarándose poco a poco, volviéndose más y más definida hasta que incluso Toulonse hizo visible. Poco después el aparato alcanzó su máxima altitud y los Pirineos emergieron igual que una hilera de nudillos. Siguieron avanzando, hendiendo el aire hasta dejar atrás Córcega. Michaelmas la había observado atentamente pero, pese a todos sus esfuerzos, el rostro de Clementine no le había revelado ni la más mínima huella de que alguien hubiese trabajado en él.

—Señor Michaelmas —dijo Domino dentro de su oído.

—Hmm.

—Viola Hanrassy ha retrasado su reunión con la junta de directores. Su oficina de información recibió el paquete enviado por Cikoumas hace quince minutos.

Michaelmas apretó los labios. —¿Qué está haciendo?

—Es demasiado pronto para saberlo. Su secretario llamó al domicilio de su hombre de Washington y le dio instrucciones para que fuera a la sede de Estados Unidos Por Siempre para atender directamente a posibles llamadas telefónicas. Vive en College Park y debería llegar allí en veinte minutos. En Washington son las siete veintitrés de la mañana. De momento, es todo cuanto tengo. —¿Alguna otra cosa importante?

—Sigo trabajando para proteger a Papashvilly. ¡Está rodeado de piezas y aparatos

falsos! Y tengo algo más que deberás oír dentro de poco. Un momento. —¿Qué tal va la necrológica de Watson? Esperó.

—Domino...

—No hemos tenido suerte, señor Michaelmas. Michaelmas se irguió en el asiento. —¿Qué quieres decir?

—Yo... No he conseguido colocársela a nadie.

—No puedes vender la necrológica de Melvin Watson. —Buscó en su mente algún argumento que pudiera resultar más convincente—. Una necrológica hecha por Laurent Michaelmas.

—Yo... Lo siento. —La voz de Domino resonó suavemente dentro de su cráneo—. Verás, no es nada fácil encontrar patrocinador para una necrológica. He hablado con casi todo el mundo. ¿Sabías que la razón básica de que el ser humano busque trabajo en una gran empresa es su conciencia de que va a morir? ¿Y que la motivación principal para tomar decisiones es el negar ese hecho? —Domino se quedó callado durante unos segundos—. En cuanto hube llegado a esa conclusión dejé de buscar patrocinadores y entré en contacto con unos cuantos medios informativos. Si se hubiera tratado de otro tema distinto habrían podido pagar el tiempo de antena ellos mismos. Hubo uno o dos que parecieron estar casi dispuestos a hacerlo, pero no lograron encontrar ningún hueco en sus programaciones.

—Sí —acabó diciendo Michaelmas. Y, naturalmente, para los medios de comunicación no se trataba tan sólo de tres minutos sin vender y dos minutos con anuncios de la firma.

Se trataba de hacerle un espacio al programa cancelando cinco minutos que ya habían sido vendidos. No era razonable esperar que nadie fuera a tomarse semejantes molestias. —Y la gente para la que Watson solía trabajar tampoco estuvo dispuesta a comprarlo, ¿verdad?

—Bueno, señor Michaelmas, el año fiscal ya está muy avanzado. Todos los presupuestos para comprar tiempo de antena están casi agotados. —¿Y la cadena de Watson?

—Harán que su locutor del noticiario lea unas cuantas frases al respecto. Muchas cadenas harán eso, naturalmente.

Michaelmas miró por la ventanilla y golpeó los brazos del sillón con las palmas de sus manos. —¿Cuánto nos costarían cinco minutos de tiempo?

—No debes hacerlo —se apresuró a decir Domino—, eres un vendedor, no un comprador...

—Me alegra ver que tengo a un espíritu incorruptible velando por mis asuntos. —... y, de todas maneras, no hay tiempo disponible. Michaelmas meneó la cabeza, inclinando el cuello hacia delante.

—Maldita sea, ¿es que no podemos hacer nada?

—Podemos conseguir tiempo en un canal local que emite en la zona donde vive la señora Watson. Al menos ella y sus hijos podrán ver lo que pensabas de su marido.

Michaelmas se reclinó en su asiento, cerrando los ojos para protegerlos del brusco resplandor que llenó la cabina cuando el aparato se ladeó, girando hacia la izquierda y entrando en la ruta MARSDAF que iba en dirección sureste y nacía en Marsella.

—No. No lo escribí para ellos. —¡Dios santo! Hacerles contemplar la progresión de imágenes que iban preparándose para llegar a ese último plano sabiendo que todo eso pretendía conseguir que «Caballo» fuera real para el gran mundo era una cosa. Pero ver aquello casi en privado... No, eso era algo muy distinto—. Olvídalo. Gracias por intentarlo. —Se frotó la cara.

—Lo siento —dijo Domino—. Era un montaje excelente.

—Bueno, cuando uno hace estas cosas actúa sabiendo que el buen trabajo será apreciado y que los buenos trabajadores son honrados y recordados. —Michaelmas se volvió hacia el ayudante de la CANU más próximo—. Me pregunto si podría tomar otra taza de café —le dijo. Y el ayudante se levantó sin perder ni un momento, encantado ante la perspectiva de ser útil.

—Señor Michaelmas —dijo Domino pasado un breve lapso de tiempo—. ¿Sí?

—Tengo más noticias.

—Adelante —dijo Michaelmas, no muy interesado.

—Un equipo de la EVM está entrevistando a Will Gately en los Estados Unidos. Lo que diga será intercalado en el metraje que Champion está rodando ahora. —¿Gately ha llegado ya a su despacho?

—Va al trabajo a pie. Hace jogging: su ejercicio matutino. El equipo va con él. Ahora están en Rock Creek Road. Pero Viola Hanrassy le ha llamado por teléfono a su casa.

Michaelmas frunció los labios. —¿Qué pasa con Gately, también es otro de sus hombres?

—No. No creo que debamos llegar a esa conclusión. La Hanrassy se dirigió a él llamándole señor secretario y le preguntó si estaría en su despacho esa mañana. Dijo que apreciaba mucho el orgullo patriótico que había expresado al saber que Norwood volvía a la acción y esperaba que después tuviera ocasión de hablar más rato con ella. Creo que podemos dar por sentado que piensa decirle algo acerca de la misión espacial.

Michaelmas se tocó los dientes con la lengua. —¿Crees que lo hará?

—Me temo que sí.

Michaelmas se irguió un poco más en el asiento. —¿De veras?— Sus dedos tamborilearon sobre los brazos del asiento. —Sí, sus acciones de hoy producen esa impresión, ¿no? Bueno... No te preocupes por eso ahora. ¿Qué le está diciendo Will a la prensa?

—Aquí está lo que dijo hace unos minutos. —La calidad del sonido cambió ligeramente y Michaelmas pudo oír el sonido de unos pies calzados con zapatillas deportivas y una respiración tranquila y regular. Gately trotaba por la pista de tierra batida. Se mantenía en forma; era una máquina biológica de vientre liso y músculos nervudos. Su incansable búsqueda de un trabajo industrial seguro y a prueba de despidos no había tenido éxito y Gately terminó trabajando para el gobierno, pero eso no había alterado su capacidad para mantener el ritmo y la cadencia. Corría sin esforzarse, como desafiando a John Henry a que intentara alcanzarle.

—Señor secretario —dijo el entrevistador de la EVM—, ¿cuál fue su reacción ante las noticias de que el coronel Norwood no tardaría en visitar los Estados Unidos?

—Bueno, me encantará verle, por supuesto. El Presidente dará un banquete en su honor. Puede que tengamos tiempo de organizar uno o dos desfiles. Sería estupendo.

Tengo que pensarlo. Cada día que pase aquí será un día de entrenamiento perdido. —El sonido de pisadas ahogadas se convirtió durante unos segundos en un seco golpeteo— al parecer Gately había cruzado un puente de madera que atravesaba una de las cañadas —y volvió a hacerse audible.

El entrevistador debía estar en un coche que se movía paralelamente a la pista de jogging. Resultaba imposible imaginarle a él y a su cámara trotando junto a Gately.

—Señor, ¿qué quiere decir con eso del entrenamiento? ¿Sabe si el coronel Norwood ha sido asignado a alguna misión determinada?

—Ya tiene una misión asignada, ¿no? Es primer piloto en la expedición a los Planetas Exteriores. Supongo que necesita ponerse al día urgentemente.

—Disculpe, quiero asegurarme de que le hemos comprendido bien —dijo el entrevistador—. Entonces, ¿espera usted que el coronel Norwood vuelva a ocupar su puesto en el equipo de la expedición?

—Creo que podría hacerlo, ¿no? Es bueno. Es el mejor. Y esta mañana tenía un aspecto excelente, ¿verdad?

—Bien, déjeme preguntarle una cosa: ¿le ha dicho algo la CANU acerca de si va a ocupar nuevamente su puesto en la misión?

Michaelmas oyó una serie de ruidos: un coche que pasaba, los pájaros trinando en las ramas, un arroyo fluyendo por entre las piedras. El equipo de rodaje debía estar permitiendo que la expresión facial de Gately sustituyera a las primeras sílabas de su respuesta. —¡...me han informado! ¿Por qué deberían informarme de eso?

—Señor, ¿está diciéndome que se siente algo preocupado ante la libertad de acción demostrada por la CANU?

El ritmo de la carrera se hizo mucho más rápido. Gately parecía haberse lanzado a un sprint final. Sus largas piernas debían estarse moviendo como unas tijeras; sus hombros estarían inclinados hacia delante, uno-dos, uno-dos, con el chandal empapado de sudor, las pecas destacando en sus pálidas mejillas, los ojos convertidos

en dos rendijas por el esfuerzo y la concentración.

—La administración... está totalmente... de acuerdo... con la política de las Naciones Unidas. El presidente Westrum... apoya en todo... a la CANU. Ésa es nuestra... política.

La CANU no tiene... fronteras. Mi trabajo es... supervisar el entrenamiento... de los pilotos para los servicios oficiales... o los civiles cualificados. Después la CANU... se lleva a los que quiere...

Michaelmas frunció el ceño. Todo el mundo sabía que Theron Westrum le había dado ese puesto a Gately por razones puramente políticas. Eso le había proporcionado cierto apoyo —o, para ser más exactos, había mitigado un poco la hostilidad—, en el sur de California, Georgia y Texas, sitios donde esperaban recuperar el máximo de fondos de la industria aeroespacial cada fin de semana. Y casi todos sabían que Gately habría preferido conseguir ese puesto gracias a cualquier persona que no perteneciera al partido de Westrum y que no tuviera su color de piel. Pero mientras Gately siguiera soltando pullas contra la CANU sin tener ni tan siquiera los primeros atisbos de una idea sobre cómo minar la política de Westrum, resultaba el hombre ideal para el cargo. ¿Qué razón tenía Domino para hacerle oír todo aquello? Ciertamente, el programa estaba bien hecho y sería no sólo útil sino necesario para contrapesar todo lo que Campion estaba consiguiendo para apoyar a la CANU. Colocado en ese tipo de contexto el programa tendría un efecto mínimo sobre el público pero, después de todo, era un intento de jugar limpio y mostrar la opinión de los dos bandos.

Y, una vez más, ¿qué razones tenía Campion para apoyar a la CANU? Era joven, duro y eficiente. Ese tipo de errores quedaban reservados a los viejos que ya no podían hacer gran cosa y no disponían del tiempo suficiente para lamentarse después.

La voz del entrevistador había perdido su tono de Estamos En El Aire, convirtiéndose en la voz de un hombre que estaba etiquetando el final de un rollo de cinta.

—Bien, de acuerdo, viste cómo nos saludaba con la mano y cómo se iba hacia su despacho. No creo que piense ser más explícito, al menos por ahora. Pero está muy, muy enfadado. Bastará con que los rusos, la CANU o el mismo Westrum den un paso en falso para que pierda el control. Creo que deberíamos quedarnos un rato rondando su despacho por si se le escapa algo.

—Buena idea, Washington —dijo la distante voz del director de programación de la EVM, utilizando la banda de transmisión del intercomunicador para ahorrar algo de dinero—. Sí, estamos de acuerdo contigo. Intenta sacarle algo a Estados Unidos Por Siempre. Han estado muy callados. Creo que deberíamos buscarle las cosquillas a la Hanrassy para enterarnos de qué opina. Ya te daremos instrucciones al respecto. Y gracias por los planos; han quedado estupendamente. París fuera. —El canal auditivo quedó en silencio.

—Eso ocurrió hace cinco minutos —dijo Domino—. Después la EVM se puso en contacto con Estados Unidos Por Siempre pidiendo una entrevista con la Hanrassy. Su departamento de relaciones con la prensa les dijo que deseaba esperar un poco por si ocurría algo nuevo, pero que estaría disponible hacia las nueve, hora central de los Estados Unidos. Eso será dentro de dos horas y cuarenta y siete minutos.

—Bien, parece que todo está empezando a encajar en su sitio. La pauta va haciéndose cada vez más clara —dijo Michaelmas.

—Oh, sí. Pero no es la pauta que te estoy mostrando. —¿Eh?

—Espera. Esto es de hace diez minutos. Champion ha llevado la entrevista repasando tranquilamente todos los puntos de la historia de Norwood, recibiendo respuestas que serán manipuladas en el montaje para formar una secuencia temporal. Norwood se está lamiendo los labios no más de lo que podía esperarse y de vez en cuando mira de soslayo a Frontiere. No cabe duda de que cualquier programa de montaje digno de ese nombre podría convertirle en un medio inválido que apenas si es capaz de ocultar sus dudas. Por otra parte, podría cortar todos esos planos y hacerle parecer tan fresco como una rosa.

—Coronel Norwood —dijo la voz de Champion—, me gustaría que habláramos de eso unos momentos más. Bien, nos ha contado que su vuelo fue más o menos rutinario hasta unos segundos antes de la explosión. Pero, obviamente, algo debió hacerle comprender que no todo iba bien, ¿verdad? Incluso los reflejos de un astronauta necesitan un poco de tiempo para ponerse en situación y hacerle pasar a la acción evasiva. ¿Podría ser más explícito sobre ese punto? ¿Qué le hizo darse cuenta de que algo iba mal y cuánto tiempo transcurrió entre ese aviso y la explosión?

—Creo que sería mejor no hablar de eso ahora, señor Champion —dijo la voz de Frontiere—. ¿Por qué no?

—Porque, sencillamente, es algo de lo que no debemos hablar ahora.

—Bueno, si quiere que me olvide de la pregunta creo que debería darme algo más de información al respecto.

—Señor Champion, con todos los respetos... Me temo que debo insistir en ello. Y ahora, por favor, haga retroceder la cinta y borre esa pregunta.

Un breve silencio.

—O de lo contrario se olvidará de nuestro trato, ¿verdad? —dijo Champion.

Frontiere tardó unos segundos en responder.

—Preferiría que no hubiésemos tenido que llegar a esto, pero...

—Algún día tendrá que darme explicaciones al respecto, créame —dijo secamente Champion—. De acuerdo, chicos, volvamos a cuando le pregunté a Walt sobre su ruta de vuelo y la última palabra de su respuesta fue «mar». Supongo que podemos poner un plano mío de reacción, luego haré mi siguiente pregunta y toda la toma anterior queda borrada con la sobreimpresión, ¿no? Clementine, ¿te parece

bien? De acuerdo, Luis, ¿has rebobinado?

—Rebobinado hasta la «r» de «mar» —dijo la voz de Clementine por el canal de dirección—. Sincronizado. Plano de Campion. En marcha. Y...

—Ahí lo tienes —dijo Domino—. ¿A qué te refieres? —preguntó Michaelmas—. Frontiere no ha dejado que Campion metiera la nariz en el asunto del emisor telemétrico falso. ¿Puedes culparle por ello?

—No se trata de eso. La unidad que utilizan no se limita a pasarlo todo a la cinta de la directora. También manda lo grabado directamente al ordenador de montaje de la EVM en París, y allí no han borrado nada. El segmento ya está incluido en el primer montaje del programa, incluyendo el momento en que Norwood mira de soslayo a Frontiere, el nerviosismo de Frontiere y todo lo demás.

Michaelmas volvió bruscamente la cabeza hacia la ventanilla, contemplando el cielo para ocultar su expresión. Lejos de ellos, hacia la derecha, pudo ver cómo Cap Bon avanzaba lentamente hacia la punta del ala, y Túnez era una mota blanca que hería sus ojos reflejando el sol de primera hora de la tarde.

—Es joven. Quizá no sabe de qué es capaz el equipo. Quizá cree que todo ha quedado borrado. Ninguno de ellos tiene por qué..., por qué conocer cuál es la naturaleza exacta de su equipo.

—Es posible. Pero el contrato de Campion con la EVM especifica claramente que el montaje se hará simultáneamente al rodaje de la entrevista. Campion renunció a su derecho de hacer un montaje previo. Eso hace que el lapso de tiempo perdido en la posproducción sea mínimo y, a cambio, Campion conserva los derechos sobre el material bruto; puede utilizarlo como base para hacer sus propios montajes en forma de libro, cartucho de cinta, disco o cualquier otro tipo de producto destinado a los particulares conocido o inventado durante el tiempo que dure su copyright. Y te aseguro que repasó todas y cada una de las cláusulas antes de firmar el contrato con la EVM. Campion sabe hacer negocios. —¿Estás totalmente seguro de eso?

—Lo repasé con él. Me gusta mantenerme al día y saber qué clase de contratos se firman en la profesión.

—Por lo tanto, no hay duda alguna de que le ha mentado a Getulio.

—Ni la más mínima, señor Michaelmas. Creo que Campion tenía intención de provocar algún tipo de incidente parecido. Es un periodista. Se olió que la CANU estaba ocultando algo. Se dedicó a tirar la caña y ha conseguido que picaran. Esta noche el mundo sabrá que la CANU está intentando ocultar parte de lo ocurrido en el accidente de la nave. Y, naturalmente, todos sabrán quién es Douglas Campion, ese joven tan decidido y lleno de recursos.

Michaelmas curvó los dedos de su mano derecha sobre el puño izquierdo, los ojos clavados en la nada. Sus nudillos golpearon suavemente la palma de su mano. —¿Fue la EVM quien le buscó, o al revés?

—No. La EVM fue su último intento. Primero habló con las cadenas de los Estados Unidos, pero lo único que les dijo fue que creía estar en posición de conseguir una entrevista exclusiva con Norwood y que deseaba quedarse con la mayor parte de los derechos posteriores. Las respuestas que consiguió era bastante bajas comparadas con el precio que pedía. Finalmente, logró convencer a la EVM. Gervaise mandó una nota a París apoyándole. Dijo que había hablado con él y que valía la pena correr el riesgo. —¿Cuándo ocurrió eso?

—A las doce y veinte. Te dejó en tu hotel y, al parecer, fue directamente al suyo y se marchó. Campion estaba esperándola en el hotel pensando que quizá pudiera hablar con ella. Le había dejado un mensaje en recepción. Obviamente, acabaron hablando. Ella llamó a París y el departamento legal de la EVM llamó a Campion para discutir el contrato.

El contrato final sólo contiene lo que podría esperarse y el trabajo a realizar es cita una entrevista con Walter Norwood fin de la cita. —¿No hubo ningún acuerdo previo sobre cuál sería el tono de la entrevista?— ¿Por qué iba a haberlo? Gervaise le apoyó y le tienen mucho respeto. Se quedan lo que les dé, incluyen un poco más de material de apoyo a medida que vaya llegando y el tono de la entrevista queda establecido por sí solo. Un tema de gran actualidad, un buen equipo para cubrirlo y, desde hace unos minutos, la seguridad de que han dado con algo que puede hacerles terriblemente famosos. El programa es soberbio... Campion ganará un Pulitzer y el equipo se llevará una docena de premios de la industria. La EVM puede aspirar a llevarse una mención en el Nobel y quizá lo gane, si no hay grandes noticias en lo que falta de año.

—Bien —dijo Michaelmas—, supongo que en esas condiciones cualquier hombre sería capaz de mentir.

En una ocasión vio a un acróbata chino que empezó a colocar una silla encima de otra, apoyando las dos patas traseras de cada silla sobre el respaldo de la silla anterior. La primera silla estaba sostenida por cuatro vasos puestos boca abajo. El acróbata había ido amontonando silla sobre silla, subiéndose siempre a la más alta. Llegó a poner doce sillas y se sostuvo sobre la última con una sola mano mientras hacía girar aros metálicos en los tobillos y en la mano que tenía libre. Michaelmas pensó en el acróbata y le vio con el rostro de Douglas Campion.

DIEZ

—Viola Hanrassy.

El avión seguía avanzando. —¿Qué pasa, Domino?— Michaelmas se pasó las manos por la cara, dándose un masaje en los ojos con la punta de los dedos. Se apretó los oídos con el pulgar, intentando desatascar un poco sus trompas de Eustaquio.

—Ha llamado a Alien Shell. Quiere saber si había alguna forma de manipular el sistema de telemetría y comunicación vocal instalado en la nave de Norwood.

—Ah. —Shell trabajaba en el Laboratorio de Investigación Electrónica del MIT—. ¿Para cuándo quiere la respuesta?

—Dentro de una hora.

—Da la impresión de que alguien le ha contado ciertas cosas y la Hanrassy quiere verificarlas, ¿no?

—Exactamente.

—Sí. —Las comisuras de sus labios se tensaron, tirando de la piel. Pensó en Shell: un hombre bajito y nervudo con una larga cabellera y un poco de tripa, yendo de un lado a otro de su apartamento y preparándose el café del desayuno. Lo más probable era que lo tomase con leche, buscando los ingredientes y manejando la cafetera con cierta torpeza, y se tomaría la segunda taza en el cuarto de baño. Estaría sentado en el retrete con los ojos cerrados, bebiéndolo a sorbitos, hablando consigo mismo y canturreando en voz baja con los labios algo apretados, y cuando hubiese terminado se levantaría, iría hasta su teléfono, le explicaría a Viola Hanrassy dos o tres maneras indetectables para manipular ese sistema, colgaría el auricular, llevaría la taza vacía y el plato a la cocina y, muy probablemente, alguno de los dos acabaría cayéndose al suelo. Michaelmas y Shell habían sido compañeros de clase. Shell había sido uno de los estudiantes del Instituto Tecnológico de Illinois que interceptaron y descifraron los mensajes de la policía de Chicago a finales de los años 60, pero de eso hacía mucho tiempo—. Bien... —Michaelmas miró hacia abajo. Túnez se había vuelto mucho más grande pero no se veía tan claro como antes: ahora quedaba a la derecha. La costa de África se alejaba de ellos, yendo hacia Libia, por lo que aún estarían cierto tiempo sobrevolando el agua, pero ya faltaba poco para Cité d'Afrique. Miró su reloj y pensó que tomarían tierra hacia las dos, hora local.

—La entrevista con Norwood ha terminado —dijo Domino—. Champion volvió a repetir su truquito unas cuantas veces. El programa va a ser toda una bomba.

—Sí —dijo Michaelmas con voz pensativa—. Sí, supongo que lo será. —Vio abrirse la puerta de la salita. El cámara y Clementine cruzaron el umbral. Clementine iba con la cabeza gacha, los labios retorcidos en una leve sonrisa irónica. Se instaló en un asiento vacío, al lado de su cámara, y no miró ni una sola vez hacia el otro extremo del pasillo.

Campion y Frontiere estaban de pie ante la puerta de la salita, hablando. Campion le estaba dando las gracias a Frontiere y a Norwood, que permanecía detrás de éste.

Frontiere no parecía estar demasiado contento. Cuando Campion se dio la vuelta para ir hacia el pasillo Frontiere cerró rápidamente la puerta de la salita, no dejando salir a Norwood.

Michaelmas se dio cuenta de que Campion venía directamente hacia él. Los rasgos de Campion estaban cubiertos por una leve capa de sudor; aquella película de transpiración era la única muestra visible del trabajo que había estado haciendo durante la última media hora. Pero se dejó caer desmadejadamente en el asiento contiguo al de Michaelmas, diciendo «Espero que no le importe» y suspiró. Se desabrochó el cuello de la camisa y tensó los músculos de la garganta, acariciándoselos un momento con el pulgar y el índice.

—Hola, Douglas, bienvenido al frente —dijo con voz cansada. Michaelmas le sonrió.

—He oído decir que lo ha hecho estupendamente. Campion se volvió hacia él.

—Viniendo de usted eso es un auténtico cumplido. —Meneó la cabeza—. Sí, hoy me he graduado. —Volvió a menear la cabeza, se reclinó en el asiento y estiró las piernas, dejando caer los talones en el suelo con un golpe seco y claramente audible. Se puso las manos en la nuca—. Nuestro oficio puede llegar a ser muy duro —dijo con voz pensativa, alzando los ojos hacia el techo—. Creo que nunca había logrado entenderlo. Solía pensar que ser como usted no me costaría nada. He crecido con usted. Conocía todos sus tics y sus pequeñas manías. En las fiestas hago imitaciones suyas y me salen de maravilla. —Ladeó la cabeza y le sonrió con afabilidad—. Todos lo hacemos. Lo sabe, ¿verdad? Sí, todos los jóvenes bárbaros le imitamos...

Michaelmas se encogió de hombros y sonrió, sintiéndose un poco incómodo.

Campion volvió a sonreír.

—Ahí fuera debe haber unos diez mil Campion jóvenes, convencidos de que eso es cuanto hace falta.

—Se necesita algo más —dijo Michaelmas.

—Claro que sí. —Campion movió la cabeza, mirando el techo—. Claro que sí... —dijo, con su codo derecho casi rozando el hombro de Michaelmas—. Somos las últimas personas realmente libres de este mundo, ¿verdad? —¿Qué quiere decir?

—Después de llevar cierto tiempo en la profesión empecé a preguntarme qué me había atraído de ella. Esas charlas de cuando eres estudiante, ¿sabe? Recuerdas lo que sentías al empezar. Mira hacia adelante y lee lo que te han dado. Pensaba que me pasaría la vida haciendo eso. Pensaba que el mundo entero se había convertido en plastilina y yo estaba atrapado justo en su centro. Nunca pasaba nada; notabas algo de movimiento, algo que daba la impresión de ir a cambiarlo todo y luego ese movimiento acababa quedándose en nada. Alguien empezaba a ir hacia arriba y luego

resultaba que tenía más dinero en el banco del que decía tener, y le permitían graduarse después de que su padre hubiera construido un gimnasio nuevo. O quizás quisieras saber algo más sobre ese nuevo programa gubernamental para crear empleos en la ciudad, y luego resultaba que todo era un truco para hacer un gran negocio inmobiliario.

»Empiezas a darte cuenta de que el mundo se ha vuelto demasiado sofisticado y que las cosas sencillas y claras son imposibles. Y sabes que los héroes son siempre producto de cosas simples. Darte algo que comprenderían pocas palabras; dejarte admirar algo de una forma clara y completa, sin reservas. ¿Verdad? ¿Cómo vas a sentir eso cuando estás atrapado por la plastilina y es obvio que ésta irá volviéndose más y más espesa a medida que pase el tiempo? De hecho, si no fuera por los huracanes y los desastres mineros quizá ni llegaras a saber qué diferencia hay entre un día y otro». Estuve a punto de dejarlo. Me hicieron una oferta para trabajar como relaciones públicas al servicio del gobernador. Acabé rechazándola. Cuando te has metido en eso ya no puedes volver nunca a las noticias, ¿sabe? Y no tenía ganas de apartarme tan completamente de la profesión. Pensé en que cuando era niño estaba convencido de que Laurent Michaelmas creaba las noticias, porque usted siempre estaba justo allí donde pasaba algo. Y me dije que debía hacer una última intentona; que intentaría ser como usted y no verme atrapado en algún estudio de rodaje o figurando en la nómina de alguien. Calma, Douggie, me dije. Actúa igual que si estuvieras en la cumbre, intenta llegar a la cumbre. Sube hasta allí... Consigue alcanzar una posición que les obligue a apartarse en cuanto te vean llegar, haz que te abran las puertas para que puedas ver lo que hay detrás de ellas. Búscate un sitio que te permita dar codazos y que te lleven a cualquier parte donde puedas utilizar equipo privado. —Los ojos de Champion se clavaron en el rostro de Michaelmas—. Y eso es todo —dijo en voz baja—. No se trata de buscar noticias. Las noticias no significan nada. Lo importante es ser un auténtico reportero, escapar de la plastilina. Y los dos lo sabemos.

Michaelmas escudriñó su rostro.

—Y eso es lo que ha venido a explicarme, ¿no? —dijo en voz baja—. Ha venido para que le dé mi aprobación. Champion parpadeó.

—Bueno, sí... Si quiere expresarlo de esa forma... —Y sonrió—. ¡Claro! ¿Por qué no?

Supongo que podría haberme buscado una figura paterna peor que usted, ¿verdad?

—No lo sé, Douggie. Pero ya no me necesita. Ahora ya es usted mayor.

Campion empezó a sonreír, acabó frunciendo el ceño y miró de soslayo a Michaelmas.

Se mordió los labios, como un hombre que se pregunta si ha llevado la bragueta

abierta todo el rato, entrelazó los dedos, tensó los brazos, hizo girar sus muñecas y sus nudillos crujieron con un seco chasquido. Abrió la boca, disponiéndose a decir algo más, volvió a fruncir el ceño y se quedó en silencio, contemplándose las manos. Y, de repente, se puso en pie.

—Tengo que hablar de unos cuantos detalles con esa gente de la CANU —dijo, y fue hacia el bar, donde pidió un agua Perrier y se quedó inmóvil, bebiendo, con los labios lívidos.

—Alien Shell ha llamado a la Hanrassy y le ha dado unas cuantas posibilidades —dijo Domino—. Una de ellas requiere una voz auténtica emitida por Kosmgorod y un sistema capaz de simular datos telemétricos. El equipo necesario no podría ser montado utilizando componentes prefabricados: habría que construirlo partiendo de cero. Supongo que un buen ingeniero que examinara semejante equipo podría saber en qué sitio habían entrenado a quien lo construyó y dónde hizo sus compras.

Lo cual bastaría para cualquier propósito político. Michaelmas dejó escapar un gruñido. —¿Y qué pasó después?

—La Hanrassy llamó a Frank Daugerd, de la McDonnell-Douglas. Daugerd está pescando en el lago Ozark y su teléfono es atendido por un contestador automático, pero a las siete se pasará por allí para ver quién le ha llamado. Entonces en Cité d'Afrique serán las dos de la tarde. La Hanrassy ha decidido no perder el tiempo mientras. Pidió un taxi aéreo anfibio al Aeropuerto Lambert y lo ha mandado a la Presa Bagnell para que le espere allí. —¿Crees que quiere tener una segunda opinión sobre las alternativas expuestas por Shell?

—Lo dudo. Creo que quiere hacer venir a Daugerd para que le eche una mirada a unos cuantos hologramas enviados por una empresa de higos y pasas y que le llevará a Cabo Girardeau tan pronto como le sea posible.

—Sí. Por supuesto.

Daugerd era el coordinador de sistemas de la empresa que había fabricado gran parte del tipo de módulo utilizado por Norwood. Cada seis o siete meses publicaba algo que atraía la atención de Michaelmas y le obligaba a mantener una prolongada charla matemática con Domino.

—Bien, déjame pensar —dijo Michaelmas—. Si realmente tiene hologramas del emisor, en cuanto le haya confirmado que parece fabricado por los soviéticos sólo le faltará por establecer una conexión más. Deberá decidir si es cierto que Norwood lo encontró dentro de la cápsula o no.

—Sí —dijo Domino con voz lúgubre—. Pero quizá pueda hacerlo. Después hablará con sus miembros del Congreso y éstos se pondrán en acción. Mañana la CANU estará muerta y Theron Westrum podrá ir haciendo las maletas para volverse a su casa. El reloj ha retrocedido veinte años. —¿Es así como lo ves?— ¿Tú no?

Cierto, todo podía acabar así. Michaelmas sonrió melancólicamente. Tal y como

funcionaba el mundo en cuanto se difundiera la noticia el efecto empezaría a obrar por sí solo. Aparte de la noticia en sí, había que pensar en la opinión que la gente se formaría al respecto y en el rebote producido por esa opinión, en todas las reacciones de quienes tuvieran intereses que defender y las contrarreacciones que se producirían. También había que pensar en el análisis de lo sucedido, y en la búsqueda de sus raíces, y la colocación del acontecimiento en su contexto histórico adecuado. Todo el mundo querría darle una patada a la lata y la lata rodaría interminablemente sobre los adoquines, haciendo mucho ruido y alejándose cada vez más del pie de quien le hubiese dado el primer impulso.

Por ejemplo, estaba el problema de si la apretada y totalmente imprevisible victoria del apuesto y esbelto Wheelwright Lundigan en las elecciones presidenciales de 1992 había representado realmente una reacción contra una década de aislacionismo o si Lundigan y Westrum habían gozado meramente de un inesperado favor popular. Y un poco después la esposa de Lundigan, aquella mujer de huesos finos, ojos sagaces y temperamento algo inestable, le había pegado un tiro en la arteria femoral obedeciendo a razones bastante sólidas pero nada originales, cuando Lundigan sólo llevaba dos meses de mandato presidencial. Por lo tanto, también estaba el problema de si Westrum o alguna otra fuerza siniestra la había sobornado, presionado o hipnotizado para que lo hiciera, y el saber si Westrum el unitario era el legítimo heredero político de Lundigan, cuál había sido la auténtica política que Lundigan pretendía llevar a cabo y si, de hecho, existía una mayoría que deseara ver llevada a cabo tal política.

Ninguno de aquellos dilemas había quedado realmente resuelto y, desde luego, la todavía más apretada elección presidencial de 1996 no había acabado con ellos: algunos decían que la victoria de Westrum no había sido tanto un triunfo personal como una recompensa a sus nada sinceras promesas de que mantendría la tradición del Congreso fuerte y el Presidente débil. Otros afirmaban que el recuento de votos de aquella elección, la primera controlada y dirigida totalmente por ordenadores, había contenido considerables errores aritméticos. Ese tipo de dudas y problemas históricos rara vez llegaban a ser resueltos y aquí estaban de nuevo, todavía no oxidados y listos para ponerse nuevamente en acción.

Y en cuanto a nuevos ecos, aunque su escala fuera menor, estaba el casi infinito abanico de posibilidades ofrecido por las pruebas que la Hanrassy presentaría en cuanto al asunto del emisor telemétrico. Las reputaciones de Shell y Daugerd, y luego las de sus firmas, y luego las de la Gran Academia y el Gran Capital... Todo entraría en juego y todo resultaría altamente discutible, suponiendo que la veracidad de la historia fuese puesta en duda.

Pero, mientras tanto, Gately sería uno de los primeros que se morirían por aparecer en la televisión y el primer micro abierto con el que tropezara pertenecería a

la EVM, la cual ya tenía una gran cantidad de material mostrando a Norwood y a la CANU dando evasivas nada convincentes. Sí, hacer comentarios joviales y quitarle importancia a eso podía resultar bastante difícil.

Y el impacto llegaría a Moscú a última hora de la noche. Una vez más los dirigentes de lo que, inexplicablemente, todavía no era el sistema inevitable del futuro, tendrían que permanecer despiertos hasta muy tarde. Las increíblemente tortuosas y *bieskulturni* naciones occidentales siempre tenían la ventaja del día. Damas y caballeros impecables tendrían que posponer el rato de juego con sus amados niños que seguía a la cena, o deberían olvidarse del Bolshoi. Irían corriendo a la sala del Presidium para enunciar en voz alta los motivos ocultos tras aquella fantástica mentira urdida por las rabiosas fuerzas reaccionarias. Dignamente, siendo plenamente conscientes de su superioridad moral, con las cámaras y los micrófonos registrando cada solemne momento del discurso, irían dejando caer un adjetivo tras otro.

Y, cierto, Theron Westrum ya podía irse olvidando de su tercer mandato presidencial. Había muchas posibilidades de que Viola Hanrassy fuera la presidenta del siglo veintiuno y si eso no era exactamente hacer que el mundo político retrocediera una generación, se le aproximaba bastante. Pero en esta generación los soviéticos no tenían tantos problemas en sus fronteras asiáticas y podrían concentrarse casi fanáticamente en conseguir una justa reparación del insulto. Fanática... Sí, un calificativo que le iba muy bien a Viola Hanrassy. Si se pensaba que el cometido básico de la presidencia era defender la venerable cabaña del bosque y no construir caminos que llevaran a los mercados, no cabía duda de que ella sabría desempeñarlo mucho mejor que Theron.

Y todo esto ha sucedido en un pestañeo, pensó Michaelmas. Como si yo no hubiera existido jamás. Meneó la cabeza, asombrado. Bueno, siempre se había considerado un mero remendón, no había forma de engañarse al respecto. Cambiar los cimientos que causaban las grietas de las paredes requeriría más tiempo del que nadie tendría jamás a su disposición. —¿Piensas quedarte sentado ahí sumiéndote en la melancolía?— le preguntó Domino.

—Creo que me he ganado ese privilegio.

—Bueno, pues dedícate a ello cuando estés solo. ¿Cuál va a ser nuestro próximo movimiento? Michaelmas sonrió.

—En primer lugar, tengo que ir al lavabo —dijo con cierto tonillo de autosuficiencia.

Pero Domino le siguió hasta ahí.

—Papashvilly —dijo. Michaelmas pasó el pestillo—. ¿Qué le pasa?

—La primera pieza ha sido activada hace un momento. La próxima persona que entre en el ascensor que lleva al piso de Papashvilly y apriete el botón de la planta

baja tendrá un trayecto bastante movido. El circuito que disminuye la velocidad cuando la cabina se acerca al piso y que la hace colocarse al mismo nivel que éste, se ha quemado. Quien vaya en el ascensor saldrá bastante maltrecho; hay considerables posibilidades de que se rompa algunos huesos. —¿Qué puedes hacer al respecto?— Michaelmas estaba alisándose la ropa.

—Mantener encerrado a Papashvilly. Todavía no se ha dado cuenta. Pero no tardará en averiguarlo. Alguien vendrá a buscarle. —¿Qué activó esa pieza?

—No lo sé. Pero ocurrió mientras que Papashvilly recibía una llamada del exterior: un hombre de la CANU, recordándole que debía estar en el vestíbulo para recibir a Norwood.

Me encargué de responder por él pero, naturalmente, nadie lo sabe. El circuito se quemó cuando pronunciaron la palabra «vestíbulo».

—Debía estar en contacto con su teléfono.

—Eso creo. Creo que podría diseñar un aparato semejante; aunque me costana bastante.

Michaelmas se subió la cremallera —creo que deberíamos habérselo contado todo a Campion. Diablos, el programa no se emitirá hasta la noche y a esas alturas ya no habrá duda alguna de dónde fabricaron ese emisor.

Frontiere tragó una honda bocanada de aire, haciendo un ruido claramente perceptible.

—A esas alturas sólo sabremos quién parece haberlo fabricado. No sabremos quién lo instaló, a quién representa o el porqué lo hicieron. Hay muchas más dudas que hechos comprobados, y...

—Oh, sí, vuelvo allí siempre que puedo, sobre todo en otoño. Voy al pantano de Horicon y me dedico a observar a las aves. Me preparo algo de comer, me llevo mi pipa favorita, me siento al lado de la mujer, encima de una manta e intento enseñarle a los chicos cuál es la diferencia entre una cerceta y un ánade norteamericano. Ya sabe, ese tipo de cosas... —... ulio, mira, todas esas dudas tuyas sólo tienen sentido suponiendo que ellos esperaban que no funcionase. ¿Me sigues? Si quien lo hizo contaba con que yo aparecería sosteniendo esa pieza en la palma de mi mano... y no creo que contaran con esa posibilidad. Creo que esperaban ver cómo me hacía pedazos con la nave. Por lo tanto, creo que quienes lo hicieron son justamente quienes parecen haberlo hecho, ¿comprendes?

—Vuelan de formas totalmente distintas. El ruido de las alas siempre te avisa de cuando van a aparecer. Eso es algo que me enseñó mi padre.

—He efectuado un análisis de tensión sobre la voz de Norwood. Hay un matiz de irritación, claro, pero es sincero. Está totalmente en paz consigo mismo: sabe quién es, lo que está diciendo, cuál es la verdad y que tiene toda la razón.

—Puede ser, pero no nos basta. No vamos a destruir toda la CANU y quizá un

montón de cosas más basándonos en una mera suposición. Y ahora, a menos que siga teniéndote ocupado, dentro de unos momentos hablarás con Laurent Michaelmas, a quien te aconsejaría que no subestimaras, y...

—Los gansos del Canadá. Son totalmente distintos; son más grandes y baten las alas más despacio. ¿Sabe? Cuanto más grande es el pájaro menos veces bate las alas. A veces pienso que si pudieras ver un pteranodonte viniendo del oeste, hacia el ocaso, con su silueta recortándose delante del sol, primero distinguirías el punto que es su cuerpo y luego, poco a poco, irías viendo unas pequeñas protuberancias oscuras que irían haciéndose mayores, y cuando fueras captando el perfil de las alas verías que no se mueven. Iría haciéndose mayor y cada vez le verías más claramente y esas alas inmóviles irían extendiéndose más y más a cada lado de su cuerpo, sin hacer ni un solo ruido, igual que si estuviera deslizándose por un hilo clavado en lo alto del cielo hasta llegar al puente de tu...

—No creo que sean meras suposiciones. Soy ingeniero y ya hice todas las pruebas que tú quieres hacerle al emisor. Ciertamente, soy un militar y puedo comprender todo eso de acatar las órdenes, y tengo la esperanza de ser lo bastante listo como para captar los grandes problemas. Pero no vas a conseguir que cambie de opinión sobre qué pretendían conseguir con eso. Sí, ya sé que te has llevado una terrible decepción y puede que también gran parte del mundo esté decepcionado. Quizá incluso yo lo esté. Pavel y yo somos buenos amigos y la idea de cooperar parecía muy prometedora. Pero no tengo ninguna explicación que encaje con lo sucedido, ninguna salvo que los chicos de Moscú se dijeron: «De acuerdo, ya hemos jugado limpio bastante tiempo; ahora ya hemos recuperado el aliento, así que volvamos a usar los buenos y viejos métodos de siempre».

Y creo que no importa lo que tú quieras pensar o lo que yo querría pensar, o el número de buenos amigos que tengamos esparcido por el mundo, creo que debemos enfrentarnos a lo que realmente sucedió y creo que debemos obrar de acuerdo con eso. Y más vale que actuemos deprisa.

—Sin embargo, hasta que una autoridad superior te diga lo que se debe...

—Sí, señor, mientras tenga que servir a las órdenes de esa autoridad tienes toda la razón.

—Señales... ¿Sabe? Todos los seres vivos emiten continuamente señales. Eso es algo que me hizo ver mi padre. Los animales las utilizan para enseñar a sus crías y para controlarlas, para aparearse y para formar grupos que van de un sitio a otro. Poseen unos fantásticos vocabularios compuestos por movimientos, gritos y olores y cualquier miembro de la especie los conoce. Puede identificar a los demás animales cuando tú pensarías que no hay ninguno cerca y sabe inmediatamente si el otro animal se encuentra enfermo o sano, si está tranquilo o asustado, si come o si busca comida..., lo que sea.

—Señor Michaelmas, si no consigue que le hagan caso dimitirá y soltará todo lo que sabe.

—Sí.

—Se conocen los unos a los otros y no se les escapa nada. Supongo que, realmente, es lo único que vale la pena saber en este mundo, ¿no? Y me parece una lástima que el animal capaz de emitir más señales necesite a individuos como yo para que le ayuden, e incluso así...

—Incluso así... —dijo Michaelmas—. Incluso así, somos los únicos animales que emiten señales en las que sus congéneres no pueden confiar. —Sonrió—. Salvo usted y yo, naturalmente.

Harry Beloit sonrió experimentando una incómoda sensación de camaradería. Un instante después el aparato se inclinó levemente y Beloit miró por la ventanilla.

—Dentro de unos segundos entraremos en el pasillo aéreo que lleva hasta Afrique> —dijo—. Lo siento... Parece que el coronel Norwood y el signar Frontiere han hablado más tiempo del que esperaba.

—No importa —dijo Michaelmas sin darle importancia—. Ya les veré cuando subamos a la limusina. —Le saludó con la mano y se dio la vuelta—. Esta conversación me ha resultado muy agradable. —Fue por el pasillo hasta llegar al asiento ocupado por Clementine. Apoyó una nalga en el brazo del asiento situado al otro lado del pasillo y le sonrió. Clementine estaba mirando el suelo, con los labios apretados en una leve mueca de preocupación—. ¿Un vuelo agradable? —le preguntó cortésmente.

Domino dejó escapar un bufido.

Clementine alzó los ojos hacia Michaelmas.

—El aparato es muy cómodo. —¿Qué te ha parecido trabajar con Campion? Clementine enarcó una ceja.

—Todos somos profesionales. —Aparentemente, no era el tipo de pregunta que se espera de una persona educada.

—Por supuesto —dijo Michaelmas—. Esta mañana estuve recogiendo un poco de información sobre tu carrera y tus logros han confirmado mi primera impresión personal sobre ti.

Clementine le sonrió con una leve tristeza.

—Gracias. Pero hay que seguir esforzándose día a día, ¿verdad? Si quieres seguir avanzando no puedes quedarte quieto. Michaelmas sonrió.

—No. No, claro que no. Pero creo que has sabido situarte bien. Una estrella de gran brillantez en el seno de una organización que crece rápidamente... y ayer conseguiste trabajar conmigo mientras que hoy has trabajado con una personalidad que pronto será muy conocida, cubriendo una noticia de gran importancia. —Sí, Campion va a hacerse famoso de la noche a la mañana— dijo Clementine, volviendo

inconscientemente la cabeza hacia la cola del aparato. —Más que un Champion parece un champiñón— dijo en francés. Michaelmas sonrió. Y empezó a reírse. Pronto descubrió que era incapaz de controlar las carcajadas. Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¡Basta, para!— dijo Domino. —¡Cielo santo!

Clementine estaba mirándole, tapándose la boca con la mano, sus hombros estremeciéndose por el esfuerzo de contener sus propias carcajadas. —¡Increíble! Pareces un niño pequeño que ve caerse de narices a su maestro.

Michaelmas seguía sin poder controlar la risa.

—Sí, querida mía, pero has sido tú quien puso jabón en los peldaños.

Estuvieron riéndose al unísono, tan decorosamente como les fue posible, hasta que se quedaron sin aliento y se callaron, jadeando. Michaelmas sintió un alivio increíble. Le daba igual que estuvieran mirándoles, o que Luis, el cámara, permaneciera rígidamente inmóvil junto a Clementine, mirando por la ventanilla igual que un caballero que ha ido a cenar al restaurante y ha sorprendido a dos camareros intercambiando un chiste.

Clementine acabó limpiándose la cara con las puntas de los dedos y empezó a hurgar en su bolso.

—Ah, ah, Laurent, pese a todo... —le dijo con voz ya más calmada—. Esta tarde ha ocurrido algo y yo podría haberlo impedido. Esta noche podrás verlo, y dirás: «Estoy seguro de que podría haberlo evitado, si no fuera tan profesional». —Abrió su estuche de maquillaje y se empezó a poner polvos en las mejillas. Alzó la cabeza, mirando de soslayo a Michaelmas—. Pero no resulta muy profesional que yo lo diga, ¿verdad? Creo que hemos logrado escandalizar a Luis.

Los labios del cámara temblaron levemente pero siguió mirando por la ventanilla, con la mandíbula apoyada en la mano.

—Nunca escucho las conversaciones privadas —replicó educadamente—. Y, sobre todo, nunca escucho las de gente listísima y brillante que le da instrucciones técnicas a algo que llaman «el equipo».

Michaelmas sonrió.

—Viva Luis —dijo en voz baja. Puso su mano sobre la muñeca de Clementine y le dijo—:

Y fuera lo que fuese ese algo que pasó... ¿estás segura de que servirá para hacer pública la verdad?

—Oh, sí. La verdad —dijo Clementine.

—Es sincera —dijo Domino—. Está algo tensa pero eso puede atribuirse a una leve irritación. No hay ni la más mínima huella de culpabilidad.

—Sí, su pulso no ha variado —le dijo Michaelmas, inclinándose sobre la mano de Clementine para despedirse de ella—. Bien —le dijo a Clementine—, entonces creo que podré soportarlo, sea lo que sea. Y ahora, será mejor que me busque un asiento.

—Campion aparecería dentro de un momento, dispuesto para hablar de lo que deberían hacer tan pronto como aterrizaran—. *Au revoir*.

—*Certainement*.

—Daugerd volvió antes de lo previsto y le echó un vistazo a su contestador —le dijo Domino—. Hace un día pésimo para la pesca; llueve a cántaros. Ha llamado a la Hanrassy; tenía algo sobre lo que deseaba pedirle su opinión profesional. Daugerd va en su motora hacia el aeródromo de Bagnell para subir al avión de la Hanrassy. Esas motoras de quilla plana son muy rápidas. Se reunirá con la Hanrassy sobre las siete cuarenta, hora local suya..., aproximadamente media hora después de que hayáis llegado a Cité d'Afrique.

Michaelmas posó los labios sobre la mano de Clementine, sintiendo la fragilidad de los huesos, y fue por el pasillo. Campion le observaba con cierto recelo.

—Así que según tú era sincera —le dijo a Domino mientras se dejaba caer en un asiento—. ¿Y Norwood?

—Totalmente sincero. Ojalá tuviera la conciencia de ese hombre. —¿Crees posible que exista alguna fuerza capaz de traer aquí gente originaria de otro mundo paralelo al nuestro?— conjeturó Michaelmas —¿Eh?— Miró por la ventanilla, el mentón apoyado en la palma de la mano, viendo deslizarse la costa bajo ellos. El Mediterráneo no era azul, sino verde, como cualquier otro mar, y la costa estaba tan llena de arenales y bajíos amarillentos que en aquel día sin olas casi resultaba imposible decidir si acabarían posándose en la tierra o en el mar. —¿Conoces esa teoría? Cada acontecimiento produce desenlaces alternativos. Hay un mundo en el que John Wilkes Booth no dio en el blanco y Andrew Johnson nunca fue Presidente, por lo que el clamor popular pidiendo que se juzgara a Nixon fue mucho menor, así que no nombró a Jerry Ford, sino a otra persona...

Lo importante en ese caso es que Lincoln nunca llegó a saber que estaba muerto y Ford nunca soñó que había sido Presidente.

—Conozco la idea —dijo secamente Domino—. Es puro antropomorfismo.

—Hmmm. Supongo. Y, sin embargo, dices que es sincero.

—Cógele la mano. Michaelmas sonrió.

—Está muerto. —¿Y cómo murió?

Los letreros luminosos se encendieron, indicando que iban a tomar tierra. Michaelmas se puso el cinturón y subió el respaldo de su asiento.

—No lo sé, amigo mío..., no lo sé —dijo con voz pensativa. Siguió mirando por la ventanilla mientras que el aeroplano iba descendiendo con los sistemas auxiliares gimiendo suavemente. Los aerofrenos y los alerones de maniobra asomaron de las alas igual que grandes plumas sucias; leves descargas eléctricas iban y venían por entre las varillas que absorbían las perturbaciones iónicas—. No lo sé... pero supongo que si Dios hubiera tenido realmente intención de que el hombre fuera capaz

de pensar le habría dado un cerebro, ¿verdad?

—Oh, caramba —dijo Domino.

Pasaron sobre las colinas que protegían Cité d'Afrique de cualquier error serio que pudiera producirse en las pistas de lanzamiento del Control Estelar. El complejo de la CANU, visible a la derecha de Michaelmas, brotaba del desierto como si lo hubieran clavado allí; cobertizos, pistas, depósitos de combustible, casamatas para los sistemas de guía y la solitaria torre multifacetada donde el personal de la CANU vivía, se divertía y cogía los ascensores de subida o de bajada que llevaban a sus despachos o al vestíbulo principal. Los edificios producían una impresión de aislamiento, como menhires erigidos en una llanura que alguna vez fue verde y que ahora tenía la peculiar tonalidad de líquen poseída por todos los desiertos, muy parecida a las primeras imágenes de la Luna emitidas por la televisión en colores. Las estructuras se hallaban unidas entre sí por lo que parecían senderos hechos por los animales pero que, en realidad, eran pequeñas carreteras, atados a las colinas por la autopista que se alejaba en línea recta hacia Cité d'Afrique y, dejando aparte ese cable salvavidas blanco por el que apenas viajaba nadie, parecían flotar a la deriva..., probablemente moviéndose en el sentido del reloj, igual que el mismo continente. Más allá de los edificios sólo había arenas marrones y un abismo que se perdía en el cielo, y Saint-Exupéry volando, volando, aguzando el oído para filtrar los sonidos del viento acariciando sus remaches, oyendo tan sólo la tos cada vez más seca de las válvulas que funcionaban sin la cantidad necesaria de lubricante, limpiándose con un gesto impaciente los cristales de su casco y mirando por encima de la carlinga, buscando alguna señal de vida.

Michaelmas bajó la vista y contempló sus manos, inmóviles sobre su regazo.

Ahora estaban sobre las colinas y el suelo bajó bruscamente de nivel. Cité d'Afrique se desplegó ante ellos. El sol caía sobre los edificios brillando igual que las cimitarras de Alá.

Desde arriba la ciudad parecía un confuso montón de esas alfombrillas que los árabes usaban para rezar: las superficies orientadas al norte eran blancas mientras que el resto estaban pintadas de negro para absorber la energía solar, con cristales metalizados lanzándole destellos luminosos a los paneles encargados de capturarlos, con ventanas, estandartes de sombras, tintineos metálicos, gritos, hombres con capas que parecían caballeros medievales, bocinas de coche, extranjeros que avanzaban en diagonal, el bazar oliendo al cemento recién aplicado que aún no había logrado triunfar sobre el aroma de aldehídos que brotaba de los plásticos que se cocían bajo el sol y, en algún lugar, con la presencia de Konstantin Cikoumas. Michaelmas se lo imaginaba alto, cadavérico, con los ojos redondos y la boca abierta, vestido con un traje de seiscientos dólares y un delantal de tendero, un destornillador asomando de su bolsillo. No podía ver dónde estaba ni lo que hacía en aquellos momentos, y era

incapaz de adivinar sus pensamientos.

Cité d'Afrique había sido creada en el tiempo preciso para decidir que la ONU abandonaría su sede de Nueva York y firmar el decreto que ordenaba la construcción de una nueva ciudad. Cité d'Afrique, más reciente que el más joven de los jeques, era el nuevo centro cosmopolita. Su lengua era el francés, porque los hombres con narices de halcón conocían el francés como el idioma diplomático y bancario del mundo, pero no era una ciudad francesa, y sus intereses no se limitaban al África. La ONU esperaba que fuese el heraldo anunciador de un nuevo mundo. Hombres muy elocuentes se habían arriesgado a afirmar que las Naciones Unidas sólo podrían funcionar de la forma adecuada en un lugar totalmente libre de presiones nacionalistas, por lo que éstas habían acabado desplazándose hasta allí. —¿Cuál es la situación en la terminal?— le preguntó Michaelmas a Domino.

—Hay una considerable actividad periodística. Se han instalado junto a la puerta de la CANU. Has contratado al mejor equipo local y conocen todos los trucos del oficio, por lo que se han situado en un buen ángulo. La EVM tiene destacado a un nativo para que ruede planos de Norwood desembarcando. Y, naturalmente, también hay gente de la CANU esperando a darle la bienvenida, aunque ninguno de ellos ocupa una posición muy elevada en la jerarquía, y también hay una cierta cantidad de curiosos... La mayor parte son diplomáticos y personal de la ONU enterado de que Norwood llegaría siguiendo esta ruta. Eso es todo, más o menos.

—Muy bien. Ah... Puede que cuando lleguemos allí tenga que utilizar tu circuito de No Tocar.

—Oh, ¿de veras? —le preguntó Domino.

—Sí. Oír a la École Psychologique de Marsella ha sido muy instructivo. Otro asunto: ¿has estado vigilando la casa de Konstantin Cikournas?

—Desde luego. Un bonito apartamento moderno con una soberbia vista al mar. No he encontrado nada excepcional, y nada que se pareciera a las piezas falsas repartidas por todo el Control Estelar. Pero, pensándolo bien, ¿por qué correr el riesgo de que Kosta fuera relacionado con cualquier aparato extraño que podría ser descubierto de forma totalmente accidental? Después de todo, él y su hermano son unos honrados comerciantes y, ¿quién va a acusarles de ser otra cosa? Por cierto, Kristiades le llamó esta tarde, más o menos cuando salimos de Berna. Una conversación totalmente rutinaria sobre las almendras. El criptoanálisis no ha revelado nada raro. Pero quizá esa llamada sea su forma de avisarle que Norwood ya va de camino, lo cual quiere decir que habrá montones de periodistas disponibles para cubrir cualquier posible accidente sufrido por Papashvílly.

—Pensaba que la CANU vigilaría más cuidadosamente a la gente que entra y sale del Control Estelar —gruñó Michaelmas.

—Ya lo hacen. Creen hacerlo. Pero no piensan en términos capaces de abarcar

esta clase de ataque. Piensan en términos de alguien que puede querer llevarse un recuerdo o intentar venderles una póliza de seguros; quizá incluso tengan previsto cómo enfrentarse a un lunático convencido de que la Tierra es plana o alguien a quien le gustaría ser un amante apasionado. Fíjate en lo que han hecho: han metido a Papashvilly en su apartamento privado, un lugar que consideran totalmente seguro, lo cual es cierto, un sitio donde su intimidad está a salvo... y le han dejado solo. Papashvilly está oyendo discos con danzas del vientre y bebiendo café turco, tan feliz e indefenso como un corderito.

Michaelmas dejó escapar un bufido.

—A Papashvilly le encanta el cordero. Pero hay que hacer algo; están removiendo la basura de tal forma que empiezo a perder mi capacidad de concentración. —Parpadeó vigorosamente, irguiéndose en su asiento, y se frotó los ojos, volviendo a ser consciente de quién era y dónde estaba. Sintió un vago regusto dulzón en la boca y gimió suavemente para sí mismo. Aunque, naturalmente, Domino le oyó. ¡Maldita sea, la intimidad ya no existe!, pensó. No, se ha esfumado. Pensó que cualquier día el receptor de Domino incrustado en su cráneo empezaría a ser capaz de recibir las vibraciones armónicas creadas por su actividad cerebral, y sólo sería cuestión de tiempo el que éstas acabaran siendo legibles. ¡Merde!, gritó mentalmente, y arrojó algo hacia el otro extremo de un largo y oscuro pasadizo—. De acuerdo. ¿Estás seguro de haber localizado todos los pequeños artefactos esparcidos alrededor de Papashvilly?

—He barrido el edificio principal y todos los sitios a los que Papashvilly puede ir. Estoy prácticamente seguro de que los tengo localizados. Pero lo que no comprendo —dijo Domino con cierta irritación—, es de dónde han sacado tantos, o quién los inventó, o a qué viene utilizar esa técnica. Creo que podrían haberse limitado a colocar una buena y vieja bomba y acabar con él de una vez por todas, ¿no?

—No si lo que quieren es acabar con el mismísimo concepto de que la astronáutica puede ser útil. No quieren desgracias aisladas. Quieren crear una pauta de problemas y dudas. Quieren hacer que la mente colectiva del planeta se obsesione con el asunto y acabe olvidándolo. Malditos sean, están intentando acabar con todo el siglo veinte. No quieren vernos metiendo las narices en el Sistema Solar, y eso es todo. Quizá consideren que el Sistema Solar es propiedad suya... ¿Tienes alguna idea al respecto?

—Creo que deben ser los descendientes de la Atlántida perdida —dijo Domino—. Han vuelto de sus antiguas colonias interestelares y están luchando por recobrar aquello que les pertenece por derecho de nacimiento. Es justo, ¿no?

—Muy bueno. Y ahora, esos aparatitos... ¿Sabes de qué es capaz cada uno de ellos?

—Creo que sí. La variedad es casi infinita. Algunos son capaces de provocar

incendios y anular los detectores calóricos más próximos. Otros pueden hacer cosas como sobrecargar la dirección del vehículo personal de Papashvilly..., a una velocidad no demasiado grande si estás en lo cierto, más aprisa si te equivocas. Ya te hablé del ascensor, ¿no? Hay algo que creo puede dejar sin aire acondicionado a su bloque, probablemente justo cuando el termostato nocturno se desconecta quedando bloqueado en la posición de calor máxima. Si estuviera a cargo de la operación, ése sería el momento en que todas las puertas contra incendios quedarían cerradas, dejando incomunicada esa ala del edificio con Papashvilly dentro a lo que yo diría pueden ser unos..., 45 grados centígrados. ¿Quieres que continúe?

—No, me basta con esos ejemplos. ¿Y todas esas piezas están conectadas a los circuitos del edificio?

—Todas, salvo las que han sido instaladas en aparatos capaces de moverse por sí solos, como el coche. Son componentes de lo más normal y actúan con toda normalidad... pero tienen dentro algo extra.

—Muy bien. He estado pensando. Podrías ser más listo que ellas, ¿no? Después de todo ya conseguiste hacerlo con la pieza del ascensor.

—Sí... —dijo Domino después de un instante de vacilación—. Podría. Usar los sistemas del edificio para darles una buena sobrecarga eléctrica... Eso les haría quemarse igual que si hubieran recibido la señal activadora.

Michaelmas formó un puente con los dedos.

—Bien, pues entonces adelante. A ver qué te parece este plan de acción: en el momento adecuado, Pavel recibe una llamada para que baje al vestíbulo. Abres su puerta. Sale al pasillo y el ascensor que han manipulado se niega a abrir las puertas; puedes conseguirlo usando los sistemas normales del edificio. Así pues, tiene que coger otro. Asegúrate de que el ascensor que coja no haya sido manipulado. Mientras tanto, empiezas a hacer limpieza. Apenas salga de cada zona peligrosa, haces estallar todas las trampas que contenga. Cuando haya llegado a la planta baja el edificio volverá a estar limpio. Quizá esté algo revuelto, pero no habrá peligro. Una orden de reparación de alta prioridad a los sistemas del garaje hace que su coche quede retenido allí, por si acaso se le mete en la cabeza salir a dar una vuelta... Etcétera. ¿Te parece un buen plan?

Domino emitió un sonido bastante peculiar.

—Oh, sí, desde luego. Puedo hacerlo. ¿Cuándo quieres que empiece?

—En el momento adecuado. Supongo que la CANU le hará bajar al vestíbulo en cuanto llegue Norwood. Puedes empezar entonces.

—De acuerdo.

—Y Konstantinos Cikoumas... Haz que reciba ahora mismo una llamada de un funcionario de la CANU invitándole a formar parte de la multitud que recibirá a Norwood en la puerta de embarque.

—No hay problema.

—Excelente. Antes de llegar a la rampa de salida tendrá que pasar por un montón de puertas y sistemas varios, ¿no? Las escotillas isotérmicas, las puertas aislantes y todo eso...

—Estamos en un país cálido. Y el aeropuerto es ultramoderno, sí.

—Asegúrate de que no tendrá problemas y que podrá llegar a la última puerta justo a la hora precisa, ¿quieres?

—No hay problema. Ya ha salido de su apartamento; estoy en contacto con el sistema de guía de su taxi. Y puedo manipular los semáforos para ayudarle a llegar más deprisa o retrasarle.

—Bien... —dijo Michaelmas con un suspiro—. Recuerda, tiene que cruzar la última puerta justo cuando llegue Norwood.

—Desde luego. —Domino volvió a emitir su extraño ruidito de antes; esta vez logró que le saliera bastante mejor.

Michaelmas no le hizo ningún caso. Tragó una honda bocanada de aire y se reclinó en su asiento.

—De la sartén al fuego —murmuró—. Sí, de la sartén al fuego...

El avión dejó atrás el indicador donde empezaba la pista y Michaelmas cruzó las manos sobre su regazo. Unos segundos después el aparato ya estaba en tierra, con sus neumáticos rebotando en el suelo cada vez que la tenue atmósfera se mostraba incapaz de amortiguar el impacto. El interior del aparato resonó con la habitual gama de tintineos y ruidos y su cuerpo sufrió una repentina serie de cambios de parecer en cuanto a la decisión que quería tomar. El aire acondicionado absorbió la brisa que llegaba de la costa, la enfrió y la hizo pasar al interior del aparato, alterando bruscamente el olor de la atmósfera y haciendo subir un treinta por ciento la humedad relativa.

—Frank Daugerd ha dejado el lago Ozark a bordo de un avión —dijo Domino—. Su piloto piensa llegar a su objetivo sobre las siete treinta y cinco de su hora local. Dentro de treinta y tres minutos.

—Y entonces... veamos ...— Michaelmas se frotó la nariz; tenía los senos nasales algo taponados. Torció el gesto y fue contando mentalmente: el aterrizaje en el Mississippi, los flotadores agitando el agua y levantando espuma y el lento avance hacia la recepción de aparatos. El hombre de Estados Unidos Por Siempre que le estaría esperando en un cochecito eléctrico y el silencioso trayecto desde el punto de llegada, subiendo por la pista cubierta de gravilla y conchas hasta llegar al porche del este; las puertas abriéndose y Daugerd desapareciendo dentro de la casa, con los hombros encorvados y el aspecto de quien tiene mucho trabajo que hacer, vestido aún con su chaqueta de pescador y su sombrero, probablemente con la mano protegiendo

la cazoleta de su pipa; la conversación con Viola Hanrassy, inclinándose sobre la mesa, las idas y venidas con los hologramas como centro, la rápida decisión final y después la cuidadosa y lenta crítica de esa decisión, el fruncimiento de ceño, el examinar más atentamente los hologramas y después, definitivamente, el gesto de cabeza afirmativo, el apretón de manos despidiéndose de la Hanrassy, el salir de la habitación y la Hanrassy alargando la mano hacia su teléfono. —¿Diez minutos? ¿Quince? ¿Qué tiempo calculas que pasará desde que él desembarque del avión hasta que le confirme lo que ya pensaba y ella reaccione?

—Sí, algo así —dijo Domino—. Mis cálculos coinciden con los tuyos. En total, tenemos cincuenta minutos a partir de ahora: lo único que le quedará por hacer será llamar a Gately y decirle que hable con Norwood. Gately consigue superar los obstáculos que ella no puede salvar, se lo pregunta a Norwood sin andarse con rodeos, Norwood le responde de forma igualmente clara, Gately vuelve a hablar por teléfono con la Hanrassy y tu tío se llama Bob. Dentro de una hora todo habrá terminado.

—Ah, si los hombres poseyeran la misma sabiduría y capacidad de sacrificio que Solimán el Sabio —dijo Michaelmas—. Si fueran capaces de volver a encerrar en sus botellas a los genios ruidosos que ellos mismos han liberado... —¿De quién es eso?

—Mío. Acabo de inventármelo. Son cosas que me vienen a la mente, ya sabes. ¿Verdad que es horroroso? —Torció el gesto; tuvo la impresión de que su voz resonaba por toda su nuca, rebotando en el interior de sus tímpanos. El precio del ingenio.

—Pronto llegaremos a la zona de desembarco reservada para la CANU —dijo la voz nasal de un auxiliar de cabina por el sistema de comunicación—. Por favor, sigan en sus asientos hasta que el aparato se haya detenido del todo.

Michaelmas apartó las manos de su regazo, se quitó el cinturón, se puso en pie y avanzó rápidamente por el pasillo. Pasó por entre Champion y Clementine y se dejó caer ágilmente en el asiento contiguo al ocupado por Harry Beloit.

—Querría hablar unos momentos con Getulio antes de que nos metamos en todos los jaleos de la terminal —le dijo—. Supongo que será posible, ¿no? —Y le dirigió su mejor sonrisa.

Beloit le devolvió la sonrisa.

—Oh, por supuesto. —Había comprendido. Lo que Michaelmas pudiera decirle a Getulio en aquel momento carecía de importancia. El famoso periodista necesitaba una razón para estar junto a Frontiere cuando bajaran del avión, dado que Norwood también estaría pegado a él y, por lo tanto, los tres aparecerían en el objetivo de las cámaras cuando cruzaran la puerta de llegadas. Y entre esos objetivos estaría también el de Champion.

Apartarse caballeramente cuando el avión estaba en el aire y Champion tenía

derechos exclusivos sobre el tiempo del astronauta era una cosa, pero verse relegado a una posición secundaria delante de todo el mundo era algo muy distinto.

Beloit volvió a sonreírle, esta vez con algo parecido a la ternura. Incluso los grandes hombres eran tan transparentes como niños, y estaba claro que Beloit les amaba por ello.

Michaelmas ladeó la cabeza y fue moviéndola lentamente para contemplar los edificios de la terminal a través de la ventanilla; sintió el tranquilizador gruñido de las ruedas sobre el cemento y un breve chispazo iluminó sus ojos. —¿Cuánto No Tocar nos hará falta?— le estaba preguntando Domino.

—Lo suficiente para hacer que un músculo sienta cosquillas —replicó Michaelmas—. Ponlo en marcha cuando yo diga la palabra «atestado».

—«Atestado». Muy bien —dijo Domino—. ¿Estás seguro de que no quieres algo un poco más fuerte que eso?

De vez en cuando un curioso, o una de esas personas que no pueden resistir la tentación de manipular todos los aparatos que se les ponen por delante, se acercaba a donde estuviera la terminal y empezaba a examinarla. A Michaelmas no le importaba, siempre que no ocurriera con demasiada frecuencia, pero prefería no estimular ese tipo de conducta. Y, de vez en cuando, quienes examinaban la terminal mostraban un decidido interés en ella, aunque, por supuesto, atribuirle tan bajos motivos a los compañeros de la profesión era algo grave y que no debía hacerse a la ligera. Y, naturalmente, siempre podía llegar el momento en el que hiciera falta ponerse serio y tomar medidas.

La terminal poseía seis voltios de potencia, pero tenía incorporado un osciloscopio capaz de entrar en conexión con la envoltura metálica siempre que hiciera falta. Ello hacía posible administrar una ligera descarga eléctrica, seguida por las más solícitas disculpas de Michaelmas, quien pedía perdón ante aquel ligero fallo del aparato. Y también era posible hacer que la persona en cuestión quedara tendida en el suelo, sufriendo convulsiones o en coma. En tales casos, la reacción de Michaelmas debía ser mucho más efusiva y hacía falta acompañarla con un cambio de pilas lo más rápido posible.

—Eso será suficiente.

—Pero si vas a hacer que Norwood se tambalee delante de las cámaras querrás conseguir un cierto efecto dramático, ¿no? Querrás asegurarte de que el mundo quede convencido de que realmente no se ha recuperado al cien por cien.

—No estamos aquí para engañar al mundo y hacer que cometa una injusticia —le dijo Michaelmas—, y tampoco hemos venido a causarle una incomodidad excesiva a un hombre sincero, ¿verdad? Por favor, cuando te dé la señal haz lo que te he dicho.

—Hay veces en que resulta bastante difícil comprenderte.

—Bueno, eso tiene su lado bueno y su lado malo. —Los ojos de Michaelmas se

habían vuelto hacia Harry Beloit, una sonrisa afable en los labios.

ONCE

Michaelmas y Frontiere estaban viendo acercarse el pasillo de acceso que se uniría a la puerta. —¿Todo bien?— le preguntó cortésmente Michaelmas.

Frontiere miró de soslayo a Norwood, que estaba conversando despreocupadamente con unos cuantos funcionarios de la CANU mientras que Luis hacía funcionar su cámara, y sus ojos pasaron luego a Campion, que estaba pegado al hombro de Luis.

—Oh, sí, todo va estupendamente —dijo. Michaelmas sonrió levemente.

—Bien, pues te felicito. ¿Puedo ir a Control Estelar en el mismo vehículo que vosotros dos?

—Desde luego. Además, iremos en un autobús; estamos muy orgullosos del último modelo de la Mercedes, que lleva incorporadas un considerable número de patentes nuestras, sobre todo en los acumuladores. Disponemos de gran cantidad de ellos y los utilizamos en todas las ocasiones posibles, incluyendo aquellas en que van a sacarles muchas fotos. —Las comisuras de su boca se tensaron un poco, haciendo temblar sus delgados labios—. Fue una sugerencia mía. Siempre estoy trabajando en beneficio de mis clientes. —Miró nuevamente a Campion—. Puede que algunas veces incluso llegue a esforzarme demasiado...

Michaelmas le dio una palmadita en el hombro.

—Vamos, Getulio, cálmate. Eres un hombre honrado y eso hace que resultes invulnerable.

—Por favor, amigo mío, no me tomes el pelo. He oído algo no muy agradable y estoy intentando convencerme de que no soy yo.

—Ah, bueno, si se tiene paciencia las cosas suelen acabar arreglándose por sí solas. —Michaelmas vio cómo Clementine se colocaba detrás de Campion y Luis. Había estado observando a Campion, viendo cómo guiaba a Luis con leves presiones en el codo.

Michaelmas le sonrió y Clementine le miró, meneando la cabeza con una expresión apenada. Michaelmas le guiñó el ojo y se volvió nuevamente hacia Frontiere. —¿Tienes noticias de Ossip? ¿Qué tal andan los análisis del emisor?

Frontiere se encogió de hombros.

—No sé nada. Cuando lo trajo aquí nos llevaba tan sólo una hora de ventaja. Supongo que el laboratorio se tomará su tiempo y hará los exámenes despacio.

Norwood alzó un poco la voz. Estaba agitando las manos en el aire, como haciéndolas planear, poniéndole punto final a una anécdota humorística de cuando era piloto de pruebas. Sus ojos chispeaban y tenía la cabeza muy erguida, igual que un muchacho: era la viva imagen del hombre a quien le confiarías los ahorros de toda tu existencia.

—Sí, tendrán que hacerlos despacio y con mucho cuidado —le dijo Frontiere al hombro de Michaelmas—. Si es que esperan poder llevarle la contraria de una forma convincente, claro...

—Anímate, Getulio —dijo Michaelmas—. El emisor parecía de fabricación rusa, lo admito, pero no lo es. De hecho, procede de un pequeño fabricante malgache de ascendencia ucraniana que tiene invertidos todos sus bienes en la Cruzada Antiseparatista Laccadiva.

O, de hecho, las transmisiones con la voz falsa no procedían de Kosmgorod. No, lo cierto es que emanaban de un radioaficionado de ocho brazos que acaba de llegar de Betelgeuse en su cápsula espaciotemporal. No siente ni el más mínimo interés hacia este siglo o el que viene, y ha seguido viaje con el fin de convertirse en un dios del Perú precolombino.

—Cierto —dijo Domino.

El pasillo extensible llegó por fin a la escotilla del aparato y quedó unido a ella. Un auxiliar de cabina abrió la puerta. Michaelmas, disimuladamente, tragó una bocanada de aire. El pequeño interludio producido entre el rodar sobre la pista y la llegada del pasillo extensible había terminado. Frontiere miró a Michaelmas y meneó la cabeza.

—Vamos, Laurent —le dijo—. Ojalá poseyera tu sentido del humor norteamericano. —Y avanzaron hacia el aire frío y la pálida claridad difusa del pasillo.

Esperándoles había el previsible grupo de gente que, en realidad, no tenía ningún motivo para estar allí, así como aquellos que poseían credenciales de acceso o excusas igualmente plausibles. El aeropuerto había instalado unas vallas metálicas que les habían mantenido a distancia, y hasta el momento el gentío se había comportado de una forma más o menos ordenada, rozando discretamente la cara tela de sus trajes unos contra otros y siendo conscientes de su dignidad y posición, conversando educadamente con sus vecinos más próximos. Pero apenas vieron abrirse las puertas del pasillo olvidaron todo eso. Sus ojos se clavaron en el hombre delgado con cara de muchacho con una inevitabilidad ante la que tanto la ropa cara como cualquier otra forma de sofisticación carecían de poder.

Norwood. Sí, desde luego, era Norwood. Ah.

Dieron un paso hacia adelante y cuando se vieron contenidos por las vallas metálicas las apartaron maquinalmente, sin mirar, con los ojos clavados en lo que tenían delante.

—A tu derecha, en diagonal —dijo Domino, y Michaelmas dejó de contemplar a quienes esperaban darles la bienvenida para mirar hacia allí. Un joven alto y de aspecto cadavérico que vestía un traje amarillo hecho por un sastre de Alejandría estaba cruzando la segunda puerta automática que protegía la zona. Sus grandes y

redondos ojos castaños centelleaban suavemente. Caminaba con decisión y tenía los pulgares metidos en los bolsillos de su chaqueta—. Cikournas.

—A por él —dijo Michaelmas.

Las puertas automáticas se cerraron atrapando el talón del joven. Un grito escapó de sus labios y cayó hacia delante, agitando los brazos. Su intento de frenar la caída aunque sólo fuera con un codo no tuvo éxito; su nariz se estrelló ruidosamente contra la rígida tela de la moqueta. Empezó a luchar por levantarse, de bruces en el suelo, soltando maldiciones y con un pie atrapado entre las puertas, pero nadie parecía haberse dado cuenta de su apuro: sólo un guardia de seguridad avanzó hacia él ofreciéndole ayuda y prometiendo llevarle a la enfermería. Después de todo, se encontraba detrás de la multitud.

Los pasajeros del avión avanzaron rápidamente hacia la puerta, espoleados por la frescura del aire acondicionado, buscando encontrar una posición segura. Mientras tanto las cámaras, micrófonos y dignatarios hacían su trabajo pero no lograban desempeñarlo tan elegantemente como los encargados de prensa de la CANU, que se encargaban de lubricar el avance del grupo hacia el área de estacionamiento. Los equipos de rodaje iban y venían alrededor del centro de la acción.

—Ese caballero de aspecto tan digno, el de las gafas sin montura, es el señor Raschid Samir, el director de tu equipo —dijo Domino. El señor Samir estaba dándole instrucciones a los cámaras para que tomaran planos generales de Michaelmas desembarcando junto a Norwood y Frontiere. Poseía una economía de movimientos y una calma imperturbable que conseguían crear a su alrededor una zona de vacío, obligando a que todo el mundo se apartara de él igual que si fuera una roca en mitad de unos rápidos—. Te seguirá a Control Estelar con la camioneta del equipo y esperará nuevas instrucciones.

Michaelmas movió la cabeza.

—Bien. Excelente. —Estaban saliendo del edificio de la terminal propiamente dicho y la mente de Michaelmas empezó a funcionar a toda velocidad, calculando la posición que ocupaba dentro del gentío y las posibles formas de acercarse a Norwood. Dos equipos de rodaje situados al otro extremo de la zona de estacionamiento cubrían casi todo un flanco del astronauta, que sonreía y seguía dándole la mano a unos cuantos funcionarios de la CANU local. Frontiere se mantenía cerca de él, con lo cual protegía la mayor parte de su flanco derecho. Otros cámaras u observadores tapaban casi continuamente el resto de ángulos de aproximación. Michaelmas se desvió hacia un grupo de ayudantes de prensa que acompañaban a Champion y Clementine y mientras éstos le tapaban por delante pasó la correa de su terminal del hombro a la mano, colocándose detrás de una columna del área de estacionamiento. El autobús estaba esperándoles en el puesto asignado, un vehículo blanco y negro cuyo techo cubierto de acumuladores parecía estar hecho de

quitina. Tenía ventanillas polarizadas y sus puertas acordeón empezaron a doblarse mientras que el grupo se detenía ante él. Norwood, que estaba justo delante de Michaelmas, a punto de subir, se dio la vuelta para hacer una última broma por encima de su hombro, con una mano sobre la barra metálica del autobús, mientras que el grupo iba formando una fila para entrar en el vehículo. Michaelmas estaba hablando con uno de los encargados de prensa. «El lugar está atestado», observó, y apoyó una de las esquinas de la terminal en la pantorrilla de Norwood, justo debajo de la rodilla, con tanta suavidad, de una forma tan precisa e indetectable que casi esperó oír el chasquido de una vibración musical. Pero en vez de eso Norwood vaciló, a punto de perder el equilibrio, y su mano se cerró fuertemente sobre la barra metálica, con los nudillos lívidos, mientras que su pie intentaba subir el escalón. Sus pupilas se dilataron, sorprendidas ante aquella traición de su cuerpo. Logró subir el escalón, entró en el vehículo y se dejó caer rápidamente en el asiento individual más próximo. El autobús se fue llenando, cerró sus puertas y cruzó las esclusas isotérmicas, y Michaelmas vio cómo Norwood charlaba y sonreía pero también vio cómo su mano iba una y otra vez hacia la pantorrilla, como si ésta fuera una devota esposa sorprendida besando a un desconocido. Podría haberte hecho más daño, pensó Michaelmas, pero aun así ver la tela del pantalón agitándose convulsivamente le resultaba muy desagradable.

El autobús se deslizó por las rampas situadas entre las torres, dirigiéndose primero hacia las colinas y luego hacia Control Estelar. —¿Quieres hablar con Norwood?— le preguntó Frontiere, inclinándose a través del pasillo. —Llegaremos sobre las tres menos cuarto, así que tienes media hora.

Michaelmas meneó la cabeza.

—No, Getulio, gracias —y sonrió, intentando parecer cansado—. Creo que voy a reposar un poco. Hemos tenido un día muy largo. Ya tendré ocasión de hablar con él más tarde.

—Sí, parece cansado —dijo Frontiere, lo cual le irritó un poco. Michaelmas enarcó una ceja.

—Deja que Campion siga entrevistándole. Supongo que aún tendrá unas cuantas preguntas que hacerle, ¿no? Frontiere torció el gesto.

—Oye —le dijo en voz baja—, según tú Campion tiene una buena reputación, ¿verdad?

—La tiene, y otras personas cuyo juicio merece mi respeto opinan lo mismo que yo. Es un periodista inteligente y decidido, con un gran historial.

Frontiere movió la cabeza como para sí mismo con una leve tristeza.

—No sé por qué, pero eso no me consuela demasiado —gruñó.

—Pues lo siento, porque no puedo decirte otra cosa —replicó Michaelmas.

Clementine le había dado la vuelta a su asiento para poder conversar con Luis y Campion. Campion estaba habiéndole. Clementine le respondió ayudándose con una amplia gama de señas y sus manos subieron y se curvaron para describir planos, de aquella forma que convertía a todos los directores de rodaje en imitaciones de un Atlas que buscara algún sitio donde dejar el peso que sostenían. Luis estaba reclinado en su asiento, con los brazos cruzados encima del pecho. Michaelmas echó el cuerpo un poco más hacia atrás—. En cuanto lleguemos a Control Estelar me gustaría ver a Papashvilly tan pronto como sea posible. Mi director de equipo se llama Raschid Samir y su camioneta llegará al mismo tiempo que nosotros.

—Sí, ya nos hemos ocupado de eso. Pavel te está esperando. Me ha dicho que te entretenga contándote la historia de María Antonieta y el oso hormiguero.

—Es la misma historia que la de Isadora Duncan y el oso hormiguero, dejando aparte que la versión con Isadora Duncan es mejor, ya que ella lleva un chal.

—Ah.

—Por cierto, en cuanto sepas algo de Ossip y el emisor, ¿podrás decírmelo?

—Te informaré al instante.

—*Grazie*. —Michaelmas hundió la cabeza entre las protuberancias antisonido de su asiento y cerró los ojos.

—La historia de Isadora Duncan y el oso hormiguero es la misma que la del oso hormiguero y Annie Oakley, aunque Annie lleva una carabina de repetición Sharp y no para de disparar —dijo Domino.

—Cierto —dijo Michaelmas distraídamente. Se encontraba a gusto, cómodo y relajado, recordando a Pavel Papashvilly, sentado en el salón privado de un restaurante situado en la esquina de Cavanaugh, al final de la Octava Avenida, después de una sesión de rodaje en el Lincoln Center.

—La cosmonáutica y la cultura... —estaba diciendo Papashvilly, reclinado en un butacón y con el brazo posado sobre los hombros de una integrante del corps de ballet—. ¡Qué íntima alianza! —Habían rodado planos de Papashvilly yendo a ver Coppelia, primero caminando de noche como un demonio perdido en las estepas, pasando por entre las fuentes luminosas de la plaza, sin temerle a nada, con su metro y medio de altura, los ojos chispeando a causa de los reflejos, sonriendo. Una pausa ante las grandes puertas de cristal, la cabeza vuelta hacia arriba, y el mecanismo fotosensible abriéndolas sin ninguna otra intervención humana. El chasquido de los tacones sobre el mármol cedió paso al sonido de la orquesta y en la pantalla aparecieron el título del programa y los datos técnicos. Papashvilly se había pasado toda la representación sonriendo y dejando escapar oohs y aahs, alzando las manos para trazar formas en el aire, y al terminar se había puesto en pie, gritando y aplaudiendo. Y ahora estaba pasando la palma de su mano por la gasa que cubría el pálido hombro de la bailarina, en un gesto lleno de delicadeza—. Qué tabiques tan

delgados... —murmuró, guiñándole el ojo a Michaelmas.

Rió, la bailarina le miró de soslayo con una expresión cargada de sobreentendidos y los tres tomaron un poco más de bistec, langosta y vino del Rhin. —Este programa tendrá buenos efectos— dijo Pavel, —y esta visita me parece estupenda. Ya sé que los norteamericanos estáis muy preocupados por lo de Walter. —Se quedó callado y tomó un sorbo de vino, con sus labios apretando fuertemente el borde de su copa, sus ojos perdidos en una oscura esquina de la pequeña estancia—. No sé qué pasó pero fue una estupidez, algo que no debía haber ocurrido. Después de todo, ya no estamos haciendo las cosas por primera o segunda vez, ¿verdad? No, ahora lo hacemos para que todo el mundo comprenda que tanto él como yo y el resto les pertenecemos, que somos suyos. —Dejó su copa sobre la mesa, una expresión pensativa en el rostro—. Y venimos de todas partes, de todos los países —había añadido, y Michaelmas sonrió con una sonrisa algo parecida a una mueca. Cuando vio que la bailarina había puesto la mano sobre el muslo de Pavel se excusó y les dejó solos. El autobús de la CANU salió del último amasijo de rampas y entró en la autopista rectilínea que llevaba hacia las colinas. Allí no había límite de velocidad; los asientos bailaron un poco sobre sus soportes a medida que iban acelerando. Michaelmas sintió un zumbido casi inaudible en el oído; alguna pieza de los sistemas del autobús estaba vibrando con una frecuencia muy cercana a la que él y Domino utilizaban en su terminal. Algún mecánico habría dejado mal asegurada una de las portillas de servicio y la zona del motor dejaba escapar algo de ruido. Michaelmas torció el gesto y apretó los dientes. Las colinas se alzaban bajo el suave azul del cielo en una áspera serie de estribaciones color marfil, llenas de señales y cicatrices. Norwood había dejado de tocarse la pierna. Pero también había dejado de mostrar la animación anterior, y ahora estaba sentado con una comisura de los labios entre los dientes, pensativo. Cuando ya llevaban cierto tiempo de gira por los Estados Unidos fueron a visitar un circuito de carreras situado en las colinas de grava que había al este de Long Island. Rudi Cherpenko estaba realizando unas pruebas de neumáticos y se ofreció a dejar que Papashvilly diera unas cuantas vueltas si tenía tiempo. La CANU pensó que era una idea excelente, siempre que Michaelmas o alguien de su talla profesional pudiera cubrir la noticia. Pavel dio una vuelta al circuito para aprender cómo se usaba el acelerador y media vuelta más para descubrir cómo se frenaba y localizar los mejores puntos para reducir velocidad: a esas alturas ya estaba bastante cargado de adrenalina.

Dio cinco vueltas más; cuando pasaba junto al grupito de vehículos de mantenimiento se le podía ver riendo y gritando desde la carlinga. Cuando acabó la última vuelta estaba sonrojado y con las pupilas dilatadas, todo tembloroso. «¡Oy ah!», había gritado, dando un salto para salir del coche. «¡Jesús María, esto es increíble!» Fue corriendo hacia Cherpenko y se le tiró encima. Rieron y se abrazaron, dándose palmadas entre los omoplatos mientras que el motor del coche crujía

secamente a medida que el metal iba enfriándose y contrayéndose. Pero Michaelmas había percibido que en los ojos de Papashvilly había también una cierta calma extraña, el regreso de la sobriedad. Reía y no paraba de menear la cabeza, pero cuando se dio cuenta de que Michaelmas había observado ese cambio le devolvió una breve sonrisa en la que había algo de tristeza. Y esa noche, en el bar del albergue, con Cherpenko dormido en su habitación porque mañana tenía que levantarse pronto y con los miembros del equipo de rodaje armando jaleo en Shelter Island, Papashvilly se había dedicado a mirar por la ventana, viendo algo que estaba más allá de los reflejos que arrojaba la vela de su mesa, más allá de las siluetas de las embarcaciones atracadas en el muelle. Michaelmas le había escuchado en silencio.

—Es como una intoxicación —había empezado diciendo Papashvilly. Y a medida que seguía hablando su voz iba acelerándose cada vez que se imaginaba aquellas cosas que describía con sus palabras, y se frenaba bajando de potencia cada vez que le explicaba cuál era su significado—. Se apodera de ti.

Michaelmas sonrió.

—¿Y te hace volver a los días de Jorge el Resplandeciente?

Papashvilly le lanzó una rápida mirada de soslayo a Michaelmas y dejó escapar una leve carcajada.

—Ah, Jorge Lasha del Imperio Bagrátida... Sí, una gran figura histórica. No, creo que quizá retroceda bastante más, no tan sólo ochocientos años... Me llamáis georgiano. En la lengua moscovita se supone que soy un *gruziano*. Cierta gente de mi área geográfica que no se preocupa demasiado de la exactitud habla siempre de Sakartvelo, el reino unido. Bien, algunos de nosotros somos muy ambiciosos. Y no puedo negar que en mi sangre quizá haya algún rastro del gran Kartlos, y que procedo del reino del este..., es decir, que soy un kartveliano.

Estaba bebiendo ginebra, por experimentar. Alzó su vaso, arrugó la nariz, tragó el líquido y le sonrió a la ventana.

—La verdad es que la sangre ha sufrido ciertas intrusiones y que empezaron incluso antes de que la persona a la que llamáis Aleksandr el Grande viniera con sus soldados para ver si lo del vellocino de oro era cierto, cuando Sakartvelo era el país de Cólquida.

Quizá sea un poco mingreliano, un poco kakhetano, un poco javakhetta, un poco mongol... —Alargó la mano hacia él, con el pulgar hacia abajo: los dedos estaban sacudidos por un leve temblor—. Un poco de esto y otro poco de aquello. —Cerró el puño—. Pero cuando estaba sobre las rodillas de mi madre ella me dijo que soy un asceta de los pastizales que hay en las colinas, y que ya vivíamos allí antes de que nadie hablara o escribiera sobre cualquier otro pueblo de las tierras altas. Y jamás han dejado de ser nuestras. No, no dejaron de serlo ni ante los turcos ni ante Timur el cojo y sus elefantes ni ante los mongoles de seis patas. En las tierras bajas todo fue

distinto, claro está, aunque la gente que vive allí también es fuerte. —Movi6 la cabeza, como hablando consigo mismo—. SÍ, son hombres fuertes. Pero tuvieron imperios y se los dejaron quitar.

Volvi6 a dejar su vaso sobre la mesa y lo sujet6 como para impedir que subiera por los aires, mir6ndolo sin prestarle ni la m6s mÍnima atenci6n.

—Al sur tenemos un rÍo de piedra..., la montaÍa, Ararat, y el Elburz, y el Ir6n, y Karakorum y el Himalaya. Al norte tenemos la hierba que llega del este y se estrella contra los Urales. Al este y al oeste tenemos mares que son como murallas; no, son las olas de hierba y piedra las que nos mueven, no las otras. Los hombres duros del norte buscan Anatolia y a los gordos sultanes. Los hombres duros del sur buscan los pastos de los kirguises y la puerta trasera de Europa. Pero nosotros hemos pasado m6s de dos mil aÍos aforr6ndonos a nuestros pasos de montaÍa y haciendo incursiones desde ellos, y tambi6n nos lleg6 el turno de tener seis patas, hasta que los sultanes se cansaron y hasta que Ivan Grodznoi, a quien vosotros llam6is el Terrible, aplast6 a los mongoles del norte con sus caÍones. —Papashvilly volvi6 a mover la cabeza—. Y asÍ liber6 a la raza creada por Timur-i-leng, la raza a la que llamaba sus esclavos... —Papashvilly se encogi6 de hombros—. Quiz6 sean libres para siempre. ¿Qui6n sabe? El tiempo pasa. Miramos hacia el sur, miramos hacia el norte, vemos los huertos, olemos la hierba. Nuestros caballos trotan y agitan las patas en el aire. Pero nosotros seguimos aferr6ndonos a la tierra, ¿verdad? Porque, despu6s de todo, la era de las seis patas ya ha terminado, ¿no? Ahora somos una Rep6blica Socialista Sovi6tica y tenemos el privilegio de proteger a Moscú desde el sur. Desde los tiempos de Josef, sobre todo... ¡Qu6 perversidad! Nuestros hijos tienen el privilegio de acudir a las academias moscovitas siempre que posean los requisitos necesarios, y... —Puso su mano sobre el antebrazo de Michaelmas—. Pero ¿qu6 te importa a ti todo esto? En tu mitad del mundo la historia no existe, claro. Supongo que podrÍa hablar con los kwakiutl, los lenilenape o los apaches, pero ellos han olvidado por dos veces que fueron gente de seis patas y no recuerdan las estepas. No, Lavrenti, debes comprenderlo, y no te ofendas, debes entender que entre esta tierra y la tierra de tus antepasados hay una cantidad de agua suficiente para disolver el pasado, pero allÍ donde yo nacÍ la sangre y la semilla se han derramado tantas veces sobre el mismo suelo, una y otra vez, que a veces, seg6n dicen, puedes encontrar hombres nuevos perdidos en los pastos, entre la niebla: hombres que nunca hablan, que se ocupan de lo suyo, hombres que no tienen madre...

Papashvilly dej6 su vaso vacÍo encima de la mesa.

—¿Tienen algo de caf6 para echarle whisky dentro? Lo prefiero. Ah, todo ese asunto del coche deportivo...— Mene6 la cabeza. —Ver6s, es cierto: todas las personas que viven de los caballos, y no me refiero a tus deportistas o esa gente aficionada a montar, no hablo de cualquiera que est6 en libertad de irse a otra parte y

llevar una cara distinta... , bueno, nosotros decimos que el hombre que tiene seis patas ya no se dedica a contarlas. Pero no se trata de amor al caballo; es el amor que sientes hacia ti mismo cuando tu yo se hace más grande y, ¿por qué esconderlo? Deja que te explique cómo ha de ser... Ah, eres un hombre de ojos muy agudos, creo que ya lo sabes, ¿no? En el océano de hierba no hay caminos, por lo que todo es un camino, y todo es igual, y las distancias pueden acabar devorando tu corazón, a menos que seas rápido, muy rápido, y grites con mucha fuerza. Creo que si Dzinghiz Kahn —y debo admitir que ese diablo consiguió que su nombre fuera pronunciado con familiaridad incluso en el Mar de Ámbar—, bueno, si a Dzinghiz Kahn le hubieran enseñado un vehículo acorazado ten por seguro que habrían celebrado grandes banquetes con carne de caballo y después las ciudades ricas habrían tenido que pagar sus impuestos entregando bidones de petróleo de doscientos litros. El caballo es un animal tozudo, sucio y estúpido que siempre me recuerda a la oveja. Sólo sirve para darle cuerpo a las alas que un hombre siente en su interior y para conseguirlo el caballo tiene que sudar y soltar espuma por la boca, defecar y meter las patas en los hoyos cavados por los tejones.

Y un instante después le miró, sonriéndole con una terrible tristeza.

—Pero la verdad es que los coches sirven para eso mismo, ¿no? —Habló en voz muy baja, y parecía haber recobrado repentinamente la sobriedad—. No me gustaría nada que Rudi me oyera decir eso... Es un buen chico. Pero con los cohetes sucede lo mismo. Si tienes alas dentro la verdad es que no hay nada lo bastante rápido. Haces lo que puedes, y gritas bien fuerte.

Habían llegado a las colinas. Campion estaba mirando a Norwood, sonriéndole e intentando entablar conversación con él. Norwood meneaba la cabeza en silencio. Clementine estaba medio tumbada en su asiento, sorbiendo una bebida fría del bar a través de una pajita, enarcando una ceja y hablando con Luis. Parecía lógico suponer que habían estado en muchos sitios diferentes juntos. Michaelmas torció el gesto y volvió a cerrar los ojos.

Recordó la última noche, cuando la visita de buena voluntad ya estaba a punto de terminar: Papashvilly tenía que presentarse en Control Estelar a la mañana siguiente. Cenaron en el Rose Room, bebieron mucho y después fueron a dar un paseo a lo largo de la Quinta Avenida, con la noche ya muy avanzada. Cuando bajaban de la acera un coche dobló rápidamente la esquina, sin preocuparse de ellos. Michaelmas se echó para atrás, gritando para advertir a Papashvilly. Pavel se había quedado muy quieto, como paralizado, dejando que el parachoques trasero pasara a unos milímetros de él, y cuando el coche pasó junto a él dejó caer su puño sobre la capota metálica con tanta fuerza que el ruido rebotó en las fachadas de los almacenes, despertando un sinfín de ecos. La escolta de seguridad surgió de las sombras con sus armas preparadas y los cámaras cambiaron rápidamente el foco de sus objetivos. El coche se detuvo

con un chirriar de frenos y neumáticos, patinando de lado, y la ventanilla del conductor se abrió para revelar un rostro pálido y asustado que les miró con ojos desorbitados. «¡Terrestre!», había gritado Pavel, apretando los puños. Tenía los codos y las rodillas flexionados y su cabeza oscilaba levemente al final de su tenso cuello. «¡Terrestre!» Pero ya estaba empezando a reír y un instante después todos sus músculos fueron relajándose. Caminó hacia el coche y acarició con ternura el cabello del conductor.

—Ah, terrestre, terrestre, aún te falta un poco para estar borracho del todo. —Se dio la vuelta y siguió avenida abajo. Caminaron durante unos minutos más y acabaron volviendo al hotel para tomar una última copa antes de acostarse. Cuando llegaron a la esquina de la calle 44, Papashvilly se detuvo y miró a su alrededor.

—Adiós, Quinta Avenida —dijo—. Adiós, biblioteca, adiós, Centro Rockefeller, adiós, catedral, adiós, Cartier, adiós, F.A.O. Schwarz, adiós, zoológico.

Los ojos de Michaelmas siguieron sus gestos, yendo de un extremo a otro de la avenida, asintiendo en silencio.

Acabaron en el Bar Azul: estaban solos y decidieron tomarse otra copa porque, después de todo, ¿qué más daba? —¿Sabes cuál es el problema?— acabó diciendo Papashvilly en voz baja.

—Quizá.

Papashvilly sonrió para sí mismo.

—El mundo está lleno de gente así. Y voy a decirte una cosa: siempre han sabido que acabarían quedando atrás, y ésa es la razón de que tengan tan poco cuidado y siempre estén malhumorados.

—Ah.

—La gente de las ciudades y los granjeros... Siempre han sabido cuál era su papel en la historia. Por eso tienen tejados y gruesas paredes..., para poder esconderse y, también, para decirse unos a otros que ahí fuera no hay nada.

—No sé de qué estás hablando. Nunca he podido entender la historia.

Papashvilly se echó a reír. Eddie, el camarero, alzó los ojos del vaso que estaba secando y les miró durante unos segundos.

—Sí que lo sabes. Hay gente que no tiene ni idea de eso, pero tú lo sabes. —Sonrió y meneó la cabeza, tamborileando impacientemente con la punta de los dedos sobre la mesa—. Estos últimos siglos han sido bastante raros. Piensa en ello... Los hombres de seis patas salían de las estepas, como ha ocurrido desde el comienzo de los tiempos, y las montañas y los mares lograban contener a unos cuantos pero no siempre y no para toda la eternidad.

»Y los hombres de las estepas vinieron una y otra vez, durante un número incontable de siglos, antes de que nuestro Cristo naciera. Algunos se quedaron junto al mar, en sus ciudades, y acabaron saliendo de las murallas para crear huertos y

cultivar los campos, pero los hombres de seis patas aparecían una vez más y se apoderaban de las ciudades, dejando su semilla, o se quedaban en ellas y terminaban convirtiéndose en ciudadanos que serían dominados por la siguiente oleada de hombres de seis patas que llegaba no del fin del mundo... No, eso es lo que decimos en los libros pero en realidad queremos referirnos al centro del mundo, a la fuente del mundo. La gente de la ciudad tenía tiempo para los libros. La gente de la ciudad se obsesiona queriendo crear cosas que perduren, porque sabe que está condenada. Pero los hombres de seis patas saben que para ellos todo es distinto. Se ríen de lo que tú llamas historia y del propósito del mundo. Y cuanto más te esfuerces por convencerles más risible resultas, porque la verdad es que todo eso no sor!, más que tonterías que os repetís a vosotros mismos para sentir os algo más tranquilos. Conocéis muy bien a los hombres de las seis patas: cuando os visteis expulsados de vuestra pequeña fortaleza en los restos de Europa retrocedisteis hasta llegar al océano occidental y sabíais que los hombres de seis patas no podían quedar libres en vuestras praderas, igual que nosotros, los *osseti*, sabemos que ciertas personas no deben entrar nunca en los pastos de las tierras altas.

»Y vosotros, los ciudadanos del oeste, acabasteis apoderándoos no sólo de las tierras que había más allá de las montañas, donde siempre habéis tenido sitio para levantar vuestros almacenes y construir vuestras naves, sino que también os apoderasteis de las grandes estepas centrales, igual que Iván, pensando usarlas para construir grandes cosas en ellas.

»Grandes cosas... Grandes ciudades y edificios en los que nos asfixiamos, dentro de los que nos quedamos sentados, inmóviles, pensando que la hierba ha desaparecido para siempre. Si he de ser sincero, decir eso no hace que nos sintamos felices o tristes: no, nos vuelve locos. Estamos rodeados de paredes, hay paredes por todas partes, y ya no podemos sentir el honrado agujijón del viento y ver la semilla de la hierba. Decimos que las paredes nos protegen pero tememos que nos vuelvan ciegos. Decimos que el techo nos da calor, pero fingir que ya no hay estrellas..., no, sabemos que eso es mentira.»De hecho, no logro comprender cómo es que no hemos muerto todos. Después de Iván ya quedó claro que algún día acabaríamos volviendo el cañón contra nosotros mismos, porque el cañón no sólo es una gran solución a todos los problemas, sino que además acaba con las mentiras de una forma ruidosa y definitiva, y eso es muy agradable. Y, sin embargo, cuando deberíamos estarle poniendo fin a estos cuatro siglos de algo que hemos llamado civilización nos limitamos a discutir entre nosotros, moviéndonos nerviosamente, y nos repetimos la mentira de que a cada día que pasa vamos siendo más hermanos los unos de los otros.

»Soy un buen chico. He estado en Moscú e incluso he logrado caerle en gracia a mis amos, los que gobiernan nuestra asociación democrática de repúblicas libremente federadas. Tengo amigos eslavos, kazakos, tártaros y turcos. Soy un hombre

civilizado, y además he sido jefe de tripulación y jefe de escuadrilla, y tengo un doctorado en ingeniería. Cuando vayamos hacia el gran Júpiter y nos aproximemos a su inmenso rostro, cuando mandemos los módulos para que le corten alguna rebanada, para que hurguen un poquito por allí y chupen algo de sustancia por allá, me encargaré de leer en voz alta todas las listas de comprobación en el momento adecuado, y tanto mi personal como yo seguiremos al pie de la letra las reglas de los manuales. Y en cuanto pasen unos años tendremos maquinaria de extracción minera, y fábricas orbitales, y Júpiter quedará rodeado por una guirnalda. Los contenedores robotizados pondrán rumbo a la Tierra; ya no hará falta desgarrar nuestro suelo y cavar cada vez más hondo y todo cambiará mucho porque ya no tendremos que manchar el cielo y crear alcantarillas. Eso se lo debo a la gente de la ciudad y a esa parte de mi sangre heredada de los hombres que supieron resistir y seguir viviendo. Y quizá volvamos a tener hierba y quienes todavía viven junto a los caballos estarán muy complacidos. ¿Quién sabe?

»Soy un buen chico. Pero veo cosas. Comprendo que esos cuatro siglos en que los hombres de seis patas debieron resignarse a la inmovilidad quizá fueran necesarios. Y también veo que ese tiempo está llegando a su fin. Los edificios ya han cumplido con su misión. Jamás lo habría creído; pensaba que a estas alturas vivir en la ciudad ya tendría que haber acabado con todos nosotros. La comodidad de la gente necesita tantas máquinas... Pero —y se encogió de hombros—. Las máquinas se estropean. Y habiendo tantas quizá una máquina perdida no sé dónde pueda hacernos algún bien, casi por accidente, embotando el filo del destino.

»Pero creo que no debemos seguir corriendo ese riesgo durante mucho tiempo. —Sonrió—. Ya hemos llegado demasiado lejos. La próxima vez cubriremos tales distancias que la radio necesitará un tiempo tremendo para transmitir los informes y las instrucciones, y la radio no nos servirá de nada, ¿verdad? Y el viaje es tan largo... Cubrir toda esa distancia para volver es una estupidez, como lo es pensar que alguien sentado ante un micrófono en África puede controlar lo que se debe hacer en Neptuno, o puede que en Alfa Centauro. Controlar o ni tan siquiera dar consejos... No, creo que lo más lógico y natural será que los hombres creen campamentos permanentes en esos sitios, que tengan talleres donde hacer reparaciones, depósitos y ese tipo de cosas, para que no sea necesario perder tiempo y gastar dinero yendo y viniendo de aquí para allá. La Antártida nos ha demostrado que podemos convertir el petróleo en comida y la piedra en tela, y creo que también podremos encontrar minerales e hidrocarburos en el espacio, ¿verdad?

»Creo que volveremos de vez en cuando para ver si aún estáis aquí; volveremos para conseguir nuevas grabaciones de Les Sylphides y las pagaremos con gemas arrancadas a los templos de los lagartos de fuego de Plutón, o con cojinetes donde la fricción quedará reducida a casi cero, o con datos obtenidos en nuestras

investigaciones. Le explicaremos a los terrestres cómo es el Universo y de qué está hecho y ellos contarán historias románticas sobre nosotros y desearán tener el tiempo suficiente para marcharse de sus casas. —Papashvilly meneó la cabeza—. Aferrarse a las cosas es algo de lo que un hombre puede enorgullecerse y creo que no se debe sentir vergüenza por ello. No, no hay que avergonzarse, sobre todo si te aferras tan fuerte que nada es capaz de moverte. Sin embargo, he subido al Monte Elbrus y he mirado hacia el noreste, Lavrenti, y desde esa cima mis ojos sólo podían cubrir la distancia que un hazarras de Timur habría cabalgado en una semana. Y me he dicho: yo también tengo seis patas. —Había dejado su vaso vacío sobre la mesa—. Adiós, alcohol —dijo. Unas cuantas palabras de cortesía más y llegó el momento de marcharse. Papashvilly puso sus manos sobre los brazos de Michaelmas y los apretó cariñosamente—. Volveremos a vernos —le dijo, y subió a su habitación.

—La Autoridad Aeronáutica Europea ha hecho pública su decisión sobre qué causó el accidente de Watson —dijo Domino.

Michaelmas se irguió en el asiento. Estaban saliendo de entre las colinas y bajaban dando vueltas hacia las llanuras, dejando junto a la autopista una fina nube de polvo. —¿Y cuál fue la causa?

—Un fallo en el sistema de secado.

—Dame unos cuantos detalles más.

—El mejor lubricante para motores que se conoce es, por desgracia, extremadamente higroscópico. Resulta prácticamente imposible manejarlo o tenerlo almacenado durante cierto tiempo sin que absorba agua del aire y quede contaminado.

»Sin embargo, los métodos habituales aseguran que tal contaminación se mantenga dentro de niveles tolerables, y los motores están diseñados para vérselas con cierta cantidad de vapor que se mezcla con el resto de gases producidos en los momentos de alta presión. ¿Me has ido siguiendo? Bien; este modelo de helicóptero utiliza un motor diseñado originalmente para los automóviles producidos por el mismo fabricante. Las cabinas del helicóptero tienen la misma estructura básica que el módulo de pasajeros y la armazón de un automóvil, con el mismo número de puertas y asientos, compartiendo también una considerable cantidad de sistemas con ellos. Por lo tanto, este modelo de helicóptero puede venderse a un precio notablemente inferior a otros aparatos de su misma categoría, y eso ha hecho que acabe siendo extremadamente popular en todo el mundo, especialmente para empresas y gobiernos. El historial de seguridad del modelo utilizado por Watson es bueno, y no muestra ningún defecto en el diseño. Sin embargo, un modelo anterior tenía cierta tendencia a sufrir obstrucciones en sus anillos de condensación. De vez en cuando se congelaban, sobre todo a grandes alturas, deteniendo la circulación del fluido lubricante, con lo que se creaba una baja de presión a la que seguía un

aterrizaje de emergencia o el estrellarse debido a la pérdida de potencia.

—Pérdida de potencia —dijo Michaelmas—. Igual que le ocurrió a Watson.

—Pero no debida a la misma razón. Recuerda que este modelo es más reciente.

Descubrieron que en los primeros modelos la corriente de aire creada por las palas del helicóptero creaba puntos fríos en los anillos de condensación y, dadas ciertas condiciones de temperatura y humedad, esos puntos fríos podían acabar congelándose.

Los automóviles que usaban ese motor no tenían tal problema, claro está. Por lo tanto, y dado que rediseñar el motor o cambiarlo de sitio no resultaba económicamente factible, tuvieron que escoger entre calentar termostáticamente los anillos hasta un grado centígrado de temperatura o asegurarse de que el fluido que pasaba por ellos no contuviera nunca ni una sola gota de agua.

»La Primera Opción hizo que el modelo perdiera capacidad de maniobra y velocidad, por lo que no resultaba aceptable; una de las razones por las que ese helicóptero funcionaba tan bien era que los anillos de condensación presentaban una curva de temperaturas bastante pronunciada. Así pues, decidieron pasar a la otra opción e instalaron un sistema deshidratador que consiste básicamente en un precipitador de alta velocidad; el vapor producido durante las altas presiones pasa a través de él antes de llegar a los anillos. El vapor de agua es separado y sometido a una temperatura de menos cien grados centígrados quedando acumulado en un depósito independiente, donde se lo calienta mediante un sistema eléctrico hasta dejarlo en ciento veinte grados y vuelve a ser inyectado en la atmósfera como vapor químicamente puro. La electricidad utilizada es mínima, el orificio de salida se encuentra situado en paralelo al eje principal del helicóptero, con lo que parte de la energía es recuperada bajo la forma de un incremento en la velocidad y todo el conjunto posee una atractiva simplicidad.

—Pero en este caso la unidad falló —dijo Michaelmas.

—Es algo que sólo había ocurrido dos veces y nunca sobre terreno alpino con semejantes ráfagas de viento. Son las primeras dos muertes que se producen por culpa de esa avería. Cuando el sistema de calefacción falla la humedad extraída sale en forma de agua y no de vapor, con lo que va formando una capa de hielo que luego crea un efecto de rebote en el deshidratador. Los efectos físicos de todo ese proceso acaban haciendo que el deshidratador se estropee y eso crea un gran agujero en el sistema de conducciones. Todos los vapores producidos por las altas presiones se meten por él, en vez de pasar al condensador, y medio ciclo después la turbina no tiene la energía suficiente para funcionar. Resultado, pérdida de potencia; además, el porcentaje de agua necesario para que esto ocurra es muy inferior al que precisa el fluido lubricante para congelarse. Puedes estar casi seguro de que cualquier fluido introducido en el sistema, incluso uno procedente de una lata recién abierta,

contendría la humedad suficiente para provocarlo.

—Un diseño muy peligroso.

—La mayor parte de piezas nuevas tienen que someterse a cierta cantidad de compromisos para encajar con el equipo básico y deben hacer aumentar lo menos posible el coste total de la unidad, dado que causan una inevitable distorsión en los cálculos de beneficio originales. Pero da la casualidad de que ese diseño en concreto es bastante bueno. La electricidad proviene de un imán accionado por el eje de salida. El cableado, que podría suponerse es el punto débil, es a prueba de vibraciones y utiliza un aislante y unos soportes tan buenos como los de las naves espaciales. Además, se encuentra colocado de tal forma que no hay nada que pueda producir roce, y sigue caminos bien alejados de todas las escotillas de servicio habituales, para que los encargados de manejar el combustible, el fluido y todo el personal sin conocimientos mecánicos que atiende al vehículo no pueda causar daños accidentales en la unidad. El deshidratador tiene su propia portilla independiente para las revisiones y el modo de abrirla sólo es conocido por los mecánicos que posean las cualificaciones precisas.

Ahora ya estaba claro que iban hacia la Torre de Control; Michaelmas miró hacia adelante, con los ojos entrecerrados, y pudo ver el edificio, más grande que todos los demás, una masa que parecía ensancharse a cada lado de la cinta blanca de la autopista.

Se dio la vuelta para mirar por la ventanilla trasera; el autobús era seguido por una pequeña caravana de camionetas. La primera de ellas, una Oskar blanca con plataformas de rodaje plegables en los flancos que parecían acumuladores suplementarios, llevaba el sol utilizado como insignia por el equipo del señor Samir.

—Entonces, ¿qué pasó?

—La Autoridad Aeronáutica Europea encontró un cable suelto.

Michaelmas movió la cabeza, sonrió con una mueca desprovista de todo humor y miró a su alrededor. Todo el mundo estaba distraído haciendo algo o no haciendo nada. —¿Y qué opinan?

—No están seguros. La conexión se hace con una pieza llamada Cierre Pozip; queda asegurada gracias a un muelle, nunca se abre por sí sola y, teóricamente, para quitarlo hace falta una herramienta especial. —¿Teóricamente?

—Obviamente, que ese cierre se venda tanto obedece a que resulta seguro y no puede ser manipulado; cualquier vendedor puede hacer una demostración dejando bien claro que el cierre no se puede romper, no se afloja y no puede ser quitado usando un destornillador o la hoja de un cuchillo. La herramienta especial utilizada para cobrar una compensación de las autoridades del Mercado Común. *Und so weiter.* —¿Qué está haciendo la policía?

—La AAE está pensando en hablarles del asunto. —¿Crees que acabarán

comunicándoselo?

—El encargado de llevar a cabo los exámenes está en contra, y goza de la máxima autoridad local. Algunos burócratas del cuartel general están un poco nerviosos pensando en lo que podría suceder si la Interpol llega a enterarse de que han ocultado pruebas.

Pero el encargado se basa en que cualquier prueba física —huellas dactilares, pedazos de tela, entradas para algún espectáculo, tarjetas de visita olvidadas (estoy citando textualmente sus palabras; cuando alguien discute sus decisiones puede llegar a ponerse muy sarcástico)— quedó incinerada durante el accidente. No tienen ni la más mínima posibilidad de localizar al saboteador. Lo único que tienen es un cable suelto. Y el cable suelto es una excusa para emitir una orden que ha querido poner en circulación desde que un mecánico dejó colgando un cable similar el año pasado; si hacen que la policía intervenga en el asunto el fabricante se limitará a encogerse de hombros y, con toda la razón del mundo, podrá afirmar que el accidente no fue culpa de ninguna avería. Además, la piloto y el periodista habían escogido voluntariamente profesiones peligrosas; y, aparte de eso, sería maravilloso que su muerte sirviera para algo bueno, ¿verdad? Por lo tanto, lo mejor es dejar las cosas tal y como están actualmente.

Michaelmas se chupó los dientes.

—Siguen sin haber tomado ninguna decisión —le dijo Domino.

—Sí que la han tomado. Cada minuto que pasa hace más difícil revelar que fue un sabotaje. Dentro de poco se verán obligados a dar una razón que justifique el retraso en informar de eso, y les bastará pensar en ese punto para que acaben de tomar la decisión.

—Bueno... Sí.

—Por lo tanto, ¿cómo lo hicieron? ¿Crees posible que Cikoumas se dedicara a rondar por el aeropuerto? Claro que no. ¿Qué empleado del sanatorio? ¿Qué esbirro? ¿Quién?

—Estoy trabajando en ello. Mientras tanto, el avión de Daugerd acaba de llegar al atracadero de la Hanrassy. Hora local de allí: las siete treinta y cinco minutos.

Michaelmas miró su reloj. Las dos treinta y cinco.

Frontiere se inclinó a través del pasillo.

—Diez minutos más y estaremos allí, Laurent. —Su teléfono sonó en ese mismo instante. Metió la mano dentro de su chaqueta, sacó el aparato y se colocó en el oído el auricular privado, respondiendo a la llamada con los labios pegados al micrófono. Su rostro se iluminó con una expresión de placer—. *Del grazia* —dijo, guardó el aparato y contempló a Michaelmas con cierta incredulidad—. Bien, tu chiste ha resultado ser cierto —le dijo, acercándose un poco más a su asiento—. El emisor parece ruso. La técnica utilizada en el montaje es rusa. Pero nuestro equipo de

análisis muestra que parte del material sólo se parece al material utilizado normalmente por los rusos; la estructura molecular es diferente. Nuestros programas de análisis lograron detectar esa anomalía mientras que los utilizados por Norwood cuando estaba en el sanatorio de Limberg fueron incapaces de hacerlo. Alguien se esforzó mucho para que el material de unos circuitos se pareciera al material de otros circuitos de una utilidad práctica ni mayor ni menor que la suya. ¿Qué razón iban a tener los rusos para hacer semejante cosa?

Frontiere sonrió.

—No, alguien está intentando liar las cosas. Pero podemos estar casi seguros de que no se trata de los chinos, y si no se trata de ellos ni de los rusos, entonces la situación no es ni mucho menos tan grave como pensábamos. —Volvió a sonreír—. No es más que algún maldito grupo radical que ni tan siquiera ha conseguido matar a nadie, y ése es un problema que podemos resolver con cierta facilidad. —Se irguió un poco más en el asiento—. Hicimos bien esperando un poco. —Sus dedos tamborilearon sobre el brazo del asiento—. Bien, ¿y ahora qué? —dijo distraídamente, con los ojos aún chispeantes de placer—. ¿Qué es lo primero que debemos hacer?

—Bueno —dijo Michaelmas con voz tranquila—, seguimos teniendo el problema de cómo manejar a Norwood y Limberg. Habrá que tomar alguna clase de medidas, y de prisa. Creo que sería muy molesto que uno de los dos perdiera la paciencia y se dedicara a pregonar en voz alta su error convencido sinceramente de que está diciendo la verdad, ¿no?

—Desde luego. —Frontiere sonrió.

—Por lo tanto —siguió diciendo Michaelmas—, sugiero que vuestro laboratorio repita inmediatamente esas pruebas y que Norwood asista a ellas. De hecho, que sea él mismo quien las lleve a cabo. Y cuando consiga el resultado correcto, que llame a Limberg y se lo comunique. Equivocarse no es ninguna vergüenza. No haber esperado a utilizar vuestro laboratorio y vuestros programas de ordenador para el análisis de piezas es, como mucho, un pecado venial de impaciencia. Es natural que vuestro equipo sea más sutil y concienzudo que cualquiera de las improvisaciones que Norwood y Limberg pudieran conseguir utilizando los programas médicos de Limberg. Y Limberg comprenderá que hasta no haber logrado identificar a los auténticos culpables, mantener un silencio absoluto sobre la existencia del emisor es la mejor manera de descubrirlos.

Frontiere pestañeó.

—Piensas de prisa, Laurent.

—Gracias.

Frontiere le miró con un leve fruncimiento de ceño.

—Quizá tengamos dificultades. Puede que Norwood no esté dispuesto a aceptar

unos resultados distintos de los que descubrió trabajando por su cuenta.

Michaelmas miró hacia el otro extremo del pasillo.

—Bueno, quizá descubras que ahora no está tan seguro de sí mismo como aparentaba.

Quizá esté más dispuesto a tomar en consideración la posibilidad de que sus facultades puedan cometer algún que otro error.

Los ojos de Frontiere siguieron la dirección de la mirada de Michaelmas. Norwood estaba sentado con un talón apoyado en el extremo del asiento, la mandíbula pegada a la rodilla. Tenía las manos sobre la espinilla y sus pulgares masajearan distraídamente el músculo de la pantorrilla, en silencio, con los ojos clavados en la ventanilla como si estuviera haciendo inventario de todos los objetos familiares de su juventud mientras que el autobús corría por entre los primeros edificios e instalaciones del perímetro. Frontiere frunció el labio inferior y enarcó una ceja, mirando a Michaelmas.

—Eres un gran observador. —Se puso en pie con un gesto lleno de gracia y fluidez—. Discúlpame, iré a hablar con él. —Sus dedos se posaron sobre el hombro de Michaelmas—. Conociéndote siempre se aprende algo —le dijo.

Michaelmas sonrió.

—Bien, Domino, felicitaciones —dijo cuando Frontiere se hubo alejado por el pasillo.

—Me limité a captar tu indirecta y llevarla a la práctica. Y ahora, las noticias de mayor interés. A decir verdad, lo que hice fue influir sobre los aparatos de análisis de la CANU para que produjeran los resultados que deseábamos. Un físico molecular que domine su oficio y lea los listados podrá determinar con toda exactitud qué grupo terrorista plausible y totalmente digno de tal adjetivo ha fabricado el emisor. Sin embargo, la descripción no ha tenido que ser manipulada al cien por cien.

—Ah, ¿no?

—Daugerd jamás podría descubrirlo limitándose a examinar los hologramas. Los programas de la CANU jamás lo habrían encontrado sin un poco de ayuda. La diferencia es muy sutil. Pero está allí; hay algo en los electrones... —¿Algo en los electrones?

—Se trata de... Sí, están bien; quiero decir que ocupan los sitios correctos y que su número es el adecuado, por lo que se puede ver, y sin embargo... Bueno, lo que hice fue repetirlo todo por mi cuenta; construí otro emisor, por así decirlo, y utilicé los criterios guía para materiales que encontré almacenados en los bancos de datos físicos del Tecnicón Electrónico de la Diligencia Popular en Dneprodzerzhinsk. Y son distintos. Los dos emisores no..., no encajan el uno con el otro, y deberían encajar; esa maldita cosa está llena de moléculas proclamando a voz en grito que es una hermana de sangre de diez mil piezas como ella recién salidas del complejo fabril del

Dniéper. Bueno, sí, lo parece, pero en realidad es una prima segunda bastarda que finge ser una auténtica melliza. —¿Puedes darme más detalles?

—Yo... No. Creo que no. —¿Estás diciéndome que el emisor fue producido por alguna organización parecida a los grupos disidentes habituales?

—No. No lo creo. No creo que... Bueno, no creo que haya ningún material exactamente parecido al que utilizaron.

—Ah. —Michaelmas se hundió un poco más en su asiento. El autobús entró en la zona de sombra proyectada por la Torre de Control y las ventanillas se aclararon. El paisaje que había más allá de las sombras se convirtió en una llamarada blanca—. ¿Y sientes lo mismo que percibiste en el sanatorio?

—Yo... No sabría decírtelo. Probablemente. Sí. Creo que sí.

El autobús se detuvo entre las columnas y el cristal metalizado del primer nivel. La gente empezó a levantarse. Michaelmas miró por su ventanilla y vio que el señor Samir ya había metido la Oskar por la entrada y estaba aparcando cerca del autobús; los flancos de la camioneta se metamorfosearon cubriéndose de plataformas y un técnico salió del vehículo para subir a la más alta en apenas un segundo, colocando una cámara en su soporte y alargando la mano hacia abajo para coger la que ya le estaban entregando. —¿Y Norwood?— preguntó Michaelmas. —Cuando le tocaste... — ¿Norwood? ¿Ñor...? No, los sensores de esa terminal no recibieron nada. No es algo que se pueda descubrir con sensores: tendrías que hacer un examen electrón por electrón... ¿Norwood? ¡Qué pregunta tan interesante! No..., imposible. Compréndelo, no hay ningún interfaz. Lo único que hay son datos. No, sólo podría percibirlo si me encontrara con algo que se pareciera bastante a mí.

—Que se pareciera... Sí.

Michaelmas estaba observando a Norwood, que conversaba con Frontiere. Frontiere estaba hablando en voz baja, muy concentrado en lo que decía, una mano sobre un hombro de Norwood y dando ligeros golpecitos con la punta de sus dedos en el otro.

Norwood le estaba mirando a la cara con la expresión ligeramente absorta de quien acaba de ser víctima de un terremoto. Todo terminó en un momento. Norwood se encogió de hombros y asintió, bajando la cabeza. Frontiere sonrió y le pasó el brazo por los hombros en un amistoso gesto de protección. Miró a su alrededor buscando ayudantes de prensa, queriendo asegurarse de que la entrada del astronauta en la Torre de Control sería manejada adecuadamente, y le dio unas distraídas palmaditas en el hombro.

—Eso es muy interesante pero no creo que tenga demasiada relación con la situación actual —dijo Michaelmas—. Tus sensores pudieron medir si creía en sus palabras, ¿no?

—Al igual que podría haberlo hecho cualquier otro detector de mentiras.

—No creo que un ser humano necesite que se le apliquen más medios de detección.

Bueno... Vamonos. —El autobús se estaba vaciando. Michaelmas avanzó rápidamente por el pasillo y bajó de él detrás de Norwood y Frontiere. Esperando a Norwood estaba no sólo Ossip Sakal sino también Hjalmar Wirkola en persona, todo sonrisas. Las luces del vestíbulo parpadearon durante un momento pero nadie se fijó en ello. Frontiere impulsó suavemente al astronauta hacia el Director General. El anciano caballero se apartó de Sakal cuando vio venir a Norwood y le ofreció la mano. Quien aguzase el oído quizá hubiera podido oír el lejano tintineo de un timbre —. ¡Mi querido muchacho! —dijo Wirkola, tomando— la mano del astronauta entre sus palmas. —Me llevé tal alegría cuando Ossip me dijo que estabas a salvo...— La atención de todos los presentes estaba concentrada en ellos. Un agente de seguridad parado junto a los ascensores estaba contemplando las luces de un panel indicador, frunciendo el ceño y con la oreja pegada a la pared, pero ésa era la única distracción perceptible en toda la multitud.

Los periodistas se agolparon alrededor de Norwood y Wirkola. Michaelmas pudo ver a más funcionarios de la CANU emergiendo de una sala contigua. Los ayudantes de prensa de Getulio les abrieron paso por entre los espectadores y la gente de los medios de comunicación. Un giro de cadera adecuado y un hombro insinuado estratégicamente pueden hacer maravillas y crear pasillos en una multitud sin que ninguna cámara sea capaz de registrar tales gestos.

De los niveles superiores del edificio les llegó un ruido ahogado. Quizá no fuera sino un estallido sónico del exterior que había logrado penetrar el aislamiento del edificio. O ladrones con el rostro enmascarado reventando una caja fuerte con pólvora. La puerta de un montacargas se abrió silenciosamente y Papashvilly salió de él, con la respiración algo acelerada pero recobrándose rápidamente. Domino estaba volviendo a emitir ese ruido suyo. Ahora ya había aprendido a hacerlo bien. Era una especie de risita bronquítica que salía de lo más hondo de un pecho desesperadamente necesitado de aire. —¡El programa de los sistemas del edificio!— jadeó. —Está intentando mantener la homeóstasis mientras que todo el equipo de arriba se vuelve loco. Va de un sistema a otro igual que una vieja criada persiguiendo ratones con su escoba. ¡Cielos, cielos!

Papashvilly avanzó hacia el grupo principal con la cabeza bien erguida, los hombros echados hacia atrás y una sonrisa de placer en los labios. Sus ojos se posaron en Michaelmas, que había estado moviéndose de tal forma que Luis no podía enfocar bien a Norwood, y le saludó con dos dedos, cambiando de dirección durante unos segundos antes de volver nuevamente hacia el grupo de bienvenida. Michaelmas alzó el puño, con un pulgar levantado, y lo agitó de un lado a otro. Clementine le pisó el pie. «*Pardon*», dijo, con las comisuras de sus labios temblando levemente y sus

pupilas algo más dilatadas y brillantes de lo normal.

—Disculpa —le dijo Michaelmas, preguntándose si iban a pasarse días enteros sonriéndose el uno al otro—. Te aseguro que ha sido sin querer —dijo, y siguió avanzando, con los ojos clavados en Champion, que ya se había puesto en acción. Champion estaba mirando a su alrededor con una cierta preocupación, olisqueando el aire. La atmósfera se había teñido con lo que apenas llegaba a ser una sugerencia de humo, humo que ya estaba siendo eliminado por los ventiladores del edificio. Champion se encogió levemente de hombros y concentró de nuevo su atención en los asuntos más inmediatos. A Michaelmas le pareció muy interesante que Duggie tuviera tal olfato para las noticias.

Miró a Papashvilly y le guiñó el ojo.

—La Hanrassy está marcando el número de Gately —le dijo Domino. Michaelmas se quedó quieto, cambió de rumbo y empezó a apartarse del gentío.

—Quiero oírlo —dijo, y sacó el auricular de la terminal, insertándolo en su oreja sin dejar de caminar, lo que justificaría el hecho de que estuviera alejándose del grupo, y se quedó inmóvil con una expresión absorta en el rostro, su mano libre tapando la otra oreja para eliminar cualquier sonido ambiental. Y así permaneció, aparentemente distraído, mientras que el secretario de Gately recibía la llamada y ponía a la Hanrassy en comunicación con su jefe.

—Señor Secretario, quiero que vea algo —dijo la Hanrassy sin más preámbulos.

—Le está enseñando un holograma del emisor —dijo Domino.

—Sí —dijo Michaelmas, apretando la mandíbula.

—Ya lo veo, señora Hanrassy. ¿Debería reconocer qué es? —le preguntó Gately.

—Eso depende de si está muy familiarizado con la electrónica rusa.

—Me temo que no la entiendo, señora. ¿Es un aparato ruso?

—Lo es, señor Secretario. No cabe duda de ello; no es que sea una de las piezas habituales de sus equipos, pero está hecho usando componentes normales y la fabricación es característicamente suya.

—Sí, señora, de acuerdo... ¿Y qué relación tiene eso conmigo?

—Estaba preguntándome si podría llamar al coronel Norwood y preguntarle si lo encontró dentro de su cápsula justo antes de que se viera obligado a escapar.

Michaelmas tragó una honda bocanada de aire.

—Bueno, ya está claro —le dijo a Domino con voz firme—. No hay duda. Limberg y Cikoumas le enviaron el aparato junto con todos los datos sobre su historia. No tienen ni el más leve sentido de la responsabilidad... Deben creer que somos un hormiguero.

—Señora —estaba diciendo Gately—, ¿pretende decirme que los rusos sabotearon la lanzadera de Norwood y que usted puede probarlo?

—Hijos de perra... —dijo Michaelmas—. Bastardos. Llévame al sanatorio.

Ahora mismo. Y quiero llegar sin que se enteren. ¿Comprendido?

—Comprendido.

—Pregúnteselo a Norwood, señor Secretario —dijo Viola Hanrassy—. Y pregúntele por qué la CANU no le ha dejado hablar de ello.

—Señora, ¿dónde ha conseguido esta información?

—Señor Secretario, en caso de que Norwood corrobore lo que le he dicho me encantará hablar con usted y discutir el asunto más detalladamente. De hecho, Will, estoy preparada para trabajar con usted en esto y prestarle toda mi colaboración. Quizá tengamos el deber de alertar a los norteamericanos haciéndoles ver cuáles son sus responsabilidades y la oportunidad que se les ofrece en la próxima elección.

—Creo que eso quizá fuera una oferta de ser Vicepresidente —dijo Domino.

—Sobornos —dijo Michaelmas—. Cuando aún no están seguros de haber llegado a la cumbre usan los sobornos, y cuando han llegado arriba usan la fuerza. No saben hacer otra cosa. La verdad es que no creen que haya nadie capaz de ayudarles desinteresadamente. Bien, por Cristo, al menos les tenemos cogidos... ¿Qué tal anda lo de mi viaje a Berna?

—Espera un segundo.

—Llamaré ahora mismo al África y volveré a hablar con usted —estaba diciendo Gately.

—Gracias, señor Secretario.

—Besadme el trasero, par de idiotas —murmuró Michaelmas cuando se interrumpió la conexión. Estaba mirando a su alrededor con rápidos movimientos oculares, sus manos extendidas ante el cuerpo y los pies bien separados, con lo que parecía inclinarse hacia delante en contra de su peso.

—Señor Michaelmas.

—Sí.

—Al aeropuerto.

—Bien.

Michaelmas fue en línea recta hacia el señor Samir. —¿Qué tal está?— le preguntó, ofreciéndole la mano.

—Bien, señor, ¿y usted? —dijo el señor Samir, extendiendo hacia él una mano callosa y dirigiéndole una solemne sonrisa—. ¿Cuáles son mis instrucciones?

—Ha habido un cambio de planes. Querría que me llevara inmediatamente a Cité d'Afrique.

—Como desee. —Se volvió hacia su equipo de rodaje, chasqueó los dedos y les hizo unas cuantas señas. Los técnicos empezaron a moverse junto a los flancos de la Oskar—. Partiremos dentro de noventa segundos, señor Michaelmas.

—Gracias. —Michaelmas miró a su alrededor y vio a Harry Beloit que se preparaba para mantener abierta la puerta que daba al interior del edificio.

Michaelmas fue hacia él— Harry —le dijo en voz baja—, por favor, acepta mis disculpas y transmíteselas a Getulio, Pavel y los demás. Tengo que marcharme para cubrir personalmente otra noticia. Volveré aquí tan pronto como pueda.

—No hay problema —dijo Beloit.

—Muchas gracias. —Se dio la vuelta, se detuvo y estrechó la mano de Beloit—. Me gustaría visitar alguna vez ese pantano contigo y tu familia —dijo, y se marchó. Saludó a Clementine y subió a la Oskar, sentándose junto al señor Samir. La puerta bajó, interponiendo un cristal azulado entre Michaelmas y el sorprendido rostro de Clementine, quien se volvió hacia Campion y le tocó el brazo. Los dos siguieron con los ojos a la Oskar, que se apartó en diagonal de su zona de estacionamiento, empezando a rodar hacia la puerta de salida.

El señor Samir conducía, con las mangas de su camisa subidas dejando ver unos antebrazos tan gruesos como garrotes; el equipo de rodaje, mirando de vez en cuando con curiosidad a Michaelmas, seguía ocupado guardando sus aparatos y abrochándose los cinturones de sus asientos, situados en la parte trasera del vehículo.

—Te llamaré —le dijo por señas Michaelmas a Clementine, alzando su teléfono y fingiendo teclear en él. Pero ¿qué voy a decirte?, pensó, volviendo a guardar el teléfono dentro de su chaqueta. Saludó con la mano a Papashvilly y éste le miró, enarcando las cejas. El señor Samir aceleró. La puerta de salida se abrió, cerrándose en cuanto hubieron pasado y después, controlada por un ordenador, permaneció obstinadamente cerrada cuando uno de los equipos de rodaje intentó seguir al famoso señor Michaelmas y enterarse de qué podía haberle hecho partir.

El señor Samir conducía de forma algo tosca. La camioneta blanca erizada de plataformas avanzaba con un siniestro silbido por la autopista, yendo en dirección este.

—El aeropuerto, señor Samir, por favor —dijo Michaelmas.

—La entrada militar —dijo Domino.

—Falta un poco para el siguiente vuelo comercial —dijo el señor Samir—. ¿Desea tomar un vuelo chárter?

—No, señor Samir. Los chárter tienen planes de vuelo que hace falta rellenar por anticipado. Iré a la zona militar del aeropuerto, por favor.

El señor Samir asintió.

—Como desee. Probablemente recordaremos que usted pidió que le lleváramos al Hilton.

—Siempre es una posibilidad. Se lo agradezco.

—Siento que hayamos tenido tan pocas posibilidades de serle útil.

—Quiero que vuelvan a Control Estelar tan pronto como me hayan dejado en el aeropuerto. Y ya habrá otras ocasiones para que podamos trabajar juntos. Será un

placer.

—El placer será mutuo.

—Gately ha llamado a Norwood —le dijo Domino—. Le están haciendo esperar; Norwood debería estar libre dentro de unos minutos. Creo que la CANU piensa que es un mensaje de felicitación procedente de la administración estadounidense. Le dejarán hablar con él tan pronto como puedan.

Los labios de Michaelmas se curvaron para formar una leve sonrisa.

—Bien. —Se dedicó a observar el desierto, que pasaba velozmente junto a ellos.

—Douglas Champion —dijo Domino.

—Repite eso.

—Cuando trabajaba en Chicago para la WKMM Champion se pasó un año y medio volando con el helicóptero encargado de seguir las noticias policiales. Usaban un modelo idéntico al utilizado por Watson cuando se estrelló. Nunca tuvieron ninguna avería mecánica. Pero el piloto tuvo un problema con el anillo de condensación cuando empleaba el modelo anterior. La emisora utilizó uno hasta pocos meses antes de que Champion entrara a formar parte de su personal. El piloto logró posarse en el parque Lincoln sin demasiados problemas, y nadie se preocupó mucho. Pero en un año y medio de conversaciones cinco días a la semana es probable que le hablara de ello a Champion.

Eso podría haber llevado a toda una discusión clínica sobre causas y remedios caseros.

Creo que Champion podría haber aprendido a manejar las portillas y los cierres Pozip.

Creo que podría saber qué cable hacía falta soltar.

Michaelmas inclinó la cabeza.

—Las pruebas me parecen un tanto circunstanciales, ¿no? —dijo por fin.

—Champion figura también en la corta lista de personas que podían haber tenido acceso al aparato; Watson estaba ocupado hablando con su gente pero Champion ya sabía qué iba a decirles, por lo que podía dedicarse a dar una vuelta.

—Estar en la lista no demuestra que...

—He intentado encontrar algo que corrobore mi teoría. Descubrí que la revista National Geographic tiene alquilado tiempo en un satélite de la AP que pasaba sobre Suiza en aquel momento. Lo estaban utilizando para hacer mapas por infrarrojos, mapas que utilizarían en un programa sobre los glaciares. Repasé sus datos e hice unos cuantos trucos de reprocesado con un segmento que cubría a Berna. He identificado rastros térmicos que corresponden a Watson, el piloto del helicóptero y varias personas entre las que debía estar Champion. He aislado una de esos rastros como perteneciente a Champion, con una probabilidad de certeza del ochenta y dos por ciento. Ese rastro térmico se aparta de las personas que rodean a Watson, se

acerca al helicóptero, se detiene junto al fuselaje en el sitio justo durante el tiempo correcto y luego vuelve a unirse con el grupo.

Michaelmas se mordió el labio superior. Sus ojos estaban clavados en el parabrisas y tenía las manos sobre el regazo.

—Ochenta y dos por ciento.

—Una probabilidad del ochenta y dos por ciento de que Campion sea el otro miembro de un grupo muy restringido en el que sólo la piloto parecía estar igualmente cualificada para preparar su propia muerte.

Michaelmas no dijo nada.

—Odio actuar basándome en probabilidades —dijo pasados unos segundos.

—Ve a tu iglesia y yo iré a la mía.

Michaelmas meneó la cabeza. El señor Samir, quien indudablemente poseía una excelente visión periférica, pareció pestañear, algo sorprendido, pero siguió conduciendo.

Oh, sí. Sí. Estaba tan claro como tu propia nariz reflejada en el espejo. El pobre, estúpido y ambicioso hijo de perra había sabido con toda exactitud lo que iba a suceder.

El helicóptero iría cubriéndose de hielo, se posaría sin problemas en el equivalente local del parque Lincoln pero a cierta distancia de la parada de taxis más próxima, y Duggie Campion ocuparía el lugar de «Caballo». Watson para aparecer en antena dirigiéndose al mundo. Después «Caballo» sería rescatado y todo habría sido una avería sin importancia: cosas que pasan. Y, suponiendo que sintiera tal necesidad, ¿qué justificación se daría a sí mismo? Aquello tampoco resultaba especialmente difícil. Había comprendido bien todos los factores implicados, ¿no? Había calculado el riesgo con toda exactitud. Bueno, de acuerdo, entonces había hecho todo lo necesario; la mala suerte había matado a dos personas, una de las cuales daba la casualidad de que era su inmediato superior, creando con ello una vacante permanente en un escalón más alto de la jerarquía; sí, el Destino actuaba de una forma sorprendente...

—Manténle ocupado —gruñó Michaelmas.

—Hecho —dijo inmediatamente Domino.

—Gracias.

—Tengo la llamada de Gately a Norwood —dijo Domino cuando salían de las colinas y empezaban a bajar hacia la ciudad—, Norwood está en el despacho de Wirkola.

—Pásamela.

—Bien.

Michaelmas se quedó muy quieto en su asiento. —¿Walt? ¡Walt, eh, chico, soy Willie!— oyó gritar en su oreja, y la voz siguió diciendo cosas similares durante unos

momentos dedicados a desplegar todas las felicitaciones y los tacos obligatorios. — Oye, hijo... —siguió diciendo Gately—. ¿Puedo hacerte una pregunta sobre algo que ha de quedar entre nosotros dos? ¿Hay mucha gente mirando por encima de tu hombro en estos momentos?

—No, señor, no mucha. Estoy en el despacho del señor Wirkola y no hay nadie que no pertenezca a la CANU.

—Bueno, eso... Perdóname, hijo, pero quizá no...

—No hay problema, señor Secretario, puede hablar. Una pausa. Gately emitió un leve bufido de frustración.

—De acuerdo. Qué diablos... Echa una mirada a esto... ¿Lo reconoces?

—Es su grabación del holograma con el emisor —dijo Domino.

—Sí, señor, lo reconozco —dijo Norwood—. Y me sorprende un poco que tenga un holograma de él.

—Walter, tengo mis propias fuentes de información y no me importa que la CANU se entere de eso. Estoy seguro de que reconocerán que tengo derecho a mantenerme al día, ¿no? Bien, hijo, ¿qué piensas de este trasto? ¿Crees que puedes decirme algo al respecto ahora mismo y utilizando esta línea?

—Hasta cierto punto, señor. Sí. —¿Qué quieres decir con eso?

El sonido de una mano tapando un auricular y apartándose de él unos segundos después.

—Señor Secretario, le han informado de que ese aparato es ruso, ¿no?

—Eso es exactamente lo que he oído decir. Y también he oído decir que la CANU no te permite revelarlo. ¿Qué tal se encuentra usted hoy, señor Wirkola?

—Señor Secretario, estoy viendo un listado con un análisis de materiales según el que los componentes del núcleo fueron obtenidos lijando un fragmento de Litoplaca G.E. hasta conseguir que se pareciera mucho al material reglamentario aprobado Grado II de la URSS —le dijo Norwood—. Habría podido salir bien, pues el Grado II se manufactura al sur de Kiev utilizando equipo adquirido a la G.E. y usando procesos patentados por la G.E.

—Pero el año pasado la G.E. decidió darle un acabado más liso a la Litoplaca, mientras que el Grado II siguió como antes. Quizá piense que se puede volver a la vieja configuración.

—Pero no se puede; porque la G.E. también alteró un poco su estructura básica. Y de momento lo distribuyen de una forma limitada. Según lo que veo aquí, el único sitio donde se podría conseguir esa pieza de la que estamos hablando es el almacén central de la G.E. en San Luis. —¿San Luis?

—Me encuentro estupendamente —dijo el señor Wirkola—. ¿Y usted, señor Gately, qué tal está? Un largo silencio.

—Walter, ¿estás seguro?

—Bueno, voy a usar los laboratorios de aquí y someteré la pieza a toda una serie de pruebas que espero me dejen satisfecho. Debo admitir que ya casi he conseguido quedar como un imbécil una vez, y no quiero repetirlo. Pero estamos trabajando con el mejor equipo y los mejores programas del mundo y yo mismo los he utilizado montones de veces sin dudar nunca de ellos. Tengo la corazonada de que podría pasar esta pieza por cualquier equipo moderno del mundo y acabaría obteniendo la misma respuesta.

—San Luis, Missouri.

—Creo que todavía existe una comunidad llamada San Luis del ¡Ja Ja!, cerca del lago Temiscouata, en Quebec —dijo el señor Wirkola.

—Señor Wirkola, aprecio mucho la discreción mostrada por la CANU sobre este asunto —dijo Gately—. Supongo que se mantendrá en contacto de manera oficial conmigo, ¿no?

—Sí —dijo Wirkola—. El coronel Norwood ocupará temporalmente el puesto de enlace nuestro con el gobierno de los Estados Unidos para ocuparse de este asunto. Sugiero una gira de buena voluntad por los Estados Unidos como tapadera de las conversaciones que mantendrá con su Presidente y con usted mismo, señor Gately. Pero Norwood ya le llamará más tarde para confirmarle el resultado de los nuevos exámenes, y eso le dará a usted tiempo para consultar con el señor Westrum sobre su respuesta a esa sugerencia.

Puede decirle al señor Westrum que comprendemos cuál es su situación política y que, desde luego, no deseamos hacerle cargar con cualquier peso innecesario. Sin embargo, creo que quizá la mejor forma de relegar este incidente al fondo de los estantes de la historia es que no haya ningún intercambio de réplicas entre el señor Westrum y su informante, sea cual sea su identidad. Lo que se hace en privado debe mantenerse como tal, naturalmente...

—Te abre en canal, te despelleja y te vende un traje nuevo —dijo Domino—. Ese encantador anciano ha necesitado dos minutos para reaccionar a lo explicado por Gately, tomarle la talla y examinar rápidamente su texto de anatomía.

—Sí —dijo Michaelmas.

—Gracias, señor Wirkola —dijo Gately—. Hablaré con mi Presidente y esperaremos la llamada del coronel Norwood.

—Gracias, señor Secretario. Le estamos muy agradecidos por su cooperación —dijo Wirkola.

—Adiós, Walter. Me ha alegrado mucho hablar contigo, hijo.

—Gracias, señor Secretario.

La conexión se interrumpió. La camioneta ya había llegado a las rampas de la ciudad, y avanzaba rápidamente por entre los hermosos edificios nuevos, zumbando en dirección al aeropuerto.

—Ahora comprendo por qué ayudaste a que el señor Wirkola fuese elegido como Director General —dijo Domino.

—Lo que has comprendido no es exactamente eso. Has comprendido por qué no hizo falta manipular la votación. Sus virtudes resultan evidentes incluso para un comité electoral y, por encima de todo, debemos evitar el pecado del intervencionismo exagerado. Tienes que respetar a los Hjalmar Wirkola de este mundo.

—Tomo nota. Igual que antes. Michaelmas suspiró.

—No pretendía hacerte enfadar. Señor Samir —dijo, ahora en voz alta—, en cuanto me haya dejado en el aeropuerto me gustaría que volviese a Control Estelar y entrevistara al mayor Papashvilly. Me ocuparé de conseguirle el permiso necesario. En cuanto haya despegado llamaré al señor Frontiere y al mayor y les diré que estén preparados para recibirle.

—Cierto —dijo Domino.

—Comprendo —replicó el señor Samir.

Michaelmas le miró, sonriéndole para demostrar que confiaba en él.

—Estoy seguro de ello. Después hablaré con usted por teléfono, indicándole qué preguntas debe hacer, y usted grabará las respuestas del mayor.

—No hay problema —dijo Domino.

—Totalmente comprendido —dijo el señor Samir—. Su confianza hace que me sienta orgulloso.

—Bien, entonces todo resuelto —dijo Michaelmas—. Gracias.

El metraje rodado por el señor Samir pasaría a los depósitos de montaje de su cadena y aguardaría el momento adecuado para las mezclas. Domino se encargaría de que la cadena recibiera también planos de Michaelmas haciendo las preguntas, comentándolas y mostrando su reacción ante las respuestas de Papashvilly. El ordenador de montaje de la cadena usaría los dos componentes, mezclándolos para conseguir una entrevista completa.

Dado que los planos de Michaelmas se rodarían con un telón de fondo neutro habría algunos momentos en que el programa de montaje podría hacer que Michaelmas y Papashvilly figurasen en la misma secuencia, armonizando sus escalas y colocándolos dentro del mismo marco. El efecto final resultaría de lo más convincente. El señor Samir, sin cometer la descortesía de preguntárselo, dio por sentado que Michaelmas utilizaría otro equipo sindicado para tal cometido. Y, de hecho, eso haría, pensó Michaelmas mientras volvía a reclinarsse en su asiento. Domino llamaría a los cuarteles generales de la cadena y ellos se encargarían de fotografiar el holograma de Laurent Michaelmas en sus propios estudios. Era sencillo, usando una iluminación controlada y niveles de entrada audio supervisados por el ordenador, y lo más seguro era que dentro de uno o dos años existiera equipo

capaz de permitir tales operaciones fuera de los estudios. Cuando eso ocurriera L. G. Michaelmas ya no tendría que estar presente físicamente en ningún sitio que no fuera su apartamento, sentado ante su escritorio, cocinando o tocando su guitarra. —¿Qué quieres hacer?— le preguntó Domino. —¿Un qué-tal-va-todo, Pavel, un resúmenos-la-situación-a-gran-escala, una conversación global en la que se incluya su reacción ante el regreso de Norwood...?

—Eso último —dijo Michaelmas—. Creo que sabrá hacerlo bien. Queremos reforzar la idea de que Pavel es un tipo rápido, listo y encantador y que sabrá desempeñar su trabajo condenadamente bien. —Y, sobre todo, eso haría que Papashvilly pasara una o dos horas en una situación controlada y rodeado de gente que no presentaba peligro alguno. La entrevista tendría su utilidad y mantendría la reputación de L. G. Michaelmas, que nunca dejaba de hacer un trabajo ni aunque eso implicara estar en dos sitios a la vez, o casi, y nunca estaba de más acordarse de que el mundo estaba lleno de equipos y directores de rodaje muy competentes—. Ah, escucha, asegúrate de que doy una buena impresión cuando llame a Pavel.

—Por supuesto. Una charla antes del rodaje. Amigos que vuelven a reunirse. En cuanto pueda te invitaré a tomar una copa.

—Perfecto —dijo Michaelmas. Se frotó los párpados, con la cabeza momentáneamente inclinada hacia delante, dándose cuenta de que cuando adoptaba aquella postura podía percibir claramente lo fatigados que estaban sus hombros y su espalda.

Un objeto metálico y brillante bajaba del cielo igual que si estuviera suspendido de un hilo: el cebo de Dios. Las puertas del recinto militar se abrieron rápidamente ante ellos, por lo que la Oskar apenas si tuvo que reducir la marcha. El centinela examinó su número de matrícula, asintió con la cabeza y les saludó, viva imagen del buen soldado con órdenes de lo más explícito recién salidas de su teleimpresora. La camioneta avanzó hacia la pista. —¿Qué es eso?— preguntó el señor Samir, alzando los ojos para mirar por el parabrisas. Frenó con cierta brusquedad y les hizo detenerse delante de un múrete.

El avión suspendido sobre sus cabezas se convirtió en una cuña plateada de ángulos afilados sostenida en equilibrio por sus toberas, pero a medida que se aproximaba al suelo sus flancos empezaron a abrirse para revelar alerones estabilizadores, un tren de aterrizaje y deflectores de chorro.

—Creo que es un Pacificador Tipo Beta —dijo Michaelmas—. Pertenecen a la Milicia Aérea Noruega. Yo no abriría ninguna puerta o ventanilla hasta que se haya posado y pare los motores. —El cristal del parabrisas empezó a temblar suavemente y el metal de la Oskar vibró con un tamborileo apagado.

—Una comprobación rutinaria de Kirkenes a su base de Cabo Noruegia, en el Antártico —dijo Domino—. Su hoja de misión contiene ahora unas cuantas

adiciones: propósito, mejorar el entrenamiento de la tripulación. Lo que ves es un aterrizaje a nivel del mar en el ecuador; el procedimiento de aterrizaje usado para adaptarse a las montañas que rodean Berna es muy distinto. Una ocasión excelente para practicar... Bien, un pasajero sin identificar subirá a bordo gracias a una petición de alta prioridad formulada por la embajada local que, como otras muchas embajadas, de vez en cuando hace cosas por las que no da explicaciones, cuya existencia no queda registrada en ninguna parte y que siempre serán negadas. Contacto con el suelo dentro de treinta segundos; después sacarán la escalerilla de embarque. Tu tiempo de vuelo estimado es de veinte minutos.

—*Bon voyage*. —El Beta se posó en la pista. Los motores fueron dejando de rugir hasta conformarse con un ahogado gruñido que hizo bailotear las partículas de piedra sueltas levantándolas un par de centímetros por encima de la superficie.

—Adiós, señor Samir. Gracias —dijo Michaelmas. Abrió la puerta y avanzó trotando bajo el sol implacable, sosteniendo la cajita negra ante sus costillas. Una escalerilla concebida para el desembarco de todo un pelotón de combate se apartó del fuselaje con la rapidez de un puñetazo. Michaelmas subió rápidamente por ella hasta llegar a la zona de carga; un compartimento de color verde con paredes acolchadas que, aun así, palpitaban rítmicamente, provisto con asientos hidráulicos que en esta misión permanecerían vacíos y suspendidos de sus soportes. Se dejó caer en uno y empezó a colocarse los correajes.

La escalerilla se fue plegando y se introdujo en el aparato. —¿Sentado y con los cinturones puestos, señor?— preguntó una voz desde un intercomunicador situado en algún punto del mamparo superior. Michaelmas rebuscó en su mente para dar con el acento y los vagos recuerdos de aquel idioma aprendido a toda prisa. «Ja», dijo, pronunciando la «a» más como una «o» de lo que habría sido correcto, y esperando que bastara con eso. «Bien, pues en marcha», dijo el invisible miembro de la tripulación y el Tipo Beta salió disparado hacia arriba para pasar luego al vuelo horizontal.

Michaelmas sintió cómo se le aflojaba la mandíbula y su cuerpo se hundió en los almohadones neumáticos. Sus brazos colgaban de los apoyaderos del sillón. «Hay que ser cauteloso con tu lámpara mágica», le dijo lentamente a Domino. Pero no sonreía y aunque había momentos en que quizá sintiera un secreto placer ante el silencioso mecanismo robótico de la suspensión de su asiento, que le colocaba siempre en el sentido de la aceleración mientras que el Pacificador llegaba al final de su curva balística y se preparaba a girar sobre sí mismo, lo cierto es que ahora estaba pensando en otros secretos. Las yemas de sus dedos tamborilearon sobre el acolchado del brazo y Michaelmas se removió en el asiento. Sus labios adoptaron aquella expresión de impaciencia que nunca le dejaba ver a los demás.

—Tenemos unos cuantos minutos —dijo por fin—. El compartimento está limpio, ¿no?

—Sí, señor.

—Bien, creo que podemos permitir que Douglas Campion sepa qué estoy haciendo.

Su teléfono empezó a sonar. —¿Oiga?— dijo. —¿Qué? ¿Quién habla? Estaba llamando a...— dijo Campion.

—Aquí Laurent Michaelmas. —¿Larry! Jesús, están pasando cosas rarísimas. ¿Cómo es que estoy hablando contigo? Me encuentro en el vestíbulo de la CANU y estoy intentando llamar a mi cadena.

Algo debe estar funcionando realmente mal.

Michaelmas se reclinó en su asiento.

—Bueno, Doug, ¿cuál es el problema? ¿Puedo ayudarte de alguna forma?

—Amigo, espero que alguien pueda. Yo... Bueno, diablos, tú eres la primera persona con quien he podido hablar desde hace media hora. ¿Puedes creerlo? Llame a quien llame, siempre tiene la línea ocupada. Mi cadena da señal de ocupado, la compañía de taxis igual... Hice una prueba intentando llamar a Gervaise de una habitación a otra y me dio señal de ocupado. Y Gervaise no estaba utilizando su teléfono. Esto es una locura.

—Suenan como si tu aparato estuviera averiado, ¿no?

—Sí. Sí, pero cuando tomé prestado el suyo me pasó lo mismo. Mira, no quiero parecer un personaje de Edgar Allan Poe pero ni tan siquiera consigo hablar con el Servicio de Reparaciones. —¡Cielo santo! ¿Y qué harás en caso de que la maldición se extienda?— ¿Qué quieres decir? —¿Has recibido alguna llamada desde que empezaste a tener estos problemas?

—No. No...¿Quieres decir que quizá nadie pueda hablar conmigo?

—Sí, justamente eso. Y luego, naturalmente, lo más lógico sería preguntarse si tu banco es capaz de recibir las transferencias y encargarse de tus pagos, si el Departamento del Tesoro sigue recibiendo información sobre tu nivel impositivo y si sigue dándole el visto bueno... Ese tipo de cosas. Suponiendo que logres cruzar el océano y volver a casa, ¿crees que el sistema de seguridad de tu edificio será capaz de reconocerte? —Se rió—. Eso sí que sería un problema, ¿no? Te volverías famoso, suponiendo que alguien pudiera dar contigo.

—Dios mío, Larry, no tiene ninguna gracia.

—Oh, no creo que vayas a pasarte la vida así, ¿verdad? Supongo que debe ser algún pequeño problema informático, nada más. Acabará arreglándose, ¿no crees?

—No lo sé. No sé qué diablos está pasando. Mira... ¿Dónde estás? ¿Qué te hizo salir corriendo de esa forma? ¿Qué está pasando?

—Oh, ando detrás de una noticia. Ya sabes cómo es eso, ¿no? ¿Qué tal te

encuentras? ¿Crees que el problema es algo realmente serio?

—Sí... Oye, ¿podrías encargarte de llamar al Servicio de Reparaciones por mí? Ya se lo he pedido a Gervaise y a otros pero ni ellos consiguen llamar. Pero si estás en la ciudad, supongo que te encontrarás lo bastante alejado de este cortocircuito o lo que sea.

—Por supuesto. ¿Cuál es tu...? —Michaelmas cortó la conexión y volvió a reclinarsse en su asiento mientras que el aparato seguía avanzando. Se imaginó a Campion buscando nuevamente a Gervaise para que le ayudara.

—Señor Michaelmas —dijo Domino después de un breve silencio—. Acabo de quitarle la licencia de exportación a Konstantinos Cikoumas. Para siempre. Quizá haría bien marchándose de África.

—Estupendo.

—Viola Hanrassy ha llamado dos veces a Gately en los últimos diez minutos y le han dicho que estaba hablando por otra línea.

—Ah.

—Gately está hablando con Westrum.

—Ya.

—Aceptarán el plan de Wirkola en cuanto Norwood confirme los resultados de los exámenes. Después Westrum llamará a la Hanrassy y le hará oír una grabación de Norwood confirmando los datos. Gately se mostró muy complacido en cuanto Westrum le dijo que no sería necesario que volviera a hablar con ella.

—Hay veces en que todo se arregla de una forma sorprendente, ¿verdad?

—Tomarás tierra dentro de unos momentos. El punto de aterrizaje es la pradera que se encuentra junto al estacionamiento del sanatorio. Aun así, puede que pongamos algo nerviosos a los pacientes.

—No hay forma de evitarlo. Si pueden aguantar a los equipos de rodaje, podrán soportar cualquier cosa. Excelente, Domino. Gracias. Otro breve silencio.

—Señor Michaelmas... —¿Sí?

—Me mantendré todo lo cerca que pueda. No sé hasta qué punto podré conseguirlo.

Pero si tengo ocasión, estaré allí.

—Lo sé.

—Estamos a punto de tomar tierra —dijo la voz del tripulante—. Un timbre le avisará. —La vibración se hizo más fuerte y el ruido de los motores cambió de tonalidad. Michaelmas se hundió en sus almohadones y su cuerpo volvió a erguirse unos instantes después, sosteniendo la terminal en sus manos. Un golpe ahogado. Oyó el timbrado y la escalerilla emergió del fuselaje. Michaelmas apretó el botón que desabrochaba los correajes y bajó por la escalerilla.

—Danke-áij.

Estaba en la pradera que dominaba el estacionamiento, y pudo ver el sitio donde habían aparcado y los escalones por los que había rodado el objetivo. Se puso en marcha, atravesando la pendiente hacia la entrada del sanatorio. El personal de éste ya venía hacia él, corriendo sobre la hierba.

—Tengo que irme —dijo Domino—, ya vuelvo a sentirlo.

—Bien. Escucha... Siempre es mejor estar seguro de lo que haces. ¿Comprendes las razones que te impulsan a marcharte? No obtuvo ninguna contestación de la terminal.

El personal del sanatorio ya estaba lo bastante cerca de él para reconocerle. Su carrera se convirtió en un caminar normal y Michaelmas vio que le observaban con un leve fruncimiento de ceño. Sonrió, moviendo la cabeza.

—Una pequeña visita sorpresa. Tengo que hablar de algunas cosas con los doctores Limberg y Cikoumas. ¿Dónde están? ¿Por aquí? De acuerdo. —Pasó por entre ellos dirigiéndose hacia la gran puerta de entrada y cruzó el umbral. Dejó atrás el sitio donde Clementine se había roto el tacón del zapato. Avanzó por el pasillo que llevaba a la zona de investigación, con su mente siguiendo de forma automática el plano que Harry Beloit le había mostrado a Clementine—. ¿Cómo, que no es una zona abierta al público? —le dijo a unos cuantos miembros del personal que se habían materializado junto a él—. Oh, pero yo no soy un visitante normal. Tengo que ver a los doctores Limberg y Cikoumas. —Llegó al gran vestíbulo pintado en un suave color crema que daba acceso a los laboratorios.

Limberg y Cikoumas acababan de aparecer por una de las puertas contiguas y se quedaron quietos, mirándole, mientras que el Tipo Beta despegaba con un rugido. —¡Ah, aquí están!— exclamó Michaelmas, yendo hacia ellos con los brazos abiertos y poniendo una mano en el hombro de cada uno. —¡Bien, bien! —dijo, muy complacido—. Justo las dos personas a las que deseaba ver... Tenemos que hablar. Sí. Tenemos que hablar. —Les hizo dar la vuelta y les llevó hacia la puerta del despacho de Limberg—. Su despacho, doctor, ¿verdad? ¿Podemos usarlo para hablar? Parece un sitio muy cómodo.

Necesitamos estar solos. Gracias, doctores. Sí. —Cerró la puerta a su espalda, sin dejar de hablar y sonreír—. ¡Bien, bien! —Apoyó una nalga sobre una esquina del escritorio de Limberg. Limberg y Cikoumas estaban inmóviles en el centro de la habitación, mirándole.

Michaelmas estaba contando mentalmente. Calculó que habrían pasado unos treinta minutos desde que Norwood había hablado con Gately. —¡Bueno, aquí estamos los tres!— dijo, poniendo las manos sobre los muslos e inclinando el cuerpo hacia ellos como para prestar más atención a sus palabras. —Sí. Hablemos.

DOCE

Limberg tenía la cabeza un poco echada hacia atrás y le estaba observando con una expresión de cautela, los labios algo apretados. Un instante después su boca se retorció hasta formar una leve sonrisa desprovista de toda emoción. Se dio la vuelta y se dejó caer en uno de los dos inmensos sillones del despacho, que parecían ser muy cómodos. Su impecable bata blanca y su tez y cabellera de anciano le hacían contrastar agudamente con el terciopelo morado. Juntó las rodillas y puso las manos sobre ellas. Después ladeó la cabeza y siguió en silencio. Sus ojos miraron de soslayo a Cikoumas, que estaba irguiendo el cuerpo y metiendo las manos en los bolsillos.

—Señor..., esto..., Michaelmas —dijo Cikoumas.

—Larry. Por favor; esto no es una entrevista formal.

—Esto no es ninguna entrevista —dijo Cikoumas, empezando a recuperar su compostura habitual—. No es usted bienvenido; no... Michaelmas enarcó una ceja y miró a Limberg. —¿No? Veamos, deje que lo entienda... Medmiembro Asociada me niega su hospitalidad cuando ni tan siquiera sabe de qué deseo hablar y se limita a echarme a patadas, ¿no?— Movi6 la mano como disponiéndose a acariciar la unidad de comunicación que colgaba de su hombro.

Limberg dejó escapar un leve suspiro.

—No, creo que no le ha comprendido. —Meneó la cabeza—. El doctor Cikoumas sabe muy bien lo importante que es mantener unas buenas relaciones con los medios de comunicación. —Miró a Cikoumas—. Kristiades, debo sugerirte que te calmes —le dijo, usando el mismo tono de voz tranquilo y juicioso que había empleado antes—. Pero, señor Michaelmas, su conducta tampoco me parece del todo correcta. Supongo que lo normal es llamar antes concertando una cita, ¿verdad?

Los ojos de Michaelmas recorrieron el despacho, contemplando los estantes de libros, sus tapices y cortinas, su alfombra de Bokhara y el gran ventanal que daba a los barrancos y acantilados de un —lugar más áspero y frío, pero que no dejaba penetrar nada de sus rigores en el despacho—. ¿Les he interrumpido? —preguntó—. Este lugar transmite tal impresión de calma y serenidad... —¿Cuánto tardarán en estallar?, estaba preguntándose y, al mismo tiempo, miraba a Cikoumas e iba evaluando la posición de sus labios, la destreza de aquellas manos que temblaban impulsadas por la ambición—. Sólo serán unas cuantas preguntas, Kiki —dijo—. Es así como te llaman, ¿verdad..., Kiki?

Cikoumas dejó escapar una breve y ronca carcajada.

—No, señor Michaelmas, ellos no me llaman Kiki —dijo como si supiera muy bien de qué estaban hablando—. ¿Es eso lo que ha venido a preguntar?

—Si no hubiera venido por algo más importante, ¿crees que habría conseguido viajar gratis en un avión militar? —observó Limberg. Cikoumas no parecía haber

pensado en eso. Cuando miró nuevamente a Michaelmas su fruncimiento de ceño era distinto al de antes, y su cuerpo se había cargado de una nueva tensión.

Michaelmas movió el pie y la puntera de éste trazó un dibujo carente de todo significado sobre la alfombra. Se quitó una mota de polvo de la pernera del pantalón, haciendo que su reloj asomara de la manga.

—Mucha gente me debe favores —dijo—. De vez en cuando pido que me devuelvan alguno. Es justo, ¿no?

Un suave timbrazo hizo vibrar la atmósfera.

—Doctor Limberg —dijo la voz de una secretaria—. Tiene una llamada telefónica muy urgente. —Michaelmas miró a su alrededor con una sonrisa de algo distraída satisfacción.

—Estoy ocupado, Liselotte —dijo Limberg—. Pídeles que llamen más tarde.

—Quizá sea una llamada de África —dijo Michaelmas. Cikoumas parpadeó.

—Veré si puedo ocuparme del asunto. Hablaré desde mi despacho. —Fue rápidamente hacia la puerta que había enfrente del escritorio de Limberg. Michaelmas intercambió una breve mirada con Limberg, que seguía inmóvil.

—Liselotte —dijo Limberg—, ¿la llamada viene de África?

—Sí, *herr Doktor*. Es el coronel Norwood. Voy a pasársela al doctor Cikournas.

—Gracias. —Limberg miró fijamente a Michaelmas—. ¿Qué ha ocurrido? —le preguntó.

Michaelmas se puso en pie y cruzó la habitación hasta llegar al ventanal. Apartó un pliegue de la cortina y miró hacia el exterior.

—Querrá darle a Cikournas los resultados de los análisis efectuados sobre el falso emisor telemétrico —dijo, como sin darle importancia. Se rascó la cabeza, justo sobre el oído izquierdo. Le dio un manotazo a la cortina y se dio la vuelta, con toda la luz del atardecer brillando a su espalda, y apoyó los hombros en el frío cristal. Limberg se había movido, retorciendo el cuerpo en su sillón para observarle.

—He oído comentar que es usted un excelente reportero investigador —dijo.

—Ojalá pudiera representar mi papel con tanto éxito como usted.

Limberg frunció el ceño. Se quedaron en silencio, mirándose. Limberg apartó la vista un momento, queriendo evitar el resplandor que caía sobre sus ojos. Después abrió la boca para hablar, empezando a darse la vuelta, pero Michaelmas se le adelantó.

—Deberíamos esperar a Cikournas. Así nos ahorraremos unas cuantas repeticiones.

Limberg asintió lentamente, volvió a mirar hacia delante y repitió ese mismo gesto de cabeza, como para sí mismo. Michaelmas siguió donde estaba, de cara a la puerta. El cristal que tenía a la espalda vibraba suavemente, pero nadie que estuviera en el despacho habría podido darse cuenta de que temblaba, y de que el temblor

estaba originado por su cuerpo. Algo zumbó a lo lejos, quizá un ascensor que se había puesto en marcha, pero el sonido de maquinaria no tardó en detenerse.

Cikournas volvió a entrar en el despacho unos instantes después y miró fijamente a Michaelmas desde el otro extremo de la habitación. Detrás de él se veían brillar unos objetos blancos llenos de ángulos y líneas rectas, un resplandor de metales bruñidos iluminados por fuentes de luz indirectas que se reflejaban en un suelo de baldosas azul claro. Cikournas cerró la puerta.

—Bien, ya está. —Su voz fue subiendo de tono hasta alcanzar una falsa indignación—. Tengo que hablar con el doctor Limberg sobre un asunto confidencial.

—Sí —dijo Michaelmas—. Sobre el emisor telemétrico. El rostro de Cikoumas palideció, volviéndose totalmente inexpresivo.

Limberg se volvió hacia él.

—Ah... —Alzó la mano—. Un momento, Kristiades. Señor Michaelmas, ¿tiene algo que decirnos sobre ese emisor? Michaelmas miró a Cikoumas y sonrió.

—Norwood le ha dicho que los programas de análisis de los ordenadores de la CANU afirman que el emisor no es ruso. Es una falsificación hecha con gran habilidad. —Obsequió a Limberg con una sonrisa—. Dice que probablemente sea algo preparado por la organización de Viola Hanrassy.

Cikoumas y Limberg se encontraron intentando intercambiar una rápida mirada de soslayo.

—Señor Michaelmas —dijo Limberg pasados unos momentos—, ¿por qué iban a pensar que es cosa de la Hanrassy? —¿Cuando en realidad no tiene nada que ver en ello? ¿Está preguntándome cómo se las ha arreglado la CANU para engañar a Norwood?

Los labios de Cikoumas temblaron levemente.

—Quizá no comprenda que para hacer eso tendrían que haber reprogramado todo su equipo de laboratorio. Y las cosas han ocurrido demasiado deprisa para que pudieran hacerlo.

—Ah. Bueno, entonces, lo que me pregunta es qué razón tiene Norwood para haberse convertido en un mentiroso cuando se marchó de aquí lleno de sinceridad, ¿no?

Limberg meneó pacientemente la cabeza.

—No, él es incapaz de eso. —Sus ojos centellearon durante una fracción de segundo—. Por favor, señor Michaelmas... Deme una explicación. —Agitó la mano para indicarle nuevamente a Cikoumas que guardara silencio—. Soy viejo. Y estoy muy ocupado.

—Sí. —No tan ocupado como algunos otros—. Bien, en cuanto a cuál es la razón de que el emisor parezca ser una falsificación, cuando todos sabemos que debería parecer auténtico... —Se frotó la palma de la mano con los nudillos—. Sinceridad. Si

podiera hablar; si existiera una forma en que usted pudiera preguntarle «¿Eres obra de Aquel que creó al cordero?», el emisor le respondería Da y sería perfectamente honesto. —Me pregunto cómo es posible tal cosa. O, ¿cómo lograron convencerle? ¿Cuál es la respuesta? ¿Qué era ese ruido que se oía detrás de la puerta de Cikoumas? — Y en caso de que vean ocurrir lo imposible, doctores, yo diría que quizá esta Tierra contenga fuerzas que ustedes no podían ni imaginarse. —Clavó los ojos en Limberg, hablándole sin hacer caso de Cikoumas—. No es culpa suya, ¿comprende?

Limberg asintió. La carne que había alrededor de sus labios se arrugó igual que si fuera de papel.

Cikoumas se había quedado boquiabierto. —¿Qué sabe usted de todo esto?

Michaelmas sonrió, mostrándole las palmas de sus manos.

—Sé que tenemos a un Walter Norwood sincero cuando hubo un tiempo en que sobre el Mediterráneo no había nada. Nada —dijo—. Oh, no se preocupen por él; le buscarán un buen puesto en el programa espacial, no sé dónde. Un cargo administrativo. No podrá participar en las misiones; demasiados interrogantes. Irá envejeciendo. Con el tiempo acabará dejándolo. Quizá termine encargándose de los comentarios científicos para alguna cadena. —Michaelmas irguió los hombros y se apartó de la ventana—. Su plan no ha funcionado y no hay forma de que puedan arreglarlo ni repetir el intento. Han perdido todos sus peones. La expedición a los Planetas Exteriores partirá en el momento previsto, y después de ella habrá otras. —Y ahora este nuevo sonido.

Era como un ir y venir de notas musicales, seguido por un ruido de fricción mecánica provocado por algo que se movía y chasqueaba, algo que emitía una nota muy penetrante antes de quedarse callado. Quizá no supieran lo agudo que era su oído musical.

Cikoumas había estado allí dentro más tiempo del que podía haber necesitado para responder a una llamada telefónica.

—Señor Michaelmas, esas fuerzas desconocidas... —dijo Limberg—. ¿Es usted representante suyo?

—Sí —dijo Michaelmas, dando un paso hacia delante. Tenía las rodillas rígidas, los pies tensos—. Yo soy esas fuerzas. —Sus labios se convirtieron en dos líneas rectas que dejaban asomar las blancas puntas de sus dientes. El aire siseó por entre ellas cuando dejó escapar la palabra—. Sí. —Siguió avanzando hacia Cikoumas—. Y creo que ha llegado el momento de que avisen a sus amos de que me encuentro ante sus puertas. —Como si yo estuviera sordo y ellos estuvieran ciegos. Se detuvo cuando le faltaba dar un paso para llegar a Cikoumas, su rostro vuelto hacia arriba para mirarle directamente a los ojos. Ahí dentro hay algo. En sus ojos. Y en esa habitación. Cikoumas sonrió fríamente, una expresión que le salía de forma mucho más natural que sus intentos por mostrar indecisión o miedo.

—Bien, señor Michaelmas, ahora tendrá ocasión de conocerles —dijo, haciéndole una leve reverencia y dándose la vuelta para abrir la puerta—. Sígame, por favor. Tengo que estar presente para hacer funcionar el equipo durante la entrevista.

—Kristiades —dijo Limberg desde su sillón—, ten cuidado con él.

Michaelmas siguió a Cikoumas a través del umbral: al otro lado no había nadie.

La habitación, de tamaño moderado, era de un blanco metalizado y la pared que daba al exterior estaba cubierta con mirillas de plástico en forma de globos, algunas traslúcidas y otras transparentes, por lo que las montañas se iban repitiendo como vistas por un ojo de pez entre lo que parecían ser círculos de luz lechosa. El techo contenía el último hallazgo en la técnica de iluminar laboratorios: una neblina color perla que no arrojaba sombras y proyectaba una claridad perfectamente igualada. Las otras tres paredes estaban pintadas de blanco mate; paneles herméticos ocultaban el equipo y los suministros. El suelo estaba hecho de una materia que cedía levemente a la presión.

Una de las esquinas contenía un cilindro blanco que tendría dos metros y medio de alto por casi uno de ancho. La superficie reflejaba suavemente la luz y en ella podían distinguirse unas casi imperceptibles líneas que corrían en sentido vertical y horizontal. El cilindro brotaba del suelo dando la impresión de que quizá continuara por debajo de él.

Delante de Michaelmas había cubos de almacenamiento, mesas de trabajo, paneles de instrumentos, soportes para agujas esterilizadas, fórceps y escalpelos, microtomos y un equipo para micromanipulación: todo estaba cubierto por plásticos transparentes o protegido por cristales.

Michaelmas examinó la habitación. La pared del otro extremo, que la separaba del despacho de Limberg, estaba cubierta de pequeños compartimentos pintados de blanco que empezaban a la altura de su pecho y recordaban las celdillas de un palomar. Bajo ellos había una mesa de trabajo vacía y un gran taburete de laboratorio tapizado de azul para sentarse. Cikoumas lo señaló con la mano.

—Por favor...

Michaelmas enarcó las cejas. —¿Estamos esperando a alguien?

Cikoumas dejó escapar nuevamente su corta y seca risotada.

—Oh, no puede venir hasta aquí. No sabe dónde estamos. Y aunque lo supiera no podría soportar este ambiente a menos que tuviera la protección adecuada. —Volvió a señalarle el taburete—. Por favor. —Metió la mano en uno de los compartimentos y sacó unos auriculares y el extremo de un cable en espiral—. No quiero correr el riesgo de que nadie oiga su voz por casualidad —dijo—. Escuche. —Fue hacia Michaelmas, sosteniendo un auricular en cada mano—. ¿Quiere saber qué es? —le preguntó, haciendo una mueca—. Esto es el conocimiento. Veamos qué saca en claro

de él.

Michaelmas soltó un gruñido.

—Y a usted, ¿qué le gustaría averiguar? Ciko urnas se encogió de hombros.

—Me gustaría saber lo suficiente para decidir si debemos rendirnos ante esas fuerzas tuyas o si podemos quitarle de en medio sin problemas, naturalmente.

Michaelmas se rió.

—Me parece justo —dijo, y tomó asiento en el taburete. Un breve chispazo ardió en sus ojos mientras veía cómo las manos de Cikoumas se aproximaban a su cráneo —. Más abajo.

Cikoumas colocó los auriculares sobre sus orejas. Después cogió otro par y se lo puso.

Se quedó cerca de Michaelmas, con las manos juntas, inclinando el cuerpo un poco hacia adelante, como para oír mejor.

La voz era muy tenue, aunque daba la impresión de que en su punto de origen debía ser claramente audible: ahora sonaba filtrada, disminuida, lejana, hueca, fría e inexpresiva.

—Michaelmasss... —dijo—. ¿Essso eresss? Cikoumasss me ha dicho que eresss tú. ¿Essso esss lo que eresss..., Michaelmasss? Michaelmas torció el gesto y se frotó la nuca. —¿Cómo puedo responderle?— le preguntó a Cikoumas, y éste se quitó uno de los auriculares para oírle mejor.

—Hable —dijo Cikoumas, moviéndose nerviosamente junto a él—. Se le escucha.

—Soy Michaelmas.

—Una entidad... Crees ser una entidad inteligente.

—Sí.

—Distinguible en ciertos aspectos de Limberg y Cikoumasss...

—Sí. —¿Cuál es el área del círculo?

—Pi radio al cuadrado. —¿Cuál es el último color del arcoiris?

—El rojo.

—Si estuvieras muñéndote de hambre, ¿serías capaz de comerte uno de tus miembros?

—Sí.

—Si estuvieras muñéndote de hambre, ¿serías capaz de comerte a Limberg o a Cikoumas?

Cikoumas estaba observándole con una leve sonrisa en los labios.

—Preferiría eso a comerme uno de mis miembros —respondió secamente Michaelmas.

—Una entidad..., hablar con una entidad inteligente..., en estas circunstancias de

lejanía y desplazamiento..., no tienes ni idea de lo que siento..., haber establecido contacto con tres entidades, en estas circunstancias tan peculiares..., conversar con procesadores de información totalmente distintos a mí..., que nunca pertenecerán a la carne y el hueso a los que estoy acostumbrado...

—Tengo... Bueno, tengo cierta idea de qué se siente. —¿Discutes?

—No, era una proposición. —¿De matrimonio?

—No. Otra forma de antagonismo dialéctico. —¿Somos enemigoss...? ¿No piensas unirte a Limberg y Cikoumas...?— ¿Por qué debería hacerlo? ¿Qué piensas darme a cambio?

—Te haré rico y famoso entre los de tu propia... especie... El contacto con mis habilidades puede ser traducido a recompensas que te resultarán gratificantes... como individuo... Cikoumas y Limberg pueden mostrarte cómo hacerlo...

—No.

—Repite. Aclara. Da sinónimos.

—Negativo. Rechazo irrevocable. Contradicción. Oposición absoluta. No pienso ser uno de tus miembros. —Miró a Cikoumas, sonriéndole—. ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! Entonces, es tu curiosidad en el nombre de lo que consideras ciencia...

—Justicia. —¡Ah! ¡Ah! ¡Motivos complicados...! ¡Ah! El erudito Zusykses me advirtió; dijo que el concepto no debe abarcar existencias inferiores a la nuestra, sino existencias que sólo difieren de la nuestra en su origen, reflejando perfectamente esa cualidad que definimos como las facultades más elevadas; tus contestaciones son muy interesantes... Le hablaré de esto a mi amigo Zusykses cuando volvamos a reunimos el uno con el otro esta tarde; ¡tenía razón en lo esencial!

—Puedo estar mintiendo.

—No conocemos las mentiras... No, no, no... En el universo sólo existe esto y aquello.

Esto no es aquello. Decir semejante cosa es ridiculizar al universo. Y eso es una proposición absurda.

—Entonces, ¿qué es aquello que no es la verdad pero no es una mentira?

Cikoumas le miró con una repentina atención. Pero Michaelmas apenas veía nada, tan absorto estaba en sus pensamientos.

—Astuto... Sabes hacer preguntas muy astutas... Hablas de la probabilidad... Ssssí...

Fue mi querido Zusykses quien propuso los modelos de probabilidad para entidades como tú; quien declaró que si una estructura era posible debía existir en alguna parte porque el universo es infinito y en el infinito todo debe terminar ocurriendo. Pero eso no es más que un concepto filosófico, le dije yo. Deja que te lo demuestre, dijo Zusykses, mi preceptor, muy emocionado; ven aquí, académico subordinado Fermierla, acepta este ingenio de coherencia probabilística construido

según mis postulados... Parte ahora mismo y búscala a criaturas como las que yo afirmo deben existir, pues estoy seguro de que hallarás una sustancia como la suya esparcida en algún lugar de los inmensos brazos de la Creación; entra en contacto con ellos y escoge de entre toda su variedad aquella que pueda hablar y tocar formando un simulacro de un alma auténtica; mira entonces el rostro, la forma e incluso si pretenden tener un yo. Vuelve a mí, convencido... Temblamos, porque nos falta muy poco para descubrir en qué consiste la vida. Lleva contigo mi pensamiento manifestado en realidad, ese pensamiento que es mi propio yo; conócelo, acéptalo, haz que sea uno con nosotros; no volveré a hacer que te separes de mí...

Michaelmas miró a Cikoumas y frunció el ceño. Se quitó los auriculares pero los mantuvo cerca de sus oídos. La voz de Fermierla se convirtió en un débil eco casi inaudible.

—Cree que somos casualidades —le dijo secamente Cikoumas—. Afirma que ese tal Zusykses, sea lo que sea, dedujo que la humanidad debía existir, dado que su existencia es posible dentro de las leyes naturales del universo infinito. La probabilidad de llegar a encontrarnos y demostrar que estaba en lo cierto, naturalmente, es infinitamente pequeña. Por lo tanto, creen estar comunicándose con un modelo demostrativo, algo que ellos mismos han creado utilizando ese cohesionador de probabilidades suyo. No les parece probable que esto sea el mundo de los humanos. Es más probable que concentraciones accidentales de materia perdidas en cualquier lugar del universo se muevan y se combinen de tal forma que, por puro azar, encajen perfectamente con partes infinitesimales del concepto formulado por Zusykses. Zusykses y Fermierla creen que el cohesionador detecta y entra en sintonía con un número infinito de tales concentraciones infinitamente pequeñas, y que las une para crear una apariencia inteligible. Creen que quizá exista algo, una especie de movimiento browniano en la textura básica del universo, pero que sujetas al azar y dentro de una infinidad de posibilidades, esas partículas seleccionadas por el aparato actúan invariablemente para presentar el aspecto de criaturas inteligentes que viven dentro de un sistema físico coherente. —¿Sólo uno? — le preguntó rápidamente Michaelmas. La cabeza de Cikoumas osciló al extremo de su largo y flaco cuello. —¿Eh?

—Está hablando como si la nuestra fuera la única probabilidad a la que Fermierla puede llegar usando el cohesionador. Pero ¿qué razón hay para que sea así? Puede escoger entre toda una infinidad de ambientes pseudohumanos creados accidentalmente, ambientes que incluirán nuestras rocas, árboles y cuchillos de boy —scout. Todo es infinito, ¿verdad? Todo tiene que suceder y casi todo tiene que suceder y así podríamos continuar infinitamente quitando cada vez un elemento más, ¿no?

Cikoumas se lamió los labios.

—Oh. Sí. Supongo que sí. La verdad es que la idea me resulta algo difícil de comprender. Debo poseer una considerable tendencia al antropomorfismo. Y, sin embargo, supongo que en este momento un número infinito de casi —Fermierlas le está diciendo una cantidad infinita de cosas distintas a todo un infinito de nosotros... Una idea encantadora, cierto. ¿Sabe que no tienen ni el más mínimo interés en si mantenemos una relación auténtica entre nosotros? Naturalmente, no creen que existamos. Y, por cierto, Fermierla lleva esperando la llegada de su tarde desde que el doctor Limberg tenía mi edad, por lo que el desplazamiento efectuado tiene que ser inmenso. Las resistencias gravitatorias, temporales y electrónicas han de ser colosales...— ¿Las qué?

—Las resistencias. —Cikoumas agitó la mano con impaciencia—. Vivimos en un cosmos relativista... Supongo que ha oído hablar de ello, ¿no?, y aunque mi vida científica no guarda ninguna relación con los pequeños detalles de la física no — newtoniana, siempre que tengo tiempo libre me dedico a leer y...

—Basta, doctor —dijo Michaelmas—. No creo que sea el momento adecuado para comparar la amplitud de sus conocimientos y mis capacidades intelectuales, ¿verdad? —Volvió a ponerse los auriculares. La piel de sus antebrazos notaba el molesto roce de las mangas de su camisa y Michaelmas percibía diez mil puntos distintos de irritación. Por el rabillo del ojo vio a Cikoumas metiendo la mano en otro compartimento—. ...posibilidades fascinantes..., poder colaborar en experimentos con vosotros... ¡Zusykses se volverá loco de alegría! ¿Qué tal va el astronauta; sigue funcionando? ¿Cómo actúa? ¿Muestra alguna señal de saber que ha sido sintonizado de una probabilidad a otra...? Perdón, de una realidad a otra.

—Se encuentra bastante bien —contestó Michaelmas.

—Fue una pérdida de tiempo —dijo Cikoumas distraídamente. Estaba manipulando algún nuevo aparato, con las dos manos metidas en el compartimento hasta las muñecas y la cabeza ladeada para mirar por encima del hombro de Michaelmas. Pero, al mismo tiempo, intentaba vigilarle—. ¡Ah, qué pena! ¡Tenías tantos proyectos y esperanzas para él, Cikoumas, y hace tan poco de eso! Quizá deberíamos obtener al segundo Michaelmas de otra probabilidad... ¿Cuál es su opinión, caballeros? Michaelmas ya estaba en pie, volviéndose hacia Cikoumas, con el cable de los auriculares extendiéndose casi hasta el límite debido a su brusco movimiento. Algo había empezado a gemir y canturrear detrás de él. Cikoumas le miró a los ojos: estaba apartando una mano de la pared, con el nogal de la culata de una pistola visible entre la carne roja y blanca de su mano y el hueso de su nudillo.

Michaelmas se quitó los auriculares de un tirón y se los arrojó. La tira que sostenía la terminal de Domino resbaló de su hombro izquierdo, giró en el aire y quedó firmemente sujeta bajo su codo. La caja negra saltó por el aire y golpeó con un seco chasquido el cráneo de Cikoumas. Cikoumas cayó hacia atrás, estrellándose

contra el ángulo de la pared y el suelo. Y allí se quedó, inmóvil para siempre, con los brazos extendidos.

Michaelmas fue hacia la pared, moviéndose a toda velocidad. Dio un salto para ver qué había estado haciendo Cikoumas. El compartimento estaba lleno de botones y aparatos incomprensibles. Volvió a saltar hacia arriba y cogió la pistola. Encontró el botón del energizador y buscó rápidamente el gatillo. Después, agazapado, giró hasta quedar de cara a la columna blanca. Las líneas que la cubrían estaban haciéndose más anchas.

Michaelmas extendió los brazos, tomando puntería. Su rostro se retorció en una mueca.

Volvió a girar sobre sí mismo, se arrodilló encima del taburete, metió el cañón del arma en el compartimento de los controles y disparó varias veces. Nubes de humo llenaron la habitación. Las sombras del compartimento se llenaron de pequeñas llamas que chisporrotearon y acabaron apagándose. Michaelmas se dio la vuelta, casi cayendo del taburete, y lo apartó de un puntapié. Las líneas seguían igual que antes; apenas un poco más visibles que cuando entró en la habitación. El gemido musical se había apagado con su primer disparo. Y ahora algo estaba empezando a golpear la columna desde dentro; golpes que al principio fueron erráticos y como desorientados, pero que acabaron convirtiéndose en un martilleo rítmico, como el producido por un puño.

Limberg estaba inmóvil en el umbral, mirándole.

—Devuélvalo a donde estaba antes —dijo Michaelmas con voz ronca, agitando desesperadamente las manos—. Devuélvalo a su sitio.

Limberg asintió y fue lentamente hacia los controles. Los miró, meneó la cabeza y hurgó en su bolsillo hasta sacar un aro de llaves. —Tendré que usar los controles maestros— dijo. Fue hacia la otra pared y abrió un panel. Michaelmas se colocó en el centro de la habitación, sujetando firmemente la pistola y jadeando. Limberg se volvió a mirarle y sus labios se retorcieron en una mueca. Abrió la pared y pasó un dedo sobre una hilera de círculos opacos, como si no supiera qué hacer. Acabó encogiéndose de hombros y tocó dos de los círculos. Tanto éstos como la mayor parte de los restantes cobraron vida, poniéndose de color verde. Un grupo de círculos empezó a parpadear pasando del rojo al naranja y el amarillo.

—Deprisa —dijo Michaelmas, tragando una honda bocanada de aire.

—No soy ningún experto —dijo Limberg. Pasó el índice por otro grupo de círculos hasta que pareció estar seguro de que eran los que buscaba. Los accionó, usando todos los dedos de una mano, y el cilindro blanco volvió a canturrear. Las manos de Michaelmas se movieron en una sacudida involuntaria. Pero las líneas estaban haciéndose más pequeñas; y no tardaron en volverse casi invisibles. El cilindro empezó a gemir pero el gemido fue disminuyendo rápidamente hasta

desaparecer. Los golpes que venían de su interior habían cesado. Michaelmas se pasó el dorso de la mano por los labios.

—Ya hacía un tiempo que había establecido el contacto conmigo, ¿verdad? —le dijo—. Fue mucho más rápido de lo que debió ser con Norwood.

—Sí —dijo Limberg—. Fermierla tenía que individualizarlo y para eso necesitamos muchos, muchos fragmentos de documentales y programas televisivos. Hubo tantas aproximaciones que no se acercaban lo bastante al original... Muchos rechazos. En su caso, podíamos presentarle como modelo físico de lo que deseábamos conseguir. —Empezó a cerrar el panel—. Bien, ¿algo más?

—Déjelo abierto, doctor. —Michaelmas frunció el ceño y carraspeó—. Déjelo abierto —repitió, y esta vez quedó algo más satisfecho de su voz. Fue hacia donde estaban sus auriculares, suspendidos del cable, y se agachó para cogerlos. Contempló la pistola que sostenía entre sus dedos, le puso el seguro y la arrojó al compartimento más próximo.

Después se colocó los auriculares. Apenas se oía nada: «... sss..., err..., masss...». Cogió el cable con una mano y tiró de él, desconectándolo. Se quitó los auriculares y los dejó sobre la mesa de trabajo. —Desconéctelo todo— dijo, volviéndose hacia Limberg. —Todo: tanto sus sistemas como lo que Cikoumas fue construyendo a lo largo de los años.

Limberg le miró, abrumado por sus palabras, pero algo de lo que vio en el rostro de Michaelmas le hizo asentir. Pasó las manos sobre los controles y todos los círculos se volvieron de color rojo. Después inclinó la cabeza.

—He vuelto. Estoy aquí —dijo Domino—. Tengo controlados todos los sistemas del edificio. ¿Dónde está el resto?

—Espera —dijo Michaelmas. Limberg se apartó del panel y fue hacia Cikoumas. Se arrodilló junto a él y sus dedos empezaron a peinar suavemente su pelo echándolo hacia delante para tapar la herida. Alzó los ojos hacia Michaelmas.

—Estaba intentando proteger a la humanidad —le dijo—. No podía permitir que los astronautas llegaran a Júpiter. Michaelmas le devolvió la mirada. —¿Por qué no?

—Porque allí es donde deben estar esas criaturas. Es el planeta más grande y pesado de todo el Sistema Solar, con presiones inimaginables y enormes potenciales eléctricos.

Como todo el mundo sabe, es una fuente de señales de radio. Kristiades empezó a hablarme más y más de ello después de haber visto sus programas con los astronautas.

«Esos hombres descubrirán la raza de Zusykses», me dijo. «Y eso sería un desastre para todos nosotros». Y tenía razón. Lo único que nos protege de ellos es que no nos consideran reales. Debemos permanecer ocultos entre todos los sistemas de probabilidad.

—Sí —dijo Michaelmas—. Claro. —¡Era un genio, un hombre muy brillante!— afirmó Limberg. —¡Era mucho más inteligente que yo!

—Vendió a sus padres, sus hermanos y sus hijos para conseguir un traje a rayas. —¿Qué le diré a su familia?— ¿Cómo les anunció que había enviado a París al chico de la tienda de ultramarinos?

Limberg estaba meciéndose lentamente hacia delante y hacia atrás. —¿Qué haré con su cuerpo?— preguntó, cerrando los ojos. «¿Qué pensaba hacer con el mío?», quiso responderle Michaelmas. Pero miró a Limberg, y le dijo:

—Sus sistemas se encuentran bajo observación y no debe tocarlos para nada. En cuanto pasen unas horas le llamaré y podrá empezar a reactivarlos paso a paso siguiendo mis instrucciones.

—Correcto —dijo Domino.

Michaelmas estaba observando atentamente a Limberg.

—Cuando haya vuelto a establecer contacto con Fermierla podrá hacer desaparecer a este Cikoumas y luego...

Las arrugadas mejillas de Limberg empezaron a cubrirse de lágrimas silenciosas.

—Por el bien de su familia... —dijo Michaelmas, disponiéndose salir de la habitación—. Intente encontrar a otro que sea un poco más decente.

Limberg le miró fijamente.

—No podría soportar la idea de tenerlo junto a mí. Lo enviaré su casa, para que viva con ellos. Cuando le vi entrar por primera vez en el sanatorio... Supe que era un mensajero de la muerte.

—Domino —dijo Michaelmas—, llama un taxi. —Cruzó el umbral salió al pasillo y fue por él, pasando junto a las damas y caballero convalecientes que abandonaban la sala de conferencias comentando plácidamente los estimulantes valores psicológicos de la charla dada por el profesor de terapia; cruzó la puerta de entrada y espera delante del sanatorio.

TRECE

Durante el trayecto hasta el aeropuerto apenas si habló con Domino, y el vuelo a Nueva York transcurrió casi en silencio. Se aseguró de que la entrevista con Papashvilly iba bien pero, aparte de eso, no hizo nada más que permanecer inmóvil con el mentor apoyado en la mano, los ojos clavados en sólo Dios sabía qué. De vez en cuando sus párpados intentaban cerrarse pero otros reflejos y funciones de su sistema nervioso hacían que volvieran a abrirse bruscamente. De vez en cuando Domino le ofrecía migajas de información, intentando despertar su interés.

—La Hanrassy se ha vuelto atrás: ha anulado la entrevista que iba a concederle a la EVM. —Y, un poco más tarde—: Westrum está hablando con la Hanrassy. ¿Quieres oírle?

—No. No, a menos que sea ella quien lleve la voz cantante.

—Oh, en absoluto.

—Bueno, me conformo con eso. —Pensó en aquella mujer dura e inteligente que vivía junto al Mississippi y que ahora estaría soltando el auricular de su teléfono e intentando comprender qué había pasado. Acabaría encontrando alguna justificación... Todo el mundo encontraba justificaciones. Pensaría que Norwood, Gately y Westrum habían urdido una conspiración contra ella y malgastaría sus energías intentando encontrar alguna forma de utilizar ese dato, Seguiría con su campaña presidencial, pero ya habría perdido su confianza inicial. Y, si lo necesitaban, siempre quedaba el as en la manga, el funcionario del Tesoro. La Hanrassy estaba acabada. Perdida entre sus partidarios o la gente dispuesta a votarla había otra persona que intentaría combinar el populismo con la xenofobia, una fórmula a prueba de errores presente en toda la historia de la democracia norteamericana que, pese a todo, siempre había terminado fracasando. Vienen y van, pensó. Se frotó el dorso de las manos: su piel parecía estar algo más reseca que el año pasado, más propensa a formar arruguitas en forma de diamante, como si Michaelmas fuera un lago sobre el que soplara una leve brisa.

Y, finalmente, Gately se mostró dispuesto a recibir al equipo de rodaje de la EVM apostado en su sala de espera.

—Me gustaría aprovechar esta oportunidad para anunciarle al mundo que tenemos el honor, el privilegio y la gran satisfacción personal de darle la bienvenida al coronel Norwood, quien pronto visitará nuestro país —les dijo. Se había quitado el chándal y vestía un traje azul oscuro de estilo algo conservador que hizo resaltar la delgadez de su cintura cuando se desabrochó la chaqueta. Gately parecía lo bastante joven como para volver al servicio activo, pero sus ojos mostraban un cierto exceso de interés por seguir todos los movimientos de quienes le entrevistaban.

Pasó el tiempo. El presidente Fefre sufrió un ataque cardíaco de escasa gravedad

que fue disimulado como una indigestión. Un hombre intentó dejar una bolsa de vuelo llena de explosivos en el ascensor de la Torre Eiffel, pero la policía, alertada por algo oído casualmente en una conversación política, logró arrestarlo antes de que pudiera salirse con la suya. Y, en Florencia, se descubrió que otro hombre había cometido un fraude, apoderándose de una gran suma de dinero perteneciente a los fondos de la lotería provincial. Era hermano del gobernador; y parecía probable que eso causara una considerable ola de disgusto y desilusión popular. Roma, que se había mostrado un tanto distraída, tendría que vigilar un poco más atentamente la lotería provincial durante un tiempo, por lo que, ¿quién podía negar que, después de todo, aquel mal no hubiera producido un bien? Y la policía logró recuperar la mayor parte del dinero. Asimismo, una pequeña firma de Nuevo Méjico compuesta por ingenieros que habían abandonado las grandes empresas para establecerse por su cuenta, patentó un motor que consumía la mitad de energía que cualquier otro aparato similar. El presidente de la firma y su jefe de ingenieros se conocieron cuando la casualidad les hizo ocupar asientos contiguos en un tren interurbano. Mientras tanto, un tipo de Hamburgo que nunca había destacado por nada especial atravesó el ojo de su suegra con un tenedor durante la cena, dejó inconsciente a su mujer de un puñetazo, fue al muelle, intentó quemar el almacén de su suegro y cuando se le encontró sentado en una boya de amarre, mirando el agua y llorando con la hosca persistencia de un bebé, afirmó sinceramente no recordar nada de lo sucedido. Pero Michaelmas no fue informado de todo aquello al momento, claro está.

Domino pensaba incesantemente en cómo sería el mundo cuando todo funcionara bien y las noticias no tuvieran nada que comentar salvo el incesante, tozudo y quizá cada vez más ruidoso clamor de los individuos que pedían dejar bien claro su derecho a la existencia.

Un descuido hizo que dos trenes holandeses fueran dirigidos hacia la misma vía. Pero un conmutador que debía mantenerse cerrado se activó casualmente y el tren de mercancías esquivó al expreso cargado de pasajeros.

Y los sistemas del Sanatorio Limberg seguían inactivos.

—Vale, de acuerdo —dijo Domino—, ya que no quieres hablar, ¿querrás escuchar? ¿Qué pasó en el sanatorio? Limberg no deja entrar a nadie en la habitación donde está el cuerpo de Cikoumas. No admite visitas y sigue sentado en su despacho: está claro que espera a que alguien le diga lo que debe hacer a continuación.

Michaelmas dejó escapar un gruñido.

—Bueno, eran curiosidades de laboratorio y quien estaba a cargo de ellas tenía cierta tendencia al sentimentalismo. Empezó a sentir curiosidad —dijo Michaelmas—. Cuando le propusieron algo ingenioso, como pasar un objeto coherente de un marco arbitrario de referencia a otro marco muy similar, decidió complacerlas. ¿Por qué no? Quizá el experimento fuese trivial o quizá pudiera ser tomado como prueba

de que los marcos de referencia tienen todos el mismo grado de probabilidad, pero, en cualquiera de los dos casos, la sugerencia partió de un sujeto experimental. Debes admitir que eso despertaría la curiosidad de casi todo el mundo, incluso la de quien no sea un poeta inflamado por la pasión. —Michaelmas sonrió igual que si le acabaran de golpear los labios con una fusta de montar—. Puedes echarle una mirada al sistema de Limberg, ya que estás dentro de él.

Ve por etapas. Descubrirás lo que te ha estado persiguiendo. Y asegúrate de mantener bien controlados los circuitos y conmutadores.

Un breve silencio y la máquina volvía a estar con él.

—Parece..., parece que se nos considera como un simple efecto. —Domino volvió a quedarse callado.

—Somos un efecto —dijo Michaelmas—. Tienen un medio de examinar el infinito. Cuando quieren un modelo de un elefante se limitan a eliminar de la imagen todo aquello que no se parezca a un elefante. Cuando deducen que existe algo parecido a una raza humana, obtienen una raza humana. Con verrugas incluidas... La diferencia entre el modelo del elefante y la raza humana está en que los representantes de esa raza pueden hablar; pueden hacer peticiones y propuestas. Incluso pueden acabar creyendo que representan a la raza humana. Pero, tomando en cuenta a todo el infinito, hay una probabilidad infinita de que no sean sino partículas a la deriva.

Y permaneció callado durante mucho rato, parpadeando igual que un búho bajo el brillante atardecer de Long Island, pareciendo algo sorprendido cuando alguien se encargó de meter su bolsa de viaje dentro del taxi.

Una vez en el apartamento se instaló ante el escritorio, miró pensativamente por la ventana, cogió su guitarra y después un laúd y un dúlcemele. Pasado un tiempo fue capaz de hablar y habló con Domino, despacio, articulando cuidadosamente las palabras, haciendo algunas pausas para ordenar los hechos y sopesarlos según la importancia que tuvieran en relación al relato.

Se lo explicó todo, pero apenas si era consciente de sus palabras. Después se quedó inmóvil, pensando.

No puedo encontrarte.

Y, en el momento adecuado, oigo

Las voces migratorias de las bandadas

Que van al sur o al norte, moviéndose contra el sol.

Vienen y van, como si fueran un solo ser, y oscurecen brevemente la tierra.

No puedo encontrarte.

—Entonces, ¿era eso? —le preguntó Domino—. ¿Una mera curiosidad científica? Ese tal Fermierla entró en contacto con Limberg... Bueno, ¿por qué no? Hubo un tiempo en el que debieron ser muy parecidos; sí, puedo ver la lógica que hay en eso... y después Limberg empezó a imaginar formas de utilizarlo, pero el asunto sólo empezó a ir más deprisa cuando se asoció con Cikoumas. Fermierla seguía pensando que estaba comunicándose con unas criaturas de la imaginación...

—No estaba comunicándose. No estaba, comunicándose.

—En contacto. Y Medmiembro prosperó. Pero Cikoumas empezó a preocuparse; ¿y si la CANU descubría a Fermierla? Supongamos que el doctor Limberg quedara revelado ante el mundo como lo que realmente era, y Cikoumas con él. Pero todo eso carece de lógica Fermierla no está en Júpiter, igual que yo tampoco lo estoy. Esos tipos dedicados a la biología no son más que analfabetos científico que se dejan dominar fácilmente por las supersticiones. Háblales de señales de radio y enseguida piensan en la emisora más próxima. No tienen ni idea de la escala que estamos manejando. Creen...

—Sí, sí —dijo Michaelmas—. Encárgate de Limberg, ¿quieres? Ocúpate de poner en orden el resto de su vida. Mientras tanto, aún nos queda por hacer una cosa más antes de ponerle punto final a día.

—Sí, supongo que sí —dijo Domino, y llamó a Clementine Gervaise, que estaba en París. Michaelmas apretó los puños y conectó la pantalla holográfica; Clementine estaba sentada detrás de una mesa, a un par de metros de él, con las gafas subidas sobre la frente, el carmín del labio superior medio borrado y una montadora manual junto a la mesa.

—Laurent —le dijo—, me alegra que me llames pero me has pillado en un momento bastante malo. De todas formas, me alegra que me llames —y le sonrió. Por un instante la sonrisa hizo que pareciera muy joven—. Desde Nueva York... —Ahora parecía algo abatida—. Abandonaste Europa muy deprisa.

—No esperaba encontrarte en París. Creía que seguirías en África, Clementine meneó la cabeza.

—Tenemos un problema —dijo. Se puso de cara a la montadora y sus dedos volaron sobre el teclado con una destreza casi inconsciente—. Mira esto —le dijo, señalando la pantalla. Michaelmas vio un plano tomado dentro del avión de la CANU, Norwood estaba hablando y sonreía. El punto de vista de la cámara cambió bruscamente a un primer plano de Douglas Champion haciendo una pregunta. A medida que hablaba su frente fue hinchándose desmesuradamente y aunque volvió a la normalidad sus ojos se convirtieron en rendijas, mientras que el puente de su nariz parecía hundirse formando un valle en su cráneo. Después le tocó el turno a su boca, y su mentón empezó a encogerse. Finalmente la oscilación desapareció de la pantalla: Champion seguía hablando, sin darse cuenta de que otra ondulación estaba empezando

a deformar su coronilla.

—No logramos eliminarla —le dijo Clementine. Aparece en todos los planos donde sale Champion. Hemos repasado el ordenador y también los mezcladores—. Se encogió de hombros. —Supongo que alguien acabará diciendo que también deberíamos echarle un vistazo a esta montadora... Pero tendremos que acabar prescindiendo del programa o sustituirle por otro entrevistador. — ¿No podéis hablar con Champion y rodar nuevos planos suyos? Clementine le miró, algo incómoda.

—Creo que tiene un problema con su banco, un descubierto o algo parecido. No podrá conseguir billete de avión. Ni su teléfono funciona —dijo, ruborizándose levemente.— Haberle recomendado está creándome ciertos problemas...

—Oh, vamos, Clementine, no me parece que estés demasiado preocupada por eso, ¿verdad? Una persona con tu talento... Sin embargo, eso de Champion es realmente asombroso. Da la impresión de estar teniendo una racha de mala suerte.

—Bueno, pero supongo que no me has llamado por eso —dijo ella. Agitó la mano, como indicando que todo aquello no importaba—. O sacamos adelante el programa o acabamos tirándolo a la basura; mañana será otro día. Tienes razón. — Apoyó los codos sobre la mesa y colocó el mentón encima de sus manos, mirándole fijamente—. Dime... ¿De qué querías hablar?

—Bueno, sólo quería ver qué tal andabas —dijo él muy despacio—. Tuve que salir de estampida y...

—Ah, cosas de la profesión. Supongo que conseguiste lo que pretendías, fuera lo que fuese. Y supongo que los demás nos enteraremos del asunto cuando lo veamos en las noticias.

—No... Me temo que esta vez no.

—Entonces era algo personal.

—Supongo que sí. —Michaelmas no sabía muy bien cómo continuar—. Sólo quería decirte «hola». Clementine le sonrió.

—A mí también me gustaría decirte «hola». ¿Cuándo volverás a Europa?

Michaelmas tragó aire. Le costó un gran esfuerzo. Se encogió de hombros. — ¿Quién sabe?— Descubrió que estaba empezando a temblar.

—Creo que pronto empezaré a viajar con cierta frecuencia a Norteamérica. Incluso podría pedirles que me dejen cubrir la gira de Norwood por los Estados Unidos. Faltan pocos días para que empiece. No será noticia durante mucho tiempo pero si nos movemos deprisa conseguiremos aprovechar el interés inicial.

Clementine arqueó una ceja. —Bueno, ¿qué te parece? Podríamos estar juntos dentro de unos cuantos días.

Michaelmas se echó hacia atrás en lo que casi era una convulsión. —Yo... Ah... Llámame— logró decir. —Llámame cuando sepas algo en concreto. Si puedo...— Se removió en su asiento. Clementine frunció levemente el ceño y ladeó la cabeza igual

que si estuviese delante de un escaparate, contemplando un sombrero que resultaba más bonito visto desde cierta distancia. —Si estoy aquí...— se oyó decir.

—Sí, Laurent —dijo ella con tristeza—. Debemos mantenernos en contacto.

Y en años venideros, de noche, Michaelmas pronunciaría de repente la palabra «contacto», sin ningún aviso previo, llevándose bruscamente las manos a la cabeza, pero eso era algo que aún no sabía.

—*Au'voir*.

—*Au revoir*, Clementine. —Cortó la conexión y se quedó sentado sin moverse.

—Bien —dijo Domino—, ahora ya sabes cuáles son tus sentimientos, ¿no?

—Michaelmas asintió.

—Es posible que en el sanatorio se limitaran a darle el tratamiento convencional.

Pero...

Sí, ahora sabemos cuáles son mis sentimientos.

—Podría echarle un vistazo a sus registros.

—Igual que comprobaste sus inventarios.

—Ahora estoy incrustado en sus equipos ocultos y tengo seguridad de que puedo descubrir cualquier truco de sus programas. Puedo hacer una auténtica comprobación a fondo.

—Sí —dijo Michaelmas con tristeza—. Hazle una buena comprobación a fondo al infinito.

—Bueno...

—La vida es demasiado corta —dijo Michaelmas—. ¿Te refieres a tu vida?

—No. —Michaelmas se estiró, haciendo una mueca de dolor sintiendo la rigidez de los músculos y el mal sabor de su lengua. Hizo la cama y empezó a desnudarse. Un helicóptero pasó junto a sus ventanales rumbo a alguna misión de emergencia. Michaelmas meneó la cabeza y cerró los ojos durante un segundo. Después volvía a abrirlos el tiempo suficiente para quitar la colcha—. No quiero llamadas —dijo, oscureciendo las ventanas.

Ninguna llamada durante ocho horas; más si es posible. —Se tumbó en la cama, tirando de la manta hasta cubrir la curva de su hombro, poniendo su mano izquierda sobre la muñeca derecha y la mano derecha bajo su mejilla, intentando hallar una postura cómoda—. Una de las cosas buenas de esta profesión es que nunca tengo problemas a la hora de dormir —observó, y sus palabras se acabaron perdiendo en el silencio.

FIN



ALGIS BUDRYS. Algirdas Jonas Budrys, más conocido como Algis Budrys, (9 de enero de 1931 - 9 de junio de 2008) escritor de origen lituano, nacido en Königsberg (Kaliningrad), Este de Prusia. Marchó con su familia en 1936 a Nueva York (EE. UU.), donde su padre ejerció como cónsul de Lituania.

Comenzó su carrera en 1950. Ha escrito un par de novelas consideradas "clásicos" de la ciencia ficción: ¿Quién? (1958) y El laberinto de la Luna (1960). Posteriormente algunas de sus obras han derivado en la ficción pura. En 1993 lanza la revista Tomorrow Speculative Fiction que sería la primera en pasar, en 1997, al formato de distribución electrónico a través del web.

Budrys ha conseguido varias nominaciones a premios importantes, pero no ha logrado ninguna victoria. En 1959 el Hugo de Un caso de conciencia venció a ¿Quién?, en 1961 el Hugo fue para Cántico por Leibowitz por encima de El laberinto de la Luna. Y en 1993 la nominación por Hard Landing a los Nébula fue batida por Marte rojo de Kim Stanley Robinson. Idéntica mala suerte ha tenido con algunos de sus cuentos nominados.